

CATHERINE FISHER

SAPPHIQUE



The sequel to the *New York Times* bestseller

INCARCERON

CATHERINE FISHER

Agradecimientos

Agradecemos a todas aquellas personas las cuales con su interés, colaboración y apoyo condicional se pudo sacar adelante este proyecto.

Agradecemos también las lectoras y lectores, que con su entusiasmo nos dan el ánimo necesario para seguir trabajando en nuevos libros, después de todo, esto es por ustedes.

Staffs:

Traducción:

- ✿ Cowdiem
- ✿ Selune
- ✿ Virtxu
- ✿ Coral
- ✿ Darkemily
- ✿ Andre_g
- ✿ Cyely DiviNNa
- ✿ MerySnz
- ✿ Emii_Gregory
- ✿ Katherin
- ✿ Yolit Belikov
- ✿ Cuketa_Iluminosa
- ✿ Sheilita Belikov
- ✿ Ruthiee
- ✿ Clo (S. O. S.)

Corrección:

- ✿ Nanis
- ✿ Mari Cullen
- ✿ ★MoNt\$3★
- ✿ Emii_Gregory

Recopialión:

- ✿ Nanis

Diseño:

- ✿ Paovalera

CATHERINE FISHER

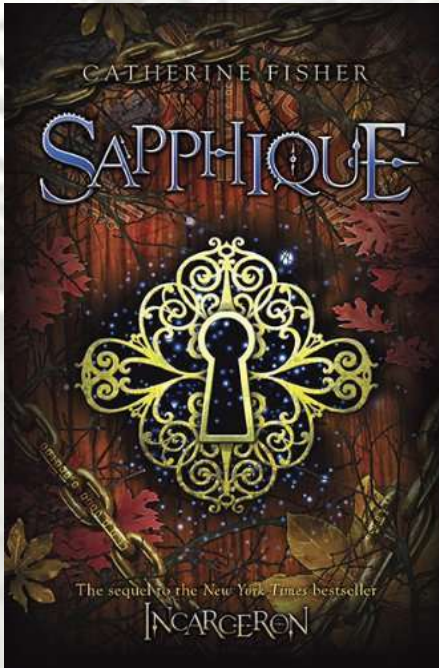
SAPPHIQUE



Índice

Sinopsis	5	Capítulo 17	157
Glosario	6	Capítulo 18	167
PARTE I	7	Capítulo 19	177
Capítulo 1	8	Capítulo 20	187
Capítulo 2	18	Capítulo 21	198
Capítulo 3	26	Capítulo 22	108
Capítulo 4	36	Capítulo 23	216
Capítulo 5	45	Capítulo 24	225
Capítulo 6	53	Capítulo 25	234
Capítulo 7	61	Capítulo 26	244
PARTE II	69	Capítulo 27	253
Capítulo 8	70	Capítulo 28	262
Capítulo 9	80	PARTE IV	273
Capítulo 10	90	Capítulo 29	274
Capítulo 11	101	Capítulo 30	283
Capítulo 12	110	Capítulo 31	291
Capítulo 13	119	Capítulo 32	298
Capítulo 14	129	Capítulo 33	307
PARTE III	139	Capítulo 34	314
Capítulo 15	140	Capítulo 35	323
Capítulo 16	148		

Sinopsis



Finn ha escapado de la terrible prisión viviente de Incarceron, pero sus recuerdos lo atormentan, porque su hermano Keiro aún está Adentro. Afuera, Claudia insiste en que él debe ser rey, pero Finn duda incluso de su propia identidad ¿Es él el perdido príncipe Giles? O ¿Son sus recuerdos nada más que otra construcción de su encarcelamiento? Y ¿Puedes ser libre si tus amigos aún están presos? ¿Puedes ser libre si tu mundo está congelado en el tiempo? Dentro de Incarceron, el loco hechicero Rix realmente encontró el Guante de Sapphique, el único hombre que la prisión amo alguna vez. Sapphique, cuya imagen quema a Incarceron

con el deseo de escapar a su propia naturaleza. Si Keiro roba el Guante, ¿Traerá él destrucción a su mundo?

Adentro.

Afuera.

Todos buscando la libertad.

Como Sapphique.

Segundo libro de la saga Incarceron

Glosario

Lightson = Amanecer.

Ket = Ketamina es una droga rojiza que se mastica.

Minicom = Dispositivo para emergencias mínimo. Es una especie de teletipo.

Winglord = Señor del Ala.

Wardenship = Es el puesto del Gaurdián.

Wardenry = Las posesiones del Gaurdián.

Art Magick = Magia.

CATHERINE FISHER

SAPPHIQUE

PARTE I



1

Traducido por Cowdiem

Corregido por Nanis

*Sapphique, ellos dicen, no fue el mismo luego de su Caída.
Su mente estaba herida.
Él cayó en la desesperación, las profundidades de la Prisión.
Él reptó en los Túneles de la Locura.
Él buscó lugares oscuros, y hombres peligrosos.*

—**LEYENDA DE SAPPHIQUE**

El pasadizo era tan estrecho que Attia podía reclinarse contra una muralla y patear la otra.

Espero en la penumbra, escuchando, su aliento condensándose en los brillantes ladrillos. El parpadeo de las llamas alrededor de la esquina enviaba ondas por la muralla.

Los gritos era más fuerte ahora, el inconfundible rugido de la multitud excitada. Escuchó los aullidos de placer, súbitos vientos de risa. Silbidos y estampados. Aplausos.

Lamiendo el goteo de condensación de sus labios, probó el polvo salino, sabiendo que tenía que enfrentarlos. Ella había ido muy lejos, buscado por mucho tiempo, como para retroceder ahora. Era inútil sentirse pequeña, y asustada. No si alguna vez quería escapar. Se enderezó, acercándose al extremo, y echo una mirada.

Cientos de personas estaban hacinadas en el pequeño cuadrado iluminado por antorchas. Estaban apretujados juntos, sus espaldas hacia ella, el hedor a sudor y cuerpos era abrumador. Detrás de la multitud unas pocas mujeres viejas estaban de pie estirándose para poder ver. Medio-hombres doblados en las sombras. Los chicos trepados en los hombros de los otros, trepando a los techos de las escuálidas casas. Puestos de venta de telas llamativas vendían comida caliente, la acritud de las cebollas y la grasa chisporroteando haciéndola tragar de hambre.

La Prisión estaba interesada también. Justo sobre ella, bajo los aleros de paja sucia, uno de sus pequeños Ojos rojos espiaba curiosamente la escena.

Un aullido de aprecio desde la multitud hizo que Attia pusiera rígidos sus hombros; dio un paso fuera deliberadamente. Los perros peleaban sobre los restos; pasó muy junto a ellos, pasado un umbral en sombras. Alguien se deslizó tras de ella; ella se giró, su cuchillo ya en su mano.

—Ni siquiera lo intentes.

El ratero dio un paso atrás, los dedos estirados, sonriendo. Él era delgado y sucio y tenía pocos dientes.

—No hay problema, querida. Mi error.

Ella lo vio deslizarse en la multitud.

—Lo habría sido —ella murmuró. Luego enfundo su cuchillo e irrumpió dentro después de él.

Forzar un camino a través era difícil. La gente estaba apretadamente empacada y ansiosa por ver lo que sea que sucedía al frente; ellos gemían, reían, y jadeaban al unísono. Niños harapientos reptaban bajo los pies de todos, siendo pateados y pisados. Attia empujó y maldijo, se deslizó en pequeños espacios, se dobló bajo los codos. Ser pequeña tenía sus ventajas. Y necesitaba llegar al frente. Necesitaba verlo.

Sin aliento y herida, se retorció entre dos enormes hombres y encontró aire.

Estaba acre con el humo. Las teas chisporroteaban alrededor; frente a ella, un espacio de barro había sido cerrado con cuerdas.

Acurrucado en él, solo, había un oso.

Attia miró fijamente.

El pelaje negro del oso era roñoso, sus ojos pequeños y salvajes. Una cadena resonaba alrededor de su cuello, y, bastante atrás en la sombras, un cuidador de osos sostenía el extremo, un hombre calvo con largos bigotes, su piel brillando con el sudor. Colgado a su lado había un tambor; él lo golpeaba rítmicamente y daba un fuerte tirón a la cadena.

Lentamente, el oso se elevó en sus patas traseras, y bailó. Más alto que un hombre, caminando torpe y pesadamente, dio una vuelta, su hocico chorreando saliva, sus cadenas dejando rastros sangrientos en su piel.

Attia frunció el ceño. Ella sabía justo como se sentía.

Puso su mano en su propio cuello, donde los verdugones y heridas de la cadena que una vez había usado se estaban desvaneciendo a ligeras marcas.

Como ese oso, ella había sido una cosa esposada. Si no hubiera sido por Finn, aún lo sería. O, más probablemente, estaría muerta ahora.

Finn.

Su nombre era una herida en sí mismo. Le dolía pensar en su traición.

El tambor sonó más alto. El oso hizo cabriolas, el torpe arrastre de su cadena haciendo a la multitud rugir. Attia observaba con una mueca. Luego, tras eso, vio el poster. Estaba pegado en la pared húmeda, el mismo poster que había sido pegado por toda la villa, donde sea que ella había mirado.

Ajado y húmedo, desprendiéndose en las esquinas, invitaba ostentosamente:

VENGAN TODOS BUENAS PERSONAS.

¡VEAN LAS MARAVILLAS!

¡VEA A LOS PERDIDOS ENCONTRADOS!

¡VEA A LOS MUERTOS VIVOS!

ESTA NOCHE

VEA AL MÁS GRANDE DE LOS MAGOS EN INCARCERON.

¡USANDO EL GUANTE DE DRAGON DE SAPPHIQUE!

EL ENCANTADOR OSCURO

Attia negó con la cabeza consternada. Después de buscar por dos meses a través de corredores y Alas vacías, villas y ciudades, llanuras pantanosas y redes de células blancas, por un Sapient, por un nacido de célula, por alguien que pudiera saber sobre Sapphique, y todo lo que había encontrado era un vulgar espectáculo de cuneta en un callejón.

La multitud aplaudió y se cerró. Ella fue empujada hacia un lado; cuando empujó su camino para volver vio que el oso se había vuelto hacia su controlador; él estaba tirándolo hacia abajo, alarmado, empujándolo hacia la oscuridad con un largo palo. Los hombres alrededor rugieron en desdén.

—Trata de bailar con él tu mismo la próxima vez —uno de ellos gritó.

Una mujer rió.

Voces desde la parte trasera se elevaron, gritando por más, algo nuevo, algo diferente, sonando impacientes y mordaces. Lentos aplausos comenzaron. Luego se desvanecieron, al silencio.

En el espacio vacío entre las antorchas una figura estaba de pie.

Él llegó de la nada, materializándose hacia la solidez desde las sombras y a luz de las llamas. Era alto, y usaba un abrigo negro que brillaba extrañamente con cientos de pequeñas chispas; al tiempo que elevaba sus brazos a lo ancho, sus mangas se abrieron. El cuello del abrigo era alto alrededor de su cuello; en la penumbra se veía joven, con largo cabello oscuro.

Nadie habló. Attia sintió a la multitud consternarse hacia la calma.

Él era la imagen de Sapphique.

Todos sabían como Sapphique se había visto; había cientos de fotografías, esculturas, descripciones de él. Él era el de las alas, el de los nueve dedos, el Único que había escapado de la Prisión. Como Finn, él había prometido retornar. Attia tragó, nerviosa. Sus manos estaban temblando. Las apretó con fuerza.

—Amigos. —La voz del mago era tranquila; la gente se forzó a escucharlo—. Bienvenidos a mi anillo de maravillas. Ustedes piensan que verán ilusiones. Ustedes piensas que los hare tontos con espejos y cartas falsas, con aparatos escondidos. Pero yo no soy como otros magos. Soy el Encantador Oscuro, y les mostraré magia verdadera. La magia de las estrellas.

Como uno, la multitud jadeo.

Porque él elevó su mano derecha y en ella estaba usando un Guante, de fabricación oscura, y desde él, blancas luces estaban brillando y crepitando. Las antorchas alrededor de las paredes flamearon y bajaron su intensidad. Una mujer detrás de Attia gimió en terror.

Attia cruzó sus brazos. Observó, determinada a no ser aterrorizada. ¿Cómo lo hizo? ¿Podía ser acaso realmente el Guante de Sapphique? ¿Podría haber sobrevivido? ¿Acaso había algún extraño poder permaneciendo en él? Pero mientras observaba, sus dudas comenzaron a deslizarse desde su agarre.

La actuación era sorprendente.

El Encantador tenía a la multitud transfigurada. Tomaba objetos, los hacía desvanecerse, los traía de vuelta, desplumaba palomas y escarabajos en el aire, conjuraba a una mujer a dormir y la hacía levantarse lentamente, sin soporte, en la ahumada y acre oscuridad.

Sacaba mariposas desde la boca de un niño aterrorizado, conjuraba monedas de oro y las lanzaba lejos a desesperados y acaparadores dedos, abría una puerta en el aire y caminaba a través de ella, de modo que la multitud ladraba y aullaba por él para que volviera, y cuando lo hacía, era desde detrás de ellos, caminando

calmadamente a través de su frenesí de modo que ellos se alejaban, asombrados, como si estuvieran atemorizados de tocarlo.

Mientras él pasaba, Attia sintió el toque de su abrigo contra su brazo, su piel se erizó, todos los vellos de su piel elevándose con una suave estática. Él dio una mirada hacia el lado, sus ojos brillantes, atrapando los de ellas.

Desde algún lado una mujer gritó: —Cura a mi hijo, ¡Sabio!, cúralo.

Un bebe fue elevado, comenzando a ser pasado por sobre las cabezas de la gente hacia adelante.

El Encantador giró y elevó su mano.

—Eso será hecho más tarde. No ahora —su voz era rica en autoridad—. Ahora me preparo para la convocación de todos mis poderes. Para la lectura de mentes. Para la entrada a la muerte y de vuelta a la vida.

Él cerró sus ojos.

Las antorchas bajaron su intensidad.

De pie en la oscuridad el Encantador susurró: —Hay mucho dolor aquí. Hay mucho temor. —Cuando él los miró a todos de nuevo parecía sobrepasado por el número, casi atemorizado de su tarea. Quietamente dijo: —Quiero a tres personas que avancen. Pero deben ser solo aquellos dispuestos a desnudar sus almas a mi mirada.

Unas pocas manos se elevaron. Mujeres gritaron. Después de un momento de duda, Attia elevó su propia mano también.

El Encantador avanzó hacia la multitud. —Esa mujer —él llamó, y una fue empujada hacia adelante, caliente y tambaleante.

—Él. —Un hombre alto que ni siquiera se había ofrecido fue arrastrado por los que lo rodeaban. Él juró y se quedó en pie incómodamente, como transfigurado por el terror.

El Encantador se giró. Su mirada moviéndose inexorablemente alrededor de la masa de rostros. Attia contuvo su aliento. Sintió la melancólica mirada del hombre cruzar su rostro como calor. Él se detuvo, mirando de vuelta. Sus ojos se encontraron, por un oscuro segundo. Lentamente él elevó su mano y apuntó un largo dedo en la dirección de ella, y la multitud gritó en voz alta porque ellos vieron que, como Sapphique, su dedo índice derecho no estaba.

—Tú —el Encantador susurró.

Ella tomó un aliento profundo para calmarse. Su corazón estaba palpitando de terror. Tuvo que forzarse a sí misma a empujarse dentro del humeante y oscuro espacio. Pero era importante permanecer en calma, no mostrar miedo. No mostrar que ella era para nada diferente al resto.

Los tres se quedaron de pie en una línea y Attia podía sentir a la mujer junto a ella temblando de emoción. El Encantador camino a lo largo, sus ojos escrudiñando sus rostros. Attia enfrentó su mirada fija tan desafiantemente como pudo. Él nunca leería su mente; ella estaba segura de eso. Había visto y escuchado cosas que él no podría nunca imaginar. Había visto el Exterior.

Él tomó la mano de la mujer. Después de un momento, muy amablemente, él dijo: —Tú lo extrañas.

La mujer lo miro fijamente sorprendida. Una hebra de su cabello se pegaba a su delineada frente. —Oh lo hago, maestro. Lo hago.

El Encantador sonrió. —No tengas miedo. Él está en la paz de Incarceron. La Prisión lo mantiene en su memoria. Su cuerpo está completo en sus células blancas.

Ella tembló en sollozos de alegría, besando sus manos. —Gracias, Maestro. Gracias por decirme.

El público rugió su aprobación. Attia se permitió a sí misma una sonrisa sardónica. ¡Ellos eran tan estúpidos! ¿Acaso no habían notado que este llamado mago no le había dicho nada a la mujer? Una adivinanza acertada y unas pocas palabras vacías y se lo tragaron completo.

Él había escogido a sus víctimas con cuidado. El hombre alto estaba tan aterrorizado que podría haber dicho cualquier cosa; cuando el Encantador le pregunto cuan enferma su madre estaba él tartamudeo que ella estaba mejorando, señor. La multitud aplaudió.

—En verdad lo está haciendo. —El Encantador agito su mano mutilada por silencio—. Y profetizo esto. Para el Amanecer su fiebre habrá disminuido. Se sentara y te llamara, mi amigo. Vivirá diez años más. Veo a tus nietos en sus rodillas.

El hombre no podía hablar. Attia estaba disgustada de ver lágrimas en sus ojos.

La multitud murmuró. Quizás ellos estaban menos convencidos, porque cuando el encantador vino hacia Attia, él giró su rostro para enfrentarlos repentinamente.

—Es fácil, algunos de ustedes están pensando, hablar sobre el futuro —elevo su joven rostro y los miró fijamente—. ¿Cómo alguna vez sabremos, están pensando, si él tiene la razón o no? Y tienen el derecho a dudar. Pero el pasado, mis amigos, el pasado es una cosa distinta. Les diré ahora el pasado de esta chica.

Attia se tensó.

Quizás él sintió su miedo, porque una ligera sonrisa curvó sus labios. Él la miró fijamente, sus ojos lentamente acristalándose, volviéndose distantes, oscuros como la noche. Luego elevó su mano enguantada y tocó la frente de ella.

—Ya veo —él susurró—, un largo viaje. Muchas millas, muchos días agotadores de caminar. Te veo acurrucada como una bestia. Veo una cadena alrededor de tu cuello.

Attia tragó. Quería alejarse. En vez de eso, asintió, y la multitud estaba en silencio.

El Encantador tomó su mano. Él apretó la suya y sus dedos enguantados eran largos y huesudos. Su voz sonaba confundida. —Veo cosas extrañas en tu mente niña. Te veo trepando por una alta escalera, huyendo de una gran bestia, volando en un barco de plata sobre ciudades y torres. Veo a un chico. Su nombre es Finn. Él te ha traicionado. Él te ha dejado atrás y aunque prometió volver, temes que nunca lo haga. Lo amas, y lo odias. ¿Acaso no es verdad?

El rostro de Attia estaba caliente. Su mano tembló. —Sí —dijo bajo su aliento.

La multitud estaba transfigurada.

El Encantador la miró fijamente como si el alma de ella fuera transparente; se dio cuenta que no podía apartar la mirada. Algo le estaba pasando a él, una extrañeza había surgido en su rostro, detrás de sus ojos. Pequeños destellos luminosos brillaban en su abrigo. El Guante se sentía como hielo alrededor de los dedos de ella.

—Estrellas —él dijo sin aliento—. Veo las estrellas. Bajo ellas un palacio de oro, sus ventanas brillantes con velas. Veo por el agujero de una puerta oscura. Es lejos, muy lejos. Es el Exterior.

Sorprendida, Attia lo miro fijamente. Su agarre en la mano de ella dolía, pero no se podía mover. Su voz era un susurro.

—Hay una forma de Salir. Sapphique la encontró. El agujero de la llave es pequeño, más pequeño que un átomo. Y el águila y el cisne abren sus alas para protegerlo.

Ella tenía que moverse, romper este hechizo. Miro hacia el costado. La gente apelotonada en las esquinas de la arena; el guardián del oso, siete malabaristas, bailarines de la compañía. Ellos estaban tan quietos como la multitud.

—Maestro —ella susurró.

Los ojos de él pestañearon.

Él dijo: —Tú buscas a un Sapien que te mostrará el camino hacia Afuera. Yo soy ese hombre. —Su voz se hizo fuerte; él se giro hacia la multitud—. De la forma en que Sapphique llevo mentiras al otro lado de la Puerta de la Muerte. ¡Llevaré a esta chica ahí y la traeré de vuelta!

La audiencia rugió. Él dirigió a Attia de la mano hacia el centro del ahumado espacio. Solo una antorcha goteaba. Había un sillón. Él le indico que se reclinara en él.

Aterrorizada, ella elevó sus piernas.

En la multitud alguien grito, y fue instantáneamente callado. Los cuerpos se adelantaron, el hedor a calor y sudor subió.

El Encantador elevó su mano enguantada en negro. —Muerte —él dijo—. Le tememos. Haríamos cualquier cosa por evitarla. Y aun así la Muerte es una puerta que abre ambos caminos. Ante sus ojos, ustedes verán a los muertos vivir.

El sillón era duro. Ella se aferró a los costados. Esto era para lo que había venido.

—Observen —el Encantador dijo.

Él se giro y la multitud gimió, porque en su mano había una espada. La estaba moviendo en el aire; lentamente se estaba descubriendo de la oscuridad, la hoja brillando con una luz azul hielo. La elevó, e increíblemente, a millas sobre ellos en el remoto techo de la Prisión, un rayo tembló.

El Encantador miró fijamente hacia arriba, Attia pestañeó.

Por un momento todos lo escucharon, tensos por la respuesta de la Prisión, por la caída de las calles, la apertura del cielo, el gas y las luces para controlarlos.

Pero Incarceron no interfirió.

—Mi padre, la Prisión —el Encantador dijo rápidamente—, mira y aprueba.

Él se giró.

Cadenas de metal se elevaron desde el sillón; él las apretó alrededor de las muñecas de Attia. Luego un cinturón se enredo alrededor de su cuello y cintura. —Quédate muy quieta —él dijo. Sus ojos brillantes explorando su rostro—. O el peligro sera extremo.

Él se giró hacia la multitud. —Observen —gritó—. La liberare. ¡Y la traeré de vuelta!

Él elevó la espada, ambas manos en la empuñadura, la punta sobrevolando sobre el pecho de ella. Ella quería gritar, jadear: —¡No! —pero su cuerpo estaba congelado e insensible, toda su atención focalizada en la punta brillante y afilada.

Antes de que ella pudiera respirar, él la empujó dentro de su corazón.

Esto era la muerte.

Era caliente y pegajosa y había olas de ella, bañándola como dolor. No tenía aire para respirar, palabras para hablar. Era una asfixia en su garganta.

Y luego era puro y azul y tan vacío como el cielo que ella había visto Afuera, y Finn estaba ahí, y Claudia, y estaban sentados en tronos de oro, y ellos se giraron a mirarla.

Y Finn dijo: —No te he olvidado, Attia. Voy a volver por ti.

Ella solo pudo formar una palabra, y mientras la decía vio la consternación de él. —Mentiroso.

Ella abrió sus ojos.

Su audición pareció explotar, volver desde un lugar muy lejos; la multitud rugía y aullaba de alegría, y las amarras fueron soltadas. El Encantador estaba ayudándola a incorporarse. Ella miró fijamente hacia abajo y vio que la sangre en sus ropas estaba encogiéndose, desvaneciéndose, que la espada en la mano de él estaba limpia; que se podía poner de pie. Tomó un aliento profundo y sus ojos se aclararon; vio que la gente estaba en los edificios y techos, colgando de los toldos, inclinándose en las ventanas, que la tormenta de aplausos seguía y seguía, una marea gimiente de adoración.

Y el Encantador Oscuro tomó su mano y la hizo hacer una reverencia con él, y sus dedos enguantados sostenían la espada en lo alto sobre la multitud mientras los malabaristas y bailarines discretamente se movían para coleccionar la lluvia de monedas que llovía como estrellas caídas.

Cuando todo se había acabado, cuando la multitud se estaba alejando, ella se encontró a sí misma de pie en la esquina del cuadrado apretando sus brazos alrededor de sí. Un dolor bajo quemaba en su pecho. Unas pocas mujeres se apiñaban en la puerta por la que el Encantador había entrado, sus niños enfermos ya en sus brazos.

Attia expulsó el aire con fuerza. Se sentía rígida, y estúpida. Se sentía como si una gran explosión la hubiera dejado sorda y atontada.

Rápidamente, antes de que nadie notara, se giró y se metió bajo los toldos, pasando el cuadrilátero del oso, a través del destruido campo de los malabaristas. Uno de ellos la vio, pero permaneció sentado junto al fuego que había encendido, cocinando trozos de carne.

Attia abrió una pequeña puerta bajo un sobresaliente techo y se deslizó dentro.

La habitación estaba oscura.

Él estaba sentado en frente de un manchado espejo iluminado solo por una única vela chorreante, y miró hacia arriba y la miro en el espejo.

Mientras ella miraba él se sacó la peluca negra, desplegó su dedo perdido, se limpio el ligero maquillaje desde su delineado rostro, tiró el raído abrigo al suelo.

Luego él puso sus codos en la mesa y le dio una sonrisa donde faltaban dientes.
—Una excelente actuación —dijo.

Ella asintió. —Te dije que podía hacerlo.

—Bueno, estoy convencido, dulzura. El trabajo es tuyo, si aún lo quieres. —Él metió un poco de ket en su mejilla y comenzó a masticar.

Attia miró alrededor. No había ninguna señal del Guante.

—Oh sí —dijo—. Lo quiero.



2

Traducido por Selune

Corregido por Nanis

¿Cómo pudiste entregarme, Incarceron?

¿Cómo pudiste dejarme caer?

Pensé que era tu hijo.

Parece que soy tu tonto.

—**CANCIÓN DE SAPPHIQUE.**

Finn arrojó los documentos a la pared. Luego cogió el tintero y lo lanzó tras ellos. Explotó en una estrella de negro, chorreando.

—Señor —exclamó el chambelán—. ¡Por favor!

Finn no le hizo caso. Se tiró sobre la mesa, derrumbándose con estrépito. Papeles y pergaminos cayendo en cascada por todas partes, sus sellos y las cintas enredándose. Grim, acechaba en la puerta

—Señor. Hay por lo menos dieciséis más...

—Disécalos.

—¿Mi Señor?

—Ya has oído. Quémalos. Cómelos. Dáselos de comer a los perros.

—Hay invitaciones que necesitan su firma. Las obras de la Estigia Acuerdo, las resoluciones de las túnicas de coronación.

Salvajemente, Finn se volvió sobre la figura delgada escarbando entre los papeles.

—Cuántas veces tengo que decirlo. ¡No habrá coronación!

Dejando al hombre con la boca abierta se volvió y tiró de las puertas abiertas. Los guardias se pusieron tensos a la atención, pero a medida que se cerraban detrás de él les soltó un juramento. Entonces corrió, por el pasillo con paneles, a través de las cortinas y en el Salón de los Grandes, saltando los sofás tapizados, lanzando las delicadas sillas por encima, dejando a los guardias jadeando detrás. Con un rápido salto a la mesa, se deslizó sobre su superficie pulida, esquivó candelabros de plata,

saltó sobre el ancho asiento de la ventana, se deslizó a través de la ventana, y se había ido.

De vuelta en la puerta, sin aliento, el chambelán gimió. Se acercó discretamente a un lado de la pequeña cámara, cerró la puerta y levantó la pila de papel arrugado con cansancio bajo el brazo. Con una mirada cuidadosa a su alrededor, sacó el minicom que ella le había dado y presionó el botón, con disgusto, porque él deploró este incumplimiento del Protocolo. Pero no se atrevió a no hacerlo, porque podría ser casi tan feroz como el Príncipe.

El dispositivo crujía. —¿Y ahora qué? —dijo bruscamente la voz de una chica.

El chambelán tragó. —Lo siento señora Claudia, pero me pidió que le dijera si sucedía de nuevo. Bueno, creo que acaba de hacerlo.

* * *

Finn aterrizó a cuatro patas en la grava fuera de la ventana y se recogió a sí mismo. Se marchó por la hierba. Desfilando grupos de cortesanos se dispersaron a su paso, las mujeres bajo sus endeble sombrillas cayendo en rápidas reverencias, los hombres hacían arcos elaborados y barridos con sus sombreros. Los ojos fijos, Finn marchó pasándolos. Despreciaba las vías con sus superficies finamente rastrilladas, cortando directamente a través del parterre, crujiendo las conchas blancas debajo de los pies. Un jardinero indignado salió de detrás de un seto, pero tan pronto como vio que era Finn se desplomó sobre una rodilla. Finn se permitió una sonrisa fría. Siendo el príncipe de este bonito Paraíso tenía que tener algunas ventajas.

El día era perfecto. Pequeñas nubes algodonosas se trasladaban altas en el cielo, el cielo increíblemente azul al que nunca podía acostumbrarse. Una bandada de grajos retozaba en los olmos cerca del lago.

Era el lago que él quería.

Esa extensión suave, azul del agua, lo atrajo como un imán. Se desabrochó el rígido cuello que le hacían llevar puesto, rasgándolo para abrirlo, maldiciendo una y otra vez: la constrictiva ropa, las desconcertantes normas de la cortesía, el fin del Protocolo. De pronto echó a correr, pasando las estatuas y las clásicas urnas plantadas con arreglos florales, haciendo a una manada de gansos en la hierba graznar, aletear y silbar en la distancia.

Estaba respirando con más libertad ahora. Las chispas y el dolor sordo detrás de sus ojos se fueron aliviando. El ataque había estado viniendo de él, allá en esa viciada insostenible habitación, detrás de ese escritorio colmado. Había ido

creciendo en su interior como la ira. Tal vez era la ira. Tal vez debería haber dejado que esto ocurriera, caer en ello con gratitud, la captura que siempre lo esperaba en algún lugar como un hoyo negro en el camino. Porque lo que le hizo ver, por mucho que dolía, después de haber sido más él, podía dormir, profunda e inconsciente, sin sueños de la prisión. Sin sueños de Keiro, su hermano de juramento que había dejado allí.

El agua del lago se ondulaba bajo la suave brisa. Sacudió la cabeza, enojado con lo bien considerada que era la temperatura, cómo todo parecía sereno. En el muelle las embarcaciones con remos se balanceaban y golpeaban al final de sus cuerdas, rodeado de nenúfares verdes hojas planas, donde los mosquitos pequeños bailaban.

No tenía idea de cuánto de él era real.

Por lo menos en la cárcel lo había sabido.

Finn se sentó en la hierba. Se sintió usado, y su ira se volvió sobre sí mismo. El chambelán había estado sólo haciendo todo lo posible. El lanzamiento de la tinta había sido una estupidez.

Acostado sobre su estómago hundió la frente en sus brazos y dejó que el cálido sol le confortase. Hacía tanto calor, y tan brillante. Podía tomarlo ahora, pero para los primeros días Fuera, él había estado ciego, había tenido que usar lentes oscuros porque tenía los ojos llorosos y aguados. Y entonces todas esas largas semanas hasta que su piel había perdido esa palidez blanca, los días de lavado y desinfección y el interminable medicamento que Jared le había hecho tomar. Semanas de pacientes lecciones de Claudia en cómo vestirse, cómo hablar, cómo comer con cuchillos y tenedores, los títulos, los arcos, cómo no gritar, escupir, jurar, luchar.

Hace dos meses había sido un preso sin esperanza, un ladrón hambriento, harapiento y mentiroso. Ahora era un príncipe en el Paraíso.

Y sin embargo, nunca había sido más infeliz.

Una sombra oscureció la luz roja detrás de sus párpados.

Él los mantuvo en un cierre hermético, pero el aroma del perfume que llevaba le llegó con claridad, el roce de su vestido era más fuerte cuando ella se sentó a su lado en el parapeto de piedra.

Después de un momento le dijo: —La Maestra me maldijo, ¿sabías eso?

La voz de Claudia era fría. —No.

—Bueno, ella lo hizo. La Maestra, ¿la mujer cuya muerte fue mi culpa? Tomé su Llave de cristal. Sus últimas palabras fueron: "Espero que te destruya". Creo que su maldición está viniendo de verdad Claudia.

El silencio duró tanto tiempo que él levantó la cabeza y la miró. Tenía las rodillas en el marco del vestido de seda de melocotón y sus brazos se abrazaban a su alrededor y lo estaba mirando con esa preocupada, molesta mirada que había llegado a conocer. —Finn...

Se sentó. —¡No lo hagas! No me digan que debo olvidar el pasado. No me digas más, que la vida aquí es un juego, que cada palabra que dices y cada sonrisa, cada gracioso arco es un movimiento en un juego. ¡No puedo vivir así! No lo haré.

Claudia frunció el ceño. Vio la tensión en sus ojos. Cuando el ataque venía, él siempre había tenido este aspecto. Quería hablarle bruscamente, pero en cambio se obligó a decir en voz baja: —¿Estás bien?

Se encogió de hombros. —Venía. Pero se ha ido. Pensé... Pensé cuando me escapé que no habría más ajustes. Todos los estúpidos documentos.

Claudia negó con la cabeza. —No es eso. Es Keiro de nuevo, ¿no?

Finn se quedó con la mirada fija por delante. Después de un rato dijo: —¿Siempre eres tan fuerte?

Ella se echó a reír. —Yo soy la pupila de Jared Sapiens. Formada en la observación y análisis. Y —añadió con amargura—: Soy la hija del Alcalde de Incarceron. El jugador final del juego.

Le sorprendió que ella hubiera mencionado siquiera a su padre. Sacó una hoja de hierba y la comenzó a desmenuzar. —Pues tienes razón. No puedo dejar de pensar en Keiro. Keiro es mi hermano de juramento, Claudia. Nos juramos lealtad el uno al otro, lealtad a la muerte y más allá. Ni siquiera se puede adivinar lo que eso significa. En la Prisión nadie puede sobrevivir solo, me cuidó cuando yo ni siquiera sabía quién era yo. Miró mi espalda en un centenar de peleas. En el tiempo en la cueva de la Bestia volvió por mí, a pesar de que tenía la llave, a pesar de que podría haber ido a alguna otra parte.

Claudia se quedó en silencio. Luego dijo: —Lo hice encontrarte. ¿No te acuerdas?

—Él lo habría hecho de todos modos.

—¿Lo haría? —Ella miró sobre el lago—. Por lo que vi, Keiro era arrogante, cruel e increíblemente vanidoso. Tú eras el que parecía tomar todos los riesgos. Él sólo se preocupaba por sí mismo.

—No lo conoces. No le viste pelear con nuestro Señor del Ala. Estuvo increíble ese día. Keiro es mi hermano. Y lo he dejado en el infierno, después de que me comprometí a sacarlo.

Un grupo de jóvenes se pavoneaban de la Corte Tiro con Arco. Claudia dijo: —Es Caspar y sus compinches. Rápido.

Ella se levantó y tiró de uno de los barcos a tierra, Finn intervino y tomó los remos y ella gateó después de él. Con unos cuantos golpes estuvieron a salvo en la quietud del lago, la proa ondulante entre las hojas de lirio. Las mariposas bailan en el aire caliente. Claudia se recostó en los cojines y miró hacia el cielo. —¿Acaso nos ven?

—Sí.

—Bien.

Finn, miró a los jóvenes decadentes con disgusto. El pelo rojo de Caspar y su levita azul chillón estaba claro desde aquí. Se estaba riendo, levantó su arco y apuntó a la embarcación, haciendo vibrar la cadena vacía con una sonrisa burlona. Finn le devolvió la mirada sombría. —Entre él y Keiro sé cuál es el hermano que yo escogería.

Claudia se encogió de hombros. —Bueno, estoy contigo en eso. Recuerda, casi me tuve que casar con él —Dejó el recuerdo de ese día volver a ella, el frío placer deliberado que había sentido en el desgarro del vestido de novia, rasgando su encaje y el blanco perfecto a distancia, como si hubiera sido su vida la que estaba rompiendo, o a ella misma y su padre. Ella misma y Caspar.

—No tienes que casarte con él ahora —dijo Finn en voz baja.

Se quedaron en silencio, con los remos sumergiéndose y salpicando el agua. Claudia arrastraba la mano por el lado, sin mirarlo. Ambos sabían que había sido prometida cuando era una niña con el príncipe Giles, y sólo cuando había sido dado por muerto había Caspar, el príncipe más joven, tomado su lugar. Pero Finn era Giles ahora. Ella frunció el ceño.

—Mira...

Los dos lo dijeron a la vez. Claudia fue la primera en reír.

—Tú primero.

Se encogió de hombros, ni siquiera una sonrisa. —Mira, Claudia, no sé quién soy. Si pensabas que sacarme de Incarceron traería mi memoria, te equivocaste. No puedo recordar nada más que antes, sólo flashes, visiones que los ataques traen. Las pociones de Jared no han hecho ninguna diferencia —De repente detuvo los

remos, dejando el barco a deriva, inclinándose hacia adelante—. ¿No ves? No puedo ser el verdadero príncipe. No puedo ser Giles, a pesar de esto —levantó la mano y vio el tatuaje desapareció del águila coronada—. E incluso si lo soy... He cambiado —luchó para pronunciar las palabras—. Incarceron me ha cambiado. No encajo aquí. No puedo acordarme. ¿Cómo puede Escoria como yo ser lo que quieres? Sigo mirando detrás de mí. No dejo de pensar que un pequeño Ojo rojo está espiándome en el cielo.

Consternada, ella lo observaba. Estaba en lo cierto. Había pensado que sería fácil, esperaba un aliado, un amigo. No esté combatiente de la calle atormentado que parecía detestarse, que pasaba horas mirando las estrellas.

Su rostro estaba tenso, su voz un murmullo bajo. —No puedo ser el Rey —susurró.

Claudia se sentó. —Te lo he dicho. Tienes que hacerlo. ¡Si deseas el poder para sacar a Keiro fuera tienes que hacerlo! —Enojada, se volvió y le devolvió la mirada al césped.

Una llamativa reunión de los cortesanos fue el montaje. Dos hombres de a pie llevaban una pila de sillas doradas, otro estaba cargado con cojines y mazos de croquet. Una banda de sudorosos funcionarios estaban colocando un gran toldo con borlas de seda amarilla sobre las mesas de caballete, y una procesión de mayordomos y sirvientas llevaban jaleas, dulces, capones fríos, repostería delicada y jarras de ponche helado en bandejas de plata.

Claudia se quejó. —El buffet de la Reina. Me había olvidado.

Finn miró. —Yo no voy.

—Sí que lo harás. Estás en el barco de nuevo —le lanzó una mirada dura feroz—. Hay que mantenerlo unido, Finn. Me lo debes. Yo no he destrozado mi vida para llevar a algún matón al trono. Jared está trabajando todas las horas en el Portal. Vamos a conseguir que funcione. Nosotros vamos a sacar a Keiro de la Prisión. Y a esa perra Attia también, aunque me doy cuenta de que has tenido el cuidado de no mencionarla. ¡Pero tienes que hacer tu parte!

Él frunció el ceño. Luego cogió los remos y remó de vuelta.

A medida que se acercaba al muelle, Claudia vio a la reina. Sia llevaba un vestido de un blanco deslumbrante, las elaboradas faldas colocadas como una pastora, mostrando sus pequeños pies en zapatillas brillantes. Su piel pálida estaba protegida del sol por un sombrero ancho, y un mechón de mantón agraciado estaba escondido los hombros. *Se veía alrededor de los veinte años, pero debía ser cuatro veces mayor*, Claudia pensó con amargura. Y sus ojos eran extraños, con iris pálido. Ojos de Bruja.

El barco chocó.

Finn tomó un respiro. Lo hizo hasta el cuello, salió y le tendió la mano. Oficialmente, ella lo tomó y salió con elegancia a las tablas de madera. Juntos caminaron hacia la reunión.

Recordándose respirar. —Usa las servilletas, no los dedos. No jures, no frunzas el ceño.

Él se encogió de hombros. —¿Qué importa? Ella nos quiere a los dos muertos de todos modos.

Claudia se apartó de él, cuando la Reina se apresuró.

—¡Así que aquí están los dos! Mi querido muchacho, te ves mucho mejor hoy.

Finn se inclinó, torpe. Claudia hizo una reverencia baja a su lado. La Reina la ignoró, tomó el brazo de Finn y con un barrido se lo llevó. —Ven y siéntate a mi lado. Tengo una sorpresa para ti.

Ella llevó a Finn al toledo y le hizo sentarse a su lado en los tronos dorados, aplaudió sus manos para que los agentes trajeran más cojines.

—Supongo que piensa que él es el Rey ya —la voz arrastrada estaba justo detrás de Claudia, se volvió y vio a Caspar, el jubón desatado, una copa medio vacía en la mano—. Mi denominado hermanastro.

—Hueles a vino —ella murmuró.

Le guiñó un ojo con amargura a ella. —Te gusta más que yo, ¿verdad, Claudia? Tu bruto costroso ladrón. Bueno, no te acerques demasiado. Mamá tiene sus garras para ti. Estás acabada, Claudia. Sin tu padre para protegerte no eres nada.

Furiosa, se apartó de él, pero venía después de ella.

—Sólo mira ahora a Mamá hacer su primer movimiento La Reina es la pieza más poderosa en el tablero. Esa podrías haber sido tú, Claudia.

La Reina Sia pidió silencio. Luego dijo con su voz de plata: —Queridos amigos. Tengo buenas noticias. El Consejo de la Sapiencia ha mandado a decir que todo está listo para la proclamación del Heredero. Los edictos se han desarrollado y el derecho al trono de mi querido hijastro Giles será aprobado. He decidido celebrar la ceremonia mañana en el Tribunal de Cristal, e invitar a todos los embajadores del Reino, y toda la Corte a que lo presencien. Y después, ¡un baile de máscaras para todos!

Los cortesanos aplaudieron, las mujeres susurraban de placer. Claudia mantuvo su rostro agradable, aunque al instante estaba alerta. ¿Qué fue eso? ¿Qué estaba Sia haciendo? Ella odiaba a Finn. Tenía que haber algún tipo de trampa. Jared siempre había dicho que la Reina retrasaría la proclamación, por meses, por no hablar de la coronación. Sin embargo, aquí lo estaba anunciando. ¡Para mañana!

Los ojos de Sia se encontraron con los suyos entre la multitud brillante. Ella se reía, su risa tintineante, con Finn, estrechando su mano, levantando una copa de vino fino para brindar por él.

Cada nervio en la mente de Claudia estaba tenso por la incredulidad.

—Te lo dije —sonrió Caspar.

Finn se veía furioso. Abrió la boca pero atrapó la mirada de Claudia y se mantuvo en silencio, a fuego lento.

—Él parece tan enojado —sonrió Caspar. Ella se volvió hacia él, pero él se echó hacia atrás, a la vez, alarmado—. ¡Yuk! ¡Saca esa indecente cosa de mí!

Era una libélula, una luz verde parpadeante en las alas, se lanzó hacia él y le dio un tortazo y se perdió. Aterrizó con un leve crujido, en el vestido de Claudia.

Antes de que nadie más pudiera verla, dio dos pasos hacia el lago y se volvió, su voz en un susurro. —¿Jared? Este no es un buen momento.

Sin respuesta. La libélula flexionaba sus alas. Por un momento pensó que había cometido un error, que era un insecto real. Entonces respiró. —Claudia... Por favor. Ven pronto...

—¿Jared? ¿Qué es esto? —levantó su voz por la ansiedad—. ¿Qué está mal?

No hubo respuesta.

—¿Maestro?

Un leve sonido. Cristales rotos, y haciéndose pedazos.

Al instante se dio la vuelta y salió corriendo.

3

Traducido por Cowdien

Corregido por Nanis

Una vez Incarceron se convirtió en un dragón, y un Prisionero penetró en su guarida. Ellos hicieron una apuesta. Se preguntarían el uno al otro acertijo, y el que no respondiera perdería. Si era el hombre, él daría su vida. La Prisión ofreció una vía secreta de Escape. Pero incluso cuando el hombre estuvo de acuerdo, él sintió la risa escondida. Ellos jugaron por un año y un día. Las luces permanecieron oscuras. Los muertos no fueron movidos. La comida no fue provista. La Prisión ignoró los llantos de sus presos. Sapphique era el hombre. Él solo tenía un acertijo más. Él dijo: —¿Cuál es la llave que abre el corazón? Por un día Incarceron pensó. Por dos días. Por tres. Luego dijo: —Si alguna vez supe la respuesta, la he olvidado.

—SAPPHIQUE EN LOS TÚNELES DE LA LOCURA.

Los feriantes dejaron la villa temprano, antes del Amanecer.

Attia espero por ellos en las afueras de las destartaladas murallas, detrás de un pilar de ladrillos donde enormes grilletes aún colgaban, oxidados con polvo rojo. Cuando las luces de la Prisión se encendieron con su acre destello, vio que siete vagones ya estaban haciendo ruido en la rampa, la jaula del oso atada a uno, el resto cubierto por artilugios de tela estrellada. Al tiempo que ellos se aproximaban, vio los pequeños ojos rojos del oso entrecerrarse hacia ella. Los siete malabaristas idénticos caminaban por los costados, lanzándose bolas entre ellos en patrones completos.

Ella se sentó en el asiento junto al Encantador.

—Bienvenida a la tropa —él dijo—. El triunfo de esta noche es en una villa a dos horas de distancia, a través de los túneles. Un nido infestado de ratas, pero escuche que tienen un buen escondite de plata. Puedes bajarte bastante antes de que lleguemos. Recuerda, Attia, mi dulce niña. Tú nunca debes ser vista con nosotros. Tú no nos conoces.

Ella lo miró. En el severo brillo de las luces él no tenía nada de la juventud de su disfraz de escena. Su piel estaba picada de viruela, su cabello cobrizo, lacio y grasoso. La mitad de sus dientes habían desaparecido, probablemente en alguna pelea. Pero sus manos eran poderosas, delicadas en las riendas. Los dedos de un mago diestro.

—¿Cómo puedo llamarte? —ella murmuró.

Él sonrió. —Los hombres como yo cambian sus nombres como abrigos. He sido Silentio, el Vidente Silente, y Alixia, la Bruja de un Ojo de Demonia. Un año era El Vagabundo Delincuente, el siguiente el Forajido elástico del Ala de las Cenizas. El Encantador es una nueva dirección. Le confiere cierta dignidad, creo. — El agitó las riendas; el buey se movió pacientemente alrededor del un agujero en la vía metálica.

—Debes tener un nombre real.

—¿Debo?—él le sonrió—. ¿Cómo Attia? ¿Llamas a eso real?

Molesta, ella dejó caer el montón de sus posesiones a sus pies. —Suficientemente real.

—Llámame Ishmael —dijo y luego rió, un repentino ladrido desde su garganta que la sorprendió.

—¿Qué?

—De un cuadernillo que leí una vez. Sobre un hombre obsesionado con un enorme conejo blanco. Él lo cazó por un agujero y se lo comió y él está en su estómago por cuarenta días. —Él miró hacia el plano sin forma de metal inclinado, a sus pocos arbustos espinosos—. Adivina mi nombre. El acertijo de mi nombre, mi Attia.

Ella frunció el ceño, en silencio.

—¿Es mi nombre Adrax, o Malevin, o Korrestan? ¿Es Torn TatTot o Rumpelstiltsker? ¿es...?

—Olvidalo —ella dijo. Había un brillo desquiciado en los ojos de él ahora; la estaba mirando fijamente en una forma que a ella no le gustaba. Para su alarma él dio un salto y gritó—: ¿Es el Salvaje Edric el que cabalga en el viento?

El buey seguía caminando, sin molestarse. Uno de los siete malabaristas idénticos corrió junto a ellos. —¿Todo bien, Rix?

El mago pestañeo. Como si él hubiera perdido balance se sentó pesadamente. — Ahora, tú lo has dicho. Y es Maestro Rix para ti, dedos revoltosos.

Él hombre se encogió de hombros y le hecho una mirada a Attia. Discretamente él se golpeo en la frente, rodó sus ojos y camino. Ella frunció el ceño. Había pensado que estaba volado por el ket, pero quizás se había mezclado a sí misma con un lunático. Había muchos de esos en Incarceron. Con medio cerebro o nacidos de células rotas. Él pensamiento la hizo pensar en Finn, y ella mordió su labio. Pero sin importar lo que este Rix era, había algo sobre él. ¿De verdad tenía el Guante de Sapphique, o era solo un montaje de escenario? Y si lo tenía, ¿Cómo iba ella a robarlo?

Él estaba en silencio ahora, repentinamente triste. Sus estados de ánimos parecían cambiar rápidamente. Ella no habló tampoco, mirando fijamente hacia el siniestro paisaje de la Prisión.

En esta Ala la luz era un brillo ardiente y sordo, como si algo se estuviera quemando justo fuera de tu vista. El techo aquí era demasiado alto para verlo, pero mientras los vagones resonaban por el camino, ellos se desviaron alrededor del fin de una enorme cadena que colgaba; ella miro hacia arriba, pero su parte más alta estaba perdida en oxidados jirones de nubes.

Una vez había navegado hasta aquí, en un barco de plata, con amigos, con una Llave —pero como Sapphique—, ella había caído.

Más adelante, un grupo de colinas se elevaba, sus formas extrañas y dentadas.

—¿Qué son esas? — ella dijo.

Rix se encogió de hombros. —Esas son Los Dados. No hay forma de pasar sobre ellas, el camino corre por debajo. —Él la miro de reajo—. Así que ¿qué trae a una ex esclava a nuestro grupo?

—Te lo dije. Necesito comer —se mordió la uña y dijo—: Y soy curiosa. Me gustaría aprender unos pocos trucos.

Él asintió. —Tú y todos. Pero mis secretos mueren conmigo, hermana. Promesa de Mago.

—¿No me enseñarás?

—Solo el Aprendiz obtiene mis secretos.

Ella no estaba tan interesada, pero necesitaba averiguar algo del Guante. —¿Ese es tu hijo?

Su ladrido por risa la hizo saltar. —¡Hijo! ¡Probablemente tengo unos cuantos de esos alrededor de la Prisión! No. Cada mago le enseña el trabajo de su vida a una persona, su aprendiz. Y esa persona llega una vez en la vida. Podrías ser tú. Podría

ser cualquiera. —se inclinó cerca, y le cerró un ojo—. y solo los reconozco por las cosas que dicen.

—Quieres decir, ¿Cómo una contraseña?

Él se balanceo a la distancia, en exagerado respeto. —Eso es exactamente lo que quise decir. Una palabra, una frase, que solo yo sé. Que mi antiguo maestro me enseñó. Un día, escucharé a alguien hablarla. Y ese alguien será al que enseñe.

—¿Y al que le pasarás tus accesorios? —ella dijo quedamente.

Los ojos de él se deslizaron hacia ella. Él tiró de las riendas; el toro bramó, transportado a un torpe alto.

La mano de Attia se lanzó a su cuchillo.

Rix se giró hacia ella. Ignorando los gritos de los carreteros en la parte trasera de él, la miró con sus desconfiados y agudos ojos. —Así que eso es —dijo—. Tú quieres mi Guante.

Ella se encogió de hombros. —Si era el real...

—Oh es real.

Ella resopló. —Seguro. Y Sapphique te lo dio.

—Tú desdén tiene por motivo sacarme la historia —él agitó las riendas, y el buey avanzó pesadamente—. Bueno, te diré, porque quiero. No es secreto. Tres años atrás, estaba en un Ala de la Prisión conocida como los Túneles de la Locura.

—¿Existen?

—Existen, pero no querrías ir ahí. Muy dentro en uno conocí a una mujer. Ella estaba enferma, muriendo en la orilla del camino. Le di una taza de agua. En reposición, ella me dijo que cuando era una niña, había visto a Sapphique. Él se le había aparecido en una visión, cuando dormía en una extraña habitación inclinada. Él se había arrodillado junto a ella, y sacado de su mano derecha el Guante, y deslizado bajo los dedos de ella. *Mantenlo seguro por mi hasta que vuelva*, él dijo.

—Ella estaba loca —Attia dijo quedamente—. Todos los que van ahí se vuelven locos.

Rix rio con su áspero ladrido. — ¡Justo así! Yo mismo nunca he sido el mismo. Y no le creí. Pero ella sacó desde sus harapos un Guante, y cerró mis dedos alrededor de él. *Lo he escondido por un largo tiempo ella susurró y la Prisión lo caza, lo sé. Tú eres un gran mago. Estará seguro contigo.*

Attia se preguntó cuánto era verdad. No la última frase, seguramente. —Y tú lo has mantenido a salvo.

—Muchos han intentado robarlo. —Sus ojos miraron a ambos lados—. Nadie ha salido victorioso.

Él obviamente sospechaba. Ella sonrió, y siguió al ataque. —La noche anterior, en ese llamado acto tuyo. ¿De dónde sacaste esas cosas de Finn?

—Tú me dijiste, dulce niña.

—Te dije que había sido una esclava y que Finn...me rescató. Pero lo que dijiste sobre traición, sobre amor. ¿De dónde sacaste eso?

—Ah. —Él hizo de sus dedos un elaborado campanario—. Leí tu mente.

—Basura.

—Tú viste. El hombre, la mujer sollozando.

—¡Oh lo vi! —ella dejó que un profundo disgusto tiñera su voz—. ¡Engañándolos con esa basura! Él está a salvo en la paz de Incarceron. ¿Cómo puedes vivir contigo mismo?

—La mujer queréis escucharlo. Y tú sí amas y odias a este Finn. —El brillo estaba de vuelta en sus ojos. Luego su rostro se oscureció—. ¡Pero el resonar del trueno! Admito que me sorprendió. Eso nunca había pasado antes. ¿Está Incarceron mirándote Attia? ¿Está interesada en ti?

—Nos está mirando a todos —gruñó.

Desde atrás, una voz estridente chilló: —¡Apúrate Rix! La cabeza de una gigante estaba mirando por una tela estrellada.

—¿Y esa visión del pequeño ojo de cerradura? —Attia tenía que saber.

—¿Cuál agujero de cerradura?

—Dijiste que podías ver Afuera. Las estrellas, dijiste, y un gran palacio.

—¿Lo hice? —sus ojos estaban confundidos; tampoco tenía idea si estaba mintiendo o no—. No recuerdo. A veces cuando uso el Guante de verdad pienso que algo controla mi mente.

Él agitó las riendas. Ella quería preguntarle más pero él dijo: —Sugiero que te bajes y estires tus piernas. Estaremos en Los Dados pronto, y luego todos tenemos que entrar a la guarida.

Era una despedida. Molesta, Attia saltó del carro.

—Ya era tiempo —la gigante espetó.

Rix lanzó su sonrisa sin dientes. —Gigantia, querida. Vuelve a dormir.

Él azotó al buey. Attia dejó que el carro resonara adelante; de hecho ella los dejó a todos pasar, los costados pintados llamativamente, las ruedas con radios rojos y amarillos, las cacerolas y sartenes resonando debajo. Justo en la parte trasera un burro caminaba atado a una cuerda, y unos pocos niños pequeños caminaban cansinamente.

Ella los siguió, con la cabeza baja. Necesitaba tiempo para pensar. El único plan, cuando ella había escuchado los rumores del mago que clamaba tener el Guante de Sapphique, había sido encontrarlo y robárselo. Si había sido abandonada por Finn, intentaría todo para encontrar su propio camino hacia el exterior. Por un momento sus pies tropezaron a lo largo del camino de metal, se dejó a sí misma revivir la miseria que la rodeaba en esas horas en la célula del Fin del mundo, el desdén de Keiro y su lastima y su *él no va a volver. Acostúmbrate*.

Ella se había ido contra él entonces. —Él lo prometió, ¡es tu Hermano de Juramento!

Incluso ahora, dos meses más tarde, su frío encogimiento de hombros y su respuesta la congelaba.

—No más. —Keiro se había detenido en la puerta—. Finn es un experto mentiroso. Su especialidad es hacer que la gente sienta pena por él. No pierdas tu tiempo. Él tiene a Claudia ahora, y su reino. Nunca lo veremos de nuevo.

—¿Y a dónde vas?

Él había sonreído. —A encontrar mí propio reino. Atrápame. —Luego se había ido, buscando su camino a través del corredor colapsado.

Pero ella había esperado.

Había esperado sola en la sucia y silenciosa celda por tres días, hasta que la sed y el hambre la habían alejado. Tres días de rehusarse a creer, de duda, de ira. Tres días de imaginar a Finn fuera en ese mundo donde las estrellas estaban, en algún enorme palacio de mármol con gente haciéndole reverencias. ¿Por qué él no había vuelto? Debía de ser Claudia. Ella debía de haberlo persuadido, puesto un hechizo en él, hacerlo olvidar. O la Llave se debía de haber roto, o perdido.

Pero ahora era difícil pensar así. Dos meses era un largo tiempo. Y había otro pensamiento que se escondía en su mente, que reptaba fuera cuando estaba cansada o deprimida.

Que él estaba muerto. Que sus enemigos ahí afuera lo habían matado.

Excepto que la noche pasada, en ese momento de falsa muerte, ella lo había visto.

Un grito, mas adelante.

Ella elevó la vista, y vio, elevándose delante de ella, a Los Dados.

Eso era exactamente lo que eran. Un gran grupo de ellos, más grande que montañas, sus lados blancos y ligeramente brillantes, como si un gigante hubiera esparcido una pila de cubos de azúcar en su camino, con suaves agujeros que podrían haber sido agrupados en seis o cinco. En lugares pequeños, brotes retrasado luchaban por crecer; profundo en los acantilados y valles, un ligero moho se aferraba como pasto. Ningún camino llevaba allá arriba; las montañas en forma de cubo debían ser duras como mármol, y suaves, imposibles de trepar. En vez de eso, la vía corría por un túnel cortado en la base.

Los vagones se detuvieron. Rix se puso de pie, y dijo: —Gente.

Unos pocos rostros repentinos estaban mirando desde los vagones, enanos, enormes, marchitos, y similares a los enanos del show de fenómenos. Los siete malabaristas agrupados. Incluso el guardián del oso deambulaba en la parte trasera.

—El rumor es que la pandilla que gobierna este camino es codiciosa pero torpe. — Rix tomó una moneda de su bolsillo y la hizo girar en el aire—. Así que debemos pasar sin problemas. Si hay...obstrucciones, todos saben que hacer. Estén alertas, mis amigos. Y recuerden, el Art Magicke es el arte de la ilusión.

Él hizo una elaborada reverencia y se sentó de nuevo. Confundida, Attia vio como los siete malabaristas estaban distribuyendo espadas y cuchillos, y pequeñas bolas rojas y azules. Luego cada uno de ellos trepo junto a un conductor. Los carros muy cerca, en una formación apretada.

Ella trepo rápidamente detrás de Rix y su guardia.

—¿De verdad vas a meterte en alguna pandilla de Escoria con cuchillos plegables y espadas falsas?

Rix no respondió. Solo sonrió con su boca sin dientes.

Mientras la entrada del túnel se elevaba, Attia saco su propio cuchillo y deseo desesperadamente tener una escopeta. Esta gente estaba loca, y ella no se proponía morir con ellos. Más adelante la sombra del túnel se alzaba. Pronto la intensa oscuridad se cerró sobre ella.

Todo desapareció. No, no todo. Con una torcida sonrisa, se dio cuenta que si se inclinaba podía ver las letras del vagón de atrás; que estaban resaltadas con brillante y luminosa pintura —La única extravagancia viajante— la que tenia los rayos de las ruedas de color verde. No había nada más. El túnel era estrecho; desde su techo el sonido retumbaba en ejes que reverberaban en un trueno de ecos.

Mientras más dentro iban, más preocupada estaba ella. Ningún camino estaba sin sus dueños; quien sea que gobernara esté, tenía un escondite de emboscada seguro. Mirando hacia arriba, intentó descifrar el techo, intentando saber si había alguien arriba en caminos o colgando de redes, pero aparte de la red de una araña, no podía ver nada.

Excepto, por supuesto, los Ojos.

Ellos eran bastante obvios en la oscuridad. Los pequeños ojos de Incarceron la miraban a intervalos, pequeñas estrellas de curiosidad. Recordó los libros de imágenes que había visto, imaginó como debía de verse ella para la curiosa Prisión. Pequeña y granosa, mirando hacia arriba desde el vagón.

Mírame, ella pensó, amargamente. Recuerda, te he escuchado hablar. Sé que hay una forma de salir desde ti.

—Están aquí—Rix murmuró.

Ella lo miró fijamente. Luego, con un golpe que la hizo saltar, una red cayó delante de ellos en la oscuridad; y otra más detrás. El polvo se elevó; el buey bramó mientras Rix tiraba para detenerse. Los vagones crujieron hacia un rezagado silencio.

—¡Saludos! —el grito vino desde la oscuridad delante—. Bienvenido al puesto de peaje de Los Carniceros de Thar.

—Siéntense juntos —Rix murmuró—. Y sigan mis direcciones. —Él saltó a un lado, una larguirucha sombra en la oscuridad. Inmediatamente un haz de luz lo ilumino. Él cubrió sus ojos contra ella—. Estamos más que dispuestos a pagar al gran Thar lo que sea que quiera.

Un bufido de risa. Attia miró hacia arriba. Algunos de ellos estaban arriba, ella estaba segura. A hurtadillas sacó su cuchillo, recordando como el Comitatus la había capturado con una red arrojadiza.

—Solo dinos, grande, ¿Cuál es la tarifa? —Rix sonaba aprehensivo.

—Oro, mujeres o metal. Lo que sea que escojamos, hombre de espectáculos.

Rix hizo una reverencia, y dejó que el alivio reptara en su voz. —Entonces, adelántate y toma lo que quieras, maestro. Todo lo que pido es que las propiedades de nuestro arte las dejes con nosotros.

Attia siseo. —Solo vas a dejarlos...

—Cállate —él murmuró. Luego, hacia los malabaristas—. ¿Cuál eres tú?

—Quintus.

—¿Tus hermanos?

—Listos, jefe.

Alguien estaba viniendo desde la oscuridad. En el rojizo brillo de los Ojos, Attia lo veía en flashes, cabeza calva, hombros rechonchos, el brillo del metal atado sobre él. Detrás, en una siniestra línea, otras figuras.

En cada lado, luces verdes estallaban con un chisporroteo.

Attia miraba fijamente; incluso Rix juró.

El líder de la pandilla era un medio hombre.

La gran parte de su cráneo calvo era una placa de metal, una oreja un agujero cubierto por una malla de filamentos de piel.

En sus manos sostenía un arma temible, en parte hacha, en parte cuchilla de carnicero. Los hombres tras él, estaban todos con la cabeza afeitada, como si esa fuera la marca de la tribu.

Rix tragó. Luego elevó una mano y dijo: —Somos un pueblo pobre, Señor del Ala. Algunas delgadas monedas de plata, unas pocas piedras preciosas. Tómelas. Tome lo que sea. Solo déjenos nuestros patéticos accesorios.

El medio hombre se estiró y apretó la garganta de Rix. —Hablas mucho.

Sus secuaces ya estaban trepando por los vagones, empujando a los malabaristas a un lado, metiéndose bajo las lonas. Muchos de ellos salieron directamente.

—Por los dientes del infierno —uno murmuro—. Estos son bestias, no hombres.

Rix sonrió débilmente al Señor del Ala. —La gente paga vapor ver la fealdad. Los hace sentir humanos.

Una cosa estúpida para decir, Attia pensó, mirando el rostro siniestro de Thar.

El Señor del Ala estrechó sus ojos. —Entonces nos pagarás monedas.

—Cualquier cantidad.

—Y ¿mujeres?

—Sí, Señor.

—¿Incluso tus niños?

—Tome su elección.

El Señor del Ala se burló. —Que cobarde más apestoso eres.

Rix puso un rostro triste. El hombre lo dejó caer en disgusto. Lanzó una mirada hacia la chica. —¿Qué tal tu, chica?

—Tócame —ella dijo suavemente—, y te cortaré la garganta.

Thar gruñó. —Ahora eso es lo que me gusta. Entrañas. —Él dio un paso adelante y toqueteó el borde de su cuchilla—. Así que dime, cobarde. ¿Qué son estos...accesorios?

Rix palideció. —Cosas que usamos en nuestro acto.

—Y ¿Qué las hace preciosas?

—No lo son. Quiero decir... —Rix tartamudeó—. Para nosotros, sí, pero...

El Señor del Ala empujó su rostro cerca del mago. —Entonces no te importará que los miremos, ¿cierto?

Rix se veía afectado. *Su culpa*, Attia pensó amargamente, el Señor del Ala pasó empujándolo. Él se acercó al vagón, arrancó la cavidad que estaba escondida bajo el cubre pies del asiento del conductor, y sacó una caja.

—No. —Rix lamió sus labios partidos—. ¡Señor, por favor! Tome todo lo que tenemos, ¡pero no eso! Sin estas baratijas no podemos presentarnos...

—He escuchado —Thar destruyó la aldaba de la caja pensativamente—, cuentos sobre ti. Sobre cierto Guante.

Rix estaba en silencio. Lucia golpeado por el pánico.

El medio hombre arrancó la tapa de la caja y miró dentro. Metiendo la mano, sacó un pequeño objeto negro.

Attia contuvo el aliento. El Guante era pequeño en la mano del hombre; estaba usado y había sido remendado, y el dedo índice estaba marcado con lo que alguna vez podría haber sido rastros de sangre. Ella hizo un movimiento; el hombre la miró y se congeló. —Así que —dijo ávido—. El Guante de Sapphique

—Por favor. —Rix había perdido toda su fanfarronada—. Cualquier cosa menos eso.

El Señor del Ala sonrió. Con burlona lentitud, comenzó a poner el Guante sobre sus gordos dedos.

4

Traducido por Virtxu
Corregido por Nanis

*Hemos sido muy cuidadosos en la fijación de las cerraduras de la cárcel.
Nadie puede entrar o salir. El Guardián tendrá la única llave.
En caso de que muera sin pasar su conocimiento, el Esoterica debería ser abierto.
Pero sólo por su sucesor. Estas cosas están prohibidas ahora.*
—**INFORME DEL PROYECTO; MARTOR SAPLENS**

—¿Jared?

Sin aliento, Claudia irrumpió a través de la puerta en la habitación de su tutor y se quedó mirando alrededor.

Estaba vacía.

La cama estaba hecha con esmero, los estantes espartanos contenían unos cuantos libros. En el suelo de madera había dulces juncos dispersos, y en una bandeja sobre la mesa, había un plato con migas en ella y una copa de vino vacía.

Mientras se daba la vuelta para irse, el dobladillo de su falda levantó un papel.

Ella lo miró. Parecía una carta, en un grueso papel vitela, escondido bajo el cristal. Incluso desde aquí se podía ver la insignia real en la parte posterior, el águila Havaarna coronada, con su garra levantada sosteniendo el mundo. Y la Rosa Negra de la Reina.

Estaba en un apuro. Quería encontrar a Jared, pero se quedó mirándolo. Había sido abierto y leído. Él lo había dejado en el suelo. No podía ser un secreto. Todavía vaciló. Había leído cartas de otras personas sin un pedazo de remordimiento, en la Corte todos era unos desconocidos, quizás enemigos. Ellos eran parte del juego. Pero Jared era su único amigo. Más que eso. Su amor por él, era viejo y fuerte.

Así que cuando cruzó la habitación y abrió la carta se dijo que no importaba, que él seguramente le diría al respecto de todos modos. Compartían todo.

Era de parte de la Reina. Claudia la leyó, con sus ojos ampliándose.

Mi querido maestro Jared:

Le escribo porque siento que necesito dejar las cosas claras entre nosotros. Usted y yo hemos sido enemigos en el pasado, pero realmente ya no tiene por qué ser el caso. Sé que está ocupado con su trabajo de tratar de reactivar el Portal. Claudia debe estar desesperada por tener noticias de su querido padre. Pero me pregunto si usted puede encontrar tiempo para encontrarse conmigo. Le espero en mis habitaciones privadas, a las siete.

Sia, Regina.

Y en letras pequeñas debajo: *Podríamos ser de gran ayuda el uno para el otro.*

Claudia frunció el ceño. Dobló la nota, atascándola de nuevo bajo el cristal, y se apresuró a salir. La Reina siempre había estado conspirando. ¿Pero que quería ella de Jared?

Él tenía que estar donde el Portal.

Mientras cogía una vela y la encendía, trató de no sentirse tan agitada. Abrió la puerta hacia el lujoso revestimiento de madera del pasillo y tamborileó por la escalera de caracol que conducía a los sótanos, esquivando las telarañas que se regeneraban con irritante velocidad. Las profundas bóvedas eran húmedas y frías. Zigzagueando entre los barriles y los toneles de vino se apresuró hacia el rincón más oscuro, donde las altas puertas de bronce se alzaban hacia el techo y se encontró con horror que estaban cerradas. Los enormes caracoles que parecían infestar este lugar se aferraban al metal helado, con sus senderos atravesando la húmeda superficie.

—¡Maestro! —Claudia golpeó el puño contra la puerta—. ¡Déjeme entrar!

Silencio.

Por un momento estuvo segura de que él no podía, que estaba inconsciente, que la lenta enfermedad que le había estado consumiendo por años le había estrujado. A continuación, otro temor la apuñaló aún más fuerte, que había conseguido por fin que el Portal funcionara y estaba atrapado en Incarceron.

La puerta se abrió con un clic.

Se coló por ella y se quedó mirando.

Y entonces se echó a reír.

Él estaba sobre sus manos y rodillas, tratando de recoger cientos y cientos de brillantes plumas azules, Jared la miró con irritación. —Esto no es divertido, Claudia.

Ella no podía parar. Estaba tontamente aliviada. Se sentó en la única silla que había y dejó que la risa diera lugar a una especie de histeria que la dejó secándose los ojos con la seda de su falda. Jared se echó hacia atrás sobre sus manos, en el océano azul del plumaje y ella lo observó. Llevaba una camisa de color verde oscuro arremangada. Su abrigo de Sapien, descansaba sobre la silla, enterrado en plumas. Su largo cabello estaba enredado. Pero su sonrisa, cuando llegó, era triste y real. — Bueno, está bien. Tal vez lo sea.

La habitación que siempre había sido tan pura y blanca parecía como si mil cazadores hubieran desplumado algo. Las plumas yacían en el escritorio de metal y cubrían los lisos estantes de plata con sus irreconocibles dispositivos. El suelo estaba cubierto hasta los tobillos. Nubes de ellos se levantaban y se movían en cada movimiento.

—Ten cuidado. Golpeé un frasco tratando de agarrarlos.

—¿Por qué las plumas? —Consiguió decir ella al fin.

Jared suspiró. —Una pluma. Lo cogí del césped. Pequeña. Orgánica. Perfecta para la experimentación.

Ella lo miró fijamente. —¿Una? Entonces...

—Sí, Claudia. Finalmente conseguí que algo sucediera. Pero no es lo correcto.

Sorprendida, ella miró a su alrededor. El Portal era el camino hacia Incarceron, pero sólo su padre sabía sus secretos y lo había saboteado en su escape hacia el interior. Se había sentado en esa silla y desaparecido, y sabía que se había perdido en algún lugar del mundo en miniatura que era la prisión. Y desde entonces aquí nada había funcionado. Jared había pasado meses estudiando los controles de la mesa, enfureciendo a Finn con su cuidadoso y delicado sondeo, pero sin disponer del interruptor del circuito o sin siquiera haberlo encendido.

—¿Qué pasó? —ella se levantó de la silla, de pronto con miedo de que ella pudiera desaparecer.

Jared sacó una pluma azul de su pelo. —La coloqué en la silla. Durante los últimos días he estado experimentando con el cambio de los componentes rotos por varios suplentes, el último fue un plástico ilícito adquirido a un comerciante en el mercado.

Claudia dijo inmediatamente: —¿Alguien te vio?

—Estaba bien tapado, así que no creo.

Pero ambos sabían que probablemente había sido seguido.

—¿Y bien?

—Debió de haber funcionado. Debido a que hubo un destello y un... temblor. Pero la pluma no desapareció, ni tampoco se miniaturizó. Se multiplicó. Son todas perfectamente iguales. —Él miró alrededor con una pálida impotencia que golpeó repentinamente a Claudia.

La sonrisa se fue de su rostro. En voz baja dijo: —Usted no debe forzarse demasiado, Maestro.

Levantó la vista hacia ella, su voz era suave. —Soy consciente de eso.

—Sé que Finn siempre anda rondando aquí, molestándole.

—Deberías llamarle Príncipe Giles. —Él se levantó, haciendo una ligera mueca—. Pronto será rey.

Se miraron el uno al otro. Claudia asintió con la cabeza. Mirando alrededor, encontró un saco que contenía herramientas, lo vació y empezó a rellenarlo con las plumas, puñado a puñado.

Jared se sentó en la silla y se inclinó hacia delante. —¿Puede Finn hacer frente a esa presión? —preguntó en voz baja.

Hizo una pausa. Vio cómo su mano se quedó dentro del saco, cuando la sacó, ella trabajó más duro y más rápido.

—Él tiene que hacerlo. Lo saqué de Incarceron para que fuera rey. Lo necesitamos. —ella levantó la vista—. Es extraño. Lo único que me importaba cuando esto comenzó era no casarme con Caspar. Y conseguir ser mejor que mi padre. Toda mi vida ha sido trazada y planificada, he estado obsesionada con esas cosas...

—Y ahora que las has logrado no estás satisfecha —él asintió con la cabeza—. La vida es una serie de escaleras que subir, Claudia. Has leído Filosofías de Zelon. Tus horizontes se han movido.

—Sí, pero Maestro, no sé...

—Lo haces. —Alargó su delicada mano y se apoderó de la de ella, deteniéndola—. ¿Qué quieres de Finn cuando se convierta en rey?

Por un largo rato, ella se quedó tranquila, como si pensara. Pero dijo exactamente lo que él sabía que diría. —Quiero que revoque el Protocolo. No por el camino que los Lobos de Acero quieren, al matar a la reina. Quiero encontrar una manera pacífica, para que podamos empezar otra vez, viviendo naturalmente, sin este estancamiento, esta asfixiante falsa historia.

—¿Es eso posible? Tenemos pocas reservas de energía.

—Sí, y todas son desperdiciadas en los palacios de los ricos, y manteniendo el cielo azul, y capturando a los pobres y olvidándolos en una prisión dirigida por una máquina tiránica. —Barrió ferozmente las últimas plumas y se levantó—. Maestro, mi padre se ha ido. Nunca lo creí posible, pero siento que la mitad de mí se ha ido con él. Pero soy su sucesora, y si alguien es el Guardián de Incarceron ahora, soy yo. Así que voy a ir a la Academia. Voy a leer el Esoterica.

Se dio la vuelta, sin querer ver la alarma en el rostro de él.

Jared no dijo nada. Él recogió su abrigo y la siguió, y al cruzar el umbral de la puerta los dos volvieron a sentir ese extraño cambio, como si la sala se irguiera detrás de ellos. Volviéndose, Claudia miró a su pureza blanca; el lugar que existía tanto aquí como en casa, al igual que el estudio de su padre.

Jared abrió las puertas cerrándolas después y sujetándolas con unas cadenas. La unió con un pequeño dispositivo de bronce. —Esto es sólo una medida de salvaguardia. Medlicote estaba aquí esta mañana.

Claudia se sorprendió. —¿El secretario de mi padre?

Jared asintió con la cabeza, preocupado.

—¿Qué quería?

—Él tenía un mensaje para mí. Echó un buen vistazo. Creo que está tan curioso como todos los demás en la Corte. —A Claudia no le había gustado nunca el hombre alto, silencioso que trabajaba para su padre.

Pero ahora, dijo, en voz baja. —¿Qué mensaje?

Habían llegado a la escalera. Él dejó caer el saco de plumas para que algún criado lo recogiera; Jared dio un paso atrás con un perfecto Protocolo para dejarla ir primero. Por un momento, mientras pasaba bajo el marco de las telarañas, un poco de miedo se apoderó de ella, miedo de que él le fuera a mentir, o evadir la pregunta. Pero su voz fue normal. —Un mensaje de la Reina. No estoy seguro de qué se trata. Ella quiere reunirse conmigo.

Claudia sonrió dulcemente en la penumbra. —Pues tienes que ir. Necesitamos saber lo que está haciendo.

—Tengo que decir que ella me parece aterradora. Pero sí, tienes razón.

Ella lo esperaba en la parte superior de la escalera, mientras, él salió por la puerta, cogió el marco y respiró de forma pronunciada por un momento, como si una chispa de dolor le hubiera picado. Entonces él captó su mirada y se enderezó. Caminaron por el apanalado pasillo en silencio, volviéndose hacia un largo pasillo forrado con cientos de jarrones de color azul y blanco cada uno tan alto como un

hombre, llenos con un viejo popurrí que olía a humedad. Bajo sus pies, las tablas de madera crujieron.

—El Esoterica se guarda en la Academia —dijo Jared.

—Entonces voy a tener que ir allí.

—Necesitas el permiso de la reina. Y los dos sabemos que ella en realidad no quiere que el portal se abra de nuevo.

—Maestro, voy a ir, diga ella lo que diga. Y tendrás que venir conmigo, porque no entenderé nada de lo que me encuentre.

—Eso significa dejar a Finn aquí por su cuenta.

Ella lo sabía. Había estado pensando en eso durante días.

—Tendremos que encontrar un guardaespaldas para él.

Habían llegado a la Corte Madreselva. El dulce aroma de sus enredadas flores era como una ola del verano, que la hacía sentirse más feliz. Mientras andaban hacia el laberinto de caminos formales con el sol del atardecer iluminando el dorado claustro de cristal retorcido; pequeñas piezas de mosaico brillaban, y algunas abejas zumbaban en el romero y la lavanda recién cortados.

A lo lejos, el reloj de la torre de la campana dio las siete menos cuarto. Claudia frunció el ceño. —Es mejor que te vayas. A Sia no le gusta que la hagan esperar.

Jared sacó el reloj de su bolsillo y lo revisó.

Claudia dijo: —Siempre lo llevas ahora.

—Tu padre me lo dio. Creo en mí mismo como su Guardián.

El reloj era digital y preciso. Dentro de su caja dorada que era puramente no-de-esta-era, y que siempre la había sorprendido, porque su padre había sido meticuloso con los detalles. Mirando ahora a la fina cadena de plata, al cubo pequeño que colgaba de él, se preguntó cómo el Guardián iba a hacer frente a la sociedad y a la pobreza de la prisión. Pero él la conocía bien. Había estado allí muchas veces.

Jared hizo clic en el reloj cerrándolo. La sostuvo un momento en silencio.

Entonces, con voz muy suave, dijo: —Claudia, ¿cómo sabías que iba a encontrarme con la Reina a las siete?

Ella se congeló. Por un momento no pudo decir nada. Entonces lo miró. Sabía que su cara estaba enrojecida.

—Ya veo —dijo él.

—Maestro, yo... Lo siento. La nota estaba tirada allí. La cogí y la leí —ella sacudió la cabeza—. ¡Lo siento!

Se sentía avergonzada. Y en alguna parte, molesta por su deslíz.

—No voy a decir que no estoy herido pequeña —dijo, abrochándose la chaqueta. Luego levantó la vista y sus ojos verdes se fijaron en ella. Con urgencia, dijo—: Nunca debemos dudar entre nosotros, Claudia. Ellos tratarán de dividirnos, tratar de volvernos los unos contra los otros, tú y yo y Finn. Nunca dejes que ellos hagan eso.

—Nunca lo haré —ella fue feroz—. ¿Jared, estás enfadado conmigo?

—No —sonrió, con tristeza—. Durante mucho tiempo he sabido que eras la hija de tu padre. Ahora, le voy a pedir a la reina que nos transporte a la Academia. Ven a la torre más tarde, y te contaré todo.

Ella asintió con la cabeza y lo miró mientras caminaba lejos, saludando al pasar a dos damas de honor que hicieron una reverencia y vio desaparecer su oscura silueta delgada. Ellas se volvieron y vieron a Claudia. Las miró fijamente con una mirada fría, ellas se fueron a toda prisa.

Jared estaba con ella. Pero por más que él tratara de ocultarlo, sabía que le había hecho daño.

* * *

En la esquina del claustro, Jared le devolvió el saludo a Claudia y se volvió hacia el arco. Tan pronto como él estuvo fuera de su vista, se detuvo. Apoyando su mano en la pared respiró profundamente. Antes de ver a la reina iba a necesitar la medicación. Sacó un pañuelo y se limpió la frente, dejando que el agudo espasmo disminuyera, contando en voz baja la frecuencia del pulso en el dedo.

No debería estar tan molesto. Claudia tenía razón en ser curiosa. Y después de todo, tenía un secreto, incluso de ella.

Sacó el reloj y lo sostuvo hasta que el metal le calentó la mano. Por un momento, allá atrás, había estado a punto de decirle, hasta que ella se había descubierto en lo de la Reina.

¿Y por qué se había detenido? ¿Por qué ella no habría de saber que tenía entre sus dedos al cubo pequeño que era Incarceron, el lugar donde estaban encarcelados su padre, Keiro y Attia?

Lo dejó reposar en la palma de su mano, recordando la voz del Guardián, burlándose de su horror. —*Eres como un dios, Jared. Tienes a Incarceron en tus manos.* —Gotas de sudor resbalaban por él; las secó. Cerró el reloj, lo hundió en el bolsillo y corrió a su habitación.

* * *

Claudia miró con tristeza a sus pies. Por un momento casi se había odiado a sí misma, y ahora ella misma se dijo que no fuera estúpida. Tenía que volver con Finn. La noticia de la proclamación sería difícil para él. Mientras caminaba rápidamente por el claustro suspiró. A veces en estas últimas semanas, cuando él había salido de caza, o a montar a caballo en el bosque, había tenido la sensación de que estaba a punto de huir, de dar la vuelta a la cabeza de su caballo y galopar hacia el bosque del reino, lejos de la Corte y la carga de ser el príncipe que había regresado de entre los muertos. Él había deseado con tanta fuerza escapar, para encontrar las estrellas. Y todo lo que había encontrado era una nueva cárcel.

Más allá del claustro estaban las caballerizas, en un impulso repentino Claudia se agachó bajo el arco en la lluvia de polvo.

Necesitaba tiempo para pensar y este era su lugar favorito en la concurrida Corte. La luz del sol caía por una ventana alta en el otro extremo del edificio, el aire olía a paja vieja, polvo y a pájaros.

Ellos estaban posados, atados a los postes, halcones y halcones nobles de la Corte. Algunos llevaban pequeñas capuchas de color rojo que cubrían sus ojos, mientras levantaban la cabeza o se arreglaban las plumas, pequeñas campanas sonaban, una pluma en miniatura cayó. Otros miraban a Claudia mientras pasaba por el pasillo entre sus cajas, los grandes búhos con sus extraños ojos torcían el cuello sin hacer ruido, los gavilanes, con una aleonada mirada feroz, el esmerejón adormilado. En el otro extremo, sujeta por pihuelas de cuero, el gran águila miró con arrogancia hacia ella, con el pico amarillo y cruel como el oro.

Ella tomó un Guante y se lo puso; sacando un fragmento de carne de una bolsa colgada, se lo tendió. El águila volvió la cabeza. Por un momento estuvo tan quieta como una estatua, mirando fijamente. A continuación, el pico se lo arrancó, sujetando la nervuda carne entre sus garras.

—Un verdadero símbolo de la Casa Real.

Claudia saltó.

Alguien estaba de pie en las sombras detrás de una pantalla de piedra. Podía ver la mano y el brazo en la inclinación de la luz del sol, donde motas de polvo flotaban. Por un momento casi pensó que era su padre, y una puñalada de una sensación que no pudo adivinar sacudió su mano en un puño.

Y ella dijo: —¿Quién está ahí?

Un susurro de paja.

Ella no estaba armada. No había nadie aquí. Dio un paso atrás.

El hombre se acercó, lentamente. La luz del sol recortó su forma alta, delgada, el pelo grasiento colgando descuidadamente, las pequeñas medias lunas de sus gafas.

Respiró con ira. Y dijo: —Medlicote.

—Lady Claudia. Espero no haberla asustado.

El secretario de su padre hizo una reverencia tiesa y ella le hizo una breve reverencia fría. Se le ocurrió que aunque había visto al hombre casi todos los días de su vida cuando su padre estaba en casa, casi nunca había probablemente hablado con él antes.

Era delgado y tenía un aspecto ligeramente encorvado, como si las horas dedicadas a su trabajo sobre una mesa le hubieran empezado a doblar.

—No del todo —mintió. Luego, dijo vacilante—: En realidad, me alegro de tener la oportunidad de hablar con usted. Los asuntos de mi padre...

—Están en perfecto orden —la interrupción la asombró, ella lo miró fijamente. Dio un paso más cerca—. Lady Claudia, perdone mi descortesía, pero tenemos poco tiempo. Quizás usted pueda reconocer esto.

Extendió los dedos manchados de tinta y dejó caer algo pequeño y frío en el Guante que llevaba. Un rayo del sol cayó sobre él. Vio una pequeña muestra del metal, una bestia corriendo, con su boca abierta y gruñendo. Nunca la había visto antes. Pero sabía lo que significaba.

Era un Lobo de Acero.

5

Traducido por Coral

Corregido por Mari Cullen

- Podría respirar el fuego en ti —gruñó el lobo robótico.
- Hazlo —dijo Sapphique—, pero no me tires al agua.
- Podría morder tu sombra en la distancia.
- Eso no es nada comparado con el agua negra.
- Podría aplastar tus huesos y tendones.
- Temo más al agua que a ti.

El lobo robótico se arrojó con ira al agua.

—EL RETORNO DEL LOBO ROBÓTICO

El Guante era demasiado pequeño. Horrorizada, Attia miró cómo el material se extendía y se abrían pequeñas lágrimas en sus costuras. Miró a Rix, sus ojos estaban fijados con fascinación en los dedos del Señor del Ala, y él estaba sonriendo. Attia tomó aire, repentinamente, lo entendió. Todo estaba ideado para no tocar los accesorios, él había querido esto desde hacía mucho. Ella miró a Quintus, el malabarista levantó una bola roja y una azul, alerta, detrás, en la penumbra, el grupo esperaba. Thar levantó la mano, en la oscuridad, el Guante negro era casi invisible, como si su extremidad hubiera sido cortada por la muñeca, ladró una áspera sonrisa.

- Así que, si chasqueo los dedos, ¿caen monedas de oro de ellos?

Antes que nadie pudiera responder, él lo había intentado girando y golpeando el dedo índice en uno de los hombres voluminosos de detrás de él, la cara del matón se volvió blanca.

- ¿Por qué yo jefe?
- ¿Asustado Mart?
- Sólo no me gusta, eso es todo.

—Tonto —Thar osciló hacia atrás y miró a Rix desdeñosamente—. He visto mejores accesorios debajo de la rueda de un carro. Debes ser algún Showman para que alguien crea en esto.

Rix asintió. —Eso soy yo, el mejor Showman de Incarceron. —Él levantó la mano.

Instantáneamente, el desprecio de Thar desapareció, le echó un vistazo a sus dedos enguantados, luego, aulló de dolor.

Attia saltó, el eco de su llanto sonó en el túnel, El Señor del Ala aullaba y se agarraba el Guante. —¡Sáquenmelo! ¡Me está quemando!

—Lamentable —murmuró Rix.

La cara de Thar estaba roja y furiosa. —¡Matenlo! —rugió.

Sus hombres se movieron pero Rix dijo: —Nunca te lo quitarás. —Cruzó los brazos con su delgado rostro impasible.

Si fuera una actuación, pensó Attia, sería magistral. Lentamente, por lo que no se dio cuenta, se deslizó por el asiento del conductor.

Thar juraba y lagrimeaba desesperadamente en el Guante. —¡Ácido! ¡Se está comiendo mi piel!

—Si haces uso indebido de las cosas de Sapphique, ¿qué puedes esperar? —Había un tono en la voz de Rix que hizo que Attia lo mirara. La sonrisa de dientes separados se fue, él tenía que buscar lo duro de la obsesión que lo había alarmado antes. Detrás de ella, el malabarista, Quintus, hizo un nervioso chasquido con la lengua.

—¡Mata a los otros luego! —Thar estaba jadeando ahora.

—Nadie saldrá herido —Rix miró fijamente a la banda—. Nos permitirás pasar a la derecha de la colina de los Dados y luego quitare el hechizo, alguna traición y la ira de Sapphique te quemará para toda la eternidad. —Sus ojos parpadearon a los otros.

—Hazlo —aulló Thar.

Era el momento de peligro, Attia sabía que todo dependía del miedo que los Bandidos tuvieran a su líder. Si uno de ellos lo ignoraba o tomaba el mando, Rix estaba acabado, pero parecían acobardados e inquietos. Primero uno, luego el resto, se arrastraron de nuevo, Rix sacudió la cabeza.

—Muévete —susurró Quintus. Attia tomó las riendas.

—¡Esperen! —gritó Thar, sus dedos enguantados temblaron, como si una corriente eléctrica los hubiera sacudido—. ¡Paren, paren de hacer eso!

—No estoy haciendo nada —dijo Rix interesado. Los dedos negros se agarraron convulsos, el medio hombre se tambaleó hacia delante cogiendo un pincel del cubo de pintura que colgaba del carro.

—¿Qué, ahora? —murmuró Quintus.

Thar escaló el muro, con un enorme y salpicado movimiento sus manos dibujaron cinco brillantes letras en el curvado metal.

“ATTIA”

Todo el mundo miró con asombro, Rix la miró, luego giró hacia Thar. —¿Qué estás haciendo?’

—¡No lo estoy haciendo! —El hombre casi se asfixia del terror y la furia—. ¡El inmundo Guante está vivo!

—¿Puedes escribir?

—¡Por supuesto que no puedo escribir!, ¡No sé qué dice! —Attia jadeó con temor, se arrastró debajo del vagón y corrió al muro. Las letras goteaban y corrían, largas y delgadas, en líneas de oro.

—¿Qué? —jadeó ella—, ¿y ahora qué? —Con un tirón, como si lo arrastrara, la mano de Thar alzó el pincel y escribió:

“LAS ESTRELLAS EXISTEN ATTIA, FINN LAS VE”

—Finn —suspiró ella.

“PRONTO. POR LO QUE SÉ. MÁS ALLÁ DE LA NIEVE Y LA TORMENTA”

Algo rozó su piel y lo cogió, un pequeño y suave objeto que cayó hacia abajo desde el techo oscuro, una pluma azul.

Y luego fueron cayendo a su alrededor, suave como la risa, una nevada de pequeñas plumas azules idénticas en el suelo de los vagones, en la partida de guerra y en el suelo, una amortiguación, una tormenta imposible, plumas, silbidos y crujidos de llamas resoplaron fuera, y a los bueyes cayéndoles en los ojos, y en

los hombros, en los techos de lona, en las hojas de las hachas, pegándose a la formación de coágulos de pintura.

—¡La Prisión está haciendo esto! —La voz de Rix era un murmullo de asombro, tocó la mano de ella—. Rápido, antes...

Pero era demasiado tarde. Con un gruñido, la tempestad salió de la oscuridad y se aplastó contra ella, se tambaleó, pero él la aguantó. La ira de Incarceron rabió, un grito del huracán recorrió el túnel y destrozó las puertas. La partida de guerra se dispersó, como Rix arrastró a Attia lejos, ella no vio cómo Thar se encogió, cómo el Guante negro se encogió y cortó su mano, disolviendo la red de agujeros y madejas de piel sangrando.

Luego, ella fue luchando a bordo, Rix arreó a los bueyes y se movieron rugiendo a ciegas a través de la tormenta de nieve. Attia se cubrió la cabeza con las manos, pues las plumas agitaban en ellas y por encima, unas esferas luminosas arrojadas por el malabarista, verde rojo y morado, en la espeluznante tormenta.

Era difícil avanzar, los bueyes estaban enseñados pero incluso ellos se tambalearon por la fuerza del viento, poniendo sus cabezas hacia abajo y perseverando. Al lado de ella, Attia sintió una débil brisa que le quitó la histeria, mirando hacia arriba vio que Rix le estaba sonriendo suavemente, con plumas azules enganchadas en su pelo y en su ropa.

Era demasiado difícil hablarle pero Attia consiguió mirar hacia atrás, no había ni rastro de los Bandidos. Después de veinte minutos el túnel estaba más iluminado; el vagón llegó a una larga curva y ella vio luz delante y una entrada escalonada a través de la nevada de plumas. A medida que iban pesadamente hacia ella, la tormenta moría tan repentinamente como había llegado.

Lentamente Attia dejó caer sus manos y tomó aire en la entrada del túnel.

Rix dijo: —¿Nadie está siguiéndonos?

Ella intentó mirar. —No, Quintus y sus hermanos han regresado.

—Excelente, unas bolas los aturdieron en el intento de pararnos.

Las orejas le picaban debido al viento helado, se acurrucó en su abrigo y se quitó plumas de las mangas y escupió una pelusa azul, luego dijo horrorizada: —¡El Guante ha sido destruido!

Él se encogió de hombros. —Qué lástima.

Las inexpresivas palabras y la sonrisa petulante hicieron que le mirara, después miró más allá de él, al paisaje, era un mundo helado. A continuación, la carretera bajaba hacia un bloque de hielo, levantó la cabeza y pudo ver que toda esa Ala era

una gran tundra, abandonada y azotada por el viento, extendiéndose en la penumbra de La Prisión. Había un gran foso bloqueando su camino, con un puente fortificado con una reja de metal negro desgastado por la abrasión del aguanieve. Una entrada había sido cortada y las barras de acero del final habían sido dobladas, el lado aceitoso mostraba donde había pasado el tráfico, pero a Attia el frío le quemaba como el miedo.

—He oído de este sitio —susurró—. Esto es El Ala Helada.

—Qué inteligente, dulce. Así que es eso.

Como los bueyes se deslizaron ruidosamente por la pendiente ella permaneció en silencio. —¿Así que no era el verdadero Guante?

Rix escupió a un lado. —Attia, si él hubiera abierto alguna caja o compartimento oculto de este vagón hubiera encontrado un Guante, un pequeño y negro, nunca dije que era de Sapphique, ninguno de ellos de hecho, El Guante de Sapphique está demasiado cerca de mi corazón para ser robado.

—Pero... lo quemó.

—Bueno, él tenía razón sobre el ácido, en cuanto no podérselo despegar, era perfectamente capaz de hacerlo, pero lo hice para que no pudiera. Era mágico, Attia, toma la mente de un hombre y le hace creer lo imposible.

Por el momento, se concentró en guiar al buey por una viga que sobresalía. —Una vez que se lo hayan podido creer, el hechizo se termina.

Ella lo miró de lado. —¿Y la escritura?

Los ojos de Rix se deslizaron por ella. —Te iba a preguntar por eso.

—¿A mí?

—Ni siquiera yo puedo hacer a un hombre analfabeto escribir, el mensaje era para ti. Cosas extrañas han estado ocurriendo Attia, desde que te conocí.

Ella se dio cuenta de que se estaba mordiendo las uñas, acurrucó sus manos precipitadamente. —Es Finn, debe ser Finn. Él está intentando hablarme desde el más allá.

Rix se calló. —¿Y tú piensas que el Guante lo va a ayudar?

—¡No lo sé!, tal vez... si sólo me dejaras verlo...

Paró el vagón abruptamente y ella casi se cae. —¡NO!, es peligroso Attia. Las ilusiones son una cosa, pero es un poderoso objeto real. Aunque no me atrevería a usarlo.

—¿Nunca has tenido la tentación?

—Quizá, pero estoy loco, no soy estúpido.

—Pero lo llevas ahora.

—¿De verdad? —Sonrió.

—Estás enfurecido —dijo ella.

—La ambición de mi vida. Ahora, aquí es donde puedes bajar.

Ella miró alrededor. —¿Aquí?

—El acuerdo es de dos horas en adelante. Recuerda que no nos conoces, nosotros no te conocemos.

Él sacó de su bolsillo tres monedas de latón y las puso en su mano. —Consíguete algo de comer. Y esta noche, dulce, recuerda, tiembla cuando levante la espada, mira muerta de miedo.

—No necesito actuar. —Ella bajó, entonces, paró a la mitad—. ¿Cómo sé que sólo me has bajado a mí en la partida?

Rix le guiñó un ojo y arreó al buey. —No se me ocurriría tal cosa.

Ella lo miró pasar. El oso se encorvó en la miseria, con el suelo de la jaula lleno de plumas. Uno de los malabaristas la saludó, pero nadie más sacó la cabeza. Lentamente, la compañía rodó en la distancia.

Attia se echó la mochila a la espalda, con la vida sellada en sus fríos pies. Anduvo rápidamente primero, pero el camino era peligroso, un helado camino de grava, grasiento y con aceite. A medida que descendía por la llanura, las paredes de hielo se levantaban lentamente en los lados. Pronto serían superiores a ella, y mientras escogía el camino, más allá de ella vio objetos y polvos incrustados en el interior. Un perro muerto con las fauces abiertas, un escarabajo. En un sitio, piedras redondas y pequeñas, negras y grises, en otro tan profundo que apenas podía verlos, entre campanillas azules, los huesos de un niño. Hacía mucho frío, su respiración formaba nubes alrededor de ella. Se apresuró porque los carros todavía estaban fuera de su vista y sólo caminando rápido se mantendría caliente.

Finalmente, en lo alto de la pendiente, alcanzó el puente. Era de piedra y estaba arqueado sobre el foso, pero cuando se deslizó a lo largo de los surcos en el carro vio que el foso estaba helado y sólido, e inclinándose en los laterales, su sombra se hacía oscura en la sucia superficie. Los escombros estaban esparcidos a través de él, las cadenas los llevaban a los tajamares, desapareciendo en el hielo. La reja cuando ella venía era negra y vieja, los extremos de las barras dobladas brillaban con carámbanos, y en la parte superior había un solitario pájaro de cuello largo encaramado, blanco como la nieve. Por un momento, pensó que era tallado, hasta

que repentinamente, agitó las alas y voló, como una carga pesada hacia arriba en el cielo de hierro gris. Luego, vio los ojos, había dos, uno a cada lado, pequeños y rojos, empezaron a bajar hacia ella. Los carámbanos colgaban de ellos como lágrimas heladas.

Attia paró, sin aliento, agarrándose a un lado, miró hacia arriba. —Sé que me estás mirando. ¿Fuiste tú quien me envió el mensaje?

Silencio, sólo el frío susurro de la nieve.

—¿Qué significaba que vería las estrellas pronto?, tú estás en La Prisión, ¿Cómo puedes ver fuera?

Los ojos eran continuos puntos de fuego. ¿Acaso imaginaba que no tenía un guiño? Esperó hasta que hizo demasiado frío para permanecer allí más tiempo. Luego subió a través del espacio en la reja.

Incarceron era cruel, todos lo sabían. Claudia había dicho que no estaba destinado a ser eso, que Sapiente había hecho de La Prisión un gran experimento, un sitio de luz, calor y seguridad. Attia rió en voz alta, amargamente. Si era así, había fallado. La Prisión había seguido su propio consejo. Reorganizaba sus paisajes y aniquilaba a los alborotadores con fuego láser cuando le daba la gana, o dejaba a los presos pelear entre sí, y se reía viendo la lucha. No sabían nada de la misericordia. Y sólo Sapphique y Finn habían escapado.

Paró y alzó la cabeza. —Supuse que te enfadarías —dijo—, supuse que te pondrías celoso, ¿no?

No hubo respuesta, en cambio, la nieve se hizo real. Cayó suavemente y sin descanso. Se echó su mochila al hombro y caminó con cansancio a través de ella. El frío silencio había refrigerado sus dedos y sus pies, agrietado sus labios y sus mejillas y hecho de su aliento una nube helada que no se dispersaba. Su abrigo estaba raído y sus Guantes agujereados. Maldijo a Rix cuando tropezó con baches congelados y una malla rota.

El camino ya estaba cubierto y los surcos de los carros ocultos, un montón de estiércol de buey era un montículo congelado. Pero cuando miró hacia arriba, con los labios azules por el frío, vio la solución. Parecía ser una colección de bajos montículos, tan blancos como su entorno, se levantaban de la tundra, invisibles excepto por el humo que salía de los respiraderos y chimeneas. Postes altos se elevaban por encima; vio un hombre encima de cada uno de ellos, como si fueran vigilantes.

El camino se separó y vio como el grupo de vagones había cortado la nieve ahí. Caminando cautelosamente, miró alrededor del muro de hielo y vio que el camino

terminaba en una barrera de madera. En un lado, una mujer regordeta hacía punto delante de un brasero caliente.

— ¿Era esta su seguridad? — Attia se mordió el labio, se tapó la cara con la capucha, penosamente atravesó la nieve y miró para arriba hacia la mujer que con sus manos hacía punto rítmicamente.

— ¿Tienes algún mercado? — sorprendida, Attia sacudió la cabeza.

— Bien, necesito ver tus armas.

Ella sacó su cuchillo y se levantó. La mujer soltó el tejido y lo cogió, abrió un cofre y lo metió dentro.

— ¿Nada más?

— No. Entonces, ¿con qué debo defenderme?

— No armas en Frostia, reglas del pueblo, necesito registrarte ahora.

Attia miró su mochila y empezó a rebuscar en ella. Luego, extendió los brazos y la mujer la registró eficientemente, dio un paso atrás.

— Bueno, siga adelante. — Luego, cogió el punto y se alejó.

Desconcertada, Attia subió por la barrera. Luego dijo: — ¿Estaré segura?

— Más que en una habitación vacía. — La mujer levantó la vista—. Puede conseguir una habitación en la segunda bóveda, si le preguntan.

Attia se alejó, quería saber si la vieja mujer había registrado todos los carros de Rix, pero no podía preguntar porque se supone que no los conoce. Hasta que justo antes de agacharse en la entrada de la bóveda, dijo: — ¿Tendré mi cuchillo de vuelta cuando me vaya?

Nadie contestó, ella miró atrás, se detuvo aún con asombro. El taburete estaba vacío. Un par de agujas hacían punto ruidosamente por sí mismas en el aire. Si una se pierde, la otra tendrá su lugar. Lana roja se perdía en la nieve, como una mancha de sangre.

— Nadie en El Clan perdurará hasta que muera el Protocolo de las Hojas — dijo ella.

6

Traducido por Darkemily

Corregido por Mari Cullen

*Si uno se pierde, otro tomará su lugar.
El Clan perdurará hasta que muera el Protocolo.*

—LOS LOBOS DE ACERO

Claudia respiró profundamente, consternada y asombrada. Sus dedos cerrados sobre el pequeño lobo de metal.

—Veo que entiendes —dijo Medlicote.

El águila se agitó con su voz, girando su cabeza cruel y mirándolo a él.

Ella no quería.

—¿Esto era de mi padre?

—No, mi señora. Me pertenece a mí. —Su mirada fija era tranquila detrás de las pequeñas gafas de media luna—. El Clan del Lobo de Acero. Tiene muchos miembros secretos, incluso aquí en la Corte. Lord Evian está muerto y su padre ha desaparecido, pero los demás permanecemos. Tenemos nuestro propósito. Derrocar la dinastía Havaarna. Para acabar el Protocolo.

Todo lo que podía pensar era que se trataba de una nueva amenaza para Finn. Ella le tendió el Lobo de acero y lo vio a él tomarlo.

—¿Qué quieres?

Él se quitó las gafas y las frotó. Tenía la cara demacrada, los ojos pequeños.

—Queremos encontrar Al Guardián, mi señora. Al igual que usted.

¿Ella? La observación la sacudió. Sus ojos se desviaron hacia la puerta, por el vestíbulo el sol cortando más allá de los halcones que empollaban. —No debemos hablar aquí. Podemos ser vistos.

—Es importante. Tengo información.

—Pues dígame.

Dudó. Entonces dijo: —La Reina tiene previsto instalar un nuevo Guardián de Incarceron. No va a ser usted, mi señora.

Ella lo miró fijamente. —¡Qué!

—Ayer ella celebró una reunión privada con sus asesores, el Consejo Privado. Creemos que el propósito era...

Ella no podía creerlo. —¡Yo soy su heredera! ¡Yo soy su hija!

El alto secretario hizo una pausa. Cuando él continuó, su voz era seca.

—Pero usted no es su hija, mi señora.

Esto la hizo callar. Se encontró aferrándose a su vestido, lo soltó, y respiró profundamente. —Así que, eso es todo.

—Por supuesto, su origen como un bebé traído desde Incarceron es conocido por La Reina. Dijo a los miembros del Consejo que usted no tenía ningún derecho de sangre al Wardenship, o la casa y las tierras del Wardenry...

Claudia quedó sin aliento.

—... Y no había documentos oficiales de la adopción. O del hecho, que un Guardián haya cometido un delito grave por liberarla a usted, a un recluso y su hija.

Ella estaba tan enfadada que ahora lo sentía como un sudor frío sobre la piel. Miró fijamente al hombre, intentando entender donde estaba él parado en todo esto. ¿Era realmente de los Lobos, o trabaja para la Reina?

Como si intuyera su duda, dijo: —Señora, usted debe saber que todo se lo debo a su padre. Yo no era más que un pobre escribano; él me hizo surgir y yo lo respetaba mucho. Siento su ausencia, y sé que sus intereses deben ser protegidos.

Ella negó con la cabeza. —Mi padre es un prófugo ahora. No sé siquiera si lo quiero de vuelta —ella se paseaba por encima de las piedras del piso, la falda enviaba polvo girando hacia la luz. ¡Pero el Wardenry! Ella seguramente quería eso. Pensó en la hermosa casa antigua donde había vivido toda su vida, su foso, las habitaciones y pasillos, la preciosa torre de Jared, sus caballos, todos los verdes campos, bosques y prados, los pueblos y los ríos. No podía dejar a la reina tomarlos. Y dejarla sin un centavo.

—Está nerviosa —Medlicote dijo—. No es de extrañar. Mi señora, si...

—Escúchame —ella se volvió hacia él, bruscamente—. Diles a estos Lobos que no deben hacer nada. ¡Nada! ¿Comprendes? —haciendo caso omiso de su sorpresa,

dijo: —Usted no tiene que pensar en Finn... Príncipe Giles... como tu enemigo. Puede que sea el heredero de Havaarna pero te aseguro que él está tan decidido a abolir el Protocolo, como ustedes. Te insisto, detén cualquier conspiración contra él.

Medlicote se quedó quieto, mirando el suelo de piedra. Cuando miró hacia arriba se dio cuenta que su espectáculo de humor no había tenido efecto sobre él.

—Señora, con respeto, nosotros también pensamos que el príncipe Giles podría ser nuestro salvador. Pero este muchacho, si él es el príncipe, no es lo que esperábamos. Es triste, de hecho sombrío, y rara vez aparece en público. Cuando lo hace, su forma es torpe. Parece estar absorto pensando en los que ha dejado en Incarceron...

—¿No es comprensible? —espetó.

—Sí, pero está mucho más interesado en la búsqueda de la prisión que sobre lo que ocurre aquí. Luego están los ajustes que tiene, la pérdida de memoria. . .

—¡Muy bien! —ella estaba furiosa con él—. Muy bien. Pero a él déjenmelo a mí. Me refiero a eso. Te lo ordeno.

A lo lejos, el estable reloj sonó siete veces. El águila abrió su pico e hizo un grito ronco, muy abajo en su percha, batió sus alas y chilló. Una sombra oscureció la puerta de las caballerizas.

—Alguien viene —dijo ella—. Vamos. Rápido.

Medlicote hizo una reverencia. Dio un paso atrás en las sombras, sólo las medias lunas de sus gafas brillaban.

Él dijo: —Voy a hacer un informe de su solicitud al Clan, mi señora. Pero no puedo dar garantías.

—Lo harás —susurró ella—, o haré que te detengan.

Su sonrisa era sombría. —Yo no creo que lo haría, Señora Claudia. Debido a que usted también podría hacer algo para cambiar este reino. Y la Reina necesita sólo una pequeña excusa para eliminarla.

Ella pasó lejos de él y se dirigió hacia la puerta, tirando al suelo el Guante. Su enojo quemaba, pero sabía que no era sólo por él. Estaba enojada consigo misma, porque él había dicho lo que pensaba, lo que había sido pensando secretamente por meses, sólo que nunca se había permitido a sí misma darse cuenta. Finn fue una decepción para ella.

La sentencia de Medlicote había sido fríamente precisa.

—¿Claudia?

Ella levantó la vista y vio que Finn estaba de pie en la puerta. Parecía caliente y agitado.

—He estado buscando por todas partes. ¿Por qué escapaste de esa manera?

Él dio un paso hacia ella, pero ella pasó por delante de él, como irritada.

—Jared me llamó.

El corazón de Finn saltó. —¿Ha conseguido El Portal para trabajar? ¿Ha encontrado la cárcel? —Él la agarró del brazo—. ¡Dime!

—Suéltame —ella se lo quitó de encima—. Supongo que estás en shock debido a esta Proclamación. No es nada, Finn. No significa nada.

Él frunció el ceño. —Yo sigo diciéndotelo, Claudia. No voy a ser rey hasta que encuentre a Keiro. . .

Algo se quebró en ella. De repente todo lo que quería hacer era hacerle daño.

—Nunca lo harás —dijo ella—. ¿No te das cuenta? ¿Eres tan estúpido? Y puedes olvidarte de todos tus mapas y búsquedas, porque la Prisión no es así, Finn. ¡Es un mundo tan pequeño que podrías aplastarlo como una hormiga y no se darían cuenta!

—¿Qué quieres decir?— Él la miró fijamente. Tuvo un picor de alerta detrás de sus ojos, una punzada de sudor en la espalda, pero lo ignoró. La tomó del brazo otra vez y sabía que estaba lastimándola; Furiosa, ella lo arrojó lejos.

Él no podía respirar. —¿Qué quieres decir?

—¡Es cierto! Incarceron sólo es enorme desde el interior. ¡El Sapient es miniaturizado, alguna enésima de un nanómetro! Es por eso que nadie viene o se va. Es por eso que no tenemos idea de dónde está. Y qué mejor que hacerlo en tu cabeza, Finn, porque es por eso que Keiro y Attia y los miles de presos allí nunca saldrán. ¡Nunca! No hay suficiente energía en el mundo entero para hacerlo, incluso si supiéramos cómo.

Sus palabras eran puntos negros que volaban sobre él. Las echó fuera. —No puede ser... estás mintiendo...

Ella se echó a reír con dureza. La seda de su vestido crujió en el sol. Su brillo lo apuñaló como una daga brillante. Él se pasó una mano por su rostro y su piel estaba seca como el papel.

—Claudia —dijo. Pero no salió ningún sonido.

Ella estaba hablando. Estaba diciendo algo duro y mordaz y atacaba lejos de él, pero todo estaba demasiado lejos para escuchar ahora. Esto estaba detrás del brillante picor que se levantaba a su alrededor, el temido y familiar calor que aflojaba sus rodillas y volvía el mundo negro, y todo lo que podía pensar mientras caía era que los adoquines eran de piedra, que su frente se golpearía contra ellos y yacería sobre su propia sangre.

Y luego había manos sujetándolo. *Había un bosque, y cayó de su caballo dentro de éste.* Y entonces no había nada.

* * *

Jared dijo en voz baja: —Creo que la Reina me está esperando. —El guardia fuera de la Casa Real apenas asintió con la cabeza. Se volvió y dio golpecitos en la puerta, se abrió instantáneamente, y un criado con un abrigo tan azul como las plumas dio un paso afuera.

—Maestro Sapien. Por favor, sígame. —Jared obedeció, extrañándose por la cantidad de polvo en la peluca del hombre. Había tanta, que había cubierto sus hombros de un débil color gris, como cenizas, a Claudia le habría divertido. Intentó sonreír, pero su nerviosismo apretó los músculos de su rostro, y sabía que estaba pálido y asustado. Un Sapien debería ser tranquilo. En la Academia se habían enseñado las técnicas de indiferencia. Deseó poder concentrarse en ellas.

Los aposentos reales eran enormes. Él fue llevado por un corredor pintado en cada lado con murales de peces, tan reales que era como caminar bajo el agua. Incluso la luz a través de las altas ventanas era de un verde descolorido. Después de eso llegó a una habitación azul pintada con pájaros y un espacio con una alfombra amarilla y suave como la arena del desierto, con palmeras que crecen fuera de él en unas urnas elaboradas. Para su alivio fue conducido más allá de la entrada de la Gran Sala del Estado, no había entrado allí desde la terrible mañana de la no boda de Claudia que él no quería. Esto trajo recuerdos de cómo el Guardián le había mirado a través de la multitud. Se estremeció incluso ahora que lo recordaba. El criado se detuvo ante una puerta acolchada y la abrió haciendo una profunda reverencia.

—Por favor, espere aquí, maestro. Su Majestad estará con usted pronto. —Él dio un paso dentro, la puerta se cerró con un suave clic. Al igual que una amortiguada trampa.

La habitación era pequeña e íntima. Sofás tapizados se enfrentaban entre sí a través de una chimenea de piedra, donde un enorme jarrón con variadas rosas estuvo de pie, flanqueado por los candelabros en forma de águilas. La luz del sol entraba por las altas ventanas.

Jared se desvió hacia una de ellas. Amplios céspedes se veían a lo lejos. Las abejas zumbaban en los arcos de madreSelva. Las voces de los jugadores de croquet riendo en los jardines cercanos. Se preguntó si el juego era verdaderamente en Era¹, la reina tendía a escoger y elegir lo que le plazca. Enroscó sus manos con nerviosismo, se dio la vuelta y se acercó a la chimenea. La habitación estaba caliente y mal ventilada, como si apenas fuera utilizada y los muebles olían a humedad.

Deseando poder aflojar el cuello, se sentó. A la vez, como si hubiera estado esperando precisamente eso, la puerta se abrió y la Reina se deslizó en el interior, Jared se levantó inmediatamente de un salto.

—Maestro Jared. Muchas gracias por haber venido.

—El placer es mío, señora. —Hizo una reverencia, y ella hizo una reverencia llena de gracia. Todavía llevaba el traje de pastora, se dio cuenta de un montón de violetas marchitas escondidas en su cinturón. Sia no omitía nada, ni siquiera su mirada. Ella le dio una sonrisa plateada y dejó caer las flores sobre la mesa.

—Querido Caspar. Siempre tan atento a su mamá —ella descanso en un sofá y señaló al otro—. Por favor, siéntese, señor. No seamos demasiado formales —se sentó, su espalda recta—. ¿Una bebida?

—No. Gracias.

—Te ves un poco pálido, Jared. ¿Está usted consiguiendo suficiente aire fresco?

—Yo estoy muy bien, gracias, Majestad. —Mantuvo su voz constante, estaba jugando con él. Pensó en ella como un gato, un travieso gato blanco jugando con el ratón que finalmente mataría de un golpe con sus garras.

Ella sonrió. Sus ojos lo miran fijamente con una luz de curiosidad. —Me temo que no es del todo cierto, ¿no? Pero vamos a hablar de su búsqueda. ¿Qué avances ha hecho usted?

Él negó con la cabeza. —Muy poco. El Portal está muy dañado. Me temo que puede ser irreparable. —Él no dijo nada sobre el estudio del Guardián en su casa, ni ella preguntó. Sólo él y Claudia sabían que el Portal era idéntico en ambos

¹ Reforma en la igualdad de derechos.

lugares. Había viajado allí hace semanas para comprobarlo. Era exactamente el mismo que aquí—. No obstante, algo ha sucedido hoy que no esperaba.

— ¡Ah, sí?

Él le habló de la pluma. —La réplica era extraordinaria. Pero no tengo forma de saber si algo pasó en la cárcel. Desde que el Guardián tomó ambas llaves con él no tenemos comunicación con los reclusos.

—Ya veo. ¿Y ha llegado más cerca de encontrar la ubicación real de Incarceron?

Él se movió ligeramente, sintiendo el reloj pesado marcando contra su pecho. —Me temo que no.

— ¡Una lástima! Sabemos tan poco.

¿Qué haría si supiera que la llevaba en el bolsillo?, ¿Golpearlo con sus zapatos blancos de tacón?

—La Señora Claudia y yo hemos decidido que debe visitar la Academia. —Él se sorprendió por su tono seguro—. Los registros del robo de la prisión pueden estar ahí entre las Esotérica. Tal vez habrá diagramas, ecuaciones. —Él hizo una pausa, consciente de que estaba peligrosamente cerca de violar el Protocolo, pero la mirada de Sia estaba en sus limpias uñas.

—Usted se irá —dijo—. Pero no Claudia.

Jared frunció el ceño. —Pero...

Ella levantó sus ojos y le sonrió con su cara, llena de dulzura. —¿Maestro, cuántos años más piensa su médico que usted vivirá?

Aspiró fuertemente. Se sentía como si ella lo hubiese apuñalado, un amargo resentimiento porque podía preguntarle, un frío miedo de contestar. Le temblaban las manos. Mirando hacia abajo, trató de hablar de manera constante, pero su voz le sonaba extraña a sí mismo.

—Dos años. A lo sumo.

—Estoy muy triste —ella no apartaba la mirada de él—. ¿Y está de acuerdo con él?

Él se encogió de hombros, odiando su compasión. —Creo que es un poco optimista.

Ella hizo un puchero pequeño con sus labios rojos. Entonces dijo: —Por supuesto, todos somos víctimas de la suerte y el destino. Por ejemplo, si nunca hubiese habido años de ira, la gran guerra, el Protocolo, incluso una cura para su afección poco común sin duda hace años hubieses estado disponible. La investigación a continuación fue extensa. O al menos eso tengo entendido.

Él la miró fijamente, su piel picaba por la detección de peligro.

La Reina suspiró. Derramó el vino en una copa de cristal y volvió con él, cruzando las piernas debajo del sofá. —Y tú eres tan joven, Maestro Jared. ¿Apenas treinta tengo entendido? —Se las arregló para asentir.

—Y un brillante erudito. Tal pérdida para el Reino. ¡Querida Claudia! ¿Cómo va a aguantar? —Su crueldad le sorprendió. Su voz era de seda pero sombría; corrió un largo dedo cuidadosamente alrededor del borde de la copa—. Y el dolor que tendrá que soportar —dijo en voz baja—. Saber que pronto ninguna medicina va a ayudar, que se encontrara desvalido y enfermo, día tras día se hundirá más de lo que esta, incluso hasta Claudia no será capaz de verle por sí misma. Hasta que la muerte será bienvenida.

Él se puso de pie bruscamente. —Señora, yo no sé qué...

—Usted realmente lo sabe. Siéntese, Jared. —Quería abrir la puerta, caminar hacia la tormenta, lejos del horror que enfrentaba. En vez de esto, él se sentó. Su frente estaba húmeda de sudor. Se sentía derrotado.

Ella lo miró con calma y dijo: —Usted se irá y examinará la Esotérica. La colección es muy amplia, los restos de la sabiduría de un mundo. Estoy segura de que encontrará alguna investigación médica que le puede ayudar. El resto dependerá de usted. Tendrá que experimentar, probar, hacer lo que los Sapienci hacen. Le sugiero que permanezca en la Academia, los servicios médicos no son lo mejor que tenemos. Un ojo oculto será dirigido a cualquier infracciones del Protocolo, puede hacer lo que quiera. Usted puede pasar el tiempo restante como debe ser, gastándolo en la investigación que le va a curar. —Ella se inclinó hacia adelante, sus faldas crujieron—. Le ofrezco a usted, Jared, el conocimiento prohibido. La posibilidad de la vida.

Él tragó saliva. En la congestionada sala cada sonido parecía amplificarse las voces lejanas del mundo exterior.

—¿Qué quiere a cambio? —dijo él con voz ronca.

Ella se inclinó hacia atrás, sonriendo. Como si hubiera ganado.

—Yo no deseó nada. Literalmente, nada. El Portal no debe abrirse otra vez. Las Puertas de Incarceron, sea cual sea el lugar donde se encuentre, deben ser intransitables. Todos los intentos deben fracasar. —Por encima de la copa de cristal, sus ojos se encontraron con los suyos—. Y Claudia nunca deberá saberlo.

7

Traducción SOS por ANDRE_G y Cowdiem
Corregido por M^oNt\$E

Sapphique brincó, encantado.

— Si tú no puedes responder, entonces yo he ganado.

Muéstrame una salida.

Incarceron se rió en sus millones de corredores.

*Levantó una garra y la piel de la garra se dividió,
el Guante de piel de dragón, se enrolló y cayó al suelo.*

Sapphique estaba solo. Levantó la cosa brillante y maldijo la Prisión.

Pero cuando él puso su mano dentro, Incarceron reconoció sus planes.

Soñó sus sueños.

— SAPPHIQUE EN LOS TUNELES DE LA LOCURA.

El show de esa noche estaba repleto.

La compañía teatral había levantado su chirriante escenario de madera en el espacio central de una de las cúpulas de nieve, un humeante hueco de bloques de hielo extraído, derretido y vuelto a congelar por tantos años que el techo estaba torcido y agrietado, nudoso con bolas y pináculos de hielo, negro por el hollín.

Observando a Rix parado enfrente de sus dos voluntarios que se encontraban al lado de ella, Attia trató de mantener su rostro embelesado y a la expectativa, pero sabía que él estaba muy tenso. El público había estado tranquilo durante toda la velada. Demasiado tranquilo. Nada parecía impresionarlos.

Y las cosas no habían salido bien. Tal vez era el frío cortante, pero el oso se había rehusado a bailar, agachándose afligido en el escenario, a pesar de todos los pinchazos. Los malabaristas habían dejado caer dos veces sus platos, e incluso Gigantia sólo había conseguido algunos pocos aplausos al levantar a un hombre en su silla con una de sus gigantes manos.

Pero entonces el Hechicero Oscuro había aparecido, y el silencio había crecido más profundo, más intenso. La gente se mantuvo atenta y en pie formando filas, sus ojos fijos con fascinación en Rix mientras él los enfrentaba, joven y oscuro, el

Guante negro en su mano derecha, su dedo índice inmovilizado hacia atrás para mostrar la mutilación. Era más que una simple fascinación.

Era hambre. Desde su distancia, Attia podía ver el sudor en la frente de él.

Las cosas que él había dicho a las dos mujeres habían sido recibidas en silencio. Ninguna de ellas había llorado o apretado sus manos con alegría o mostrado alguna señal de reconocimiento, aunque él había logrado pretender que ellas lo habían hecho. Sus ojos legañosos tan sólo lo miraban implorándole. Attia había tenido que hacer los sollozos y los gritos de asombro; pensaba que no los había exagerado, pero la quietud la había intimidado. Los aplausos apenas habían sido un murmullo.

¿Qué les pasaba a todos ellos?

Mientras ella los observaba notó que estaban sucios y amarillentos, sus narices y bocas envueltas con bufandas contra el frío, sus ojos hundidos y con furia. Pero eso no era nada nuevo. Parecían haber unos cuantos ancianos, difícilmente algún niño. Apestaban a humo, sudor y otro olor herbal penetrante. Y se paraban separados unos de otros; no se agrupaban. Alguna clase de conmoción llamó su atención: a un lado de ella una mujer se balanceó y cayó. Los que estaban cerca de ella se alejaron. Nadie la tocó, o se agachó junto a ella. Dejaron sólo un espacio a su alrededor.

Tal vez Rix también lo había notado.

Cuando él se giró, Attia captó un destello de pánico por debajo de su maquillaje, pero su voz era tan tranquila como siempre.

—Ustedes buscan un hechicero poderoso, un Sapient que les mostrará el camino para salir de Incarceron. ¡Ay de ustedes que buscan eso! —Él se balanceó hacia ellos, retándolos, retándolos a que lo negaran.

—¡Yo soy ese hombre! El camino que Sapphique tomó yace a través de la Puerta de la Muerte. Yo llevaré a esta chica a través de esa puerta. ¡Y la traeré de vuelta!

Ella no tenía que fingir. Su corazón estaba golpeando con fuerza.

No hubo ningún rugido por parte de la multitud, pero el silencio ahora era distinto. Se había vuelto una amenaza, una fuerza de tal deseo que la asustaba. Mientras Rixl a guiaba al sofá ella miró los rostros con bufandas y supo que esta no era una audiencia feliz para ser engañada. Ellos querían escapar tanto como un hombre famélico ansía el alimento. Rix estaba jugando con fuego aquí.

—Retíralo —ella dijo en voz baja.

—No puedo —sus labios apenas se movieron—. El show debe continuar.

Sus rostros se inclinaron hacía en frente para observar. Alguien cayó, y fue pisoteado. Un hielo suave y en descongelación goteaba desde el techo, sobre el maquillaje de Rix, en sus manos que agarraban el sofá y en el Guante negro. El aliento de la multitud era un contagio helado.

—Muerte —él dijo—. Le tememos. Haríamos cualquier cosa para evitarla. Y sin embargo, la Muerte es una puerta que abre en ambos sentidos. ¡Ante sus ojos, verán a los muertos revivir!

Él sacó la espada y la blandió en el aire. Era real. Brillaba con hielo mientras la sostenía.

Esta vez no hubo ningún ruido, ninguna iluminación viniendo desde el techo. Tal vez Incarceron había visto el acto demasiado a menudo. La multitud miró fijamente con avaricia la hoja de metal. Al frente de la fila un hombre murmuraba continuamente en voz muy baja.

Rix se giró. Aseguró los eslabones alrededor de las manos de Attia. —Podríamos tener que partir apresuradamente. Tienes que estar preparada.

Las ataduras estaban alrededor de su cuello y cintura. Éstas eran falsas, se dio cuenta, y se alegró.

Él se giró hacia la multitud y sostuvo la espada. —¡Contemplan! La liberaré. ¡Y la traeré de vuelta!

Él cambió la espada. También era falsa. Ella sólo tuvo segundos para notarlo, antes de que él la hundiera en su corazón.

Esta vez no hubo visión del Exterior.

Ella yació inmóvil, sin respirar, sintiendo que la hoja se retractaba, la humedad de la sangre falsa se extendió por su piel.

Rix se enfrentaba a la multitud silenciosa; ella lo sintió acercándose, su calidez inclinándose sobre ella.

Él tiró alejando la espada. —Ahora —dijo en voz baja. Ella abrió sus ojos. Se sintió inestable, pero no como la primera vez. Cuando él la ayudó a levantarse y la sangre milagrosamente se secó en su abrigo, sintió un extraño alivio; ella tomó su mano y se mostró a la multitud e hizo una reverencia y sonrió con alivio, olvidando por un momento, que se suponía, que ella no era parte del acto.

Rix también hizo una reverencia, pero rápidamente se levantó. Y mientras su euforia se agotaba, ella vio la razón.

Nadie estaba aplaudiendo.

Cientos de ojos estaban fijos en Rix. Como si estuvieran esperando por más.

Incluso él había sido descartado. Se volvió para hacer una reverencia más, levantó el Guante negro y dio pasos hacia atrás sobre las crujientes tablas del escenario.

La multitud estaba agitada; alguien gritó. Un hombre se empujó hacia el frente, mientras que otro de aspecto desgarbado se envolvió hasta los ojos con su bufanda; salió de la multitud y notaron que sostenía el extremo de una gruesa cadena. Y un cuchillo.

Rix maldijo brevemente, por el rabillo de su ojo Attia vio a siete malabaristas que corrían por armas entre los bastidores.

El hombre se subió a las tablas. —Así que el Guante de Sapphique lleva a los hombres a la vida.

Rix se irguió. —Señor, le aseguro...

—Entonces vuelva a demostrarlo. Porque nosotros lo necesitamos.

Él arrastró la cadena, y un esclavo cayó sobre las tablas, un collar de hierro alrededor de su cuello, su piel abierta con horribles llagas. Cualquiera que fuera su enfermedad, tenía un aspecto terrible.

—¿Puede regresarlo a él? Ya he perdido...

—Él no está muerto —dijo Rix.

El propietario del esclavo se encogió de hombros. Luego rápidamente, antes de que alguien se pudiera mover, cortó la garganta del hombre. —Ahora lo está.

Attia se quedó sin aliento, sus manos cubrieron su boca.

La roja cuchillada se desbordo, el esclavo cayó ahogándose y retorciéndose. Toda la multitud murmuró. Rix no se movió. Por un momento Attia tuvo la sensación de que Rix se había congelado por el horror, pero cuando habló su voz no temblaba.

—Ponlo en el sofá.

—Yo no lo voy a tocar. Tú tócalo. Tráelo de vuelta.

La gente estaba gritando. Ahora estaban clamando y trepándose por los lados del escenario, rodeándolos, encerrándolos. —He perdido a mis niños —uno de ellos lloriqueó. —Mi hijo está muerto —otro gritó. Attia miró alrededor, alejándose, pero no tenía a donde ir. Rix la agarró con su mano, en donde traía el Guante negro.

—Agárrate —él siseó. En voz alta dijo—: Manténgase atrás, señor.

Él levantó su mano, chasqueó sus dedos.

Y el suelo se derrumbó.

Attia cayó por la trampilla de una forma tan repentina que la dejó sin aliento, se estrelló contra una colchoneta rellena con pelo de caballo.

—¡Muévete! —Rix gritó. Él ya estaba sobre sus pies, jalándola para que empezaran a correr, agazapados bajo las tablas del escenario.

El ruido encima de ellos era una furia; pasos apresurados, gritos y lamentos, un choque de cuchillas. Attia gateó sobre las vigas; había una cortina en la parte trasera y Rix se sumergió debajo de ella, tirando la peluca, la nariz, y la espada falsa.

Jadeando se quitó rápidamente su abrigo, volteándolo al revés para ponérselo de nuevo, atándolo con un cordel, se convirtió en un jorobado, un mendigo encorvado delante de sus ojos.

—¡Todos son unos locos sangrientos!

—¿Y yo qué? —jadeó ella.

—Aprovecha tu oportunidad. Encuéntrate conmigo fuera de la puerta, si logras llegar a ella.

Y entonces él se había ido, cojeando dentro de un túnel de nieve.

Por un momento estaba demasiado furiosa para moverse. Pero una cabeza y hombros bajaron por la trampilla detrás de ella, ella siseó con miedo y salió corriendo.

Escabulléndose por una caverna lateral vio que las carretas se habían ido, dejando huellas profundas en la nieve. No había esperado hasta el final. Se arrastró tras ellos, pero habían muchas personas al final de ese camino, personas surgiendo de la cúpula, algunos huyendo, otros formando una turba que estropeaba todo lo que se les atravesaba. Se dio la vuelta, maldiciendo. ¡Haber llegado hasta aquí e incluso haber tocado el Guante y luego perderlo por una multitud de gente!

Y en su mente se repetía la roja acuchillada que el esclavo había recibido en la garganta, una y otra vez.

El túnel la condujo en medio de las cúpulas de nieve. El lugar era un caos; extraños gritos hacían eco, el asqueroso humo esparciéndose por todas partes. Ella se sumergió en un tranquilo callejón y corrió por él, deseando desesperadamente tener su cuchillo.

La nieve aquí era espesa, pero compacta, como si hubiera sido aplastada por muchos pies. Al final de la calle había un enorme edificio oscuro; ella se metió dentro.

Estaba oscuro y frío como el hielo.

Durante un tiempo, sólo se agachó detrás de la puerta, respirando fuerte, a la espera de sus perseguidores. Gritos distantes llegaron a ella. Su rostro estaba contra la madera congelada, mirando fijamente por una ranura.

Nada salvo oscuridad perturbaba el camino... y una ligera nieve que caía.

Finalmente, se puso de pie, rígida, limpiándose la nieve de sus rodillas, y se giró.

La primera cosa que vio fue el Ojo.

Incarceron la miraba desde el techo, en un pequeño y curioso escrutinio. Y bajo eso, en el suelo, estaban las cajas.

Supo que eran tan pronto como las vio.

Un grupo de ataúdes, construidos rápidamente, apestando a desinfectante. Las astillas estaban apiladas alrededor de ellos.

Dejó de respirar, lanzando su brazo sobre su nariz y boca, dando un gemido de horror.

¡Plaga!

Ahora entendía todo; la gente cayendo, el silencio sordo, la desesperación porque la magia de Rix fuera real.

Se tambaleó hacia atrás, sollozando de terror, tomando nieve y frotando sus manos, su rostro, su boca y nariz. ¿Se le había pegado? ¿La había respirado? Oh dios, ¿Había tocado a alguien?

Sin aliento, se giró para correr.

Y vio a Rix.

Él se estaba tambaleándose hacia ella. —No hay forma de salir —jadeó— ¿Podemos escondernos aquí?

—¡No! —ella tomó su brazo—. Es una villa con Plaga. Tenemos que salir de aquí.

—¡Así que eso es! —para su asombro él rió aliviado—. Sólo por un minuto ahí, dulzura, pensé que estaba perdiendo mi toque. Pero si es sólo por...

—¡Podemos estar infectados ya! ¡Vamos!

Él se encogió de hombros, y se giró.

Un caballo emergió desde las brumosas sombras de la calle, un caballo oscuro como la medianoche, su jinete alto, usando un sombrero de tres picos. Usaba una máscara negra con estrechos agujeros para los ojos. Su abrigo era largo y sus botas

flexibles y finas. Llevaba una escopeta, y ahora la apuntaba con entrenada habilidad hacia la cabeza de Rix.

Rix se congeló.

—El Guante —la sombra susurró—. Ahora.

Rix limpió su rostro con una mano negra, luego extendió sus dedos. Su voz adoptó un servil gemido. —¿Esto señor? Es sólo un accesorio. Un accesorio de escena. Tome todo de mí, señor, pero por favor, no...

—Corta el acto, Encantador —la voz del bandido era divertida y fría. Attia miraba, alerta—. Quiero el Guante real, ahora.

Renuente, Rix lentamente tomó un pequeño bulto negro de su bolsillo interior.

—Dáselo a la chica. —La punta de la escopeta se dirigió ligeramente hacia ella—. Ella me lo dará. Tú haces algún movimiento y los mato a ambos.

Attia se sorprendió así misma, y a ellos, con la áspera risa que soltó. El hombre enmascarado la miró rápidamente, y ella captó sus ojos azules. Ella dijo: —Ese tampoco es el Guante. El real lo mantiene en un pequeño bolso bajo su camisa, ¿Cerca de su corazón?

Rix siseó con furia. —¿Qué es esto? ¡Attia!

El hombre enmascarado hizo clic en el gatillo. —Entonces tómalo.

Attia tomó a Rix, abrió la túnica y tiró de la cuerda alrededor de su cuello. Su rostro, cerca de ella, susurró. —Así que fue una trampa todo el tiempo.

El bolsillo era pequeño, de seda blanca.

Ella dio un paso atrás, tirándolo dentro de su abrigo. —Lo siento, Rix, pero...

—Creí en ti, Attia. Incluso pensé en transformarte en mi aprendiz —sus ojos eran duros; él la señaló con un dedo huesudo— y tú me traicionaste.

—El Art Magick, es el arte de la ilusión. Tú me lo dijiste.

El rostro de Rix se contorsionó en lívida furia. —No olvidaré esto. Cometiste un error cruzándote conmigo, dulzura. Y créeme, me vengaré de ti.

—Necesito el Guante. Necesito encontrar a Finn.

—¿De verdad? Mantenlo a salvo, dijo Sapphique. ¿Es él seguro? ¿Tu amigo ladrón? ¿Para qué lo quiere, Attia? ¿Qué daño hará con él?

—Quizás lo usaré —los ojos del bandido eran fríos a través de su máscara.

Rix asintió. —Entonces tú controlarás la Prisión. Y la Prisión te controlará a ti.

—Cúdate, Rix —Attia dijo. Ella elevó su brazo, y Keiro se inclinó y la subió tras de él.

Ellos hicieron girar al caballo en un círculo de chispas. Y luego galoparon a lo lejos en la fría oscuridad.

SAPPHIQUE



CATHERINE FISHER
SAPPHIQUE
PARTE II
EL CHICO EN EL ABRIGO
AMARILLO



8

Traducido por Emii_Gregori

Corregido por M^oNt\$E

*Nuestro reino será espléndido.
Viviremos como los hombres deberían vivir,
y la tierra seguirá siendo cultivada para nosotros
por un millón de labradores.
Sobre nosotros la luna arruinada será nuestro
emblema de los Años de la Ira.
Parpadeará a través de las nubes como una memoria perdida.*

—**DECRETO DEL REY ENDOR.**

Finn estaba en el fondo de una suavidad de almohadas tan cómodo que todo su cuerpo se encontraba relajado. Dormir era encerrarse en un mundo de sueños, quería volver a caer en él, pero ya estaba retrocediendo, retirándose de él como una sombra del sol.

La Prisión estaba en calma. Su celda era blanca y estaba vacía, y sólo un pequeño Ojo rojo le miraba desde el techo.

—¿Finn? —dijo la voz de Keiro desde algún lugar cercano. Detrás de él la Prisión comentó—: Él luce más joven cuando duerme.

Las abejas zumbaban a través de una ventana abierta. Había un olor dulce de flores para las que él no tenía ningún nombre.

—¿Finn? ¿Puedes oírme?

Él se dio la vuelta, lamiendo sus labios secos.

Cuando abrió sus ojos el sol le deslumbró. La figura inclinada sobre él era alta y rubia, pero no era Keiro.

Claudia se sentó aliviada. —Está despierto.

Finn sintió el conocimiento de en dónde se encontraba inundándole como una ola de desesperación. Trató de sentarse, pero la mano de Jared cayó suavemente en su hombro. —Aún no. Tómate tu tiempo.

Se acostó en la enorme cama imperial, en la suavidad de las almohadas blancas. Por encima de él se encontraba el cubrecama, que estaba bordado con soles, estrellas e intrincadas rosas trepadoras de madera de brezo. Algo dulce ardía en la chimenea. Los criados se movieron alrededor discretamente, trayendo agua y una bandeja.

— Sáquenlos — dijo él con voz ronca.

Claudia dijo:— Mantén la calma. — Ella se dio la vuelta—. Gracias por todo. Por favor infórmenle a su Majestad la Reina que Su Alteza se ha recuperado bastante bien. Él asistirá a la proclamación.

El chambelán se inclinó, llevó a los criados y criadas hacia afuera, y cerró las puertas dobles.

Inmediatamente Finn luchó por incorporarse. — ¿Qué dije? ¿Quién me ha visto?

— No te angusties. — Jared se sentó en la cama—. Sólo te vio Claudia. Cuando la convulsión se terminó convocó a dos de los encargados. Ellos te hicieron subir por las escaleras de atrás. Nadie vio.

— Pero todos ellos saben — se sintió enfermo de ira y vergüenza.

— Bebe esto — El Sapienti vertió un poco de licor en un vaso de cristal, se lo extendió y Finn lo tomó rápidamente. Tenía la garganta reseca por la sed. Siempre era así, después de todo.

Él no quería encontrarse con los ojos de Claudia, pero ella lucía avergonzada, cuando él alzó la vista ella paseaba con impaciencia al pie de la cama.

— Quise despertarte, pero Jared no me dejó. ¡Dormiste toda la noche y la mitad de la mañana! La ceremonia es en menos de una hora.

— Estoy seguro de que ellos pueden esperarme — su voz era amarga. Luego, lentamente, agarró el vaso vacío y miró a Jared—. ¿Es cierto? ¿Lo que ella me dijo? ¿Qué la prisión... qué Keiro es muy pequeño?

— Es verdad. — Jared llenó el vaso.

— No es posible.

— Esto es sólo posible para el viejo Sapienti. Pero Finn, escúchame. Quiero que trates de no pensar en ello, no ahora que tienes que prepararte para la ceremonia.

Finn sacudió su cabeza. El asombro era como una trampa en su interior, se había abierto debajo de él, y no podía dejarse caer en ella. — Recuerdo algo — dijo.

Claudia se detuvo. — ¿Qué? — Ella vino alrededor de la cama—. ¿Qué es?

Él se echó hacia atrás y la miró. —Suenas como Gildas. Todo por lo que alguna vez se preocupó eran las visiones. No por mí.

—Desde luego que me preocupo por ti. —Hizo un gran esfuerzo para calmar su voz—. Cuando vi que estabas enfermo yo...

—No estoy enfermo. —Sacó sus pies de la cama—. Soy un Vidente de las Estrellas.

Ellos se quedaron en silencio. Entonces Jared dijo: —Las convulsiones tienen una naturaleza epiléptica pero sospecho que han sido provocadas por alguna droga que ellos te dieron para olvidar tu pasado.

—¿Ellos? Querrás decir la Reina.

—O el Guardián. O incluso la propia Prisión. Si te sirve de consuelo, pienso que los ajustes serán menos severos con el tiempo.

Finn frunció el ceño. —Está bien. Mientras tanto, el Príncipe Heredero del Reino se derrumba como un lisiado cada pocas semanas.

—Esta no es la Prisión —dijo Jared en voz baja—. La enfermedad no es un delito aquí. —Su voz era más aguda que de costumbre. Claudia frunció el ceño, molesta por la torpeza de Finn.

Finn dejó el vaso sobre la mesa y puso su cabeza entre sus manos, arrastrando los dedos por su cabello enredado. Después de un momento él dijo: —Lo siento, Maestro. Siempre pienso sólo en mí.

—¿Pero qué es lo que recuerdas? —Claudia estaba impaciente. Se apoyó contra la columna de la cama, mirándolo fijamente, su rostro tenso por la expectativa.

Finn trató de pensar. —Las únicas cosas de las que alguna vez he estado seguro de que son recuerdos han sido apagando las velas del pastel y los barcos sobre el lago...

—Tu séptimo cumpleaños. Cuando estábamos comprometidos.

—... Si así lo dices. Pero esta vez, era diferente. —Él envolvió sus brazos alrededor de su pecho; Claudia tomó el traje de seda de la silla árida trayéndolo rápidamente. Él se lo puso, concentrándose—. Creo que... estoy seguro realmente, que yo era mayor esta vez. Ciertamente montaba un caballo. Un caballo gris. Había maleza que se azotaba contra mis piernas, helechos muy altos. El caballo se estrelló a través de él. Había árboles.

Claudia tomó una respiración profunda, la mano de Jared se acercó a ella manteniendo su silencio. Con calma, él dijo: —¿El Gran Bosque?

—Tal vez. Helechos y zarzas. Pero también había escarabajos.

—¿Escarabajos?

—Están en la Prisión. A las pequeñas cosas metálicas, ellos le quitan la basura, comen el metal, el plástico y la carne. No sé si esto era un bosque aquí, o en el interior. ¿Cómo podrían haber estado aquí...?

—Apenas puedes mezclar bien las cosas. —Claudia no podía mantenerse callada por más tiempo—. Pero eso no quiere decir que no es un verdadero recuerdo. ¿Qué pasó?

Jared tomó un pequeño escáner de su bolsillo, y lo colocó sobre las cobijas. Le hizo un ajuste, y emitió un sonido breve y agudo. —La habitación está seguramente llena de dispositivos de escucha. Esto nos dará una cierta protección, si hablas en voz baja.

Finn se quedó mirándolo. —El caballo saltó. Había un dolor en mi tobillo. Me caí.

—¿Un dolor? —Claudia vino y se sentó a su lado—. ¿Qué tipo de dolor?

—Agudo. Como el de una picadura. Era... —Hizo una pausa, como si la memoria parpadeara, más allá de su alcance—. Naranja. Naranja y negra. Pequeña.

—¿Una avispa? ¿Una abeja?

—Me dolía. Miré abajo, hacia él. —Se encogió de hombros—. Entonces, nada. —Apresuradamente se detuvo en el tobillo y lo examinó—. Justo aquí. Fue a través del cuero de la bota.

Había muchas marcas y cicatrices antiguas. Claudia dijo: —¿Podría haber sido algún tipo de tranquilizador? Al igual que sus insectos falsos, Maestro.

—Si lo fuera —dijo Jared lentamente—, el fabricante era hábil, y no se importunó por el Protocolo.

Claudia resopló. —La Reina utiliza el Protocolo para controlar a los demás, no a sí misma.

Jared tocó el cuello de su traje. —Pero Finn, has viajado en el bosque muchas veces desde que saliste de la Prisión. Esto puede no ser un viejo recuerdo. Puede incluso no ser un recuerdo en absoluto —hizo una pausa, viendo el desafío entrar en la cara del muchacho—. Digo esto porque otros pueden decirlo. Ellos dirán que tú lo soñaste.

—Conozco la diferencia —la voz de Finn sonaba enfadada. Se puso de pie, atando el traje a su alrededor—. Gildas siempre decía que las visiones procedían de Sapphique. Pero estos son recuerdos. Eran tan... agudos. Sucedió, Jared. Me caí. Recuerdo estar cayendo. —Sus ojos sostuvieron los de Claudia—. Espérame. Me prepararé.

Lo observaron caminar al vestidor con paneles de madera y cerrar de golpe la puerta.

Las abejas zumbaban pacíficamente en el exterior de la madreSelva.

—¿Y bien? —susurró Claudia.

Jared se levantó y se acercó a la ventana. Abrió más el marco y se sentó en el alféizar, apoyando su cabeza hacia atrás. Después de un momento dijo: —En la Prisión, Finn tuvo que sobrevivir. Aprendió el poder de mentir.

—¿No le crees?

—No he dicho eso. Pero él es hábil para contar las historias que sus oyentes quieren oír.

Ella negó con la cabeza. —El príncipe Giles cazaba en el Bosque cuando se cayó. ¿Qué pasa si esto es un recuerdo? ¿Qué pasa si estaba drogado entonces, y lo llevaron a cualquier lugar donde le limpiaron su mente? —Emocionada, ella se levantó y se acercó a él—. ¿Y si está volviendo todo a él?

—Entonces, eso es bueno. Pero ¿te acuerdas de su historia de la Maestra, Claudia? ¿La mujer que le dio la Llave? Hemos escuchado varias versiones de eso. Cada vez lo cuenta diferente. ¿Quién sabe si alguna es verdad?

Se quedaron en silencio por un momento. Claudia alisó la seda de su vestido, tratando de no sentirse desanimada. Ella sabía que Jared estaba en lo cierto, que al menos uno de ellos tenía que mantener la cabeza clara. Era el método que él siempre le había enseñado, para sopesar los argumentos, y actuar sin favoritismos.

Pero ella quería tanto que Finn recordara, para cambiar, para convertirse de repente en lo que Giles necesitaba. Ella quería estar segura de él.

—¿No te molesta mi escepticismo, Claudia? —La voz de su tutor era nostálgica, ella levantó la vista, sorprendida, y vio que él la miraba de cerca.

—¡Por supuesto qué no! —Atrapada por cierta tristeza en sus ojos ella se acercó y se sentó junto a él, agarrando su brazo—. ¿Está usted bien, Maestro? Toda esta preocupación por Finn...

—Estoy bastante bien, Claudia.

Ella asintió con la cabeza, sin querer saber si él estaba mintiendo. —Pero yo no le he preguntado por la Reina. ¿Qué es lo que ella tenía que decir que era tan urgente?

Él miró a otro lado, hacia afuera al césped verde. —Ella quería saber cómo fueron los esfuerzos para abrir el Portal. Le conté de las plumas —Él sonrió con su sonrisa rara—. No creo que la impresionara.

—No —dijo Claudia.

—Y abordé el tema de la Academia.

—No me digas. Ella no me dejará ir.

Era su turno para ser sorprendido. —Correcto. ¿Crees que es por lo que Medlicote te dijo? ¿Que ella planea desheredarte?

—Puede intentarlo —dijo ella con ferocidad—. Ella tendrá una batalla en sus manos.

—Claudia, hay más. Ella. . . está feliz de que me vaya. Solo.

Ella abrió sus ojos de par en par. —¿Para buscar el camino Dentro? ¿Pero por qué? Ambos sabemos que ella no quiere encontrarlo.

Él asintió con la cabeza, mirando hacia abajo a sus dedos delgados.

—Es una especie de trama. Ella quiere sacarte de la Corte. —Claudia se mordió las uñas, pensando fuertemente—. Fuera del camino. Tal vez ella sabe que no encontrarás nada, que pierdes el tiempo. Quizá ya sabe dónde está Incarceron...

—Claudia, tengo que decirte... — él alzó la vista y se volvió pero en ese momento el reloj de la torre comenzó a golpear, y la puerta del vestidor se abrió.

Finn corrió fuera. —¿Dónde está mi espada?

—Aquí —Claudia tomó la hoja de metal de la silla y le miró abrochárselo—. Deberías tener un criado para hacer eso.

—Puedo hacerlo yo mismo.

Ella lo miró. Su cabello había crecido más desde su Fuga, ahora se estaba atando a toda prisa una cinta negra. Su chaqueta era de un rico color azul medianoche, y aunque las mangas fueron adornadas con oro, él no tenía ninguna de las extravagancias con encajes y rizos de los otros cortesanos. Él no usaría el polvo, los colores brillantes, o cualquiera de las bandas perfumadas, las estrellas y los sombreros de plumas que la Reina le había enviado. Era como si estuviera de luto.

La austeridad le recordaba a su padre.

Se quedó allí con nerviosismo. —¿Y bien?

—Te ves bien. Pero deberías tener más encaje de oro. Tenemos que mostrarle a esta gente...

—En cada centímetro luces como el Príncipe —dijo Jared, yendo a abrir la puerta.

Finn no se movió. Su mano agarró la empuñadura de la espada como si fuera la única cosa familiar allí. —No sé si puedo hacer esto —dijo.

Jared dio un paso atrás. —Sí puedes, Finn. —Él se movió más cerca y su voz era tan reservada que Claudia apenas captó las palabras—. Lo harás por el bien de la Maestra.

Sorprendido, Finn lo miró fijamente. Pero la campana sonó de nuevo, y Claudia deslizó su brazo firmemente en el suyo y lo condujo fuera de la habitación.

Todos los pasillos de la Corte estaban llenos de gente. Bienquerientes, criados, soldados, secretarios, se reunieron en los pasillos y miraron detenidamente a las puertas y a las galerías para ver al Príncipe Heredero del Reino ir a su proclamación. Precedido por una guardia de treinta hombres armados, sudando en sus corazas brillantes, espadas ceremoniales en posición vertical en sus manos, Claudia y Finn se dirigieron rápidamente hacia los apartamentos del Estado. Las flores fueron lanzadas a los pies de Finn, aplausos ondulaban desde las puertas y escaleras. Pero éstos eran silenciosos, Claudia lo sabía, ella quería fruncir el ceño bajo esa sonrisa graciosa que tenía que mantener en su rostro. Finn no era lo suficientemente popular. La gente no lo conocía. O pensaban que era hosco y remoto. Todo fue culpa suya.

Pero ella sonrió y asintió con la cabeza y saludó a todos ellos, Finn caminó rígidamente, saludando aquí y allá a los rostros que él reconocía, y sabía que Jared estaba tranquilo detrás de ella, su abrigo Sapiienti arremolinaba el polvo del suelo. Ellos fueron escoltados a través de los innumerables apartamentos del Ala de Plata, de las Salas de Oro y del Salón de Baile Turquesa, se congregaron con la muchedumbre, que miraba fijamente, en el Salón de espejos donde las paredes llenas de éstos hacían que la reunión pareciera abrumadoramente enorme.

Caminaron debajo de las brillantes lámparas, a través del aire caliente y empalagoso por los perfumes, el sudor y aceites de pomo, a través de susurros y gritos corteses y escrutinios curiosos. La música tintineó con violas y violonchelos sobre un alto balcón; los pétalos de rosas fueron lanzados en las duchas de las damas de honor. Finn alzó la vista y esbozó una sonrisa, las mujeres bonitas se reían tontamente y ocultaban sus rostros detrás de sus admiradores.

Su brazo estaba caliente y tenso en el de Claudia, ella le apretó la muñeca en consuelo. Y mientras lo hacía ella se dio cuenta de lo poco que realmente sabía de él, de la agonía de su pérdida de memoria, de la vida que había vivido.

Al llegar a la entrada de la Corte de Cristal dos lacayos animados se inclinaron y tiraron de las puertas traseras. La amplia habitación brilló. Cientos de personas giraron sus cabezas.

Claudia aflojó su brazo y dio un paso atrás al lado de Jared. Vio cómo Finn le dio una mirada y luego se irguió y prosiguió su camino, una mano en su espada. Ella siguió, preguntándose qué terrores de la Prisión le habían enseñado tales alardes fríos.

Debido a que la habitación estaba llena de peligros.

Mientras que bajaba la muchedumbre ella anduvo entre sus arcos amplios y reverencias elegantes y se preguntó cuántas armas secretas estaban ocultas aquí, cuántos asesinos estaban al asecho, cuántos espías empujaban de cerca. Una muchedumbre de mujeres sonriendo, Embajadores en regalías llenas, Condesas y Duques y todos los trajes de armiño del Consejo Privado, se abrieron para mostrar la alfombra roja que conducía la longitud de la sala, y las aves en jaulas diminutas y brillantes cantaban y revoloteaban en los altos arcos del techo. Y por todas partes, como un laberinto desconcertante, las mil columnas de cristal le dieron a la sala su nombre, reflejando, retorciendo y entrelazando el techo abovedado.

En cada lado de las filas de la tarima el Sapienti estuvo de pie, sus trajes iridiscentes capturando la luz. Jared se les unió, silenciosamente moviéndose al final de la línea.

La misma tarima fue levantada sobre cinco amplios escalones de mármol y en la parte superior de ésta había dos tronos. La Reina Sia se levantó de uno. Llevaba un enorme vestido de satén blanco, una capa ajustada con el armiño, y la corona. Era extrañamente pequeño en su cabello elaborado, pensó Claudia, deteniéndose en la primera fila de cortesanos junto a Caspar. Él le echó un vistazo, y sonrió abiertamente, el guardaespaldas corpulento llamado Fax estaba cerca de él. Claudia se volvió, frunciendo el ceño.

Ella vio a Finn.

Él subió los escalones con rapidez, con la cabeza ligeramente inclinada. En la parte superior se volvió hacia la muchedumbre y vio como su barbilla se alzaba, él les envió a todos una mirada fija y desafiante. Pero por primera vez ella pensó que si él lo intentara podría parecerse a un príncipe.

La Reina alzó su mano. La muchedumbre que murmuraba se quedó en silencio, solamente los centenares de pinzones piaron y gorjearon fuertemente por encima de ellos.

—Amigos. Este es un día histórico. Giles, quien se perdió una vez de nosotros, ha vuelto a tomar posesión de su herencia. La dinastía Havaarna da la bienvenida a su heredero. El Reino da la bienvenida a su Rey.

Fue un discurso bonito. Todo el mundo le aplaudió. Claudia llamó la atención de Jared y él parpadeaba lentamente. Ella trató de no sonreír.

—Y ahora vamos a escuchar la Proclamación.

Como Finn estaba rígidamente al lado de Sia, el Primer Señor Sapiienti, un hombre austero delgado, se paró y le entregó su bastón con punta de plata con una media luna a un lacayo. De otro lacayo tomó un rollo de pergamino, lo desenrolló y comenzó a leer con una voz firme y sonora. Fue largo y tedioso, lleno de cláusulas, títulos y términos legales, pero Claudia se dio cuenta que era esencialmente un anuncio sobre la intención de Finn para ser coronado, la afirmación de sus derechos y la forma física en que se encontraba. Cuando la frase —sano en mente en cuerpo y en espíritu— se desplegó, ella se puso tensa, sintiendo más bien la tensión de Finn. A su lado, Caspar hizo un pequeño ruido.

Ella lo miró. Él todavía llevaba esa sonrisa estúpida.

Un frío miedo surgió repentinamente en ella. Algo estaba mal. Ellos tenían algo planeado. Se movió, inquieta, la mano de Caspar tomó la suya.

—Espero que no vayas a interrumpir —susurró en su oído—, y le arruines el hermoso día a Finn.

Ella lo miró fijamente.

El Sapiient terminó, haciendo rodar el pergamino. —...Así es Proclamado. Y a menos que haya alguien que clame en contra de ella, yo afirmo y anuncio aquí, ante estost estigos, ante la Corte y el Reino, que el Príncipe Alejandro Giles Ferdinand de la Havaarna, Señor de las Islas del Sur, el Conde de...

—Me opongo.

El Sapiient vaciló y se quedó en silencio. La multitud se volvió, sorprendida.

Claudia giraba su cabeza para ver alrededor.

La voz había sido tranquila, pero firme, y se trataba de un chico. Él se abrió paso a través y más allá de ella y notó que él era alto, tenía el pelo castaño y había una mirada clara, decidida en sus ojos. Llevaba un abrigo de satén de oro fino. Y su parecido con Finn era sorprendente.

—Me opongo.

Miró a la Reina y a Finn, ellos le devolvieron la mirada, el Primer Sapien hizo un gesto fuerte y los soldados levantaron sus armas rápidamente.

—¿Y quién es usted, señor, que piensa que puede oponerse? —dijo la Reina asombrada.

El chico sonrió y le tendió las manos en un gesto extrañamente real. Se puso de pie en el escalón y se inclinó.

—Señora Madrastra —dijo—. ¿No me conoce? Soy el verdadero Giles.

9

Traducido por KaThErIn

Corregido por Nanis

*Así que él se levantó y buscó el camino más duro,
el camino que conducía al interior.
Y todo el tiempo que llevaba el Guante no comió o
durmió e Incarceron sabía todos sus deseos.*

—**LEYENDA DE SAPPHIQUE**

El caballo era incansable, sus patas de metal entraban profundas en la nieve. Attia se mantenía apretada a Keiro, porque el frío la ponía rígida y sus manos entumecidas, y en varios momentos casi sintió que caería.

—Debemos llegar lo suficientemente lejos —dijo Keiro sobre su hombro.

—Sí. Lo sé.

Él rió. —Tú no eres una mala estratega, Finn estaría orgulloso.

Ella no respondió. El plan de cómo ellos robarían el Guante había sido de ella y había sabido que podría hacerlo, pero sentía una curiosa vergüenza por traicionar a Rix.

Él estaba loco, pero ella le había gustado a él y a su grupo destartalado. A medida que ellos cabalgaban se preguntó ¿qué podría él estar haciendo ahora, qué historia estaría girando en torno a ellos? Pero él nunca había usado el Guante real en el acto, así que ellos deberían ser capaces de continuar. Y ella no debería sentirse apenada por él.

No había lugar para la lástima en Incarceron. Pero mientras ella pensaba eso, pensó en Finn, que había tenido lástima de ella una vez, y la rescató. Frunció el ceño.

El Ala de Hielo brillaba en la oscuridad. Era como si la luz artificial de la Prisión hubiera sido almacenada profunda en sus estratos congelados, así que incluso ahora, en la oscuridad, la vasta tundra pálida y fosforescente, presentaba su superficie ahuecada barrida por los fríos vientos. El resplandor tenue de la aurora

ondulaba en el cielo, como si Incarceron se entretuviera con extraños efectos en las largas horas de la noche glacial.

Ellos cabalgaron durando más de una hora, la tierra llegando a ser más y más contorsionada, el aire más frío. Attia se cansó; sus piernas dolían, su espalda estaba en agonía.

Finalmente, Keiro bajó de la bestia. Su espalda estaba húmeda por el sudor.

Él dijo: —¿Esto tendrá que ver? —era una gran proyección de hielo, brillando con una congelada cascada.

—Grandioso —murmuró ella.

Lentamente, el caballo seleccionó su camino, entre rocas forradas de escarcha. Attia giró sobre ambos pies y se deslizó con gratitud hacia abajo. Sus piernas casi dan un paso; se agarró a una de las rocas, luego se estiró, gimiendo.

Keiro bajó de un salto. Si él estaba entumecido, era muy orgulloso para demostrarlo. Se quitó el sombrero y ella vio su cara.

—Fuego —murmuró él.

No había nada que quemar. Finalmente él encontró un antiguo poste de árbol; había todavía alguna corteza que podría ser rota, y con algo de astillas de la mochila y una gran cantidad de juramentos impacientes, se las arregló para mantenerlas ardiendo. El calor era insignificante, pero Attia se alegró de extender sus manos temblando sobre él.

Ella se agachó, mirándolo. —Dijimos una semana. Fuiste afortunado de que me las arreglara para adivinar...

—Si tú piensas que estabas saliendo alrededor de un plagueheap apestoso, estas mal —se sentó enfrente—. Además, las cosas no estaban en bruto allí. Esa mafia podría haber llegado a él primero.

Attia asintió.

Keiro miró el goteo de hielo en el fuego. La madera húmeda silbaba y crepitaba. Su rostro era afilado con sombras, sus ojos azules enrojecidos por el cansancio, pero su vieja arrogancia todavía estaba ahí, su sentido de superioridad sin esfuerzo.

—Así que ¿cómo era?

Ella se encogió de hombros. —El nombre del mago era Rix, Era...extraño. Tal vez un poco loco.

—Su acto era basura.

—¿Tú pensarías eso? —ella recordó el rayo en el cielo, las goteantes letras pintadas por el hombre que no podía escribir—. Unas pocas cosas extrañas sucedieron. Quizás a causa del Guante. Pensé que vi a Finn.

Keiro levantó la cabeza bruscamente. —¿Dónde?

—Era... una especie de sueño.

—¿Una visión? —él gimió—. Oh, ¡fantástico! ¡Eso es todo lo que necesito! Otro Vidente de Estrellas.

Arrastrando el paquete más cerca, él sacó algo de pan, lo abrió y le lanzó la más pequeña parte. —¿Entonces qué? ¿Viste a mi precioso Hermano de Juramento haciendo? ¿Sentándose sobre su trono de oro?

Exactamente, ella pensó, *ero en su lugar* dijo: —Él parecía perdido.

Keiro resopló. —Seguro. Perdido en sus corredores de lujo y cuartos de trono. Su vino y mujeres. Supongo que él los tiene a todos comiendo de su mano, Claudia y su madrastra, la Reina, y quien sea más que este para escucharlo. Yo le enseñe a hacer eso. Le enseñé cómo sobrevivir, cuando él era un niño llorando a cada gran estruendo. Y así es como me paga.

Attia tragó lo último del pan. Ella había oído todo esto antes. —No fue culpa de Finn que tú no pudieras Escapar.

Él la miró. —No necesito que me lo recuerdes.

Ella se encogió de hombros, tratando de no mirar a su mano. Él siempre parecía llevar Guantes ahora, incluso cuando no estaba haciendo frío. Pero debajo del sucio y bordado rojo Guante, estaba el secreto de Keiro, la cosa que lo perseguía y de la cual nunca hablaba, la uña singular de metal que le dijo a él, que no era enteramente humano. Y que no tenía idea de cuánto de su cuerpo, Incarceron había hecho.

Ahora él murmuró: —Finn juró que trataría de encontrar alguna forma para sacarme. Todos los Sapienti de su reino patético trabajarían en ello. Pero no tengo la intención de esperar. Él se olvidó del Exterior, así que tal vez nos ha olvidado ahora. Todo lo que sé es que si alguna vez lo encuentro de nuevo, él lo lamentará.

—Es improbable que suceda —Attia dijo cruelmente.

Él la miró, su hermoso rostro ruborizado. —¿Y qué hay sobre ti? Siempre tenías una debilidad por el pobre Finn, ¿no?

—Él salvó mi vida.

—Dos veces. Una vez con mi anillo mágico. Que yo todavía debería tener, en lugar de eso, fue gastado en ti.

Ella se quedó en silencio. Estaba acostumbrada a su desprecio, y su estado de ánimo. Él la toleraba porque ella era útil, y ella se quedaba con él porque si Finn volvía, sería para encontrar a Keiro. Ella no tenía ilusiones sobre eso.

Tristemente, Keiro se llenó la boca de cerveza agria. —Mírame. Merodeando en el Ala de Hielo, cuando debería haber estado liderando el grupo viejo ahora, fuera, en algunas redadas, tomando la división del saqueo del jefe. ¡Yo vencí a Jormanric en una pelea justa! lo destrocé. Yo tuve todo en mis manos, y dejé a Finn persuadirme. ¿Y qué pasa? Él escapa y yo no... —su disgusto era real.

Attia no se molestó en recordarle que ella había hecho tropezar a su oponente en el momento crítico y ganó la pelea por eso. En su lugar dijo: —Para de estar deprimido. Nosotros hemos obtenido el Guante. Por lo menos déjanos mirarlo.

Él se quedó inmóvil un momento, luego sacó la bolsa de seda de su bolsillo. Colgando de un dedo. —Qué bonita cosita. No preguntaré como averiguaste donde lo guardaba.

Ella arrastró los pies más cerca. Si su suposición había sido mala...

Con cuidado, Keiro abrió el cordón, vació un pequeño objeto oscuro arrugado. Extendió la cosa fuera de su palma y ellos la miraron con fascinación. Era extremadamente vieja. Y muy diferente de los Guantes que Rix había usado en su acto.

Para empezar, este no era hecho de tela, pero sí de algo brillante, escamosa piel, muy suave y flexible. El color era dificultoso de definir; parecía brillar y cambiar entre el verde oscuro y blanco y plomo metálico. Pero era sin duda un Guante. Los dedos estaban usados, y rígidos, y el pulgar había sido reparado con un parche, cosido con puntadas irregulares. Sobre el Guante, estaban cosidos unos pocos objetos de metal, pequeñas imágenes de un escarabajo y un lobo, y dos cisnes unidos por una fina cadena.

Pero lo más inesperado de todo, los dedos del Guante estaban ladeados con antiguas garras de marfil amarillas.

Keiro dijo con asombro: —¿Es esto realmente de dragón?

—Podría ser serpiente —pero ella nunca había visto escamas tan finas y duras.

Poco a poco, Keiro sacó su propio Guante. Su mano era musculosa y sucia.

—No —ella dijo.

El Guante de Sapphique parecía demasiado pequeño para él. Parecía ser hecho para una fina, delicada mano.

—Lo he estado esperando toda la vida.

Ella sabía que él pensaba que de alguna manera cambiaría las cosas, que usándolo, podría anular los componentes que formaban parte de él, que si Finn regresaba a través de El Portal para buscarlo, él podría seguirlo, con el uso de esto. Pero la advertencia de Rix la perseguía.

—Keiro...

—Cállate Attia —abrió el Guante. Crujía levemente y ella olió su rancio, antiguo olor. Pero antes de que pudiera deslizar sus dedos dentro, el caballo levantó su cabeza y dio un agudo resoplido. Keiro se congeló.

Más allá, la rígida cascada del Ala de Hielo parecía oscura y silenciosa, desierta en su noche negra. Mientras escuchaban el bajo gemido del viento que soplaba afuera de allí, un frío eco en los agujeros derretidos y los glaciares del paisaje abandonado, algo más se oyó.

Una rendija de metal.

Keiro pisó muy fuerte el fuego: Attia se lanzó detrás de una roca. No había una forma de ocultar al caballo, pero este permaneció en silencio, como si también sintiera el peligro.

Con las llamas apagadas, la noche de la Prisión se torno azul y plateada; las corrientes de la cascada retorcidas como mármol grotesco.

—¿Ves algo? —Keiro se apretó a su lado, empujando el Guante dentro de su camisa.

—Creo que sí, Ahí —un destello, fuera de la tundra. La Aurora reflejándose sobre el acero. Un parpadeo de la luz de las antorchas.

Keiro maldijo. —¿Es ese Rix?

—Yo no veo como eso puede ser, Rix nunca podría haberse puesto al día con nosotros, no con los torpes vagones. —Ella estrechó sus ojos y miró fijamente. Había algo ahí fuera. Se tambaleó en las sombras. Mientras la luz estalló, vislumbró a una criatura grotesca, grumosa, como si tuviera muchas cabezas. Resonaban, como si su cuerpo fuera hecho de cadenas. Un hilo de temor le tocó la columna vertebral—. ¿Qué es eso?

Keiro estaba muy quieto. —Algo que nunca esperaba encontrarme —Su voz carente de bravuconadas; mirándolo, ella vio solo un destello de sus ojos.

Eso estaba yendo directo hacia ellos. Quizás podría oler al caballo, o sentir el agua congelada. El tintineo llegaba regular, como si la cosa marchara con precisión militar. Como si sus patas fueran de un ciempiés, sonando como una legión.

Keiro dijo: —Súbete el caballo. Deja todo.

El miedo en su voz la hizo moverse sin preguntar. Pero el caballo lo sintió también, y relinchó fuerte en el silencio.

La criatura se detuvo. Susurró. Tenía muchas voces, y sus cabezas giraron, como si fuera una hidra. Luego empezó a trotar a pasos largos entrecortadamente, torpemente, partes de él cayendo, siendo arrastradas, tambaleándose hacia arriba. Gritó y se maldijo a sí mismo, agrupados en una oscura erizada masa. Hojas de espada y llamas brillaban en sus manos. La verde aurora parpadeaba sobre él. Era una Pandilla encadenada.

* * *

Claudia miró fijamente al chico. Él se enderezó, la vio y sonrió, cálidamente. —Claudia, has crecido mucho. Luces Maravillosa —dio un paso hacia ella y antes que ella pudiera moverse o los guardias pudieran detenerlo, había tomado su mano y la besó, formalmente.

Asombrada, ella dijo: —¿Giles?

Instantáneamente hubo alboroto. La multitud zumbaba con entusiasmo, los soldados miraron a la Reina. Sia estaba de pie absolutamente inmóvil, como estupefacta. Con un elegante movimiento se recuperó, levantó la mano y espero por silencio.

Se acercó lentamente. Un guardia golpeó su alabarda sobre el suelo. La multitud se calló, pero había todavía susurros. Los Sapiente se miraron; Claudia vio a Finn andar hacia adelante y mirar al recién llegado con enojo. —¿Quieres decir El Real Giles? Yo Soy Giles —el extraño se giró y lo vio como si estuviera sucio.

—Tú, señor, eres un Prisionero escapado y un Impostor. Yo no sé qué malicia se encuentra detrás de sus reclamos, pero puedo decirle, que no son ciertamente verdaderos. Yo soy el legítimo heredero —se giró hacia la multitud—. Y he venido a reclamar mi herencia.

Antes de que nadie más pudiera hablar la Reina dijo: —¡Suficiente! Quien sea que usted sea, señor, es sin duda demasiado audaz. Escucharé el asunto en privado. Mi

Señores, por favor, únansenos —sus pálidos ojos miraron a Finn—. Tú, también, tienes derecho a oír.

Ella se giró, majestuosamente, y los Embajadores y Cortesanos hicieron una reverencia.

Claudia agarró a Finn mientras pasaba. Él se la sacudió. —No puede ser él —ella silbó—. Cálmate.

—¿Entonces por qué dijiste ese nombre? ¿Por qué dijiste eso, Claudia? —él sonó furioso.

Ella no tenía una respuesta real. —Yo estaba...era solo el choque. Él debe ser un Impostor.

—¿Lo es? —la mirada de Finn era dura. Luego se giro y se fue caminando rápidamente a través de la multitud, una mano sobre su espada.

El cuarto estaba en alboroto. Claudia sintió a Jared agarrar su manga. —Vámonos —él siseó.

Ellos se apuraron hacia la puerta de la Cámara Privada, empujando a través de la masa de cuerpos perfumada y con pelucas.

Claudia dijo sin aliento: —¿Quién es él? ¿La Reina ideo esto?

—Si es así, es una excelente actriz.

—Caspar no tiene el cerebro.

—¿Entonces algunos animales de metal?

Ella lo miró por un segundo, con los ojos muy abiertos. Luego las lanzas de los guardias de las puertas chocaron en frente de ella. Sorprendida, dijo: —Déjenme pasar.

Un nervioso lacayo murmuró: —Lo siento, mi dama. Solo Sapiienti y el Consejo Privado —él miró a Jared—. Usted puede pasar, Maestro.

Claudia se irguió. Por un momento Jared casi sintió lástima por el hombre.

—Yo soy la hija del Guardián de Incarceron —dijo, en voz que destilaba hielo—. Tú te harás a un lado ahora, antes de que asegure tu transferencia al lugar más plagado de ratas mantenido en este Reino.

El lacayo era joven. Tragó saliva. —Señora...

—Ninguna palabra —ella lo miró, impasible—. Solo muévete.

Por un momento Jared se preguntó si eso funcionaría. Y luego un divertido murmullo vino detrás de ellos.

—¡Oh! Déjala entrar. ¿Qué daño puede hacer? No quisiera que te pierdas toda la diversión, Claudia.

Frente a un sonriente Caspar, el lacayo se retrajo. Los guardias retrocedieron. Instantáneamente Claudia paso por delante de ellos y a través de la puerta. Jared esperó, y se inclinó, y el Príncipe se apuro después de ella, su guardaespaldas, cerca como una sombra. Caminando atrás, el Sapient sintió la puerta cerrarse con un clic a su espalda.

La Cámara Privada era pequeña, y olía a humedad. Los asientos eran de cuero rojo antiguo, dispuestos en forma de herradura, el de la Reina en el centro con su escudo de armas recubriéndole. Los Concejeros sentados, los Sapienti detrás de ellos.

Sin saber dónde ir, Finn permaneció cerca de la Reina, tratando de ignorar la sonrisa de Caspar, la forma que se inclinó y dijo algo al oído de su madre, haciendo que soltara una tintineante risa.

Claudia llego y se paró cerca de él, sus brazos cruzados. Ellos no se dijeron nada.

—¿Bien? —La Reina se inclinó hacia adelante con gracia—. Ustedes pueden acercarse.

El chico en el abrigo amarillo llegó y se detuvo dentro de la herradura. Todos los ojos estaban sobre él, pero parecía completamente a sus anchas. Finn lo miró con desagrado instintivo. La misma altura que él. Marrón, cabello ondulado. Ojos marrones. Sonriendo. Confiado. Frunció el ceño.

El extraño dijo: —Su Majestad. Mi Señores. He hecho una reclamación seria, y entiendo la gravedad de eso. Pero tengo intención de demostrarles que lo que yo digo es verdad. Yo soy en efecto Giles Alexander Ferdinand de la Havaarna, Señor de las Islas del Sur, el Conde de Marly, Príncipe de la Corona de este Reino —Él estaba hablando a todos ellos, pero sus ojos estaban sobre la Reina. Y solo por un segundo brillante, sobre Claudia.

—Mentiroso —susurró Finn.

La reina dijo: —Quiero silencio.

El Impostor sonrió. —Me crié entre ustedes hasta que tuve quince años. Muchos de ustedes se acordarán de mí. Usted, Señor Burgogne. Recordará las veces que le pedí prestados sus caballos finos, la vez que perdí su azor en el Gran Bosque —El concejal, un anciano con una túnica de piel negra, se sobresaltó—. Mi señora Amelia, recordará el día en que su hijo y yo caímos de un árbol disfrazados de piratas y aterrizamos encima de ella —su sonrisa era cálida.

Una de las damas de la Cámara de la Reina asintió con la cabeza. Su rostro era blanco. —Fue así —susurró—. ¡Cómo nos reímos!

—De hecho lo hicimos. Tengo muchos recuerdos —él cruzó sus brazos—. Señores, sé todo de ustedes. Puedo decirles donde viven, los nombres de sus señoras. He jugado con sus niños. Puedo responder a cualquier pregunta que ustedes me hagan acerca de mis tutores, mi querido sirviente, Bartlett, mi padre, el difunto Rey, y mi madre, la reina Argente —por un momento, entonces, una sombra cruzó su rostro. Pero sonrió y sacudió su cabeza—. Qué es más de lo que este prisionero, con su ¡oh-tan-práctica pérdida de memoria!, puede hacer.

A su lado, Claudia sintió la inmovilidad de Finn como una amenaza.

—Entonces, ¿dónde he estado todo este tiempo? Se estarán preguntando. ¿Por qué fue mi muerte falsa? O tal vez ya habrán oído a mi graciosa madrastra, la Reina, cómo mi supuesta caída del caballo a la edad de quince años fue... arreglada, como protección para mi propia seguridad.

Claudia se mordió el labio. Él estaba usando la verdad y girándola. Era muy inteligente. O había sido bien enseñado.

—Fue un momento de gran peligro. Hay una secreta y siniestra organización, señores, de la cual ustedes podrían haber oído. Es conocida como el Clan de los Lobos de Acero. Sus planes sólo han sido recientemente frustrados, con el fracaso de su intento sobre la vida de la Reina Sia, y la exposición de su líder, el deshonrado Guardián de Incarceron.

Ahora no estaba mirando a Claudia. Él estaba jugando con el público como un experto, su voz clara y firme. —Nuestros espías han estado conscientes de ellos durante años, y se sabía que planearon mi muerte. Mi muerte, y la revocación del Edicto. El fin del Protocolo. Nos regresarían al terror y el caos de los años de Ira. Así que desaparecí. Ni siquiera la reina sabía de mis planes. Me di cuenta de que la única manera de estar seguro era hacerles pensar que estaba muerto. Y a la espera de mi tiempo —sonrió—. Ahora, mis señores, ese momento ha llegado.

Él hizo una seña, su gesto majestuoso, y natural, y un lacayo trajo un paquete de papel para él.

Claudia se mordió el labio con ansiedad.

—Tengo aquí la evidencia documental de lo que digo. Mi real línea, mis escrituras de nacimiento, muchas cartas que he recibido, invitaciones, muchos de ustedes las escribieron. Ustedes las reconocerán. Tengo el retrato de mi novia cuando era niño, que me regalo por nuestro compromiso.

Claudia respiró fuerte. Lo miró, y miraba constantemente hacia atrás.

—Por encima de todo, amos y señores, tengo las pruebas en mi propia carne —Él levantó la mano, se retiró el volante de encaje de su manga, se volvió lentamente, para que toda la habitación pudiera ver.

En su muñeca, tatuado profundamente en la piel, estaba la coronada Águila de los Havaarnas.

SAPPHIQUE



10

Traducido por Yolit Belikov

Corregido por Nanis

*Mano a Mano, Piel a Piel,
El reflejo es como un gemelo, Incarceron
Miedo a Miedo, Deseo a Deseo
Ojo a ojo, Prisión a Prisión*

—**CANCIONES DE SAPPHIQUE**

Ellos lo habían escuchado.

—Muévete —gritó Keiro.

Attia agarro las riendas de la silla, pero el caballo estaba aterrado, haciendo círculos y relinchos, y antes de que Keiro pudiera montarlo salto hacia atrás, tomando posición. Se dio la vuelta. La Pandilla Encadenada estaba esperando. Eran doce cabezas de hombres, con cascos, los cuerpos unidos en las manos, las muñecas y en las caderas, unidos por cadenas como cordón umbilical de hombro a hombro o cintura con cintura. Los rayos de luz brillaban desde algunas manos, por las armas, palas, cuchillos, fusiles oxidados.

Keiro había sacado su propio fusil. Se estabilizo en el centro del grupo acurrucado.

—No caminen más allá. Permanezcan lejos.

El travesaño de la antorcha se centro en él. Attia se aferraba al costado caliente y sudoroso de su caballo que estaba temblando en su mano.

Se abrieron las cadenas de los Prisioneros y sus cuerpos se separaron, y se convirtió en una línea de sombras, el movimiento le había hecho pensar tontamente en las cadenas de papel que hacia cuando era niño, un hombre mordaz que tiraba de una amplia línea de ellos.

—Dije que se detuvieran —giro Keiro el arma a lo largo de la línea. Su mano estaba firme, pero solo podía hacer un disparo, y seguramente el resto atacaría. ¿Lo harían?

La Pandilla Encadenada habló.

—Queremos comida.

Sus voces eran murmullos que se repetían, uno tras otro.

—No tenemos nada para darles.

—Mientes. Olemos pan. Olemos carne.

¿Fue uno, o todos? ¿Tenían un cerebro, controlando sus cuerpos como sus partes, o cada uno de ellos era un hombre, eternamente y horriblemente unido? Attia miro fascinada.

Keiro soltó una maldición, luego dijo: —Tírales la bolsa.

Con cuidado, Attia tomó la parte posterior de la bolsa de comida del caballo y la tiro sobre el hielo. Se deslizó por el suelo. Un largo brazo la alcanzo y la atrajo hacia arriba. Desapareció en la oscuridad de la deforme criatura.

—No es suficiente.

—No hay más —dijo ella.

—Olemos al animal. Su sangre caliente. Su carne dulce.

Ella le dio una mirada alarmada a Keiro. Sin el caballo quedarían atrapados allí.

—No, el caballo no.

Se quedaron quietos en la débil luz del cielo. Ella oró para que la luz se encendiera. Pero solo se quedo cómo el Ala del Hielo, eternamente oscura.

—Déjenlo —dijo Keiro salvajemente—. O los matare. Lo digo en serio.

—¿Quién de ustedes? Estamos unidos. No nos pueden separar.

Se movieron. Por el rabillo del ojo vieron el movimiento de Attia, ella exclamo: —Eso es todo —ella retrocedió, asustada, segura de pronto de que si una de sus manos la tocaban, los dedos crecerían en ella. El tintineo de las cadenas de acero de los prisioneros los tenía casi acorralados. Solo el hielo que quedaba atrás les ofrecía cierta protección. Keiro respaldado contra el dobladillo del hielo se quebró.

—Vete en el caballo Attia.

—¿Y tú?

—¡Vete en el caballo!

Ella se subió. La Pandilla Encadenada se tambaleó hacia delante. Al instante el caballo se agito.

Keiro disparo.

Una rayo de llama azul perforo el tronco central, el hombre se evaporizo al instante, y La Pandilla gritó al unisonó, las onces voces gritaron de rabia.

Attia obligo al caballo dar la vuelta, inclinándose para agarrar a Keiro, vio como el cuerpo se juntaba, las manos se unía, deslizándose la piel de las cadenas, renovándose, ajustándose.

Keiro volvió a saltar detrás de ella pero fueron hacia él. Él grito y pateo, pero las manos miserables, lo tenían agarrado por el cuello y la cintura, tirándolo del caballo. Él lucho, maldijo cruelmente, pero había demasiado de ellos, estaban todos sobre él, y su cuchillo brillo con la luz azul del hielo. Attia lucho contra el pánico del caballo, se inclino hacia abajo, le arrebató su fusil y lo apuntó.

Si ella disparaba lo mataría.

Las cadenas de la piel lo envolvían como tentáculos. Lo fue absorbiendo, él tomaría el lugar del hombre muerto.

—¡Attia! —su grito fue ahogado. El caballo se agito, ella luchó para mantenerlo tranquilo—. ¡Attia! —por un momento su cara estaba clara, él la vio—. ¡Fuego! —gritó.

Ella no podía.

—¡Fuego! ¡Dispárame!

Por un momento se quedo congelada por el terror. Luego levanto el arma y disparó.

* * *

—¿Cómo pudo haber sucedido esto? —Finn irrumpió a través de la habitación y se arrojó sobre la silla de metal. Miro alrededor del misterioso por lo gris que era, Portal—. ¿Y porque nos reunimos aquí?

—Porque es el único lugar en toda la Corte que estoy seguro que no hay micrófonos —Jared cerró la puerta con cuidado, sintiendo el efecto extraño que tenia la habitación, la forma en que se enderezó, como si se adaptase a su presencia. Pues debe ser así, como él sospechaba, alguna etapa intermedia a la prisión.

Plumas todavía cubrían el suelo. Finn dio una patada a ellas.

—¿Dónde está ella?

—Ella va a estar aquí.

Jared vio al niño, Finn le devolvió la mirada. Más tranquilo, dijo: —Señor, yo también dudo.

—¿También?

—Tú lo vistes. Y Claudia...

—Claudia cree que tú eres Giles. Siempre lo ha hecho. Desde el momento que ella escucho por primera vez tu voz.

—Ella no lo había visto entonces. Dijo su nombre —Finn se levanto, camino inquieto hacia la pantalla—. ¿Viste como fue arreglado? ¿Cómo sonrió e hizo una reverencia y se mantenía como un Príncipe? No puedo hacer eso Señor. Yo nunca sabría cómo olvidarlo. La Prisión lo ha rastreado fuera de mí.

—Un agente experto...

Finn se dio la vuelta.

—¿Tú crees en él? Dime la verdad.

Jared unió sus delicados dedos, se encogió de hombro ligeramente. —Yo soy un erudito, Finn. No soy tan fácil de convencer. Estas supuestas pruebas serán examinadas. Sin duda habrá una serie de preguntas, tanto para él como para ti, ante el Consejo. Ahora que hay dos demandantes al trono, todo ha cambiado — miro de reojo a Finn—. Pensé que no estabas ansioso por aceptar tu herencia.

—Ahora lo estoy —la voz de Finn fue un gruñido—. Keiro siempre dice que para lo que tú luchas, lo debes guardar. Solo una vez le hable de nada.

—¿Cuando dejaste la cuadrilla? —Jared lo miró—. Esas cosas que nos has dicho sobre la Prisión, Finn. Necesito saber que son ciertas. Acerca de la Maestra, Acerca de la llave.

—Te lo dije. Ella me dio la llave, y luego fue asesinada. Ella cayó en el abismo. Alguien nos ha traicionado. No fue mi culpa. —estaba dolido. Pero la voz de Jared era despiadada.

—Ella murió por ti. Y ese recuerdo del bosque, de la caída del caballo. Necesito estar seguro de que es real, Finn. No solo pienso en lo que Claudia necesita oír.

Finn sacudió la cabeza hacia arriba.

—Una mentira, que quería decir.

—De hecho —Jared sabía que era un riesgo. Pero mantuvo la mirada a su nivel—. El Consejo querrá oírlo también, cada detalle. Preguntaran una y otra vez. Serán a ellos a quien tengas que convencer, no a Claudia.

—Si alguien más dijera esto Señor, que me...

—¿Es por eso que tienes la mano en tu espada?

Finn apretó los dedos. Lentamente, envolvió los brazos alrededor de sí mismo, y se desplomó en la silla de metal.

Se quedaron en silencio un rato, y Jared podía oír el débil sonido de la habitación inclinada, un sonido que nunca había logrado aislar.

Finalmente Finn dijo: —La violencia era nuestra forma de vida en la prisión.

—Lo sé, sé lo difícil que debe ser...

—Pero no estoy seguro —se dio la vuelta—. No estoy seguro, Maestro ¿¿Quién soy?! ¿Cómo puedo convencer a la Corte cuando ni siquiera estoy convencido yo mismo?

—Tienes que hacerlo. Todo depende de ti —los ojos verdes de Jared estaban fijos en él—. Porque si tu eres suplantado, en caso de que Claudia pierda su herencia, y yo... —se detuvo. Finn vio sus dedos pálidos juntos—. Bueno, no habrá nadie que se ocupe de las injusticias de Incarceron. Y tú nunca verás a Keiro de nuevo.

La puerta se abrió, y Claudia entro apurada. Parecía molesta y nerviosa. Había polvo en su vestido de seda. Ella dijo: —Se queda en la Corte. ¿¿Lo pueden Creer!? Ella le ha dado una serie de habitaciones en la Torre de Marfil.

Ninguno de los dos respondió. Sintiendo la tensión en la habitación, miro a Jared, después saco la bolsa de terciopelo azul de su bolsillo y cruzo la habitación con ella.

—¿Recuerdas esto, Señor?

Deshizo el lazo, ella lo inclino para arriba y una pintura en miniatura se deslizo hacia fuera, una obra magistral en su marco de oro y perlas, la parte posterior grabada con el Águila coronada. Ella se lo dio a Finn, y él la sostuvo en ambas manos.

Mostraba a un niño sonriente, sus ojos oscuros en la luz del sol. Su mirada era tímida, pero directa y abierta.

—¿Soy yo?

—¿No lo reconoces?

Cuando respondió el dolor en su voz la sobresaltó.

—No, No más. Ese niño nunca había visto hombres muertos por las sobras de la comida, nunca había atormentado a una anciana para que le mostrase donde sus pocas monedas estaban escondidas. Nunca había llorado en una celda con su

mente destrozada, nunca se acostaba en las noches oyendo los gritos de los niños. No soy él. Nunca ha tratado de zafarse de la prisión.

Metió la imagen de nuevo en la bolsa y se arremangó la camisa.

—Mírame, Claudia.

Sus brazos estaban heridos por viejas cicatrices y quemaduras. No tenía idea de cómo las había conseguido. La marca del Águila Havaarna, estaba desvanecida e indistinguible.

Ella hizo su voz más fuerte. —Bueno, él nunca ha visto las estrellas, entonces, no como tú las has visto. Este eres tú.

Ella lo sostuvo junto a él, y Jared se acercó a ver.

El parecido era indiscutible. Y sin embargo ella sabía que el niño del granizo se parecía también, y sin la palidez habitual Finn todavía tenía la delgadez en la cara y algo perdido en los ojos.

No queriendo que él supiera su duda, ella dijo: —Jared y yo encontramos esto en la cabaña de un hombre llamado Bartlett. Él se ocupó de ti cuando tú eras pequeño. Dejo un documento, de cuanto te amo, como él pensó en ti como su hijo —desesperado, Finn sacudió la cabeza. Continúo con ferocidad—. Tengo pinturas también, pero esta era la mejor. Pienso que debieron de dársela a él. Él era la persona que sabía después del accidente, que el cuerpo no era el tuyo, de que tú todavía estabas vivo.

—¿Dónde está él? ¿Podemos conseguir que este aquí?

Ella fulminó a Jared con los ojos, y dijo en voz baja: —Bartlett está muerto, Finn.

—¿Debido a mí?

—Él sabía que lo perseguirían.

Finn se encogió de hombros. —Entonces lo siento. Pero el único hombre viejo que amé fue Gildas. Y él está muerto también.

Algo crujió. La luz en la pantalla del escritorio. Parpadeo. Jared corrió directo a él, Claudia lo siguió.

—¿Qué fue eso? ¿Qué está pasando?

—Alguna conexión. Tal vez...

Se dio la vuelta. Algo había cambiado en el murmullo de la habitación. Parecía retroceder, un gancho en la escalera. Con un chillido Claudia corrió y tumbó a Finn de la silla con un tirón que ambos casi cayeron.

—¡Funciona! ¡El Portal! ¿Pero cómo?

—Desde el interior —blanco por la tensión Jared vio la silla. Todos ellos se quedaron mirándola, sin saber que esperar, sin saber que pudiera venir. Finn le arrebató la espada. La luz brillo, el brillo cegador, Jared recordaba. Y en la silla estaba una pluma. Era tan grande como un hombre.

* * *

Disparo el fusil. Se deslizo por el hielo bajo los pies del grupo de prisioneros y la criatura grito, deslizándose por el hielo flotante derrumbado. Sus cuerpos enredados, enganchándose unos a otros. Attia volvió a disparar, apuntando a las placas de hielo roto, gritando.

—¡Vamos!

Keiro lucho para tener claridad. Luchó, mordió y pateo con fuerza, peros sus pies también estaban cayendo en el fango, y todavía había una mano que agarraba su chaqueta. Entonces la tela se rasgo y por un momento quedo libre. Él levanto la mano, ella se inclino y la tomo. Era pesado, pero el miedo de ser arrastrado y ahogado lo hizo trepar sobre el lomo del caballo detrás de ella.

Attia metió el arma bajo el brazo, luchando con las riendas. El caballo estaba entrando en pánico, ya que había un gran hueco, partiendo la noche. Mirando hacia abajo, Attia vio que todo el hielo se estaba rompiendo, desde el cráter donde estaban los huecos negros, zigzagueaban hacia fuera. Los carámbanos de hielo se desprendieron de la cascada, rompiéndose en montones irregulares.

El fusil le fue arrebatado. Keiro grito: —Mantenlo todavía —pero el caballo se sacudió por el miedo, sus cascos chocaban ruidosamente y se deslizaban por las placas congeladas.

La Pandilla Encadenada se esforzaba, la mitad en el agua del deshielo. Algunos de sus cuerpos yacían en los otros, sus cadenas de tendón y la piel de escarcha helada.

Keiro levanto el arma.

—No —Attia respiro—. No podemos escapar —y entonces, cuando bajo el arma eran un hombre otra vez.

—Recuerda que me lo agradecerás —la voz de Keiro era severa.

La explosión los quemó. Disparo tres, cuatro, cinco veces, con frialdad y eficiencia, hasta que el arma escupió y tosió, fue inútil. Después la arrojó al cráter quemado.

Las manos de Attia estaban doloridas por tanto sujetar las riendas de cuero.

Luchó con el caballo por un punto muerto.

En el silencio sobre cogedor el más leve susurro del viento formaba una capa de nieve. Ella no podía mirar hacia abajo a los hombres muertos; sino que miro hacia arriba, al techo distante y sintió un escalofrío de asombro, porque por un momento creyó ver miles de pequeños puntos de luz brillante en el firmamento negro, como si las estrellas de las cuales Finn le había hablado, estuvieran allí.

Keiro dijo: —Vamos a salir de este agujero infernal.

—¿Cómo? —murmuro ella.

La llanura era una red de huecos. Bajo el agua el hielo se rompió, un océano de color gris metálico se levantaba. Y las manchas brillantes no eran estrellas, eran trocitos de una niebla plateada, dando vueltas lentamente hacia abajo desde la altura de Incarceron.

La niebla cayó en sus rostros. Dijo: —No debiste haber matado a mis criaturas, Medio Hombre.

* * *

Claudia se quedó mirando el enorme tallo de la pluma, las grandes tiras azules ligadas tensamente entre sí. Con cuidado, se acercó y tocó las plumas suaves en el extremo. La pluma era idéntica a la que Jared había recogido en el jardín. Pero enorme, se ensancho. Totalmente equivocada. Sorprendida, susurró: —¿Qué significa?

Una voz divertida le contesto.

—Es decir, querida, que estoy regresando tu pequeño regalo.

Por un momento ella no pudo moverse. Entonces dijo: —¿Padre?

Finn tomo su brazo y le dio la vuelta. Ella vio como aparecía en la pantalla, pixel por pixel, la imagen de un hombre. Cuando el cuadro se completo ella lo reconoció, la severidad de su capa oscura, la perfección de su cabello, atado elegantemente hacia atrás. El Guardián de Incarceron, el hombre que ella todavía pensaba que era su padre. Estaba mirándola.

—¿Puedes verme? —dijo sin aliento.

Allí estaba, su vieja sonrisa fría.

—Por supuesto que pudo verte, Claudia. Pienso que te sorprendería de lo que puedo ver en tus ojos grises dirigidos a Jared. Señor Sapienti, le felicito. Había pensado que el daño hecho en el Portal sería bastante. Parece, que como siempre, lo subestime.

Claudia unió sus manos delante de ella. Se enderezó, de forma vertical y rígidamente, como siempre se colocaba cuando estaba ante él, como si fuera una pequeña niña otra vez, como si su clara mirada la disminuyera.

—Puedo devolver el material de su experimento —dijo el Guardián secamente—. Como puede ver, los problemas siguen siendo de gran escala. Le sugiero encarecidamente, Jared, no enviar nada vivo a través del Portal. Los resultados podrían ser fatales para todos nosotros.

Jared frunció el ceño.

—¿Pero cómo llegaron las plumas aquí?

El Guardián sonrió, y no respondió.

Claudia no podía esperar más. Las palabras retumbaron fuera de ella.

—¿Estas realmente en Incarceron? ¿Dónde? ¿Pero dónde es? ¡Nunca se nos dijo!

Un destello de sorpresa cruzó su rostro. Se inclinó hacia atrás, y vio que estaba en un lugar oscuro, porque una luz leve como la llama, se reflejó brevemente en sus ojos. Un sonido de pulsación suave vino de algún lugar en la oscuridad.

—¿No es así? Bueno, tengo miedo. Claudia, Preciosa, debes de preguntarle a tu tutor acerca de eso.

Echó un vistazo a Jared. Parecía avergonzado, no se encontró con sus ojos.

—¿Puedes realmente no haberle dicho nada a ella, Maestro? —la burla en la voz de su padre estaba clara—. Y pensé que no tenías ningún tipo de secreto en tu pequeña sociedad. Bueno parece que hay que tener más cuidado, Claudia. El poder corrompe a todos los hombres. Incluso a Sapienti.

—¿Poder? —le espetó ella.

Sus manos estaban abiertas elegantemente pero antes de que ella pudiera exigir más Finn le dio un codazo en un lado.

—¿Dónde está Keiro? ¿Qué paso con él?

El Guardián dijo con frialdad: —¿Cómo voy a saberlo?

—Cuando tú eras Blaize, tenías una torre llena de libros. Los expedientes de cada uno de la prisión. Tú puedes encontrarlo...

—¿Realmente importa? —el Guardián se inclinó hacia adelante—. Bueno, entonces te lo diré. En estos momentos está luchando por su vida con una criatura monstruosa de varias cabezas.

La calma sorprendió a Finn, dando una sacudía se echo a reír.

—¿Y tú no estás allí para cuidarle la espalda? Eso debe doler. Pero aquí es donde él pertenece. Este es el mundo de Keiro, sin amistad, sin amor. Y tú, prisionero, perteneces aquí también

La pantalla parpadeo.

—Padre... —dijo Claudia rápidamente.

—¿Así que todavía me llamas así?

—¿Cómo más te puedo llamar? —dio un paso hacia adelante—. Tú eres el único padre que conozco.

Por un momento él la miro. Y ella noto en la desintegración de la imagen que su pelo era más gris de lo que había sido, con la cara más alineada.

Él dijo en voz baja: —Yo soy ahora un prisionero también, Claudia.

—Puedes escapar, tienes la llave...

—Tenía —se encogió de hombros—. Incarceron la ha tomado —la imagen se movió.

Ella dijo desesperada: —¿Pero por qué?

—La Prisión se consume con el deseo. Sapphique lo comenzó, porque cuando uso el Guante, él y la prisión se convirtieron en una sola mente. Él la infecto.

—¿Con una enfermedad?

—Un deseo. Y el deseo puede ser una enfermedad, Claudia —él la miraba, su rostro temblaba, y cambiaba.

—Tú eres culpable también, por describirlo todo tan bien. E Incarceron ahora arde con deseo. Para todos esos miles de ojos hay una cosa que nunca han visto, y que harían cualquier cosa por ver.

—¿Qué? —ella respiro, ya sabiendo.

—Fuera —susurró.

Por un momento nadie hablo. Entonces Finn se inclinó hacia adelante.

—¿Qué hay sobre mí? ¿Soy Giles? ¿Tú me pusiste en la Prisión? ¡Dime!

El Guardián le sonrió.

Entonces la pantalla quedo en blanco.

CATHERINE FISHER
SAPPHIQUE



11

Traducido por Cuketa_Illuminosa

Corregido por Emii_Gregori

*Hay un terror creciente en hablar con la Prisión.
Mis secretos parecen pequeños y lamentables.
Mis sueños parecen tontos.
Empiezo a tener miedo de que pueda ver en mi mente.*

—DIARIO DEL SR. CALLISTON.

La niebla se deslizó entre ellos. Era una niebla helada de millones de gotitas. Attia la sintió enfriándole la piel, condensándose en sus labios.

¿Te acuerdas de mí Attia? susurró.

Ella frunció el ceño. —Recuerdo.

—Cabalga —Keiro murmuró.

Instó al caballo adelante, con cuidado. Pero se deslizó y el terreno se inclinó, y sabía que Incarceron les había atrapado aquí, porque la temperatura fue aumentando rápidamente y toda el Ala se estaba derritiendo a su alrededor.

Keiro debía sentirlo también. Él espetó: —Déjennos en paz. Vayan y torturen a algunos otros presos.

Te conozco, medio hombre. La voz estaba cerca, en sus oídos, contra sus mejillas. *Tú eres parte de mí, mis átomos laten en tu corazón, pican en tu piel. Debería matarte ahora mismo. Debería derretir el hielo y dejar que te ahogues aquí.*

De repente Attia se deslizó del caballo. Ella miró en la noche gris. —Pero no lo harás. Usted ha estado viéndome todo el tiempo. ¡Usted escribió ese mensaje en la pared!

¿Qué? ¿Quería ver las estrellas? Sí, he usado la mano del necio. Porque las veré, Attia, y usted me va a ayudar.

La luz se juntó. La mostró a través de los dos grandes Ojos rojos empañados. Brillaban como rubíes, uno tan cerca de Keiro que su caliente resplandor le quemaba. Se deslizó hacia abajo a toda prisa, cerca de ella.

He pasado siglos anhelando Escapar, pero ¿quién puede escapar por sí mismos? El Guardián intenta decirme que no va a funcionar, pero mi plan sólo tenía un defecto y tú ya has resuelto eso.

—¿Qué quieres decir con el Guardián? —Keiro espetó—. Esta fuera con su preciosa hija y su príncipe.

La prisión se echó a reír. Su diversión era un rumor que separaba el hielo, témpanos salpicándose en el creciente mar de agua derretida. La masa donde ellos estaban de pie, desprendiéndose a trozos por el borde.

La niebla se abrió como una boca cavernosa. Veo que no sabes. El Guardián esta dentro ahora y para siempre, porque ambas Llaves son mías. He utilizado su energía para construir mi cuerpo.

El hielo era inestable. Attia se agarró al caballo. —¿Su cuerpo? —susurró.

En el qué me Escapare.

Keiro dijo: —Eso no es posible.

Los dos sabían de alguna manera que tenían que mantenerlo hablando, que un antojo de la crueldad caprichosa de la Prisión, podría tirarlos al agua helada, podría abrir los conductos y barrerlos, profundamente en los interminables desagües y túneles de su corazón metálico.

Tú puedes decir eso. La voz de Incarceron era rica en desprecio. Tú, no puedes salir de aquí debido a tus imperfecciones. Pero el sueño de Sapphique de las estrellas es mío ahora, y hay una manera. Una forma secreta, de una manera que nadie espera. Estoy construyéndome a mí mismo un cuerpo. Al igual que un hombre, pero mejor, una criatura alada. Será alto, hermoso y perfecto. Sus ojos serán de color esmeralda y caminará, correrá, volará y en ello voy a poner toda mi personalidad y poder y dejará a la Prisión una cáscara vacía. Ustedes tienen la última pieza que necesito para completarlo.

—¿Nosotros?

Saben lo que hacen. He buscado el Guante perdido de mi hijo por siglos, se ha mantenido en secreto, incluso de mí. Se echó a reír, divertido. Pero ahora ese tonto Rix lo ha encontrado. Y lo tienen aquí.

Keiro le dio a Attia una mirada alarmada. La plataforma de hielo flotaba ahora, y en cada lado, la niebla se arremolinaba tan densamente que no podía ver nada de la tundra. Ella sentía que la Prisión se los había tragado, que estaban viajando profundamente dentro de su vientre enorme, como el hombre en la ballena en el libro de Rix.

Rix. Sus palabras estallaron en su memoria El arte Magicke es el arte de la ilusión.

Las olas se levantaban bajo el hielo delgado. A lo lejos en la niebla, ella vio los eslabones de una cadena enorme, colgando hacia abajo. Ellos habían sido llevados hacia ahí. Rápidamente dijo: —¿Lo quieres?

Será mi mano derecha.

Los ojos de Keiro eran azules y brillantes. Enseguida se dio cuenta lo que estaba planeando. Él dijo: —Nunca lo tendrás.

Mi hijo, yo podría matarte ahora y tomarlo.

El Guante estaba en las manos de Keiro. —No antes de que me lo ponga. No antes de que yo sepa todo sobre ti.

No

—Mírame.

¡NO! La luz parpadeó. La niebla se vertió, sobre el caballo, escondiéndolos de los demás. Attia se agarró del codo de Keiro, sintió su calor a través de la capa.

—Tal vez es hora de que pongamos algunas condiciones. —Keiro era invisible, pero su voz era de acero—. Tengo el Guante. Podría usarlo. Podría destrozarlo en cuestión de segundos. Pero si lo quieres, podría dártelo.

La Prisión se quedó en silencio.

Sintió a Keiro encogiéndose de hombros. —Todo depende de usted. Me parece que esto es la única cosa en este infierno que no puede controlar. El Guante era de Sapphique. Tiene un poder extraño. Lleva nuestras vidas y nos muestra el camino, y es suyo. De lo contrario me lo pondré. ¿Y qué me vas a hacer?

Podía verlo ahora. La niebla se retiró. En un momento de horror se dio cuenta de que estaban solos en una masa de hielo en un ancho mar de agua, un océano metálico. Se extendía hasta donde alcanzaba la vista en todas direcciones, y los dos Ojos de la Prisión se deslizaron en ella y la miraban cuidadosamente a través de sus ondas lentas y turgentes.

Tu arrogancia es sorprendente

—He tenido mucha práctica —dijo Keiro.

Tú no puedes saber lo que el Guante hace.

—No sabe lo que sé —él lo miró desafiante—. No hay pequeños Ojos rojos en mi cerebro, tirano.

Luces se encendieron. Alto en el techo Attia vislumbró pasarelas y carreteras en suspensión, una milla de Alas por encima de ellos, donde pequeños puntos que debían ser personas, estaban agrupadas y mirando hacia abajo.

Ah, pero ¿qué si los hay, medio hombre? ¿Qué si veo incluso allí?

Keiro se echó a reír. Sonaba vacío, pero la Prisión había nombrado su propio oscuro temor y él lo cubría así. —No me asusta. Los hombres la han hecho, los hombres la pueden deshacer.

En efecto. La voz era seca y enojada. Entonces muy bien, vamos a llegar a un acuerdo. Tráeme el Guante y te recompensare con Escapar. Pero si alguna vez intentas ponértelo, voy a quemarte y hacerte cenizas. No tendré rivales.

La cadena colgaba delante de ellos. Era enorme y pesada y cayó al mar con un splash, el agua derretida enviaba un grueso rocío hacia arriba que Attia pudo degustar en sus labios. Mientras, el metal se sacudía abajo hasta que vieron que un corredor fue arrastrado, una pista se desenrollaba en la superficie del mar agitado, desapareciendo en los restos de la niebla.

Keiro fue hacia el caballo, pero antes de que pudiese montar, Attia dijo: —No se te ocurra dejarme aquí.

—Yo no te necesito. Tengo el Guante.

—Necesitas un hermano de juramento.

—Tengo uno de esos, también.

—Sí —dijo ella con amargura—. Pero él está ocupado.

Keiro la miró. Su cabello era largo y húmedo, brillaba a la luz. Los ojos de él eran fríos y calculadores, por un momento ella supo que iba a viajar lejos. Y entonces él se inclinó hacia abajo y tiró de ella hacia arriba.

—Sólo hasta que encuentre a alguien mejor —dijo.

* * *

La Reina celebró una cena de Estado esa noche en honor del Impostor Claimants.

Cuando Claudia se sentó en la mesa larga lamiendo los últimos vestigios de syllabub² de limón de la cuchara, pensó en su padre. El verlo le había sacudido. Se había visto más delgado, su desprecio menos seguro. No había podido dejar de pensar acerca de lo que había dicho. Pero sin duda Incarceron, que el inteligente Sapiienti había creado, no podía salir de la Prisión, porque si lo hacía, todo lo que quedaría sería un caparazón oscuro de metal. Millones de prisioneros morirían, sin luz, aire, alimentos. Tenía que ser imposible.

² Dulce frío hecho con nata, licor y zumo de limón.

Tratando de no pensar en ello miró con ansiedad a Finn a través de las velas y las fruta de cera. Él había sido colocado junto a la Condesa Amaby, una de las bromistas, sin pelos en la lengua de la Corte que quedaron fascinadas por su humor, y que inventaría algún chisme malicioso acerca de él. Quien parecía no estar respondiendo a su interminable charla, la mirada fija en su vino, y bebiendo demasiado, Claudia pensó.

—Pobre Finn. Él parece tan infeliz —murmuró el Impostor.

Claudia frunció el ceño. La Reina Sia había colocado a los dos Príncipes Giles, uno frente al otro, en mitad de la mesa, y ahora desde su trono estaba viéndolos a los dos.

—Sí. Bueno, eso es tu culpa. —Claudia puso la cuchara en su plato y lo miró de frente—. ¿Quién eres? ¿Quién te ha puesto en esto?

El chico que se hacía llamar Giles sonrió con tristeza. —Sabes quién soy, Claudia. Simplemente no quieres admitirlo.

—Finn es Giles.

—No, no lo es. Es conveniente para ti creerlo. No te culpo en absoluto. Si yo hubiera tenido que hacer frente a casarme con Caspar habría hecho algo tan drástico, y lo siento por haberte dejado a tu suerte... Pero sabes que habías comenzado a dudar de Finn incluso antes de que yo regresara de entre los muertos, ¿verdad?

Ella lo observó con la luz de las velas y se inclinó hacia atrás y sonrió. De cerca, su parecido a Finn era sorprendente, era como si fueran extraños gemelos —uno brillante, el otro oscuro, uno fácil, el otro atormentado. Giles —ella no sabía qué otra cosa llamarle— llevaba un abrigo de seda de raso de durazno, su cabello negro perfectamente peinado y atado en un lazo negro. Sus uñas, se dio cuenta, cuidadas, las manos de alguien que nunca había trabajado. Olía a limón y sándalo. Sus modales en la mesa eran exquisitos.

—Estás tan seguro de ti mismo —ella murmuró—. Pero no tienes ni idea de lo que pienso.

—¿No lo hago? —Se inclinó hacia adelante mientras los lacayos quitaban los platos y ponían los platos pequeños—. Siempre estamos igual, Claudia. Yo solía decirle a Bartlett...

—¿Bartlett? —ella le miró, sorprendida.

—Un hombre viejo y querido que era mi chambelán. Él fue con el que hable mayormente, después de morir mi padre, sobre nosotros, sobre el matrimonio. El que tú eras un poco arrogante, pero le gustabas.

Ella tomó un sorbo de vino, apenas saboreándolo. Las cosas que dijo, sus recuerdos casuales, la perturbaron. *Un poco arrogante*. El anciano había escrito algo casi idéntico en el testamento secreto que ella y Jared habían encontrado. Y seguramente sólo ellos sabían de su existencia.

Mientras pequeños platos de fresas se servían ella dijo: —Si Giles estaba encerrado en Incarceron la Reina era parte del cuadro. Por lo que debes saber que Finn es el verdadero Príncipe...

Él sonrió, sacudiendo la cabeza, comiendo la fruta.

—Ella no quiere a Finn como Rey —continuó Claudia obstinada—. Pero si moría, sería demasiado sospechoso. Así que decidió desacreditarlo. Primero necesita encontrar a alguien con la misma edad, y que se parezca a él.

Giles dijo: —Esas fresas son realmente maravillosas.

—¿Ella envió mensajeros a través del Reino? —Claudia mojó un dedo en el cuenco de agua de rosas—. Ellos deben haber estado encantados cuando te encontraron. Un doble real.

—De verdad deberías intentarlo —dijo con una cálida sonrisa.

—Un poco demasiado dulce para mí.

—Entonces déjame —él cambió su plato por el suyo, educadamente—. ¿Decías?

—Sólo dos meses para entrenarte. No es suficiente, pero eres inteligente. Aprendes rápido. En primer lugar ellos harían uso de una varita facial, obteniendo la semejanza exacta. Entonces habrían de meterte en el papel, en la historia de la familia, en lo que come Giles, monta, le gusta, juega, estudia. Ellos te enseñan a montar y a bailar. Habrían de hacerte memorizar toda su infancia —le miró—. Debe haber unos pocos Sapienti en tu salario. Y debe haberte prometido una fortuna.

—O mantener mi pobre querida madre en un calabozo, tal vez.

—O eso.

—Pero voy a ser Rey, ¿recuerdas?

—Nunca te dejaré ser Rey —Claudia miró hacia Sia—. Van a matarte, cuando hayas servido a su propósito.

Por un momento él se quedó en silencio, secándose la boca con una servilleta de lino, y pensó que lo había asustado. Luego vio que estaba mirando a Finn a través del humo de una vela, y cuando él respondió, su brillante humor había desaparecido.

—Volví a salvar el Reino de ser gobernado por un ladrón y un asesino. Y para salvarte de él también.

Sorprendida, miró hacia abajo. Sus dedos tocaban los de ella en el mantel blanco.

Con cuidado, ella retiró la mano. —Yo no necesito ser salvada.

—Yo creo que sí. De ese bárbaro, y de mi malvada madrastra. Debemos permanecer unidos, Claudia. Debemos cuidarnos las espaldas el uno al otro y pensar en el futuro. —Giró la copa de cristal con cuidado—. Porque voy a ser Rey. Y necesitare una Reina en la que pueda confiar.

Antes de que ella pudiera responder, un fuerte golpe provino de la parte alta de la mesa. El mayordomo estaba golpeando el suelo con su bastón. —Sus Excelencias. Señores, Señoras, Maestros. La Reina va a hablar.

El ruido de la charla disminuyó. Claudia agarró la oscura mirada de Finn, fija en ella, ella lo ignoró y miró a Sia. La Reina estaba de pie, una figura blanca, su cuello pálido brillando con un collar de diamantes que tomaba la luz de las velas en un brillante arco iris. Ella dijo: —Queridos amigos. Déjenme dar un brindis.

Las manos fueron a las copas. Debajo de la mesa Claudia vio las capas brillantes de pavo real de los hombres y los rasos brillantes de las mujeres. Detrás, en las sombras, filas de hombres de pie en silencio esperando.

—Para los dos Claimants. Para el querido Giles —Levantó su copa maliciosamente al Impostor, luego se volvió a Finn. —Y querido Giles.

Finn la fulminó con la mirada. Alguien tuvo una risa nerviosa. En el momento de tensión parecía que nadie respiraba.

—Nuestros dos Príncipes. Mañana comenzará la investigación en sus historias. —La voz de Sia era suave, sonrió tímidamente—. Esta... más bien lamentable... situación se resolverá. El verdadero Príncipe se descubrirá, se los aseguro. En cuanto al otro, el Impostor, me temo que va a pagar un alto precio por las molestias y la ansiedad que ha causado a nuestro Reino. —Su sonrisa era helada ahora—. Él será avergonzado y torturado. Y luego será ejecutado.

Silencio absoluto.

Dijo suavemente: —Pero con una espada, no un hacha. Como corresponde a la Realeza —ella levantó su vaso—. Por el Príncipe Giles de los Havaarna.

Todos se levantaron, y tocaron las copas. —Prince Giles —murmuraron.

Mientras bebía, Claudia trató de ocultar su sorpresa, trató de alcanzar los ojos de Finn, pero ya era demasiado tarde. Él se puso de pie lentamente, como si el tiempo

de tensión de la comida se hubiese roto, mirando a través del Impostor. Su silencio hacia que se desplomasen los rumores y charlas en una calma de curiosidad.

—Yo soy Giles —dijo—. Y la reina Sia lo sabe. Sabe que mi memoria se perdió en Incarceron. Sabe que no tengo esperanza de responder a cualquiera de las preguntas del Consejo. —La amargura de su voz golpeó en el corazón de Claudia.

Ella puso su copa a toda prisa abajo y dijo: —Finn... —Pero él hizo como si no la hubiera oído, su mirada dura en los cortesanos.

—¿Qué debo hacer, señoras y señores? ¿Quieren que me haga una prueba de ADN? Lo haré. Pero entonces, no sería Protocolo, ¿verdad? ¡Eso está prohibido! La tecnología para esto esta oculta, y sólo la Reina sabe dónde. Y no lo va a decir.

Los guardias en la puerta se adelantaron. Uno sacó su espada.

Si Finn los vio no le importó. —Sólo hay una manera de resolver esto, el camino del honor, la forma en que lo haríamos en Incarceron.

Se saco un Guante de su bolsillo, y antes de que Claudia se diese cuenta de lo que significaba, había empujado la platos a un lado y entre las velas y las flores, golpeó la cara del Impostor, un rumor de sorpresa viajó por la mesa.

—Pelea conmigo. —La voz de Finn estaba llena de ira—. Te reto. Cualquier arma. Elige. Lucha contra mí por el Reino.

La cara de Giles era blanca, su control helado. Él dijo: —Yo sería feliz de matarte, señor, a cualquier hora y con cualquier arma que pueda encontrar.

—Por supuesto que no —la voz de la Reina fue fuerte—. No habrá duelo. Totalmente lo prohíbo.

Los dos Claimants se miraron, como reflejos de un espejo ahumado. Desde debajo de la mesa Caspar dijo: —Oh déjalos, mamá. Ahorrarían tanta molestia.

Sia no le hizo caso. —No habrá duelo, señores. Y la investigación se iniciará mañana —ella encontró a Finn con sus pálidos ojos de hielo—. No voy a ser desobedecida.

Él hizo una reverencia, con rigidez, y luego empujó de vuelta la silla, los guardias se movieron a toda prisa a un lado. Claudia se levantó pero Giles dijo suavemente: —No te vayas, Claudia. Él no es nada, y lo sabe.

Por un momento se detuvo. Luego se sentó. Se dijo que aquello se debía a que el Protocolo prohibía a todos salir antes que la Reina, pero Giles le sonrió, como si supiera algo más.

Furiosa, se agitó durante veinte minutos, con los dedos tocando su vaso vacío, y cuando por fin la Reina se levantó y se podía escapar, corrió a la habitación de él y llamó a la puerta.

—Finn. Finn, soy yo.

Si él estaba allí, no contestó.

Por último, caminó por el pasillo y miró al césped, apoyando la frente en el frío cristal. Quería gritarle a él. ¿Qué estaba pensando? ¡Cómo ayudaba a la lucha! Eso era la clase de estupidez, y arrogancia que Keiro habría hecho.

Pero no era Keiro.

Y mordiéndose las uñas, reconoció, muy dentro de sí misma, la repugnante duda que había estado creciendo en su mente por dos meses. Que tal vez había cometido un terrible error. Que tal vez no *fuese* Giles.



12

Traducido por Sheilita Belikov

Corregido por Emii_Gregori

Él abrió la ventana y miró la noche.
—El mundo es un ciclo sin fin —dijo—.
Una banda de Möbius, una rueda en la
que circulamos. Como lo han descubierto,
quienes han llegado hasta aquí sólo para
encontrarse en donde empezaron.
Sapphique continuó acariciando el gato azul.
— ¿Así que no puedes ayudarme?
Se encogió de hombros. —Yo no he dicho eso.

—**SAPPHIQUE Y EL ENCANTADOR OSCURO.**

El camino se ondulaba sobre el mar plumizo.

Al principio Keiro dejó que el caballo galopara, y gritó por la velocidad y la libertad, pero era peligroso, porque el camino de metal era resbaladizo y el agua fangosa pasaba por encima de él. La neblina se cernía cerca, de modo que Attia sentía que viajaban a través de una nube con sólo atisbos de vez en cuando de distantes formas oscuras, que podrían haber sido islas o montañas. Una vez, un abismo irregular se abrió a un lado.

Finalmente el caballo estaba tan cansado que apenas podía correr. Después de casi tres horas Attia volvió del adormecimiento para darse cuenta de que habían pasado el mar. Alrededor de ellos la neblina estaba despejándose, para revelar una jungla de cactus espinosos y áloes, de tallo largo y grandes hojas lanceoladas. Un sendero llevaba directamente a ella, las plantas a cada lado estaban enrolladas y quebradizas, aplastadas profundamente, como si Incarceron hubiera hecho este camino hace tan sólo unos minutos.

—No vas a dejar que nos perdamos, ¿verdad? —Keiro murmuró.

Desmontaron e hicieron un incómodo campamento en el borde del bosque. Mirando fijamente, Attia olió la tierra quemada, vio las estructuras de las hojas como telarañas de metal fino. Aunque ninguno de los dos dijo nada, vio a Keiro

mirando la maleza con inquietud, y como si la Prisión se mofara de su temor, apagó las luces, abruptamente.

Quedaba poco para comer —un poco de carne seca y un queso al que Attia le quito el moho, y dos manzanas robadas de los víveres de Rix para el caballo. Mientras masticaba, ella dijo: —Estás más loco que Rix.

Él la miró. —¿Lo estoy?

—¡Keiro, no puedes hacer tratos con Incarceron! Nunca te dejara Escapar, y si le llevamos el Guante...

—No es tu problema. —Él tiró el corazón de una manzana, se acostó y se envolvió en una manta.

—Por supuesto que lo es —ella miró su espalda furiosamente—. ¡Keiro! —Pero él no contestó, y ella tuvo que sentarse, consumiendo poco a poco su ira, hasta que el cambio en su ligera respiración le dijo que él estaba dormido.

Deberían haberse turnado para mantener guardia. Pero ella estaba demasiado cansada para preocuparse, por lo que ambos durmieron a la vez, acurrucados en mantas con olor a humedad, mientras que el caballo atado resollaba hambrientamente.

Attia soñó con Sapphique. En algún momento de la noche él salió del bosque y se sentó a su lado, revolviendo las ardientes cenizas del fuego con un palo largo, y ella se dio la vuelta y lo miró fijamente. Su larga cabellera oscura sombreaba su rostro. El cuello alto de su túnica estaba deteriorado y deshilachado. Él dijo: —La luz se va.

—¿Qué?

—¿No puedes sentir que se está agotando? ¿Desapareciendo? —Él la miró de reojo—. La luz está escabulléndose de nuestras manos.

Ella miró la mano que sujetaba el palo chamuscado. Faltaba el índice derecho, su muñón estaba unido con una sutura blanca con cicatrices. Ella susurró: —¿Adónde se va, Maestro?

—A los sueños de la Prisión. —Atizó el fuego, y su rostro estaba ceñido y tenso—. Todo esto es culpa mía, Attia. Le mostré a Incarceron que hay una Salida.

—Dime cómo —su voz era urgente; se puso cerca de él—. Cómo lo hiciste. Cómo te Escapaste.

—Cada prisión tiene una grieta.

—¿Qué grieta?

Él sonrió. —La más pequeña, la forma más secreta. Tan pequeña que ni siquiera la Prisión sabe que existe.

—Pero ¿dónde está? ¿Y la abre la Llave, la Llave que el Guardián tiene?

—La Llave sólo abre el Portal.

De pronto sintió un escalofrío de miedo, debido a que él reprodujo delante de ella, toda una línea de él como imágenes en un espejo, como un Grupo de Prisioneros con grilletes de carne. Ella negó con la cabeza, desconcertada. —Tenemos tu Guante. Keiro dice...

—No pongas tu mano en la de una bestia. —Susurró sus palabras a través de la maleza espinosa—. O estarás preparada para hacer su trabajo. Mantén mi Guante seguro por mí, Attia.

El fuego crepitó. Las cenizas se movieron. Él se convirtió en su propia sombra, y se fue.

Ella debió haberse dormido de nuevo, ya que le parecieron horas más tarde cuando el tintineo de metal la despertó, se incorporó y vio a Keiro ensillando el caballo. Quería contarle el sueño, pero ya era difícil de recordar. En cambio, bostezó y miró fijamente el lejano cielo raso de la Prisión.

Después de un rato dijo: —¿Las luces te parecen diferentes?

Keiro apretó las cinchas. —¿Diferentes cómo?

—Más débiles.

Él la miró, luego hacia arriba. Por un minuto se quedó inmóvil. Luego continuó cargando al caballo. —Tal vez.

—Estoy segura de que lo están. —Las luces de Incarceron siempre fueron de gran alcance, pero ahora parecían un parpadeo débil para ellos. Ella dijo—: Si la Prisión realmente construye un cuerpo para sí misma, debe utilizar enormes reservas de energía para hacerlo. Consumiendo energía de sus sistemas. Tal vez el Ala de Hielo no es la única Ala cerrada. No hemos visto a nadie desde la criatura. ¿Dónde están todos?

Keiro dio un paso atrás. —No puedo decir que me importe.

—Debería.

Se encogió de hombros. —Regla de la Escoria. Preocúpate por nadie más que tu hermano.

—Hermana.

—Te lo dije, eres temporal.

Más tarde, subiendo detrás de él en el caballo le dijo: —¿Qué sucederá cuando lleguemos a donde quiera que Incarceron nos está llevando? ¿Sólo vas a entregar el Guante?

Sintió el resoplido de risa de Keiro a través de su llamativo jubón escarlata. —Mira y aprende, pequeña perra esclava.

—No tienes ni idea. ¡Keiro, escúchame! ¡No podemos ayudarlo a hacer esto!

—¿Ni siquiera por una Salida?

—Para ti, tal vez. Pero ¿qué pasa con los otros? ¿Qué pasa con todos los demás?

Keiro instó al caballo a correr. —Nadie en este agujero infernal ha cuidado de mí —dijo en voz baja.

—Finn...

—Ni siquiera Finn. Entonces, ¿por qué debo cuidar de ellos? No estuvieron para mí, Attia. Ellos no existen para mí.

Era inútil discutir con él. Pero a medida que cabalgaron en la maleza oscura se permitió pensar en el terror de ello, en la Prisión apagándose, las luces yéndose y nunca volviendo, el frío propagándose. Los sistemas se paralizarían, los lugares de alimentación cerrarían. El hielo se formaría rápida e imparablemente, a través de Alas enteras, por los pasillos, sobre los puentes. Las cadenas se convertirían en un montón de óxido. Las ciudades se congelarían, las casas se enfriarían y serían abandonadas, los puestos del mercado se derrumbarían bajo los ventisqueros huracanados. El aire se convertiría en veneno. ¡Y las personas! No había manera de imaginarlos, el pánico, el miedo y la soledad, el salvajismo arrollador que tal colapso desencadenaría, la sangrienta lucha por supervivencia. Eso sería la destrucción de un mundo.

La Prisión retraería su mente, y dejaría a sus hijos a su suerte.

A su alrededor, la luz se desvaneció a una penumbra verde. El camino estaba ceniciento y en silencio, los cascos del caballo amortiguados por los polvos incinerados. Attia susurró: —¿Crees que el Guardián esté aquí?

—Si es así, las cosas no van bien para mi hermano principesco. —Sonaba preocupado.

—Si él todavía está vivo.

—Ya te lo dije, Finn puede engañar para salirse con la suya. Olvídate de él. —Keiro miró fijamente la penumbra—. Tenemos nuestros propios problemas.

Ella frunció el ceño. La forma en que hablaba de Finn le molestaba, su pretensión de que no le interesaba, de no estar lastimado. A veces tenía ganas de gritarle su ansiedad pero eso sería inútil, sólo provocaría una sonrisa y un encogimiento de hombros indiferente. Había una armadura alrededor de Keiro. La llevaba ostentosamente e invisible. Era tan parte de él como su sucio pelo rubio, y sus duros ojos azules. Sólo una vez, cuando la Prisión había cruelmente mostrado su imperfección, había vislumbrado a través de él. Y sabía que él nunca perdonaría a Incarceron por eso, o por lo que sintió.

El caballo se detuvo.

Relinchó. Sus orejas se achataron.

Alerta, Keiro dijo: —¿Ves algo?

Grandes zarzas estaban entretrejidadas alrededor de ellos, punzantes con espinas. — No —dijo ella.

Pero podía oír algo. Un sonido bajo, muy lejano, como el susurro de una pesadilla.

Keiro lo había oído también. Se dio la vuelta, escuchando. —¿Una voz? ¿Qué está diciendo?

Débil, repetido una y otra vez, un pequeño susurro de sílabas triples.

Ella se mantuvo muy quieta. Parecía una locura, imposible. Pero... —Creo que está diciendo mi nombre —dijo.

* * *

—¡Attia! Attia, ¿puedes oírme?

Jared ajustó el volumen y lo intentó de nuevo. Tenía hambre pero el bolillo en el plato estaba duro y seco. Aún así, era mejor que el festín en el piso superior con la Reina.

¿Se percataría ella de que él no estaba allí? Rogaba que no, y la ansiedad hizo temblar sus dedos en los controles.

Sobre su cabeza la pantalla era una montón de cables y circuitos escuetos, cables instalados dentro y fuera de sus conectores. El Portal estaba en silencio, además de su habitual zumbido. Jared se había vuelto igual de silencioso. Eso lo tranquilizaba, por lo que incluso el dolor que presionaba en carne viva dentro de su pecho parecía mitigado. En algún lugar arriba, el laberinto de la Corte estaba lleno de intriga, de torre en torre, de aposento en aposento, y más allá de los

establos y jardines estaba situado el campo del Reino, amplio y perfecto en su belleza bajo las estrellas.

Él era una falla oscura en el corazón de esa belleza. Sintió la culpa de ello, y eso lo hizo trabajar con concentración agitada. Desde el suave chantaje de la Reina, su oferta de declarar las tradiciones de la Academia, apenas había sido capaz de dormir, yaciendo despierto en su cama angosta, o yendo y viniendo por los jardines tan absorto en la esperanza y el miedo que le había tomado horas darse cuenta de cuán cercanamente ella lo tenía vigilado.

Así que, justo antes del banquete, le había enviado una breve nota.

Acepto su oferta. Me voy a la Academia mañana por la madrugada.

Jared Sapiens

Cada palabra había sido una herida, una traición. Ese era el por qué estaba aquí ahora.

Dos hombres lo habían seguido hasta la Torre de los Sapients, se había asegurado de ello, pero el Protocolo denotaba que no serían capaces de entrar. La Torre aquí en la Corte era una gran piedra llena de los apartamentos de los Sapients de la Reina, y a diferencia de la suya en la casa en los Wardenry, ésta era un modelo de Era, un laberinto de horrores y alambiques, químicos y libros encuadernados en cuero, una burla al conocimiento. Pero era un verdadero laberinto, y en sus primeros días aquí había descubierto pasadizos y bóvedas cerradas que lo llevaban discretamente a los establos, las cocinas, las lavanderías, las destilerías. Perder a los hombres de la Reina había sido casi demasiado fácil.

Pero él se había asegurado. Durante semanas la escalera hacia el portal había sido vigilada por sus propios dispositivos. La mitad de las arañas que colgaban de las telarañas de plástico en los sótanos sucios eran sus observadoras.

—Attia. Attia. ¿Puedes oírme? Soy Jared. Por favor, responde.

Esta era su última oportunidad. La aparición del Guardián le había demostrado que la pantalla aún funcionaba. Esa ingeniosa desaparición parpadeante no había engañado a Jared—el padre de Claudia se había desconectado en lugar de responder a la pregunta de Finn.

Al principio había pensado en buscar a Keiro, pero Attia era más segura. Tenía muestras de las grabaciones de su voz, las imágenes de ella que él y Claudia habían visto a través de la Llave, utilizando el mecanismo de búsqueda que había

visto una vez usar al Guardián en el que él había experimentado durante horas con las complicadas entradas de datos. De repente, cuando había estado casi a punto de rendirse, el Portal se había activado y crepitado a la vida. Esperaba que estuviera buscando, localizando a la chica en la inmensidad de la Prisión, pero había estado zumbando toda la noche hasta ahora y en su cansancio él ya no podía eludir la sensación de que realmente no estaba logrando nada en absoluto.

Bebió lo que quedaba del agua, luego metió la mano en su bolsillo y sacó el reloj del Guardián y lo puso sobre el escritorio. El pequeño cubo sonó contra la superficie de metal.

El Guardián le había dicho que este cubo era Incarceron.

Él lo hizo girar con cuidado, con su dedo meñique.

Tan pequeño.

Tan misterioso.

Una prisión que podía colgar de su cuello.

Lo había sometido a todos los análisis que conocía, y no hubo lecturas. No tenía densidad, ningún campo magnético y ningún zumbido de energía. Ningún instrumento que poseía había sido capaz de penetrar en su silencio plateado. Era un cubo de composición desconocida, y dentro de él se encontraba otro mundo.

O al menos eso le había dicho el Guardián.

En este momento impactó a Jared el que sólo tuvieran la palabra de John Arlex en el asunto. ¿Qué si solamente hubiera sido su último legado burlón a su hija? ¿Qué si había sido una mentira?

¿Por eso él, Jared, no le había dicho a ella todavía?

Tenía que hacerlo ahora. Ella debía saber. El pensamiento de que ella también debía saber sobre su acuerdo con la Reina se sublevó de inmediato y lo atormentó.

Él dijo: —Attia, Attia. Respóndeme. Por favor.

Pero todo lo que respondió fue un pitido agudo en su bolsillo. Sacó el escáner y maldijo en voz baja. Tal vez los vigilantes se habían cansado de roncar en el umbral de la Torre y venían a buscarlo.

Alguien estaba moviéndose a través de los sótanos.

* * *

—Debemos mantenernos en el camino —Keiro le espetó; ella estaba mirando atentamente la maleza.

—Te digo que lo escuché. Mi nombre.

Keiro frunció el ceño y se bajó del caballo. —No podemos cabalgar hacia allí.

—Entonces vayamos a gatas. —Ella se había agazapado, estaba sobre manos y rodillas. En la penumbra verde una maraña de raíces estaba extendida debajo de las hojas elevadas—. Por debajo. ¡Tiene que estar bastante cerca!

Keiro vaciló. —Si nos apartamos del camino, la Prisión pensará que la estamos traicionando.

—¿Desde cuándo le temes a Incarceron? —ella lo miró y él le devolvió una mirada dura, porque siempre parecía saber exactamente cómo provocarlo. Y dijo: —Espera aquí. Iré por mi cuenta —y entró gateando.

Con un siseo de irritación Keiro ató fuerte al caballo y gateó tras ella. La hojarasca era un montón de follaje pequeño y quebradizo; él lo sentía crujir bajo sus rodillas, clavándose a través de sus Guantes. Las raíces eran enormes, una serpenteante malla lisa de metal. Después de un rato se dio cuenta de que eran grandes cables, serpenteando desde el suelo de la Prisión, sosteniendo el follaje como un dosel. Apenas había espacio para levantar su cabeza, y sobre su espalda encorvada brezos, espinas y zarzas de acero rasgaron y se engancharon en su pelo.

—Mantente más abajo —murmuró Attia—. Acuéstate.

Keiro maldijo fuerte y brutalmente cuando su capa escarlata se rasgó en su hombro. —Por el amor de Dios, aquí no hay nada...

—Escucha. —Ella se detuvo, con su pie en su cara—. ¿La escuchas?

Una voz.

Una voz de estática y crepitación, como si las ramas espinosas hubieran captado sus sílabas repetidas.

Keiro se frotó la cara con una mano sucia. —Sigamos —dijo en voz baja.

Se arrastraron debajo de la maraña afilada. Attia clavó los dedos en la capa de vegetación y se arrastró. El polen la hizo estornudar; el aire estaba lleno de micro-polvo. Un Escarabajo corrió, crujiendo, a través de su cabello.

Ella se deslizó más allá de un tronco grueso y vio, como si estuviera envuelta en el bosque de espinos y alambre afilado, la pared de un edificio oscuro.

—Es como el libro de Rix —jadeó ella.

—¿Otro?

—Una bella princesa duerme durante cien años en un castillo en ruinas.

Keiro gruñó, jalando su pelo de los espinos. —Y entonces.

—Un ladrón irrumpe y roba una copa de su tesoro. Ella se convierte en un dragón y ellos luchan.

Keiro se arrastró hasta estar al lado de ella. Estaba sin aliento, su pelo lacio con suciedad y sudor. —Debo ser un torpe por tan sólo escucharte. ¿Quién gana?

—El dragón. Ella se lo come y entonces...

La estática crepitó.

Keiro se arrastró en un espacio con mucho polvo. Lúpulos³ se extendían sobre una pared de lustroso ladrillo oscuro. En su raíz una puerta de madera muy pequeña estaba cubierta con hiedra.

Detrás de ella, la voz se activó y crepitó.

—¿Quién está ahí? —susurró.

³ Planta herbácea trepadora de tallo largo y nudoso, hojas perennes y flores con sexos separados; su fruto contiene una sustancia amarillenta que se usa para dar aroma y sabor amargo a la cerveza.

13

Traducido por Ruthiee

Corregido por Nanis

*Engaño a la Prisión,
Engaño a mi Padre,
Hice una pregunta,
que él no pudo responder.*

—*CANCIONES DE SAPPHIQUE.*

—¡Soy yo! ¡Te he estado buscando por todas partes!

Jared cerró sus ojos con alivio. Luego abrió la puerta y Claudia entro como flecha. Su vestido de la tarde estaba cubierto con una capa oscura. Ella dijo: —¿Esta Finn aquí?

—¿Finn? No...

—Él ha desafiado al Impostor a un duelo. ¿Puedes creerlo?

Jared regreso a la pantalla. —Me temo que sí puedo, Claudia.

Ella miro más allá de él, al lío. —¿Por qué estás aquí en medio de la noche? —acercándose, lo miro—. Maestro, se ve tan agotado. Debería de dormir.

—Puedo dormir en la Academia —había una nota amarga en su voz que ella no reconoció.

Preocupada, se agacho sobre la mesa de trabajo, empujando a un lado las finas herramientas. —Pero pensé...

—Me voy mañana, Claudia.

—¿Tan pronto? —eso la conmociono. Dijo—: Pero... estas tan cerca de obtener el éxito. Porque no te tomas unos pocos días más...

—No puedo.

Él nunca fue tan cortante con ella. Se pregunto si era el dolor, dominándolo.

Y luego él se sentó, doblando los delgados dedos juntos en el escritorio, y luego dijo tristemente: —Oh Claudia, como desearía que estuviéramos en casa en el Wardenry. Me pregunto cómo le estará yendo a mi zorrito, y a los pájaros. Y extraño mi observatorio, Claudia. Echo de menos el contemplar las estrellas.

Gentilmente ella dijo. —Es usted un nostálgico, Maestro.

—Un poco —él se encogió de hombros—. Estoy harto de la Corte. De su sofocante Protocolo. De sus comidas exquisitas e interminables habitaciones suntuosas donde cada puerta esconde un vigilante. Me gustaría un poco de paz.

Eso la silencio. Jared rara vez estaba sombrío; su grave calma siempre estuvo ahí, una presencia segura en su espalda. Peleo contra su alarma. —Entonces nos iremos a casa, Maestro, tan pronto como Finn este a salvo en el trono. Nos iremos a casa. Solo usted y yo.

Él sonrió, asintiendo, y ella pensó que se veía anhelante. —Eso tal vez tome un largo tiempo. Y un desafío no ayudara.

—La Reina les ha prohibido pelear.

—Bien. —Sus dedos golpearon ligeramente juntos en el escritorio.

Ella se dio cuenta de que los sistemas estaban con vida, el Portal zumbando con energía distorsionada.

Él dijo: —Tengo algo que decirte, Claudia. Algo importante —inclinándose hacia delante, el no la miro—. Algo que debí de haberte dicho antes, que no debí de haberlo escondido de ti. Este viaje a la Academia. Hay una razón por la cual... la Reina me ha permitido ir...

—Para buscar la Esotérica, lo sé —ella dijo impacientemente, paseándose de arriba abajo—. ¡Lo sé! Solo desearía poder ir. ¿Por qué dejarte a ti y no a mí? ¿Qué está tramando?

Jared levanto la cabeza y la miro. Su corazón estaba martilleando; se sintió casi demasiado avergonzado para hablar. —Claudia...

—Pero en ese caso quizás sea igual de bien que me quede. ¡Un duelo! ¡Él no tiene idea de cómo comportarse! Es como si se hubiera olvidado todo lo que una vez fue... —Atrapando la mirada de su tutor se detuvo y soltó una risa incomoda—. Lo siento ¿Qué estabas a punto de decir?

Hubo un dolor que no fue causado por su enfermedad. Tenuemente reconoció que era enojo, enojo y profundo orgullo amargo. Él no había sabido que era orgulloso. *Tú eres su tutor, su hermano, y más su padre de lo que he sido.* Las palabras mordaces de envidia del Guardián volvieron a él; por un momento las saboreo,

contemplando a Claudia mientras ella esperaba, tan desprevenido. ¿Cómo pudo destruir la confianza entre ellos?

—Esto —dijo él. Golpeo el reloj que estaba sobre el escritorio—. Creo que deberías tenerlo.

Claudia se vio aliviada, luego sorprendida. —¿El reloj de mi padre?

—No el reloj. Esto.

Ella se acercó. Él estaba tocando el cubo plateado que colgaba en la cadena. Había sido tan familiar en las manos de su padre que ella apenas lo notó, pero ahora una pregunta repentina le llegó: ¿por qué su padre —un hombre tan estricto— había usado un talismán?

—¿Es para la buena suerte?

Jared no sonrió. —Es Incarceron —dijo.

* * *

Finn estaba en la hierba mirando las estrellas.

A través de sus hojas oscuras, el brillo lejano de su luz le trajo una especie de comodidad. Había venido aquí con ardiente envidia del banquete, aún hirviendo dentro de él, pero el silencio de la noche y la belleza de las estrellas estaban mitigando todo.

Movió sus brazos por detrás de la cabeza, sintiendo el cosquilleo de la hierba por su cuello.

Ellos estaban tan lejos. En Incarceron había soñado con ellos, su símbolo de Escape; ahora se dio cuenta que ellos seguían en eso, que él aun estaba aprisionado. Quizás siempre lo estaría. Quizás sería mejor el solo desaparecer, el perderse en el Bosque y nunca regresar. Eso significaría abandonar a Keiro, y Attia.

Claudia no importaría. Se movió incomodo mientras lo pensaba, pero el pensamiento se quedó ahí. Ella no. Ella habría terminado casándose con este Impostor y sería la Reina, como siempre había querido.

¿Por qué no? ¿Por qué no solo irse?

¿Aunque, a dónde? Y como se sentiría recorriendo a caballo a través del interminable Protocolo de este mundo sofocante y soñando cada noche con Keiro en el metálico, vivido infierno de Incarceron, no sabiendo si estaba vivo o muerto, mutilado o demente, ¿En proceso de muerte o ya muerto?

Se dio la vuelta, acurrucándose. Los príncipes se supone que deben dormir en camas doradas con cubiertas de damasco, pero el Palacio era un nido de enemigos, no podía respirar ahí. La familiar picazón detrás de sus ojos había desaparecido, pero la sequedad en su garganta le advirtió que el ataque había estado cerca. Tenía que ser cuidadoso. Tenía que conseguir más control.

Y sin embargo el momento del enojo en el reto era querido por él. Lo saboreo, una y otro vez, viendo al Impostor sacudiéndose a un lado, el enrojecimiento de la bofetada en su cara. Había perdido la calma en ese entonces, y Finn sonrió en la oscuridad, su cachete descansando en la hierba húmeda.

Rodo rápidamente y se sentó. El césped ancho estaba gris en la luz de las estrellas. Más allá del lago, los bosques de la hacienda levantaron cabezas negras contra el cielo. Los jardines olían a rosas y madreSelva, dulce en el caliente aire del verano.

Se recostó de nuevo, mirando hacia arriba.

La luna, una ruina hundida, colgando como un fantasma en el este. Jared le conto que había sido atacada en los Años de Ira, que ahora las mareas oceánicas se modificaron, que la órbita arreglada había cambiado el mundo.

Y después, ellos habían detenido todo cambio por completo.

Cuando él fuera el Rey, cambiaría las cosas. La gente podría ser libre de hacer o decir lo que quisieran. Los pobres no tendrían que ser esclavizados en grandes haciendas para los ricos. Y encontraría a Incarceron, pondría en libertad a todos... Pero entonces, tenía que escapar.

Se quedo mirando fijamente a las estrellas blancas.

Finn Starseer no huye. Casi podía escuchar el sarcasmo de Keiro.

Volteo la cabeza, suspiro, y se tendió.

Y toco algo frío.

Con el temblor de acero de su espada en la mano, se había levantado de un salto, estaba alerta, su corazón latía, un cosquilleo de sudor en su cuello. A lo lejos, en el palacio iluminado, un montón de música hacía eco. El césped seguía vacío. Pero había algo pequeño y brillante en la hierba justo debajo donde su cabeza había estado.

Después de un momento, escuchando atentamente, se inclino hacia abajo y lo recogió. Y mientras lo contemplaba, un escalofrío de terror hizo temblar a su mano. Era un pequeño cuchillo de acero, perversamente afilado, y su empuñadura era un lobo, con una extendida y delgada mandíbula, abierta y salvaje.

Finn se irguió y miro a su alrededor, su mano apretada en la empuñadura de la espada.

Pero la noche era silenciosa.

* * *

La puerta cedió en la tercera patada. Keiro arrastro lejos un cable de zarza y metió la cabeza en el interior. Su voz llego, apagada. —Corredor. ¿Tienes la antorcha?

Ella se la tendió.

Él escarbo en el interior, y ella espero, escuchando solo movimientos sordos. Luego dijo: —Vamos.

Attia pasó a través de la puerta y se puso de pie a su lado. El interior estaba oscuro y sucio. Había sido obviamente abandonado hace años, quizá siglos. Había montones de madera entre la basura y telarañas.

Keiro empujo algo a un lado y maniobro sobre sí mismo entre un amontonado escritorio y un armario roto. Se limpio el polvo de su mano enguantada y se quedo mirando el montón desordenado de una la vajilla rota. —Justo lo que necesitamos.

Attia escucho. El Corredor se dirigía hacia las sombras, y nada se movía ahí abajo, excepto las voces. Ahora eran dos, y desaparecían extrañamente.

Keiro tenía su espada lista. —Cualquier problema, nos vamos de aquí. Una cuadrilla de pandillas es suficiente para cualquier momento de la vida.

Ella asintió, quiso pasar por delante, pero él la agarro y la empujo por hacia atrás. —Vigila mi espalda. Ese es tu trabajo.

Attia sonrió dulcemente. —Y yo también te amo —susurro.

Caminaron cautelosamente por el espacio oscuro. Al final, una gran puerta estaba entornada, inmóvil, entreabierta, y cuando se deslizo a través de ella, siguiendo a Keiro, Attia vio el por qué; los muebles habían sido apilados y amontonados unos contra otros, como en un desesperado intento de mantenerla cerrada.

—Algo pasó aquí. Mira hacia allá. —Keiro ilumino con la lámpara en el piso. Manchas oscuras estropeaban el pavimento.

Attia supuso que tal vez, había sido sangre. Miro de cerca los trastos viejos, luego alrededor, en la sala de galerías. —Todos son juguetes —ella susurro.

Ellos se quedaron de pie en las ruinas de un cuarto suntuoso. Pero la extensión era toda incorrecta. La casa de muñecas a la que se quedó mirando era enorme, tanto que casi podía arrastrarse dentro de ella, su cabeza se aplastaría contra el techo de la cocina, donde colgaban jamones cubiertos y un conjunto había caído de su soporte. Las ventanas de arriba estaban tan altas como para ver por ellas. Aros, trompos, pelotas y bolas estaban regados a través de la habitación; caminando sobre ellos, sintió una impresionante suavidad debajo de sus pies, y cuando se arrodillo, sintió como si fuera una alfombra, negra y mugrienta.

La luz creció. Keiro había encontrado las velas; encendió una cuantas y las puso a su alrededor.

—Mira esto. ¿Un gigante o un enano?

Los juguetes eran desconcertantes. Muchos de ellos eran demasiado grandes, como la enorme espada y el casco con tamaño de ogro que colgaba de un gancho. Otros eran diminutos; una dispersión de bloques de construcción, no más grandes que granos de sal, libros en un estante que empezaban como vastos folios en un extremo y se iban bajando hasta quedar minúsculos volúmenes en el otro extremo. Keiro se lanzó a abrir un cofre de madera y juró al encontrarlo rebosando de ropa para vestir de todos los tamaños. Aún así, buscó y encontró un cinturón de cuero con adornos dorados. También había una capa de pirata, de cuero escarlata. Inmediatamente se quitó los suyos y se puso la nueva atando el cinturón apretadamente alrededor de él.

—¿Me sienta?

—Estamos desperdiciando nuestro tiempo. —Las voces se habían desvanecido. Attia se volteó, tratando de identificar de donde venía el sonido, bordeando entre un gran caballo de madera y una hilera de muñecos colgantes en el muro, rotos del cuello y con extremidades enredadas, sus pequeños ojos mirándola, rojos como Incarceron.

Detrás de estos, había muñecas. Dejaron princesas con cabello rubio, ejércitos enteros de soldados, dragones de fieltro y batista con largas colas bifurcadas. Ositos, pandas y animales de peluche que Attia nunca había visto, estaban amontonados hasta el techo.

Ella se metió entre ello y los lanzó a un lado.

—¿Qué estás haciendo? —Keiro dijo de repente.

—¿No puedes escucharlas?

Dos voces. Pequeñas y quebrándose. Como si los osos hablaran, las muñecas conversaran. Brazos y piernas y cabezas y ojos azules vidriosos se agitaban aparte.

Debajo de ellos estaba una pequeña caja, el lente incrustado con un águila de marfil.

Las voces provenían del interior.

* * *

Por un largo momento Claudia no dijo nada. Luego se acercó, recogió el reloj y dejó colgando el cubo en la cadena y giro de modo que brillara con la luz.

Finalmente ella susurro: —¿Cómo lo sabes?

—Tu padre me lo dijo.

Ella asintió, y él vio la fascinación en sus ojos. —“Tú sostienes un mundo en tus manos”. Eso es lo que él me dijo.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Quise hacer algunas pruebas antes. Ninguna sirvió. Supongo que quise asegurarme de que él estaba diciendo la verdad. —La pantalla crepito. Jared miró hacia ella distraídamente. Claudia observó al cubo girar. ¿Era este el infernal mundo en el que ella había entrado? ¿La Prisión con millones de prisioneros? ¿Era aquí donde su padre estaba?

—¿Por qué el mentiría? ¿Jared?

Él no estaba escuchando. Estaba en los controles, ajustando algo, de manera que el zumbido en la sala se modulara. Ella sintió una náusea repentina, como si el mundo se hubiera movido, y puso el reloj abajo apresuradamente.

—¡La frecuencia cambió! —Jared dijo—. Tal vez... Attia. ¡Attia! ¿Puedes escucharme?

Solo el silencio crepito. Después, para su asombro, débil y muy lejos, ellos escucharon música.

—¿Qué es eso? —Claudia dijo.

Pero ella sabía que era. Era el alto, tonto tilín de una caja musical.

* * *

Keiro sostuvo la caja abierta. El tono parecía muy alto; lleno de un torrente desordenado con extraña jovialidad amenazante. Pero no había un mecanismo,

nada para producirlo. Estaba hecha de madera y completamente vacía excepto por un espejo dentro de su lente.

Él la giro al revés y examino el interior. —No parece posible.

—Dámela.

Él la miro fijamente, luego se la entrego.

Ella la sostuvo apretadamente, porque sabía que las voces estaban ahí, detrás de la música. —Soy yo —ella dijo—. Attia.

* * *

Había algo por lo que Jared recorrió sus delicados dedos sobre los controles, golpeándolos rápidamente. —Ahí. ¡Ahí! ¿Lo escuchas?

Un crujido de palabras. Tan fuertes que Claudia hizo una mueca de dolor, y él redujo el volumen instantáneamente.

—Soy yo. Attia.

—¡La tenemos! —Jared sonó ronco por la alegría—. Attia, ¡Este es Jared! Jared Sapiens. Dime si puedes escucharme.

Un minuto de estática y luego su voz distorsionada: —¿Realmente eres Jared?

Jared miro de reojo a Claudia, pero su cara hizo a su alegría morir. Se veía raramente afligida, como si la voz de la chica hubiera traído de vuelta oscuras memorias de la Prisión.

Rápidamente él dijo: —Claudia y yo estamos aquí. ¿Estás bien, Attia? ¿Estás a salvo?

Crujido. Luego otra voz, filosa como el acido. —¿Dónde está Finn?

Claudia exhalo, lentamente. —¿Keiro?

—¿Quien si no? ¿Dónde está él, Claudia? ¿Dónde está el Príncipe? ¿Estás ahí, Hermano de Juramento? ¿Me estas escuchando? Porque voy a romper tu inmundo cuello.

—Él no está aquí —Claudia se movió más de cerca de la pantalla. Estaba ondeando frenéticamente.

Jared hizo unos pequeños ajustes. —Ahí —él dijo quedamente.

Ella vio a Keiro.

Se veía exactamente igual. Su cabello era largo y lo había atado de vuelta, vestía algún ostentoso abrigo con cuchillos en su cinturón. Había una intensa ira en sus ojos. Él debió ser capaz de verla también, porque instantáneamente el desprecio lleno su cara. —Sigues aún con las sedas y satenes.

Detrás de él, ella vio a Attia, en las sombras de alguna habitación desordenada. Sus ojos se encontraron. Claudia dijo: —Escuchen, ¿Han visto a mi padre?

Keiro permitió escapar su aliento en un silbido silencioso. Mirando hacia Attia, dijo: —¿Entonces es verdad? ¿Él está Adentro?

Su voz sonó pequeña. —Sí. Él tomo ambas Llaves pero la Prisión las tiene ahora. Tiene este fanático plan... Quiere construir...

—Un cuerpo. Sabemos. —Keiro disfruto el breve silencio de su aturdimiento.

Attia le arranco la caja y dijo: —¿Esta Finn bien? ¿Qué está pasando ahí?

—El Guardián saboteo el Portal. —Jared se veía tenso, como si el tiempo fuera corto—. He hecho algunas reparaciones pero... No podemos sacarlos aún.

—Entonces...

—Escúchenme. El Guardián es el único que puede ayudarlos. Inténtenlo y búsquenlo. ¿Cómo nos están viendo?

—A través de una caja musical.

—Manténganla con ustedes. Podría...

—Sí, ¡Pero Finn! —Attia estaba pálida por la ansiedad—. ¿Dónde está Finn?

Alrededor de ella, el cuarto bruscamente se ondulo.

Keiro grito con alarma. —¿Qué fue eso?

Attia se quedo mirando fijamente. Todo el tejido del mundo se había adelgazado. Tuvo un repentino terror de que, de alguna manera pudiera caer a través de él, hacía abajo, como Sapphique, en la eterna oscuridad. Y después la alfombra sucia estaba firme debajo de sus pies y Keiro estaba diciendo: —La Prisión debe de estar furiosa. Nos tenemos que ir.

—¡Claudia! —Attia sacudió la caja, viendose solo a sí misma en el espejo—. ¿Sigues ahí?

Voces, discutiendo. Ruido, movimiento, una puerta abriéndose. Y luego una voz dijo: —Attia. Soy Finn. —La pantalla se ilumino, y ella lo vio. No podía hablar.

Las palabras la esquivaron; había demasiadas cosas por decir. Logro decir su nombre. —¿Fin...?

—¿Ambos están bien? ¿Keiro estás ahí?

Ella sintió a Keiro, parado muy cerca, detrás de ella. Su voz, cuando vino, era oscura y burlona. —Bueno —él dijo—. Mírate.

SAPPHIQUE



14

Traducido por Selune

Corregido por Nanis

Ninguno de nosotros sabemos que somos más.

—**LOS LOBOS DE ACERO**

Finn y Keiro se miraron el uno al otro.

Años leyendo los estados de ánimo de su Hermano de Juramento, le dijeron a Finn que éste estaba salvaje. Sabiendo que Claudia y Jared estaban mirando se frotó la cara enrojecida. —¿Estás bien?

—Oh, sólo estoy como era de esperar. Mi hermano de Juramento está fugado. No tengo ninguna pandilla, ni Comitatus, ni comida, ni casa, sin seguidores. Soy un paria en cada Ala, un ladrón que roba a los ladrones. Soy lo menor de lo menor, Finn. Pero entonces, ¿qué más se puede esperar de un medio hombre?

Finn cerró los ojos. El puñal de los Lobos de Acero estaba en el cinto; sentía su forma contra sus costillas.

—No todo es el Paraíso fuera de aquí.

—¿En serio? —con los brazos cruzados, Keiro le examinaba—. Te ves bien establecido para mí, Hermano. No tienes Hambre, ¿verdad?

—No, pero...

—¿Dolor? ¿Muerto a golpes? ¿Sangrando de la lucha contra una Pandilla Encadenada?

—No.

—¡Bueno, yo lo estoy, Príncipe Finn! —Keiro estalló en furia—. No te quedes ahí en tu palacio de oro pidiendo mi simpatía. ¡¿Qué pasó con tus planes para sacarnos?!

El corazón de Finn latía demasiado fuerte; se le erizó la piel. Sintió a Claudia cerca detrás de él, como si ella supiera que él no podía responder, le dijo con firmeza:

—Jared está haciendo todo lo posible. No es fácil, Keiro. Mi padre se encargó de eso. Tendrás que ser paciente.

Hubo un bufido de desprecio de la pantalla.

Finn se sentó en la silla de metal. Se inclinó hacia adelante, las dos manos sobre el escritorio, hacia ellos. —Yo no te he olvidado. No te he abandonado. Pienso en ti todo el tiempo. Me tienes que creer.

Pero fue Attia quien respondió. —Lo hacemos. Estamos bien, Finn. Por favor, no te preocupes por nosotros. ¿Todavía tienes las visiones?

La preocupación en sus ojos le calentó un poco. —Algunas. Están tratando con medicamentos, pero nada ayuda.

—Attia. —Fue Jared quien interrumpió con voz intrigado—. Dime, ¿estás cerca de cualquier objeto que podría estar emitiendo el poder? ¿Cualquier parte de los sistemas de la prisión?

—No sé... Estamos en una especie de... guardería

—¿Dijo guardería? —Claudia susurró.

Finn se encogió de hombros. Todo él estaba mirando el silencio de Keiro.

—Es sólo que... —Jared estaba perplejo—. Hay algunas lecturas peculiares próximas. Como si una fuente potente de energía estuviera muy cerca de ti.

Attia, dijo: —Debe ser el Guante. La Prisión quiere... —Su voz se detuvo abruptamente. Hubo una pelea y un murmullo, y la pantalla se inclinó, parpadeó y se volvió negra.

Jared dijo: —¡Attia! ¿Estás bien?

Apagada y enojada, la voz de Keiro susurró: —¡Cállate! —entonces, más fuerte—. La Prisión es inestable. Estamos saliendo de aquí.

Un grito ahogado. Un latigazo de acero.

—¿Keiro? —Finn se levantó de un salto—. Está sacando su espada. ¡Keiro! ¿Qué está pasando ahí?

Un ruido. Claramente oyeron los silbidos de miedo de Attia. —Los títeres —suspiró ella.

Luego, nada más que estática.

* * *

Había mordido la mano de Keiro, ahora él la apartó de su boca y ella jadeó.
—Mira. ¡Mira!

Se volvió, y vio. El títere al final de la fila se movía. Las cadenas que lo movían estaban tensas desde la oscuridad del techo, y su cabeza se estaba levantando, girando suavemente a mirarlos.

Una mano se levantó y señaló hacia. La mandíbula se tambaleaba.

Yo te dije que no me iba a entregar —dijo.

Attia se alejó, manteniendo apretada la caja de música, pero hizo un ruido metálico roto en sus manos y el espejo se rompió en pedazos. Lo tiró al suelo.

La marioneta se sacudió verticalmente, cascabeleando, patizamba, desvencijada como un esqueleto. Su cara era un antiguo arlequín, la nariz aguileña y horrible. Llevaba una gorra de bufón de rayas y campanas.

Sus ojos estaban rojos.

—Nosotros no tenemos —dijo Keiro rápidamente—. Hemos oído una voz y vinimos a saber lo que era. Tenemos el Guante seguro y todavía lo estamos trayendo para ti. No deje que se lo contara. Viste eso.

Attia frunció el ceño. Tenía dolor en la boca donde él había apretado la mano sobre ella.

Lo vi. La mandíbula de madera se abría y cerraba, pero su voz, con su débil eco, surgió de la nada. *Tú me interesas, Prisionero. Podría destruirte y sin embargo, me desafías.*

—¿Qué hay de nuevo? —el acento de Keiro era sarcástico—. Podrías destruirnos a todos, en cualquier momento. —Se acercó a la marioneta, su hermoso rostro de fealdad—. ¿O hay algún remanente retorcido que su programación dejó? Él dice, el Sapien, por ahí, que fuiste hecha para ser un paraíso. Deberíamos haber tenido todo. ¿Qué salió mal? ¿Qué hiciste, Prisión? ¿Qué te convirtió en un monstruo?

Attia lo miró, horrorizado.

El títere levantó sus manos y pies y bailó, una cabriola lenta, macabra.

Los hombres salieron mal. Los hombres como tú, que parecen tan audaces y, de hecho, llenos de temores. Rastrea de vuelta a tu caballo y monta en mi camino, Prisionero.

—No te tengo miedo.

¿No? ¿Te digo a continuación, Keiro, la respuesta que te atormenta? Se pondría fin al dolor para siempre, porque lo sabrías. El rostro de la marioneta se balanceaba burlonamente

ante él. *Sabrías hasta qué punto alcanza el trazado de circuito y plástico en tu cuerpo, cuánto de ti es carne y sangre, cuánto de ti me pertenece.*

—Realmente lo sé.

Attia estaba sorprendida por el susurro en que su voz se había convertido.

No, no. Ninguno de ustedes lo sabe. Para saber, debes abrir tu corazón, y morir. A menos que te lo diga. ¿Te lo digo, Keiro?

—No.

Déjame decirte ahora. Permíteme terminar con la incertidumbre.

Keiro levantó la vista. Sus ojos eran azules y ardientes por la ira. —Vamos a volver a tu apestoso camino. Pero te juro que un día voy a ser yo quien te atormente.

Veo que quieres saber. Muy bien. De hecho, eres...

La espada cortó. Con un grito de furia, Keiro atravesó las cuerdas en rodajas y la marioneta se derrumbó, un montón de astillas y una máscara.

Keiro estampó en la cara agrietada su bota. Levantó la cara, los ojos ardientes. —¿¡Ves eso!? Tener un cuerpo te hace vulnerable, Prisión títtere. ¡Si tienes un cuerpo puedes morir!

La oscura guardería estaba en silencio.

Respirando con dificultad, se dio media vuelta y vio el rostro de Attia.

Él frunció el ceño. —Supongo que esa sonrisa estúpida se debe a que Finn está vivo.

—No del todo —dijo.

* * *

Claudia bajó corriendo las escaleras a la mañana siguiente, deslizándose por entre los criados llevando el desayuno de la Reina. *Probablemente, el Impostor es demasiado*, pensó. Levantó la vista hacia la Torre de Marfil, preguntándose cómo él estaba disfrutando de su esplendor. Si era un muchacho de granja, todo sería nuevo para él. Y sin embargo, su actitud había sido tan segura. ¡Sus manos tan suaves!

Rápidamente, ante las dudas regresando, dio la vuelta a los establos, más allá de las filas de cybersteeds a los caballos reales al final.

Jared estaba ajustando su silla de montar.

—No tienes mucho equipaje —murmuró ella.

—El Sapiens lleva todo lo que necesita en su corazón. ¿Qué es desde dónde, Claudia?

—Martor Sapiens. El Illuminatus. Libro Primero. —Ella vio a Finn guiando a su caballo, sorprendida—. ¿Vas a venir también?

—Tú lo sugeriste.

Ella lo había olvidado.

Era un poco molesto para ella ahora, quería ver a Jared en el camino sola, para despedirse de él en privado. Podría estar ausente durante varios días, y el Tribunal de Justicia sería aún más odioso en su ausencia.

Si Finn se dio cuenta no dijo nada, girando y girando sobre sí mismo en la silla de montar para expertos. Montar a caballo había llegado naturalmente a él, a pesar de que no tenía memoria de hacerlo antes de la Prisión. Esperó, mientras que el caballo de Claudia era ensillado y el mozo de cuadra sostuvo su pie mientras ella montaba.

—¿Está ese conjunto en Era? —preguntó en voz baja.

—Sabes muy bien que no lo está.

Vestía chaqueta de montar de chico y pantalones debajo de la falda. Mirando de Jared a su caballo dijo de pronto: —Cambia tus planes, Maestro, no te vayas. Después de lo sucedido la noche anterior...

—Tengo que ir, Claudia —su voz era tensa y baja; frotó el cuello del caballo con suavidad—. Por favor, no me hagas sentir peor, no puedo hacer nada al respecto.

Ella no entendía por qué. Esto significaría una pausa del trabajo en el Portal, justo cuando estaban teniendo éxito. Pero él era su tutor, y aunque rara vez la ejercía, su autoridad era real. Además, sintió que tenía sus propias razones para ir. El Sapiens regresaba al año para la Academia, tal vez sus superiores lo habían convocado.

—Te echaré de menos.

Miró hacia arriba, y por un momento pensó que había desolación en sus ojos verdes.

Luego sonrió y se fue.

—Y yo a ti, Claudia.

Cabalgaron lentamente a través de los patios interiores del gran palacio. Funcionarios sacando agua y acarreando cargas del vagón de leña, los miraban, sus ojos en Finn. Se hizo elevar con orgullo, tratando de verse como un príncipe. Empleadas domésticas sacudiendo las hojas fuera de la lavandería se detuvieron a mirar. En la esquina de las oficinas, Claudia vio al escribano Medlicote salir de la puerta. A medida que pasó por delante de él se inclinó, elaboradamente.

Jared levantó una ceja—. Esto se ve muy significativo.

—Déjame a mí.

—No me gusta dejarte con ese problema, Claudia.

—No van a intentar ninguna cosa, maestro. No, si el Impostor es su candidato.

Jared asintió con la cabeza, la brisa levantando su cabello oscuro. Luego dijo:

—Finn, ¿qué quiso decir Attia con lo del Guante?

Finn se encogió de hombros. —Sapphique hizo una apuesta con la Prisión una vez. Algunos dicen que jugaban a los dados, pero Gildas tenía una versión, en la que decían enigmas. De todas formas, la Prisión perdió.

—Entonces, ¿qué pasó? —preguntó Claudia.

—Si fueras un Prisionero que hubiera adivinado. Incarceron nunca pierde. Derramó la piel de su garra y se desvaneció. Pero Sapphique tomó la piel y se hizo un Guante y lo utilizó para cubrir la mano mutilada. La historia dice que cuando lo puso sobre él, sabía todos los secretos de la Prisión.

—¿Incluyendo la salida?

—Es de suponer.

—Así que ¿por qué Attia lo menciona?

—¿Por qué Keiro trato de detener que ella lo mencionara, mejor dicho? —la voz de Jared era pensativa. Echó un vistazo a Finn—. La ira de Keiro te preocupa.

—Odio verlo así.

—Va a pasar.

—Estoy más preocupado por lo que les ocurrió para cortar. —Claudia miró a Jared, que asintió con la cabeza.

Al llegar a la entrada empedrada, el estrepitoso ruido de los cascos ahogó el hablar. Cabalgaron por tres entradas del vasto Barbican con sus asesinos-agujeros y rastrillo. Las saeteras vagamente medievales no eran de Era, por supuesto, pero

la Reina pensó que eran pintorescas. Habían hecho siempre “el vamos” del Guardián con desagrado.

Más allá, los campos verdes del reino se extendían en su belleza por la mañana. Claudia dejó escapar un suspiro de alivio. Sonrió a Finn. —Vamos a galope.

Él asintió con la cabeza. —Carrera por la colina.

Era un placer estar montando, y libre de la Corte. Ella instó al caballo hacia adelante, y la brisa le levantó el pelo, y el cielo era azul y soleado. Por todas partes las aves cantaban entre los campos de oro de maíz; como los carriles se dividieron, se estrecharon las coberturas de rosas en cada lado, las huellas profundas excavadas con la aparente edad.

No tenía idea de cuánto de este paisaje era real, sin duda algunas las aves, y las mariposas... sin duda que eran reales. En verdad, si no lo fueran, no quería saberlo. ¿Por qué no aceptar la ilusión, sólo por un día?

Los tres desaceleraron en la parte superior de una pequeña colina y miraron de nuevo a la Corte. Sus torres y pináculos ganaban en el sol. Sonaron las campanas, y el techo de cristal brilló como el diamante.

Jared suspiró. —Es extraño cómo la ilusión puede ser seductora.

—Siempre me dijiste que tenga cuidado con ella —dijo Claudia.

—Así debes. Como sociedad, hemos perdido la capacidad de distinguir lo real de lo falso. La mayoría de la Corte, al menos, no les importa cuál es cuál. Eso concierne a los Sapenti solamente.

—Tal vez deberían entrar en la Prisión —murmuró Finn—. Nunca tuvimos ningún problema.

Jared miró a Claudia, y ambos pensaron en el reloj, que llevaba ahora, seguro en su bolsillo más profundo.

Eran dos leguas al margen de la Selva, y casi el mediodía cuando se acercaban.

El camino a este punto había sido amplio y bien utilizado, el tráfico entre la Corte y los pueblos del oeste se mantuvo estable, y los surcos de las ruedas hacían un corte profundo en el barro cocido.

Pero una vez, bajo el dosel verde de los árboles poco a poco se acercaron, y un gran venado mordisqueaba las vastas ramas de robles poderosos, dio paso a la maleza enmarañada de la Wildwood. Las ramas colgaban pesadamente arriba, el cielo apenas se veía a través de sus hojas de malla.

Finalmente llegaron a la encrucijada y el camino que se bifurcaba a la Academia. Corría cuesta abajo a través de un claro color verde, cruzaba un arroyo por un puente y se abría paso hasta el otro lado en el bosque de nuevo.

Jared se detuvo. —Voy a pasar de aquí solo, Claudia.

—Maestro...

—Tienes que volver. Finn tiene que estar allí para la investigación.

—No veo el punto —gruñó Finn.

—Es de vital importancia. Tú no tienes recuerdos, por lo que debes impresionar por tu personalidad. Por la fuerza que tienes, Finn.

Finn le miró. —No sé si tengo alguna, Maestro.

—Creo que la tienes —Jared sonrió, con calma—. Ahora, te pido que cuides de Claudia, mientras que no este.

Finn levantó una ceja y Claudia espetó: —Puedo cuidar por mí misma.

—Y tienes que cuidar de él. Yo dependo de los dos.

—No te preocupes por nosotros, Maestro —Claudia se inclinó y le besó. Él sonrió y se volvió en el caballo, pero ella vio cómo en la calma había una tensión, como si esta separación significara más de lo que sabía.

—Lo siento —dijo.

—¿Sentirlo?

—Por irme.

Ella negó con la cabeza. —Sólo serán un par de días.

—Hice lo que pude —Sus ojos eran oscuros en las sombras del bosque—. Recuérdame amablemente, Claudia.

De repente, no tenía nada que decir. Un escalofrío la sacudió, quería detenerlo, para llamarlo después, pero él había instado al caballo y ya estaba caminando en la distancia por el camino.

Sólo cuando había alcanzado el puente, hizo pie en los estribos y gritó: —¡Escríbeme!

—Es demasiado firme —murmuró, pero Jared se volvió y agitó la mano—. Su audición es excelente —dijo, estúpidamente orgullosa.

Ellos vieron hasta que el caballo negro y su delgado jinete desaparecieron bajo el alero de madera.

Luego Finn suspiró. —Vamos. Tenemos que volver.

Cablgaron lentamente y en silencio. Claudia estaba de mal humor; Finn apenas hablaba. Ninguno de los dos quería pensar en el Impostor, o la decisión del Consejo por venir.

Finalmente Finn levantó la vista. —Está más oscuro. ¿No lo está?

Las inclinaciones de la luz del sol que antes había encendido el bosque, se habían ido. En cambio las nubes se habían reunido, y la brisa se había convertido en viento, trillando las ramas altas.

—No hay tormenta ordenada. Miércoles, día de la Reina de tiro con arco.

—Bueno, se ve como una tormenta para mí. Tal vez sea el tiempo real.

—No hay tiempo real, Finn. Este es el Reino.

Pero en diez minutos la lluvia comenzó. Llegó como un golpeteo y de repente un torrente, azotando con tremendo ruido a través de las hojas. Claudia pensó en Jared y dijo: —¿Él va a mojarse?

—¡Como nosotros! —Finn miró alrededor—. Vamos. ¡Date prisa!

Ellos galoparon. El terreno ya estaba suave, los cascos salpicando en los charcos que se extendían sobre la pista. Ramas batiendo a la cara de Claudia, su pelo voló por los ojos y se la pegaba en la mejilla. Ella se estremeció, no estando acostumbrada al frío y la humedad.

—Esto es un error. ¿Qué está pasando?

Rayos escupidos; desde arriba a abajo, fuertes retumbes de truenos rodaron por el cielo. Por un momento, Finn sabía que era la voz de Incarceron, oyó su burla terrible, cruel, sabía que no había escapado del todo.

Se volvió y gritó: —No debemos estar bajo los árboles. ¡Date prisa!

Azotaron a los caballos y corrieron. Claudia sintió la lluvia, como golpes en el pecho, cuando Finn tomó la delantera, le gritó que esperara, que redujera la velocidad.

Sólo el caballo respondió. Con un relincho alto, se encabritó, las pezuñas pateando el aire, y luego con horror cayó, estrellándose en un lado, y rodó de él, golpeando en el suelo.

—¡Finn! —gritó.

Algo cortante la pasó, azotando en la madera, un ruido sordo en un árbol.

Y entonces ella sabía que no era la lluvia o los rayos.

Era una lluvia de flechas.

CATHERINE FISHER

SAPPHIQUE



CATHERINE FISHER

SAPPHIQUE

PARTE III
***ARRUINADO,
COMO LA LUNA***



15

Traducido por: Cuketa_Illuminosa

Corregido por Nanis

*Cada hombre y mujer tienen su lugar y están contentos con ello.
Porque si no hay ningún cambio, ¿qué va a perturbar nuestra pacífica vida?*

—**DECRETO DEL REY ENDOR.**

—¡Claudia!

Finn se dio la vuelta cuando un fusil ardió, el árbol a su lado se quemó con el fuego en diagonal. —¡Al suelo!

¿Tenía ella idea de cómo actuar en una emboscada? Su caballo era presa del pánico, él respiró hondo y salió corriendo de la cubierta, agarrándolo por la brida.

—¡Al suelo!

Ella saltó y ambos cayeron. Luego fueron retorciéndose entre los arbustos, estirados, sin aliento. Alrededor de ellos el bosque estalló con la lluvia.

—¿Herida?

—No. ¿Tú?

—Golpeado. Nada serio.

Claudia arrastró el pelo empapado de sus ojos. —No puedo creer esto. Si nunca lo ordenaría. ¿Dónde están ellos?

Finn estaba observando con atención los árboles. —Allá, detrás de la espesura, tal vez. O en lo alto, en las ramas.

Eso la alarmó. Se retorció para ver, pero la lluvia la cegó. Se retorció más atrás, sus manos en las hojas que revolotean, el hedor de la descomposición de éstas en su rostro.

—¿Y ahora qué?

—Nos reagrupamos —la voz de Finn se mantuvo estable—. ¿Armas? Tengo una espada y un cuchillo.

—Hay una pistola en mi alforja. —Pero el caballo ya había escapado. Miró de reojo a Finn—. ¿Estás disfrutando de esto?

Él se rió, un evento raro. —Las cosas se animan. Pero en Incarceron solíamos ser los que hacían la emboscada. —Una luz parpadeó. Su brillo iluminó la madera y la lluvia cayó más fuerte, silbando a través de los helechos—. Podría tratar de rastrear el roble —Finn murmuró en su oído—. Y eludir...

—Puede haber un ejército por ahí.

—Un hombre. Tal vez dos, no más —Él se retorció de nuevo. Al instante dos flechas golpearon en el tronco del árbol por encima de ellos. Claudia se quedó sin aliento. Finn se congeló—. Bueno, quizá no.

—Son Los Lobo de Acero —siseó ella.

Finn se quedó en silencio un momento. Luego dijo: —No puede ser. Ellos podrían haberme matado la noche anterior.

Ella lo miró a través del aguacero. —¿Qué?

—Ellos dejaron esto al lado de mi cabeza. —Sostuvo el puñal; la cabeza del Lobo gruñendo⁴ entre sus dedos.

Entonces, se volvieron al unísono. Las voces se aproximaban por el bosque silbando.

—¿Los ves?

—Todavía no.

—Creo que nuestro enemigo viene. —Finn vio los pequeños movimientos de las ramas—. Creo que están bajando.

—Mira. —Un carro a lo largo del camino, precariamente cargados con heno segado, con la tapa suelta aleteando con el viento. Un hombre fornido caminaba junto al carro y otro conducía, sacos cubriendo sus rostros, sus gruesas botas con barro.

—Campesinos —dijo Claudia—. Nuestra única oportunidad.

—Los arqueros aún podría estar...

—Vamos —antes de que pudiera detenerla, se levanto y se fue.

—¡Espera! Por favor, ¡detente!

⁴ Concepto de la edad media, a la gente se le pagaba una cantidad de dinero por la cabeza de los lobos que equivalía a la cabeza de un forajido, a la captura. Este término, por un lado intenta ser despreciativo, como decir que no vales nada y por otro lado, les daba a todos la libertad para asesinarlo cuando la cabeza del lobo caía sobre ti

Los hombres se miraron. El grande alzo un palo pesado cuando vio a Finn detrás de ella, con la espada en la mano. —¿Qué es esto? —dijo con amargura.

—Nuestros caballos se asustaron y huyeron. Por el rayo —Claudia se estremeció bajo la lluvia, apretando su abrigo a su alrededor.

El siervo sonrió —¿Apuesto a que te apretarías a cada uno entonces?

Ella se irguió en posición vertical, consciente de que estaba empapada y su cabello caía en una maraña, su voz fría e imperiosa. —Mira, necesitamos a alguien para ir y encontrar nuestros caballos, y necesitamos...

—Los ricos siempre necesitan. —El garrote golpeó contra las manos rojas—. Y todos nosotros tenemos que saltar, pero no será siempre de esa manera. Un día no muy lejano...

—Basta ya, Rafe. —La voz vino del vagón, y Claudia vio que el conductor había empujado hacia atrás la capucha. La cara arrugada, su cuerpo doblado. Parecía viejo, pero su voz era lo suficientemente fuerte—. Síganos, señorita. La llevaremos a las cabañas y, a continuación vamos a encontrar a sus caballos.

Con un hup bajo azotó al buey, y la bestia pesadamente camino. Claudia y Finn se mantuvieron cerca de la carga de heno, briznas salían a la deriva sobre ellos. Por encima de los árboles, el cielo se había comenzado a aclarar; la lluvia terminó de repente, y un rayo del sol rompió a través, iluminando los pasillos lejanos de la selva. La tormenta pasaba tan rápidamente como había llegado.

Finn miró hacia atrás. El camino fangoso estaba vacío. Un mirlo empezó a cantar en su quietud.

—Se han ido —murmuró Claudia.

—O nos están siguiendo —Finn se volvió—. ¿Qué tan lejos están esas cabañas?

—Justo aquí, muchacho. No te preocupes. No voy a dejar que Rafe los robe, incluso si son gente del Tribunal. Gente de la Reina, ¿verdad?

Claudia abrió la boca con indignación, pero Finn dijo: —Mi chica trabaja para la condesa de Harken. Ella es doncella.

Ella se fijo en él con una mirada de asombro, pero el conductor arrugado asintió con la cabeza. —¿Y tú?

Él se encogió de hombros. —Un mozo de cuadra. Hemos tomado prestados los caballos, era un buen día... Bueno, estamos en un terrible problema ahora. Golpeados, probablemente.

Claudia lo miraba. Su rostro era tan triste como si creyera la historia, algo de él había cambiado en un instante a un aprensivo siervo, su mejor uniforme arruinado por el barro y la lluvia.

—Ah, bueno. Todos fuimos jóvenes una vez —el viejo hizo un guiño a Claudia—. Ojala fuera joven otra vez.

Rafe soltó una carcajada de alegría.

Claudia apretó los labios, pero trató de mirarse miserable. Tenía frío y estaba mojada suficiente para lograrlo.

Cuando el carro pasó ruidosamente a través de una puerta, ella murmuró en voz baja a Finn, —¿Qué estás haciendo?

—Mantenerlos de nuestro lado. Si supieran que estábamos...

—¡Saltarían a ayudar! Podríamos pagar...

Él la miraba de una manera extraña. —A veces, Claudia, pienso que no entiendes nada en absoluto.

—¿Como qué? —le espetó ella.

Él asintió con la cabeza delante. —Sus vidas. Mira esto.

Casas eran apenas palabras para ellos. Dos ladeados edificios miserables en el borde del camino. El techo era de paja, las paredes con manchas y parches. Algunos niños vestidos con harapos corrían y ella se quedó mirando, en silencio, y cuando Claudia se acercó vio lo delgados que eran, cómo el más joven tosió y la mayor tenía raquitismo.

El carro retumbó dentro del edificio. Rafe gritó a los niños a encontrar los caballos y se dispersaron, y él desapareció debajo de una de las puertas bajas. Claudia y Finn esperaron a que el hombre de más edad bajara. Su espalda encorvada era aún más evidente cuando se puso de pie, no más alto que el hombro de Finn.

—Por aquí, mozo y doncella. No tenemos mucho, pero tenemos un fuego.

Claudia frunció el ceño. Lo siguió por las escaleras bajo el dintel de madera.

Al principio no vio nada, excepto el fuego. El interior era negro. A continuación, el hedor se levantó y golpeó con toda su fuerza, y era tan malo que abrió la boca y se detuvo en seco, y sólo el empujón de Finn en su espalda la hizo tropezar. El Tribunal tenía su parte de malos olores, pero no había nada como esto, un hedor de estiércol y orina, leche agria y moscas zumbando en restos de huesos en la paja bajo sus pies.

Y sobre todo, el dulce olor de la humedad, como si toda la cabaña estuviese en la profundidad de la tierra, la inclinación y ablandamiento de su postes de madera podrida y el escarabajo aburrido.

Mientras sus ojos se acostumbraron a la penumbra vio escaso mobiliario —una mesa, taburetes, una cama integrada en la pared. Había dos ventanas, pequeñas y de madera, una rama de hiedra crecía a través de una.

El anciano arrastró una silla para ella. —Siéntese, señorita, y séquese. Tú también, muchacho. Me llaman Tom. Viejo Tom.

Ella no quería sentarse. Era verdad que existen las pulgas en la paja de la pobreza miserable de la casa. Sin embargo, ella se sentó, extendiendo sus manos al fuego insignificante.

—Ponga un poco de leña. —Tom arrastro los pies de la mesa

—¿Usted vive aquí solo? —preguntó Finn, lanzando ramas secas.

—Mi esposa murió hace cinco años. Sin embargo, algunos de los jóvenes de Rafe duermen aquí. Él tiene seis, y su madre enferma necesita atención de...

Claudia se dio cuenta de algo en el portal oscuro; se dio cuenta después de un momento que era un cerdo, resoplando la paja en la habitación contigua. Ese sería el establo.

Ella se estremeció. —Usted debe vidriar las ventanas. La corriente es terrible.

El viejo se echó a reír, derramando cerveza. —Pero eso no sería Protocolo, ¿verdad? Y debemos respetar el Protocolo, incluso si nos mata.

—Hay muchas maneras alrededor de él —dijo Finn en voz baja.

—No para nosotros —él empujó las tazas de cerámica hacia ellos—. Para la Reina, tal vez, porque los que hacen las reglas pueden romperlas, pero no los pobres. Era no es pretexto para nosotros, no jugar en el pasado con todos sus bordes suaves. Es real. Nosotros no tenemos varitas faciales, muchacho, ninguna preciosa electricidad o plastiglas. La pintoresca miseria que a la Reina le gusta decir que es pasado es el lugar donde vivimos. Tú juegas en la historia. Tenemos que soportarlo.

Claudia tomó un sorbo de cerveza agria. Se dio cuenta de que siempre había sabido esto. Jared se lo había enseñado, y ella había visitado a los pobres de Wardenry, gobernado por el régimen estricto de su padre. Una vez, en una nevada de enero, mirando los mendigos, le había preguntado si no se podía hacer más por ellos.

Él sonrió con su sonrisa distante, se alisó sus Guantes oscuros. —Ellos son el precio que pagamos, Claudia, por la paz. Por la tranquilidad de nuestro tiempo.

Una pequeña llama fría de ira ardía en ella ahora, al recordar. Pero no dijo nada. Fue Finn quién le preguntó: —¿Hay resentimiento?

—Hay —el viejo bebió, y golpeó su pipa en la mesa—. Ahora, tengo poca comida pero...

—No estamos hambrientos. —Finn no se había perdido la evasión, pero la voz de Claudia lo interrumpió.

—Puedo preguntarle, señor. ¿Qué es eso?

Ella estaba mirando una imagen pequeña en el rincón más oscuro de la habitación. Una inclinación de la luz del sol lo atrapó, mostró la talla de un hombre, su cara oscura, su cabello oscuro.

Tom se quedó inmóvil. Parecía consternado, por un momento Finn estaba seguro de que gritaría al musculoso vecino. Luego siguió golpeando el polvo de su pipa. —Ese es el Nueve dedos, señorita.

Claudia dejó la taza. —Él tiene otro nombre.

—Un nombre para ser dicho en voz baja.

Ella encontró sus ojos. —Sapphique.

El viejo la miró, luego a Finn. —Su nombre es conocido en la Corte entonces. Me sorprende, doncella.

—Sólo entre los funcionarios —Finn dijo rápidamente—. Y nosotros sabemos muy poco de él. Salvo que se Escapó de Incarceron. —Sacudió su mano en la taza. Se preguntó qué diría el viejo si supiera que él, Finn, había hablado a Sapphique en visiones.

—¿Escapar? —el viejo sacudió la cabeza—. Yo no sé nada sobre eso. Sapphique apareció de la nada en un destello de una luz cegadora. Poseía grandes poderes de magia, dicen que convirtió las piedras en pasteles, que bailó con los niños. Se comprometió a renovar la luna y liberar a los reclusos.

Claudia miró a Finn. Estaba desesperada por saber más, pero si le pedía demasiado el viejo se detendría. —¿Dónde exactamente apareció?

—Algunos dicen que en el bosque. Otros que en una cueva, muy al norte, donde un círculo quemado sigue estando en la ladera de la montaña. Pero, ¿cómo puede precisar el suceso?

—¿Dónde está ahora? —Finn preguntó.

El viejo lo miró fijamente. —¿Usted no sabe? Trataron de silenciarlo, por supuesto. Pero él mismo se convirtió en un cisne. Cantó su última canción y se fue volando a las estrellas. Un día volverá y pondrá fin a la Era para siempre.

La sala quedó en un fétido silencio. Sólo el fuego crepitaba. Claudia no miró a Finn.

Cuando habló de nuevo su pregunta la sorprendió. —Entonces, ¿qué sabe usted de los Lobos de Acero?

Tom palideció. —No sé nada de ellos.

—¿No?

—No hablo de ellos.

—Porque ellos planean la revolución, ¿cómo el lengua suelta de su vecino? ¿Por qué quieren asesinar a la Reina y al Príncipe, y destruir el Protocolo? —Finn asintió con la cabeza—. Sabio mantener silencio. Supongo que te dijeron que cuando eso pase la Prisión se abrirá y no habrá más hambre. ¿Les cree?

El hombre le devolvió la mirada de manera uniforme sobre la mesa. —¿Y tú? —susurró.

Un silencio tenso. Fue roto con el pataleo y el traqueteo de los caballos, el grito de un niño.

Tom se levantó lentamente. —Los chicos de Rafe ha encontrado su caballo —él miró a Claudia, y luego a Finn y dijo—: Creo que tal vez demasiado se ha dicho aquí. Tú no eres un mozo, muchacho. ¿Eres un príncipe?

Finn sonrió tristemente. —Soy un Prisionero, viejo. Al igual que tú.

Subieron y se dirigieron de vuelta tan pronto como pudieron. Claudia le había dado todas las monedas que tenía a los niños. Ninguno habló. Finn estaba alerta de otra emboscada, Claudia todavía dándole vueltas a la injusticia de Era, la suya propia por aceptar las riquezas sin pensar. ¿Por qué ella debía ser rica? Ella había nacido en Incarceron. Si no hubiera sido por las ambiciones del Guardián, estaría allí todavía.

—Claudia, mira —dijo Finn.

Él estaba mirando a través de los árboles, y por la alarma en su voz, ella vio una alta columna de humo por delante.

—Se ve como fuego.

Ansiosa, instó su caballo. Mientras salían del bosque y resonaron en la barbacana, el olor acre creció. El humo llenó el patio interior del Palacio y mientras ellos

galopaban, el viento crujía. Un ejército de huéspedes, mozos y sirvientes estaban corriendo, arrastrando caballos y graznando halcones, transportando cubos de agua.

—¿Dónde está? —Claudia bajó.

Pero ella ya podía ver donde estaba. La totalidad del piso del Ala Este estaba en llamas, muebles y tapices eran arrojados por la ventana, la gran campana sonando, las manadas de palomas aleteando perturbadas en el aire caliente.

Alguien se acercó a su lado y la voz de Caspar dijo: —Una lástima, Claudia. Después de todo el querido trabajo duro de Jared.

Las bodegas. El Portal. Ella abrió la boca, y corrió tras Finn. Él ya estaba en una de las puertas, humo negro en su rostro, llamas oscilando profundo en el edificio. Ella lo agarró y él se la sacudió. Entonces le agarró otra vez y lo llevo de vuelta y él se volvió, su cara blanca con sorpresa. —¡Keiro! ¡Es nuestro único camino hasta él!

—Se acabó —dijo ella—. ¿No ves? La emboscada fue para mantenernos alejados. Ellos han hecho esto.

Siguiendo su mirada, miró hacia atrás.

La Reina Sia estaba en el balcón, un pañuelo blanco de encaje en su cara. Detrás de ella, calmado e indiferente, sus ojos sobre el estrepitoso accidente de piedra y llamas, estaba el Impostor.

—Han cerrado el Portal —dijo Claudia con tristeza—. Y no es sólo Keiro. Han atrapado a mi padre Dentro.

16

Traducido por darkemily

Corregido por Nanis

*Un gran Fimbulwinter se cerrará sobre el mundo.
La oscuridad y el frío se extenderán de Ala a Ala.
Vendrá uno llamado Unsapient, desde lejos, desde el exterior.
Él vaticinara el testimonio y la estructura de Incarceron.
Se hará el hombre con alas...*
—**SAPPHIQUE PROFETIZA EL FIN DEL MUNDO.**

Attia, se sostenía firmemente a Keiro sobre el caballo, miró más allá de su hombro.

Finalmente ellos habían alcanzado lo que parecía el final de la selva espinosa, puesto que el camino conducía hacia fuera y cuesta abajo. El caballo estaba cansado, resoplando aliento helado.

La formación del camino era un arco negro. Esto erizaba los pelos, y en su parte superior posado un pájaro de cuello largo.

Keiro frunció el ceño. —Odio esto. Incarceron nos está llevando por la nariz.

Ella dijo: —A lo mejor nos lleva hacia algo de comida. Hemos comido casi todo.

Keiro pateó al caballo. A medida que se acercaba, el arco negro parecía crecer, su sombra se extendía hacia ellos hasta que entraron en su oscuridad. Aquí la carretera brillaba con la escarcha, los cascos del caballo resonaron con una claridad metálica en el pavimento de hierro.

Attia miró. El pájaro en la cumbre era enorme, oscuras alas extendidas, y mientras lo subía, se dio cuenta que se trataba de una estatua, y no de un pájaro, un hombre con grandes alas, como si estuviera listo para saltar y volar.

—Sapphique —susurró.

—¿Qué?

—La estatua... es Sapphique.

Keiro resopló. —¡Qué sorpresa! —Su voz se duplico, haciendo eco.

Estaban muy por debajo de la bóveda, que olía a orina y a humedad, el limo verde corría por sus paredes. Ella estaba tan rígida que quería parar, bajar y caminar, pero Keiro no estaba de humor para quedarse. Desde que había hablado con Finn, había estado en silencio y de mal humor, sus respuestas habían sido brutalmente fuertes. O la ignoraba por completo.

Pero entonces ella no había querido hablar mucho. Oír la voz de Finn había sido una alegría súbita, pero casi al mismo tiempo se había estropeado, debido a que había sonado tan diferente, tan lleno de ansiedad.

No te he abandonado. Pienso en ti todo el tiempo.

¿Es eso cierto? No era su nueva vida realmente el paraíso que había esperado?

En la oscuridad de la bóveda dijo airadamente: —Debiste haberme permitido contarles sobre el Guante. El Sapient había sabido algo. Podría haber ayudado...

—El Guante es mío. No lo olvides.

—Es nuestro.

—No me empujes demasiado lejos, Attia. —Él guardo silencio un momento, luego murmuró—. *“Busquen al Guardián”* dijo Jared. Bueno, eso es lo que estamos haciendo. Si Finn falla tenemos que mirar hacia fuera por nosotros mismos.

—Así que no era que tenías miedo de decirle —dijo ácidamente.

Sus hombros se apretaron. —No. No lo era. El Guante no es negocio de Finn.

—Pensé que los Hermanos de Juramento compartían todo.

—Finn tiene la libertad. Él no comparte eso. —De pronto, salieron del arco, y el caballo se detuvo, asombrado.

En esta Ala, la luz era de un rojo oscuro. Debajo de ellos estaba un pasillo más grande que cualquier que Attia hubiese visto en su vida, su piso lejano atravesado por transitados caminos y pistas. Era alto el techo, y a sus pies, un gran viaducto curvo llevado a través de la carretera, por lo que Attia podía ver sus arcos y estilizadas columnas que desaparecían en el Mirk. Las llamas quemaban como diminutos ojos en el suelo de piedra.

—Soy fuerte.

—¡Al suelo entonces!

Se deslizó del caballo y el camino se sentía inestable en sus pies. Se acercó a la barandilla oxidada y miró por encima.

Había gente allí, miles de ellos. Una gran migración de personas, camiones y vagones empujando, llevando a los niños. Vio los rebaños de ovejas, algunas

cabras, algún precioso ganado, la armadura de los pastores brillaba a la luz cobriza.

—Mira esto. ¿Dónde van todos?

—En sentido contrario a nosotros. —Keiro no desmonto. Se sentó desde la altura, mirando hacia abajo—. La gente está siempre en movimiento en la Prisión. Siempre piensan que hay algún sitio mejor. El Ala siguiente, el nivel siguiente. Son tontos.

Estaba en lo cierto. A diferencia del Reino, Incarceron siempre estaba en un estado de cambio, las Alas eran reabsorbidas, puertas y portones sellados, barras de acero se originaban en los túneles. Pero ella se preguntó qué cataclismo había causado tal número de movimiento, lo que los llevó a la fuerza. ¿Era éste el resultado de la luz de la muerte? ¿El frío cada vez mayor?

—Vamos —dijo Keiro—. Tenemos que cruzar esta cosa, así que vamos a seguir adelante con ello.

No le gustaba la idea. El viaducto era apenas del ancho suficiente para un carro. No tenía parapetos, sólo una superficie llena de baches por el oxido y un abismo de aire en cada lado. Débiles espirales de nubes tenues colgaba tan alto e inmóviles a través de ella.

—Debes llevar al caballo. Si entra en pánico...

Keiro se encogió de hombros y desmontó. —Muy bien. Voy a ir al frente, vienes detrás. Mantente alerta.

—¡Nadie nos va a atacar aquí!

—Esa observación muestra por qué eras un perro-esclavo y yo fui. . . casi. . . Señor del Ala. Se trata de una pista, ¿no?

—Sí...

—Entonces, alguien lo tiene. Alguien siempre lo hace. Si estamos de suerte habrá que pagar un peaje en el otro extremo.

—¿Y si no tenemos suerte?

Se echó a reír, como si el peligro lo hubiese animado. —Hacemos el descenso rápido. Aunque tal vez no, porque la Prisión está de nuestro lado ahora. Tiene razones para mantenernos a salvo.

Attia le vio conducir el caballo al viaducto antes de que le dijera en voz baja: —Incarceron quieres el Guante. No creo que a alguien le importe lo que traemos.

Él la escuchó, estaba segura. Pero no miró hacia atrás. El cruce de la estructura oxidada era precario. El caballo estaba nervioso, relinchó y lo evitó una vez, y Keiro lo calmaba continuamente en un bajo e irritado murmullo, palabrotas fusionaban a la perfección con el confort. Attia intento no mirar a ambos lados. Hubo un fuerte viento que le empujo suavemente en su contra, ella preparó su cuerpo, consciente de que una ráfaga de Incarceron podría derribarla sobre el borde.

No había nada a que agarrarse. Ella caminaba con terror, un pie delante del otro pie.

La superficie estaba corroída. Los escombros yacían en ella, restos de metal, basura abandonada, ganchos de ropa capturados en el viento, ondeaban como banderas irregulares. Sus pies crujían bajo los débiles huesos de un pájaro. Se concentró en sus pies, apenas levantando la cabeza. Poco a poco se dio cuenta del espacio vacío, un vértigo de aire.

Pequeños espirales oscuros comenzaron a expandirse través de la pista.

—¿Qué es eso?

—Hiedra —el murmullo de Keiro fue apretado por la tensión—. Crece desde abajo.

¿Cómo podría crecer hasta aquí? Miró brevemente a la derecha y el vértigo barrió su sudor. Diminutas personas se movían abajo, el sonido de las ruedas y débiles voces en el viento. Su capa ondeaba en su contra.

La hiedra espesa se convirtió en una maraña traicionera de hojas brillante. En los lugares que estaban intransitables; Keiro tuvo que convencer al caballo aterrorizado a lo largo del borde del viaducto, El sonido metálico de los cascos en el metal. Su voz era un murmullo bajo.

—Vamos, camina enclenque —gruñía—. Vamos, mendigo inútil.

Entonces se detuvo. Su voz fue arrebatada por el viento. —Hay un gran agujero aquí. Ten cuidado.

Cuando llegó, lo primero que vio fue el camino carbonizado, desmoronado con el óxido. El viento aullaba a través de ella. A continuación, vigas de hierro oxidadas, antiguos nidos de pájaro en sus vigas. Una pesada cadena colocada en el vacío.

Pronto hubo otros agujeros. La comodidad de la pista se convirtió en una pesadilla, crujidos inquietantes donde el caballo pisaba.

Después de unos minutos, se dio cuenta que Keiro se había detenido.

—¿Está bloqueado?

—Tan bueno como eso —su voz era curiosamente escasa, su aliento helado mientras miraba hacia ella. — Tenemos que volver. Nunca vamos a cruzar esto.

—¡Hemos llegado demasiado lejos!

—El caballo está al borde del pánico.

¿Estaba asustado? Su voz era baja, su rostro determinado. Por un momento sintió debilidad, pero entonces su ira silbo entre dientes y la tranquilizo a ella. —Detrás de ti, Attia!

Se dio la vuelta. Y vio lo imposible.

Las figuras enmascaradas pululaban a lo largo de los lados del viaducto, a través de los agujeros, encima de cadenas y tallos de hiedra. El caballo dio un relincho de miedo y se levanto. Keiro soltó las riendas y saltó hacia atrás.

Ella sabía que había terminado. El caballo cayó en el terror, este caería, y debajo la gente muy hambrienta mataría su cuerpo.

Entonces, uno de los encapuchados lo tomó, arrojando una manta sobre sus ojos y expertamente lo llevaron a la oscuridad.

Había alrededor de diez de ellos. Eran pequeños y encorvados, llevaban yelmos con plumas, todo negro, excepto por una etiqueta del rayo a través del ojo derecho. Sostuvieron a Keiro apuntándole con un anillo de escopetas. Pero ninguno de ellos se acercó.

Attia. Se puso de pie, se equilibrio, el cuchillo preparado.

Keiro se irguió, con los ojos azules feroces. Su mano cayó a su espada.

—No toques eso. —El asaltante más alto tomó el arma, luego se volvió hacia Attia—. ¿Es tu esclavo?

La voz era de una niña. Los ojos de la máscara eran desiguales —un vivo y gris, el otro con una pupila de oro, una piedra sin ver.

A la vez Attia, dijo: —Sí. No lo mates. Él me pertenece.

Keiro resopló, pero no se movió. Ella esperaba que él tuviera el sentido de permanecer en silencio.

Attia estaba segura de que las muchachas enmascaradas eran niñas.

Se miraron. A continuación, el líder hizo una señal. Las escopetas fueron bajadas.

Keiro miró Attia. Ella sabía lo que quería decir.

El Guante estaba en el bolsillo interior de su abrigo y lo encontrarían si lo buscaban.

Cruzó los brazos y sonrió. —Rodeado de mujeres. Las cosas están mejorando.

Attia lo fulminó con la mirada. —Cállate Esclavo.

La niña de ojos dorados le rodeó. —Él no tiene el porte de un Esclavo. Es arrogante, y un hombre, y piensa que por sí mismo es más fuerte que nosotros —hizo un gesto brusco—. Láncenlo.

—¡No! —Attia dio un paso hacia adelante—. No. Él me pertenece. Créanme, voy a pelear con quien sea que trata de matarlo.

La niña enmascarada miró fijamente a Keiro. Su ojos de oro brillaba y Attias se dio cuenta de que no era ciega, que veía a través de él, de alguna manera. Una medio mujer.

—Registren si tiene armas entonces.

Dos de las chicas lo registraron, Keiro pretendía disfrutar de ello, pero cuando tomaron el Guante de su bolsillo, Attia sabía que tomó todo su auto-control para no atacar.

—¿Qué es esto? —El líder levantó el Guante.

Estaba en su mano, el iridiscente de Dragón en la penumbra, las garras divididas y pesadas.

—Eso es mío —dijieron Attia y Keiro juntos.

—Lo llevo para ella —dijo Keiro. Él sonrió con la más encantadora sonrisa—. Soy el Esclavo del Guante.

La muchacha miró a la dragonclaws con los ojos desiguales. Entonces ella miró hacia arriba. —Los dos vendrán con nosotros. En todos mis años tomando peaje sobre el Skywalk⁵ Nunca he visto un objeto de tal poder. Este se ondula en púrpura y oro. Este canta en ámbar.

Attia avanzó con cautela. —¿Puedes ver esto?

—Lo escucho con mis ojos. —Ella dio la vuelta lejos de Attia, chasqueo una mirada feroz a Keiro. Él tuvo que cerrar, y omitir.

Dos de las niñas enmascaradas lo empujaron. —Camina —dijo una. La líder cayó al lado de Attia.

—¿Tu nombre?

—Attia. ¿Usted?

⁵ Es como camino al firmamento.

—Rho Cygni⁶. Renunciamos a nuestros nombres de nacimiento. —En el gran agujero del piso, las chicas se deslizaban a través expertamente.

—¿Allá abajo?

Attia trataba de no dejar colarse el miedo en su voz, pero sintió la sonrisa de Rho detrás de la máscara.

—Nos conduce a la tierra. Sigue. Ya lo verás.

Attia se sentó, las piernas colgando sobre el borde. Una persona atrapo sus pies y la estabilizo, se deslizó a través de ella y tomó la cadena oxidada. Había una pasarela desvencijada construida abajo, cerca del viaducto, medio oculto por la hiedra; era tan oscuro como un túnel y crujía bajo los pies, pero en el extremo se dividía en un laberinto de pequeños callejones y escaleras de cuerda, colgando habitaciones y jaulas.

Rho caminaba detrás de ella, silenciosa como una sombra. Al final guió a Attia a la derecha en una cámara que se movía un poco más, cómo si debajo de ella no hubiera más que cielo.

Attia trago. Las paredes eran de adobe entretejido y el piso estaba oculto en una capa profunda de plumas. Pero fue el techo que la hizo mirar fijamente... Fue pintado con un profundo y sorprendente azul brillante y con piedras de oro, al igual que los ojos de Rho.

— ¡Las estrellas!

—Como Sapphique las describió. —La niña estaba a su lado y miró hacia arriba—. «*Fuera ellos cantan mientras cruzan el cielo*». El toro, el cazador y la princesa encadenada. Y el cisne, de cuya constelación somos. —Ella se quito su máscara de plumas y su pelo era oscuro y corto, su rostro pálido—. Attia, Bienvenida al Nido del Cisne.

Era agobiantemente cálido, iluminado por lámparas pequeñas. Ella vio las figuras sombrías quitarse las armas y las máscaras y convertirse en niñas y mujeres de todas las edades, algunas robustas, algunas jóvenes y ágiles. El olor de los alimentos en las ollas aumentó. Profundos divanes llenos de plumas suaves, llenan la sala.

Rho la empujó hacia uno. —Siéntate. Te ves agotada.

Ansiosa, dijo: —¿Dónde está. . . mi Esclavo?

⁶ (Gliese 820 AB) es una estrella binaria visual en la constelación del Cisne, formada por dos estrellas separadas 29 segundos de arco de magnitud.

—Enjaulado. Él no se morirá de hambre. Pero este lugar no es para hombres.

Attia sabía. De pronto ella estaba insoportablemente cansada, pero tenía que permanecer alerta. El pensamiento de la furia de Keiro la aclamó...

—Por favor, come. Tenemos un montón.

Un plato de sopa caliente fue puesto delante de ella. Dio un sorbo a toda prisa, mientras que Rho sentada, los codos sobre las rodillas, la miraba.

—Usted tenía hambre —dijo después de un tiempo.

—Hemos estado viajando durante días.

—Bueno, el viaje ha terminado. Estás a salvo aquí.

Attia saboreaba la fina sopa, preguntándose lo que quiso decir. Esta gente parece amistosa, pero tenía que estar en guardia. Tenían a Keiro, y él tenía el Guante.

—Hemos estado esperándole —dijo Rho en voz baja.

Ella casi se atragantó. —¿A mí?

—Alguien como tú. Algo como esto. —Rho señaló el Diente de su abrigo, lo colocó reverentemente sobre su regazo—. Extrañas cosas están sucediendo, Attia. Cosas maravillosas. Usted vio la migración de las tribus. Durante semanas los hemos visto allí, buscando siempre, la alimentación, el calor, siempre huyendo de la conmoción en el corazón de la Prisión.

—¿De qué conmoción hablas, Rho?

—Lo he oído. —La mirada extraña de la niña se volvió hacia Attia—. Todos nosotros lo sabemos. Tarde en la noche, en el fondo de los sueños. Suspendido entre el techo y el suelo, hemos sentido sus vibraciones, en las cadenas y las paredes, en nuestros cuerpos. El latir del corazón de Incarceron. Ellos se hace más fuerte, todos los días. Somos sus proveedores, y lo sabemos.

Attia dejó la cuchara y arrancó un poco de pan negro.

—La Prisión se está cerrando. ¿Eso es todo?

—Concentración. Enfoque. Alas enteras están oscuras y en silencio. El Fimbulwinter⁷ ha comenzado, como profetizó. Y sigue siendo el Unsapient quien envía sus demandas.

⁷ En la mitología nórdica, el Fimbulwinter (o Fimbulvetr) es el preludio inmediato del Ragnarök, el Fin del Mundo nórdico.

El Fimbulwinter es el periodo de tres inviernos continuos:

- El invierno de los vientos

—¿Unsapiant?

—Así lo llamamos. Dicen que la Prisión lo llamó desde el exterior...Desde la habitación en el corazón de la Prisión está creando algo terrible. Dicen que está haciendo un hombre de trapo, sueños, flores y metal. Un hombre que va a llevarnos a todos a las estrellas. Ojala que sea pronto.

Attia miro a la cara iluminada de la niña y sintió cansancio solamente. Ella empujo el plato a un lado y dijo con tristeza: —¿Y tú? Háblame de ti.

Rho sonrió. —Creo que se puede esperar hasta mañana. Tienes que dormir. —Ella arrastro una gruesa cubierta a Attia. Esta era suave y cálida e irresistible. Attia se acurrucó en ella.

—Usted no perderá el Guante —dijo adormilada.

—No. Duerma bien. Estás con nosotros ahora, Attia Cygni —ella cerró los ojos.

Desde algún lugar a lo lejos oyó a Rho decir: —¿Al Esclavo le fue dado de comer?

—Sí. Pero él pasó la mayor parte del tiempo tratando de seducirme —dijo la voz de una niña que se echó a reír.

Attia se dio la vuelta y sonrió.

Horas más tarde, en lo profundo del sueño, entre las respiraciones, los dientes y las pestañas y los nervios, se sentían los latidos del corazón. Su latido del corazón. Él de Keiro, Finn. El de la cárcel.

-
- El invierno de los lobos
 - El invierno de las espadas

Estos inviernos, como ya se dijo, son seguidos uno de otro, sin veranos intermedios. Para este tiempo se predecían batallas interminables entre hombres y dioses, donde muchos morirían.

Traducido por: Ruthiee

Corregido por: Mari Cullen

El mundo es un tablero de ajedrez Madam, en el cual, nosotros empleamos nuestras tácticas y locuras.

Usted es la Reina, por supuesto.

Sus movimientos son los más fuertes.

Para mí mismo aclamo ser solo un caballero, avanzando en un progreso torcido.

¿Nos movemos nosotros mismos, piensa usted, o una gran mano enguantada nos desplaza en nuestros cuadros?

—CARTA PRIVADA; DEL GUARDIÁN DE INCARCERON A LA REINA SIA.

—¿Fuiste tú el responsable? —Claudia salió de la orilla de la sombra y disfrutó la manera en que Medlicote se giro alrededor, alarmado. Él se inclinó, las medias lunas de sus gafas destellando en la luz del sol de la mañana.

—¿Por la tormenta, mi señora? ¿O el fuego?

—No seas irrespetuoso. —Ella se dejó sonar a sí misma arrogante—. Nosotros fuimos atacados en el Bosque, el Príncipe Giles y yo. ¿Fue obra tuya?

—Por favor —sus dedos manchados de tinta se levantaron—, por favor, Señora Claudia, sea discreta.

Echando humo, ella se mantuvo en silencio. Él miró a través del estrecho césped. Solo los pavorreales se pavonearon y chillaron. Había un grupo de cortesanos en el invernadero de naranjas; ligeras risas fluyeron desde los fragantes jardines.

—Nosotros no hicimos ningún ataque —dijo quedamente—. Créame Madam, si lo hubiéramos hecho, el Príncipe Giles—si él es Giles—podría estar muerto. Los Lobos de Acero se merecen su reputación.

—Tú fallaste en matar a la Reina en varias ocasiones —ella fue mordaz—. Y pusiste una daga junto a Finn...

—Para asegurar que nos recuerda. Pero el Bosque, no. Si me permite decir que por tanto fue imprudente salir sin una escolta. El Reino está adornado de descontentos. El pobre sufre sus injusticias, ellos no los perdonan. Fue simplemente un intento de robo.

Ella pensó que era un complot de la Reina, a pesar de que no tenía intención en dejarle saber eso a él. En su lugar, rompió un capullo del rosal y dijo: —¿Y el fuego?

Él miro afligido. —Eso es un desastre. Usted sabe quien fue el responsable por ello, Madam. La Reina nunca había querido que el Portal se volviera a abrir.

—Y ahora ella piensa que ha ganado —Claudia saltó cuando un pavorreal movía impaciente su magnífica cola en un abanico. Los cientos de ojos la miraron—, piensa que mi padre está aislado

—Sin el Portal, él lo está.

—¿Usted conocía bien a mi padre, Maestro Medlicote?

Medlicote frunció el ceño. —Fui su secretario por diez años. Sin embargo, no era un hombre fácil de conocer.

—¿El mantenía sus secretos?

—Siempre.

—¿Acerca de Incarceron?

—No supe nada acerca de la Prisión.

Ella asintió, y saco su mano fuera de su bolsillo. —¿Reconoces esto?

Él miró con atención, preguntándose. —Es el reloj de bolsillo del Guardián. Siempre lo usaba.

Ella lo estaba viendo estrechamente, alerta por cualquier centelleo de oculto reconocimiento, de conocimiento. En los anteojos ella vio el reflejo de la caja del reloj, el cubo plateado prendiéndose en la cadena. —Él lo dejo para mí. Entonces, ¿no tienes idea de dónde está la Prisión?

—Ninguna. Yo escribí su correspondencia. Ordene sus asuntos. Pero nunca fui ahí con él.

Ella chasqueó la caja al cerrarse. Él parecía desconcertado, no había dado ninguna señal de saber qué es lo que estaba mirando.

—¿Cómo viajó él ahí? —ella preguntó quedamente.

—Nunca descubrí eso. Él podría desaparecer, por un día, o una semana. Nosotros... los Lobos... creemos que la Prisión es una especie de laberinto subterráneo, debajo de la Corte. Obviamente el Portal le dio acceso. —Él miró hacia ella curiosamente—. Tú conoces más acerca de esto de lo que yo sé. Tal vez haya información en su estudio, en tu casa en Wardenry. Nunca fui permitido ahí.

Su estudio. Ella trató de no revelar ni siquiera por un parpadeo la conmoción que sus palabras desencadenaron. —Gracias. Gracias. —Difícilmente sabiendo lo que ella dijo, se dio media vuelta pero la voz de él la detuvo.

—Señorita Claudia. Algo más. Nos han informado que cuando el príncipe falso esté ejecutado, usted compartirá su destino.

—¡Que! —Él estaba de pie con sus lentes en las manos, sus polvorientos hombros se detuvieron. A la luz del sol, parecía de repente un medio ciego hombre agitado—. Pero ella no puede...

—Ella lo hará. Le advierto, señorita. Usted es una Prisionera escapada. Ella no estará rompiendo ninguna ley.

Claudia estaba helada. Difícilmente podía creer esto. —¿Estás seguro?

—Uno de los del Consejo Privado tiene una amante. La mujer es una de nuestros agentes. Él le dijo a ella que la Reina era inflexible.

—¿Escuchaste algo más? ¿Si la Reina había metido en esto al Impostor?

Él se quedó mirando hacia ella. —¿Eso te interesa más que tu propia muerte?

—¡Dime!

—Desafortunadamente, no. La Reina profesa ignorancia en cuanto a cuál de los chicos es su verdadero hijastro. No le ha dicho al Consejo nada.

Claudia midió sus pasos, despedazando el rosal. —Bueno, yo no intento ser ejecutada, por tus Lobos o alguien más. Gracias. —Se había sumergido debajo del arco de la rosa cuando él tomo un paso después de ella y dijo quedamente:

—El Maestro Jared fue sobornado para dejar de trabajar en el Portal. ¿Sabía usted eso?

Ella se paró en seco, sin voltearse. Las rosas eran blancas, perfectamente perfumadas. Abejas gordas se dejaron caer en sus pétalos. Había una espina en el capullo que sostenía, lastimó sus dedos y ella lo dejó caer.

Él no se acercó. Su voz era callada. —La Reina le ofreció...

—No hay nada —ella se volteó, casi escupiendo las palabras—, nada que ella pudiera ofrecer que él pudiera tomar. ¡Nada!

Una campana sonó, luego otra de la Torre de Marfil. Era la señal para la Inquisición de los Candidatos. Medlicote mantuvo sus ojos en ella. Luego se puso sus gafas de vuelta y se inclinó, torpemente. —Mi error, mi señora —dijo.

Ella lo miró alejarse, estaba temblando, no sabía cuánto por enojo, cuanto por miedo.

* * *

Jared miró hacia abajo con una triste sonrisa al libro en su mano. Había sido uno de sus favoritos cuando había sido un estudiante aquí, un pequeño libro rojo de misteriosos y crípticos poemas que languidecían sin leer en las repisas. Ahora, abriendo las páginas, encontró la hoja de roble que había una vez puesto ahí, en la página cuarenta y siete, en el soneto acerca de la paloma que podría curar la devastación de los Años de la Ira, una rosa floreciendo en su abertura. Leyendo las líneas ahora, dejó a sus memorias deslizarse atrás a ese tiempo. No había sido hace mucho. Él había sido el más joven en graduarse de la Academia desde que el Protocolo comenzó, considerado brillante, garantizando una gran carrera.

La hoja de roble era tan frágil como una telaraña, una estructura de venas. Sus dedos temblando ligeramente, el cerró el libro y lo deslizó de vuelta. Fue sin duda por encima vez de esa auto compasión.

La librería de la Academia era una vasta y callada colección de habitaciones. Grandes armarios de roble con libros, algunos de ellos extendidos, estaban clasificados debajo de los pasillos de las galerías. Sapiienti se sentó acurrucado sobre los manuscritos e iluminó los volúmenes, puntas de pluma raspando, cada butaca iluminada por una pequeña lámpara que parecía una vela pero de hecho era un diodo de alta intensidad potenciado por generadores ocultos en el subterráneo. Jared estimó que al menos un tercio del precioso poder restante del Reino era consumido aquí.

No solo en la librería, por supuesto. Las aparentes plumas estaban unidas a una central de computadora que también funcionaba en el observatorio lunar y la extensiva Ala médica. La Reina, a pesar de que la odiaba, había estado en lo correcto. Si había alguna vez existido una cura para él, este era el único lugar en el que aún podría encontrarse.

—¿Maestro? —El bibliotecario había regresado, la carta de la Reina en su mano—. Todo está en orden. Por favor sígame.

La Esotérica era el corazón de la librería. Se rumoraba que era una cámara secreta, visitada solo por el Primer Alto Sapien y el Guardián. Jared ciertamente nunca había estado ahí. Su corazón se agitó con un poco de emoción.

Ellos caminaron a través de tres habitaciones, por un pasillo de mapas y arriba una serpenteante escalera en una pequeña galería que corría alrededor sobre el cuarto de lectura, debajo de la cornisa empolvada. En el rincón alejado estaba un oscuro nicho, conteniendo un escritorio y una silla, los brazos esculpidos con serpientes serpenteadas.

El bibliotecario se inclinó. —Si necesita cualquier cosa, por favor pídasela a una de mis asistentes.

Jared asintió y se sentó. Trató de no mostrar su sorpresa y decepción; había esperado algo más secreto, más impresionante, pero quizás eso había sido tonto. Echó un vistazo alrededor. No había obvios dispositivos mirando, pero estaban aquí, lo percibía. Puso su mano en su abrigo y sacó afuera el disco que había preparado, deslizándolo debajo del escritorio y este se apretó con fuerza.

El escritorio, a pesar de las apariencias, era de metal. Él lo tocó, y una porción de revestimiento de madera se convirtió en una pantalla que iluminaba discretamente. Decía: *USTED HA ENTRADO A LA ESOTÉRICA*.

Trabajó rápidamente. Pronto diagramas de los sistemas linfáticos y nerviosos se ondularon sobre la pantalla. Los estudió atentamente, referencias cruzadas con los fragmentos de investigación médica que el sistema aún sostenía. La habitación inferior estaba en silencio, bustos formales de la antigua Sapien mirando con rigor desde sus pedestales de mármol. Afuera del distante marco de la ventana unas pocas palomas arrullaban. Un bibliotecario andaba por ahí, cargando una pila de pergaminos. Jared sonrió gentilmente. Ellos estaban manteniendo una buena vigilancia en él.

A las tres, el tiempo para la breve ducha de la tarde, él estaba listo. Mientras la luz se apagaba y el cuarto crecía sombrío, deslizó su mano debajo del escritorio y tocó el disco.

Inmediatamente, debajo de los diagramas del sistema nervioso, una escritura apareció. Había tomado un largo tiempo para encontrar los archivos codificados en Incarceron, y sus ojos estaban cansados, su sed un tormento. Pero cuando el primer trueno retumbo, aquí estaban ellos.

La lectura de un escrito debajo de otro era una habilidad que había perfeccionado hace mucho tiempo. Se necesitaba concentración, y siempre le daba dolor de cabeza, pero podría ser soportable. Después de diez minutos en los que había resuelto un símbolo que desbloqueaba otros, reconoció una vieja variante de la

lengua de Sapien que alguna vez había estudiado. Mientras traducía, las palabras empezaron a formarse a partir del montón de extraños jeroglíficos.

Lista de los Prisioneros originales.

Sentencias y reportes Judiciales.

Registros Criminales; Imágenes Fitográficas.

Deberes del Guardián.

Toco la última línea. La pantalla se arregló de nuevo, y debajo de su telaraña de nervios le informo secamente:

Este material es clasificado. Diga la contraseña.

Maldijo, silenciosamente.

Incorrecto, la pantalla dijo. Usted tiene dos intentos mas antes de que la alarma biológica sea sonada.

Jared cerró sus ojos y trato de no quejarse. Echó un vistazo alrededor; vio la lluvia machacando contra las ventanas, las pequeñas luces en los escritorios inferiores brillaron imperceptiblemente. Se obligó a sí mismo a respirar lentamente, sintió una picazón sudorosa en su espalda. Luego susurro: —Incarceron.

Incorrecto. Usted tiene una oportunidad más antes de que la alarma sea sonada.

Debía retirarse y pensar sobre ello. Si ellos lo descubrían, nunca volvería a llegar tan lejos de nuevo. Y sin embargo, el tiempo estaba en contra de la pista. Tiempo, que el Reino había denegado, estaba tomando su venganza.

Las páginas se voltearon hacia abajo. Se inclino más de cerca, viendo en la pantalla su propio rostro pálido, los oscuros huecos en sus ojos. Había una palabra en su mente y no tenía idea si era la correcta. Pero su rostro era ambos, el suyo y el de otro, era estrecho y su cabello era oscuro. Abrió su boca y susurro su nombre.

—¿Sapphique?

Listas. Turnos. Información. Se propagaron como un virus sobre la página, sobre los diagramas, sobre todo. La fuerza y la velocidad de la información lo dejó maravillado; tecleó el disco para grabarlo tan rápido como empezó y terminó.

—¿Maestro?

Jared casi saltó. Uno de los porteros de la Academia se paró ahí, un hombre grande, su abrigo oscuro brillaba de envejecimiento, su personal recomendado con una perla blanca.

—Lamento molestarlo en su trabajo, Maestro, pero esto llegó. Desde la Corte.

Era una carta en pergamino, sellada con la insignia del cisne negro de Claudia.

—Gracias. —Jared lo tomó, le dio al hombre una moneda y sonrió calmadamente. Detrás de él, la pantalla mostraba interminables diagramas médicos. Utilizada para las formas austeras de Sapienti, el portero se inclinó y se retiró.

El sello rojo chasqueó cuando Jared lo abrió. Y aún así sabía que podría haber sido leído por los espías de la Reina.

Mi Querido Maestro Jared,

¡La cosa más espantosa ha ocurrido! Un fuego estalló en las bodegas de la Corte del Este, y la mayor parte del suelo y las plantas superiores han colapsado. Nadie fue lastimado pero la entrada hacia el Portal está enterrada debajo de toneladas de escombros. Su Majestad la Reina me asegura que se hará todo lo posible pero ¡Estoy muy consternada! Mi padre está perdido para nosotros, y Giles se lamenta del destino de sus amigos. Hoy él encarará el juicio de los Inquisidores. Orar es una búsqueda difícil, querido amigo, para nuestra única alternativa miente en silencio y sigilo.

Tu más amada y obediente pupila,

Claudia Arlexa.

Él sonrió tristemente al Protocolo. Ella podía hacerlo mucho mejor. Pero entonces, la nota no era solo para él, era para la Reina. ¡Un fuego! Sia no estaba perdiendo ninguna oportunidad, primero removerlo a él y luego sellar la entrada hacia la

Prisión. Pero lo que la Reina probablemente no sabía y solo él y Claudia sabían, era que existía otra entrada hacia el Portal, a través del estudio del Guardián en la soñolienta casa solariega de Wardenry. *Nuestra única alternativa es mentir en silencio y sigilo.* Ella había sabido que él entendería.

El portero, inquieto a una respetuosa distancia, dijo: —El mensajero regresa a la Corte en una hora. ¿Habrá alguna respuesta, Maestro?

—Sí. Por favor traiga algo de tinta y papel.

Cuando el hombre se fue, Jared tomó un pequeño escáner y lo recorrió a través del papel. Garabateado en rojo a través de las líneas cuidadosamente escritas estaba:

SI FINN PIERDE ELLOS INTENTARAN MATARNOS A AMBOS. SABES DONDE ESTAREMOS. CONFIÓ EN TI.

Él respiró fuerte. El portero, ansioso, puso el tintero en el escritorio. —¿Maestro, está usted adolorido?

Se sentó, pálido. —Sí —dijo, arrugando el papel. Nunca hubiera adivinado que la matarían. ¿Y que habrá querido decir con confió en ti?

* * *

La rosa de la Reina y todos los comensales se pararon apresuradamente, incluso aquellos comiendo. La comida de verano de carnes frescas y pastelitos de venado, de crema lavanda y syllabub⁸ se hallaban esparcidos en las mesas decoradas de blanco.

—Ahora. —Ella tocó ligeramente sus labios con un pañuelo—. Todos ustedes se retirarán, excepto los Reclamantes.

Claudia hizo una reverencia. —Pido permiso para asistir al juicio, Majestad.

Los labios de la Reina hicieron una perfecta mala cara enrojecida. —Lo siento Claudia. No esta vez.

—¿Yo no? —dijo Caspar, bebiendo.

—Tu tampoco, mi dulzura. Aléjate y dispara cosas. —Pero ella todavía seguía viendo hacia Claudia, y de repente, casi maliciosamente, la tomó por el brazo—.

⁸ Dulce hecho con leche o crema con azúcar, licor y jugo de limón.

¡Oh Claudia! ¡Es una lástima acerca del Portal! Y sabes que lamento tener que designar un nuevo Guardián. Tu querido padre era tan... astuto.

Claudia mantuvo la sonrisa aplastada en su cara. —Como Su Majestad desee. —No podría rogar. Eso era lo que Sia quería.

—¡Si solo te hubieras casado con Caspar! De hecho, incluso ahora...

No podía soportar esto. Tampoco podía salir, así que se mantuvo rígida y dijo: — Esa decisión está tomada, Majestad.

—Mucha razón —murmuró Caspar—. Tuviste tu oportunidad, Claudia. No podría tocarte ahora...

—¿Incluso por el doble de dote? —su madre dijo.

Él se quedó mirando. —¿Hablas en serio?

Los labios de Sia se crisparon. —Eres tan fácil de engañar, Caspar, cariño.

Las puertas al final de la habitación se abrieron. Debajo de ellas Claudia vio a la Corte de la Inquisición. El trono de la Reina era una enorme ave, con sus alas extendidas formando el respaldo, tenía el pico levantado en un áspero grito. La corona de Havaarna en su cuello.

El Consejo Privado se sentó en un círculo alrededor, pero en cualquiera de los dos lados del trono estaban dos asientos vacíos, uno blanco y uno negro. Mientras el Consejo se llenaba, Claudia vio una pequeña puerta en la pared y a dos figuras emerger. Ella había esperado a Finn y Giles. En vez de ello, vio a los Inquisidores del Sol y la Sombra.

El Señor de la Sombra vestía de terciopelo negro forrado con marta cebellina, y su cabello y barba acorde con sus ropas. Su rostro era duro e ilegible. El otro, en blanco, era elegante y sonriente, su túnica de satén, afilada con perlas.

—Mi Señor de las Sombra. —La Reina fue a su trono y se volteó, formalmente—. Y mi Señor del Sol. Su deber aquí es preguntar y sacar la verdad, para que así nosotros y nuestro Consejo podamos llegar a un veredicto. ¿Juran hacer frente fielmente en esta investigación?

Ambos hombres se inclinaron y besaron su mano. Luego ellos caminaron, uno hacia la silla negra, el otro a la blanca, y se sentaron. La Reina alisó su vestido, tirando de un pequeño abanico fuera de su manga.

—Excelente. Entonces comencemos. Cierren las puertas.

Un gong sonó. Finn y el Impistor fueron invitados a pasar. Claudia frunció el seño. Finn usaba sus usuales colores oscuros, sin adornos. Se veía desafiante, y ansioso.

El Impostor usaba un abrigo de seda del más puro amarillo, tan costoso como pudo ser hecho. Los dos se pararon y se encararon el uno al otro en el piso de azulejos.

—¿Tu nombre? —El Señor de la Sombra dijo de repente.

Mientras las puertas se cerraban en su cara, Claudia escuchó su respuesta conjunta.

Ella se quedó viendo hacia la madera tallada, luego se volteó y caminó rápidamente lejos a través de la gente. Y como un susurro en su oído la voz de su padre le llegó, fríamente divertida. *¿Los ves, Claudia? Piezas en el tablero. Qué triste que solo uno pueda ganar el juego.*

18

Traducido por: Cowdiem

Corregido por: Mari Cullen

*¿Qué hace un príncipe?
Un cielo soleado, una puerta abierta.
¿Qué hace un prisionero?
Una pregunta sin respuesta.*

—**CANCIONES DE SAPPHIQUE.**

—Déjame salir Attia.

—Aún no puedo. —Ella se agachó junto a las barras de madera de la jaula—. Tendrás que ser paciente.

—¿Estás teniendo un tiempo muy agradable con tus lindos amigos nuevos? — Keiro se sentaba holgazanamente contra la pared más lejana, los brazos cruzados, las piernas estiradas. Se veía frío y despreciativo pero ella lo conocía demasiado bien para ver que, por dentro, estaba ardiendo.

—Necesito seguir junto a ellos. Puedes ver eso.

—Así qué, ¿Quiénes son?

—Todas mujeres. Muchas de ellas odian a los hombres, probablemente han sufrido en sus manos. Se llaman a sí mismas Cygni. Todas ellas tienen alguna clase de número por nombre. El número de una estrella.

—Que poético. —Keiro se apuntó a la cabeza—. Ahora dime cuando van a matarme.

—Lo están considerando. Les he suplicado que no lo hagan.

—¿Y el Guante?

—Rho lo tiene.

—Consíguelo.

—Estoy trabajando en ello —miró a la puerta de la habitación con cautela. —Este nido es una clase de estructura colgante. Las habitaciones y los pasajes, todos tejidos entre sí. Creo que hay alguna forma de bajar al piso de granizo pero aún no la he encontrado.

Keiro se quedo en silencio por un momento. —¿El caballo?

—Ni idea.

—Genial. Todas nuestras cosas.

—Todas tus cosas. —Ella empujó su cabello enmarañado hacia atrás. —Hay algo más. Trabajan para el Guardián. Lo llaman UnSapient.

Sus ojos azules la miraron fijamente. —¡Quieren darle el Guante!

Él era siempre tan rápido, ella pensó. —Sí, pero...

—Attia, ¡tienes que recuperarlo! —él estaba de pie ahora, aferrando las barras. —El Guante es nuestra única vía hacia Incarceron.

—¿Cómo exactamente? Nos superan en número.

Él pateo las barras, furioso. —Déjame salir, Attia. Miénteles. Diles que me lanzaste al viaducto. Solo déjame salir.

Mientras ella se giraba, él estiró la mano y la atrapó. —Todas son Medio Hombres, ¿cierto?

—Algunas. Rho. Zeta. Una mujer llamada Omega tiene tenazas en vez de manos —ella lo miró—. ¿Te ayuda eso a odiarlas más?

Keiro rió fríamente, y golpeteó con sus dedos las barras. Resonaron, metal contra metal. —Cuán hipócrita podría ser eso.

Ella dio un paso alejándose. —Escucha. Creo que estamos equivocados. —Antes de que él pudiera explotar ella se apresuró—. Si le damos a la Prisión este Guante va a llevar a cabo su loco plan de escape. Todos aquí morirán. No creo poder hacer eso, Keiro. Solo no creo poder.

Él la estaba mirando fijamente, con esa fría y profunda mirada que siempre la asustaba.

Ella retrocedió. —Quizás solo deba tomar el Guante e irme. Dejarte aquí.

Ella llegó a la puerta antes que su susurró viniera, frío por la amenaza. —Eso te haría solo igual a Finn. Una mentirosa. Una traidora. Tú no me harías eso, Attia.

Ella no miró atrás.

* * *

—Dinos una vez más sobre el día que recuerdas. El día de la caza. —El Señor de las Sombras se cernió sobre él, los ojos duros. Fin estaba de pie en el vacío centro de la habitación.

Él quería abandonar todo. En vez de eso dijo: —Estaba cabalgando...

—¿Solo?

—No... debía haber habido otros. Al comienzo.

—¿Cuáles otros?

Él frotó su rostro. —No lo sé. He intentado pensar, una y otra vez, pero...

—Tenías quince.

—Dieciséis. Tenía dieciséis. —Ellos estaban tratando de engañarlo.

—¿El caballo era castaño?

—Gris —Él miraba fijamente, enojado, hacia la Reina. Ella estaba sentada, los ojos semi-cerrados, un pequeño perro en su regazo. Los dedos de ella acariciándolo rítmicamente.

—Él caballo saltó, dijiste.

—Te dije, sentí algo como una picadura en mi pierna. Caí.

—Con tus cortesanos alrededor.

—No, estaba solo.

—Pero acabas de decir...

—¡Lo sé! ¡Quizás me perdí! —Él negó con la cabeza. La picazón de advertencia se movió tras sus ojos—. Quizás tomé el camino equivocado. ¡No lo recuerdo!

Él tenía que calmarse. Estar alerta. El Impostor estaba holgazaneando en la banca, escuchando con aburrida impaciencia.

El Señor de las Sombras se acercó más. Sus ojos eran negros y estables. —La verdad es que tú inventaste esto. No hubo emboscada. Tú no eres Giles. Eres la Escoria de Incarceron.

—Yo soy el Príncipe Giles. —Pero su voz sonó débil. Él escuchó su propia duda.

—Tú eres un prisionero. Has robado. ¿Cierto?

—Sí. Pero tú no entiendes. En la Prisión...

—Has matado.

—No. Nunca he matado.

—¿De verdad? —El inquisidor se alejó como una serpiente—. ¿Ni siquiera a la mujer llamada Maestra?

La cabeza de Finn se levantó. —¿Cómo sabe sobre la Maestra?

Hubo un movimiento de intranquilidad alrededor de la habitación. Algunos de los del consejo murmuraron entre ellos. El Impostor se incorporó.

—Cómo sabemos no es importante. Ella cayó, ¿cierto?, dentro de la Prisión, en un gran abismo, porque el puente en el cual ella estaba de pie había sido sabotado. Tú fuiste responsable.

—¡No! —Él estaba gritando ahora, mirando a los ojos al hombre. El inquisidor no retrocedió.

—Sí. Tú robaste un aparato para escapar de ella. Tus palabras son un montón de mentiras. Clamas tener visiones. Clamas haber hablado con fantasmas.

—¡Yo no la maté! —Él estiró su mano a su espada, pero no estaba ahí—. Yo era un Prisionero, sí, porque el Guardián me drogó y me puso en ese infierno. Él robo mis recuerdos. ¡Yo soy Giles!

—Incarceron no es un infierno. Es un gran experimento.

—Es el infierno. Deberías saber.

—Mentiroso.

—No...

—Eres un mentiroso. ¡Siempre has sido un mentiroso! ¿Cierto? ¿Cierto?

—No. ¡No lo sé! —Él no lo podía soportar. Su garganta era cenizas, el desenfoque del inminente ataque atormentándolo. Si sucedía aquí, estaba acabado.

Él fue consciente de un movimiento, movió su cabeza elevándola. El Señor del Sol estaba de pie, indicando para que una silla fuera traída y el Señor de las Sombras se había ido hacia su asiento.

—Por favor, señor. Siéntese. Cállese. —El cabello del hombre era plateado, sus palabras dulces con preocupación—. Traigan agua por favor.

Un lacayo trajo una bandeja. Una copa fría fue puesta en manos de Finn y él bebió, tratando de no derramar nada. Estaba temblando, su vista borrosa con manchas y comezón. Luego se sentó, apretando los brazos acolchados de la silla. El sudor estaba empapando su espalda. Los ojos del consejo estaban fijos en él; él se atrevió

a no mirar hacia su incredulidad. Los dedos de la Reina acariciaron la aterciopelada piel de su perro. Ella estaba mirando calmadamente.

—Entonces —el Señor del Sol se preguntó—. ¿Tú dices que el Guardián te puso en la Prisión?

—Debe haber sido él.

El hombre sonrió amablemente. Finn se tensó. Los amables eran siempre los más mortíferos.

—Pero...si el Guardián fue responsable, no pudo haber actuado solo. No en la abducción del Príncipe Real. ¿Clamas entonces que el Consejo Privado estuvo envuelto?

—No.

—¿Los Sapienti?

Él se encogió de hombros con cansancio. —Alguien con conocimiento de drogas debe haberlo hecho.

—¿Así que acusas a los Sapienti?

—No acuso...

—¿Y la Reina?

La habitación estaba en silencio. Taciturno, Finn apretó sus puños. Él estaba mirando fijamente al desastre y lo sabía. Pero no le importaba. —Ella debía de haber sabido.

Nadie se movió. La mano de la Reina estaba quieta. El Señor del Sol negó con su cabeza tristemente. —Necesitamos ser absolutamente claros, señor. ¿Acusas a la Reina de su abducción? ¿De su aprisionamiento?

Finn no miró hacia arriba. Su voz estaba oscurecida con la miseria porque ellos lo habían atrapado en esto, y Claudia lo odiaría por su estupidez. Pero aun así él lo dijo: —Sí. Acuso a la Reina.

* * *

—Mira hacia ahí. —Rho estaba de pie en el viaducto y apuntaba.

Entrecerrando sus ojos, Attia se esforzó por ver a través de la oscuridad del granizo. Los pájaros estaban volando hacia ella, oscuros rebaños de ellos. Sus alas crujieron; en un segundo ellos estuvieron completamente alrededor de ella y se

agachó con un jadeo bajo la nube de plumas y picos. Luego ellos se dirigieron como una corriente hacia el este.

—Pájaros, murciélagos, gente. —Rho se giró, sus ojos de oro brillante—. Tenemos que vivir, Attia, como todos, pero nosotros no robamos, o asesinamos. Trabajamos por un propósito más alto. Cuando el UnSapient pregunta por cosas que necesita, las conseguimos. En los últimos tres meses no lo hemos visto...

—¿Cómo?

—¿Qué?

Attia atrapó a la chica por la muñeca. —¿Cómo? ¿Cómo este...UnSapient les dice lo que él quiere?

Rho se liberó y miró fijamente. —Nos habla.

Un temblor de la tierra la interrumpió. Mucho más abajo un grito se elevó; gritos de terror. Instantáneamente Attia cayó al suelo, atrapando las vigas oxidadas; otra onda de movimiento pasó justo por su cuerpo, por las mismas uñas de las manos. Cerca de ella, un remache se reventó; la hiedra se deslizó por el borde.

Ellas esperaron hasta que el temblor de la Prisión terminó, Rho apoyada en sus manos y rodillas junto a ella, ambas sin aliento por el miedo. Tan pronto como pudo hablar Attia dijo: —Bajemos. Por favor.

A través del agujero la complejidad del nido colgaba aparentemente sin perturbaciones.

—Los temblores están empeorando. —Rho trepaba por el túnel de hiedra.

—¿Cómo les habla él? Por favor, Rho, de verdad necesito saber.

—Aquí abajo. Te mostraré.

Se apresuraron a través de la habitación de plumas. Tres de las otras mujeres estaban ahí, cocinando guiso en un enorme caldero, una limpiando las salpicaduras que se habían esparcido con el temblor. El olor de la carne hizo que Attia tragara con anticipación. Luego Rho se metió bajo un pórtico en un pequeño espacio redondeado, una habitación burbuja. Contenía nada más que un Ojo.

Attia se detuvo completamente. El pequeño brillo rojizo se movió para mirarla. Por un momento, ella se quedó ahí, recordando el cuento de Finn sobre como él había despertado en una celda conteniendo nada salvo esto, la silenciosa y curiosa mirada de Incarceron.

Luego lentamente, ella se movió para pararse bajo él. —Pensé que habías dicho el UnSapient.

— Así es como él se llama a sí mismo. Es el corazón del plan de la Prisión.

— ¿Está aquí ahora? — Attia tomó un aliento y cruzó sus brazos. Luego, tan alto que Rho la miró fijamente, ella espetó, — Guardián, ¿Puede escucharme?

* * *

Claudia paseaba arriba y abajo en el corredor de paneles. Cuando la puerta se abrió y el lacayo se deslizó fuera, una copa vacía en su bandeja, ella lo agarró. — ¿Qué está pasando?

— El Príncipe Giles es... — Él miró tras de ella, hizo una reverencia y se alejó rápidamente.

— No asustes a los sirvientes, Claudia — Caspar murmuró desde el umbral al jardín.

Furiosa, ella se giró y vio a su guardaespaldas, Fax, llevando blancos de arquería bajo sus musculosos brazos. Caspar usaba un brillante abrigo verde y un sombrero de tres puntas con una blanca pluma enroscada. — Han estado hablando por horas. Ven y dispara a algunos cuervos.

— ¡Esperaré! — Ella se sentó en una silla contra la pared, pateando la pierna de madera con su pie. Una hora más tarde, ella aun estaba ahí.

* * *

— ¿Y tu planeaste todo esto por ti mismo?

— La Reina no tenía idea, si es a eso a lo que te refieres. — El Impostor se inclinó hacia atrás en la silla, los brazos relajados. Su voz era calmada y en tono de conversación—. El plan fue mío, desaparecer absolutamente. No habría cargado a su Majestad con semejante conspiración.

— Ya veo. — El Señor del Sol asintió sabiamente—. Pero había un cuerpo muerto, ¿cierto? Un chico quien todos creían era Giles, estuvo aquí en el Gran Salón por tres días. ¿Arreglaste todo eso?

Giles se encogió de hombros. — Sí. Uno de los viajeros del bosque murió por el ataque de un oso. Era conveniente, lo admito. Cubría mi rastro.

Finn, escuchando, frunció el ceño. Podría incluso ser verdad. Repentinamente él pensó en el viejo hombre, Tom. ¿Acaso él no había dicho algo sobre su hijo? Pero el Señor de sol estaba preguntando apaciblemente. —Entonces, ¿Tú eres el Príncipe Giles?

—Por supuesto que lo soy, hombre.

—Si fuera a sugerir que tú eres un impostor, que tú...

—Espero...—El Impostor se sentó lentamente—...Espero, señor, que no esté implicando que su Majestad de alguna forma me ha entrenado o adoctrinado de alguna forma para montar este... ¿rol? —Sus claros ojos castaños encontraron los del inquisidor en una mirada fija—. No te atreverías a sugerir semejante crimen.

Finn maldijo silenciosamente. Él vio como la boca de la Reina se torcía en una pequeña sonrisa secreta.

—La verdad es que no —dijo el Señor del Sol, haciendo una reverencia—, en verdad no, señor.

Él los tenía. Si ellos lo acusaban de eso, ellos acusaban a la Reina, y Finn sabía que eso nunca sucedería. Él maldijo la inteligencia del muchacho, su verosimilitud, su fácil elegancia. Maldijo su propia torpeza en bruto.

El Impostor miró al Señor del Sol sentarse y al Señor de las Sombras levantarse. Si él se sentía aprensivo no hubo signos. Se inclinó hacia atrás, casi descuidado, he hizo signos por agua.

El oscuro hombre lo observó beber. Tan pronto como la copa estuvo de vuelta en la bandeja, dijo: —A la edad de once tú dejaste la Academia.

—Fue a los nueve, como bien sabes. Mi padre sentía que era más apropiado que el Príncipe heredero debía estudiar de forma privada.

—Tuviste muchos tutores, todos eminencias Sapienti.

—Sí. Todos, desafortunadamente, ahora muertos.

—Tu chambelán, Bartley...

—Bartlett.

—Ah sí, Bartlett. Él también está muerto.

—He escuchado. Fue asesinado por los Lobos de Acero, como yo hubiera sido, si me hubiera quedado aquí. —Su rostro se suavizó—. Querido Bartlett. Lo amaba mucho.

Finn apretó sus dientes. Unos pocos del Consejo se miraron entre ellos.

— ¿Hablas fluido en siete idiomas?

— Sí.

La siguiente pregunta fue en alguna lengua extranjera que Finn no pudo siquiera identificar y la respuesta del Impostor fue calmada y burlona. ¿Podría él haber olvidado idiomas completos? ¿Acaso era posible? Se frotó el rostro, deseando que la picazón tras de sus ojos se fuera.

— ¿Eres también un músico consumado?

— Traíganme un violín, un clavicémbalo. —El Impostor sonaba aburrido—. O podría cantar. ¿Debo cantar, señores? —sonrió y explotó repentinamente en una Aria, su voz de tenor alzándose.

El consejo Privado se agitó. La Reina rió.

— ¡Detente! —Finn brincó a ponerse de pie.

El Impostor se detuvo. Encontró los ojos de Finn y dijo suavemente, —Entonces dejemos que usted cante, señor. Interprete para nosotros. Hable en lenguas extranjeras. Recite poemas de Alicene y Castra. Estoy seguro que sonaran seductoras en su acento de canal.

Finn no se movió. —Esas cosas no hacen a un príncipe —susurró.

—Podríamos debatir eso. —El Impostor se puso de pie—. Pero no tienes argumentos culturales, ¿cierto? Todo lo que tienes es rabia, y violencia, prisionero.

— Señor —dijo el Señor de las Sombras—. Por favor siéntese.

Finn miró alrededor. Los consejeros lo miraban. Ellos eran el jurado. Su veredicto lo condenaría a la tortura y muerte o le daría el trono. Sus rostros eran duros de leer, pero él reconoció la hostilidad, la duda. ¡Si solo Claudia estuviera aquí! O Jared. Él extrañaba más que todo el duro y arrogante humor de Keiro.

Él dijo: —Mi desafío aun está en pie.

El Impostor miró hacia la Reina. En voz baja dijo: —Y mi aceptación.

Finn fue y se sentó junto a la muralla, cociéndose a fuego lento.

El Señor de las Sombras se giró hacia Giles. —Tenemos testigos, chicos que estaban en la academia contigo. Novios, sirvientas, y señoritas de la Corte.

—Excelente. Quiero verlos a todos. —El Impostor se acomodó confortablemente—. Déjenlos entrar. Déjenlos mirarlo a él y a mí. Déjenlos decirles cuál es el Príncipe y cual el Prisionero.

El Señor de las Sombras lo miró duramente. Luego elevó su mano. —Dejen entrar a los testigos —espetó.

HERINE FISHER
SAPPHIQUE



19

Traducido por Yolit Belikov
Corregido por ★MoNt\$3★

*La Esotérica es un fragmento roto de nuestro conocimiento.
La Sapienci lo pasará a la generación que restaurará las lagunas.
Gran parte de ella nunca se restaurará.*

—INFORME DEL PROYECTO: MARTOR SAPIENS.

—Debo castigarte. Tú le dijiste a Claudia que no era mi hija.

No se burlaba de los metales en la prisión. Attia le dedico una mirada roja de acusación.

—Si se lo dije. Necesitaba saberlo.

—Fuiste cruel —la voz del Guardián sonaba grave y cansada. De pronto, la pared del cuarto vibró repentinamente, y él ya estaba allí.

Rho casi gritó. Attia miró asombrada.

El hombre se paró delante de ella en una imagen tridimensional, sus bordes eran frágiles y vibrantes. Podía ver a través de él. Sus ojos grises eran fríos, y tuvo que hacer un esfuerzo para no retroceder, o arrodillarse, como Rho ya había hecho a toda prisa.

Sólo lo había visto como Blaize. Ahora era el Guardián. Llevaba un abrigo de seda negro y pantalones del mismo color hasta las rodillas, sus botas eran de un cuero fino, el pelo plateado agarrado hacia atrás con una cinta de terciopelo. Al principio pensó que a pesar de su seriedad nunca había visto a alguien tan bien parecido, y sin embargo cuando se acercó, rozándola con su manga, su capa estaba manchada, y vio una barba ligeramente visible.

Asintió con amargura. —Sí, las condiciones de la prisión empiezan a afectarme incluso a mí.

—¿Esperas que lo sienta?

—El perro esclavo crece un poco más audaz, de lo que parece. Así que ¿Dónde está el Guante de Sapphique?

Attia casi sonrió.

—Pregúntale a mis captores.

—No somos tus captores —balbuceó Rho—. Te puedes ir en cualquier momento.

La muchacha miraba secretamente para arriba al Guardián con sus ojos grises y dorados. Parecía al mismo tiempo fascinada y horrorizada.

—¡El Guante! —gritó el Guardián.

Rho se inclinó, dio media vuelta y salió corriendo.

A la vez Attia dijo: —Ellos tienen a Keiro. Lo quiero puesto en libertad.

—¿Por qué? —la sonrisa del Guardián era agria. Miro alrededor con interés—. Dudo mucho que él hiciera lo mismo por ti.

—No lo conoces.

—Al contrario. He estudiado su expediente, y el tuyo. Keiro es ambicioso y despiadado. Actuará para sí mismo, sin el menor escrúpulo —sonrió—. Utilizaré eso contra él. —Ajustó un control invisible y la imagen tembló, luego se hizo más clara. Estaba tan cerca que podría tocarlo. Se volvió y miró hacia los lados—. Por supuesto, siempre puedes llevar tu misma el Guante y dejarlo atrás.

Por un momento pensó que había leído sus pensamientos. Entonces dijo: —Si hago lo que quieres, ¿les dirás que lo dejen en libertad?

Antes de que contestara, Rho ya estaba de vuelta, sin aliento, la puerta de detrás estaba llena de muchachas curiosas. Colocó el Guante con cuidado delante de la imagen.

Se agachó. Extendió la mano para tomar el Guante y su mano paso a través de él. Las escamas de dragón brillaron.

—¡Así que, todavía existe! ¡Qué maravilla!

Por un momento quedó fascinado. Detrás de él, Attia observó un lugar enorme, oscuro, sutilmente rojo. Y había un sonido, un ritmo pulsante que reconoció de sus sueños.

Ella dijo: —Si estuviera fuera podrías hablarles de Finn, podrías ser un testigo para él. ¿No lo ves? Podrías decirles por qué perdió la memoria, por qué estuvo aquí.

Se puso de pie lentamente, y sacudió lo que parecía moho de sus Guantes.

—Prisionera, asumes demasiado —la miro, con una mirada fría—. No me importa nada de Finn, o de la Reina, o de cualquiera de los Havaarna.

—¿No te importa Claudia? Podría estar en peligro también —sus ojos grises parpadearon. Por un instante pensó que le había picado, pero sus ojos eran difíciles de leer.

Él dijo: —Claudia es mi preocupación. Y tengo la intención de ser el próximo gobernante del reino. Ahora tráeme el Guante.

—No sin Keiro.

John Arlex no se movió.

—No juegues conmigo, Attia.

—No voy a dejar que sea asesinado —su respiración vibro y casi le dolió al hablar. Se preparo para su gran cólera.

Pero para su sorpresa, él miró a un lado como si consultara algo y luego se encogió de hombros.

—De acuerdo. Suelten al ladrón. Pero date prisa. La Prisión se impacienta por su libertad. Y...

Hubo un hueco, una explosión de chispas. Donde él había estado, quedo un hueco que cegó sus ojos y un débil olor a quemado.

Attia se sobresaltó, pero se movió con rapidez, agachándose, recogió el Guante, sintiendo otra vez su pesadez, la tibia textura levemente aceitosa en su piel. Se volvió hacia Rho. —Envía a alguien a buscar a Keiro. Y muéstrame la manera de salir.

* * *

Sucedió tan rápido que Claudia pensó que lo había imaginado. Un minuto antes estaba acurrucada miserablemente en la silla delante de la puerta custodiada que iba hacia el pasillo dorado, y en el momento siguiente, el pasillo era una ruina.

Parpadeó.

El florero azul estaba roto. Su pedestal de mármol era pintado de madera. Las paredes eran un lío de cables y pintura desvanecida. Grandes parches húmedos empaparon el techo; en una esquina el yeso se había caído y goteaba en cascada hacia el suelo.

Se puso de pie, atónita.

Luego con una vibración tan sutil que ella sentía sólo en sus nervios, el resplandor regresó.

Claudia volvió la cabeza hacia los soldados que custodiaban la puerta. Si habían notado algo extraño no lo demostraban. Sus caras eran cuidadosamente blancas.

—¿Han visto eso?

—Lo siento señorita —miró su mano izquierda y se mantuvo recto—. ¿Qué dijo?

Ella se giró hacia el otro.

—¿Y tú?

Parecía pálido. Su mano estaba sudando en la lanza.

—Pensé... pero no. Nada.

Le dio la espalda y caminó por el pasillo. Sus zapatos resonaron en el suelo de mármol, ella tocó el florero y estaba perfecto. Las paredes eran paneles dorados, bellamente adornados con mascararas de Cupido y guirnaldas de madera. Por supuesto que sabía que muchas de las cosas aquí eran una ilusión, pero sintió por un momento, haber tenido una visión de cómo estaba el mundo realmente. Se le hizo difícil respirar.

Como si, por un instante, incluso el aire hubiera sido absorbido.

La energía había parpadeado.

Con un sonido que la hizo saltar, las puertas dobles se abrieron detrás de ella, y los Consejeros Privados salieron, en grupo, se distanciaban charlando. Claudia agarró al más cercano.

—Lord Arto, ¿Qué está pasando?

Él separó su mano suavemente.

—Está por todas partes, Querida. Nos estamos retirando para considerar nuestro veredicto, debe ser presentado mañana, tengo que decir que yo no tengo duda en cuanto a... —entonces como si recordara que estaba implicado, sonrió hizo una reverencia y se fue.

Claudia vio a la Reina. Sia conversaba con sus damas, y un joven vanidoso envuelto en una capa de oro, se rumoreaba que era su último amante. Parecía apenas más viejo que Caspar. El perro había sido quitado de sus brazos. Sia dio unas palmadas y todos se dieron la vuelta.

—¡Amigos! Tenemos que esperar mucho para el veredicto, ¡No me gusta esperar! Así que esta noche habrá un baile de mascararas en el Shell Gruta, y todo el mundo

asistirá. Todo el mundo —sus ojos descoloridos se reunieron con los de Claudia y sonrió, mostrando su sonrisa más dulce—. Si no, estaré muy, muy molesta.

Los hombres se inclinaron, las mujeres hicieron reverencias. A medida que la comitiva pasó por delante de Claudia, soltó el aliento, viendo al Impostor rodeado por un grupo de hombres jóvenes de moda. Ya se estaba ganando su simpatía, al parecer.

Se inclinó cortésmente.

—Me temo que no hay dudas sobre el veredicto, Claudia.

—¿Fuiste convincente?

—Tendrías que haberme visto.

—Tú no me convences.

Sonrió, un poco triste. Luego la llevó a un lado.

—Mi oferta sigue en pie. Cásate conmigo, Claudia. Fuimos novios hace tiempo, así que vamos hacer lo que quisieron nuestros padres. Juntos podemos dar al pueblo la justicia que merecen.

Miraba su cara seria, su perfecta confianza, sus ojos cuestionadores, recordando cómo por sólo un segundo el mundo había parpadeado a su alrededor.

Ahora no tenía ni idea de hasta dónde había sido cierto.

Se quitó su brazo de encima y se inclinó. —Vamos a esperar el veredicto.

Empezó a retroceder, y luego también se inclinó con frialdad.

—Soy un enemigo fuerte, Claudia.

No lo dudaba. Quienquiera que fuese, dondequiera que la Reina lo haya encontrado, su confianza era real.

Lo vio reunirse con los cortesanos, sus ropas de seda brillaban con los destellos del sol a través de la ventana. Se dio la vuelta y entró en la habitación vacía del consejo.

Finn estaba sentado en una silla en el centro.

Levantó la vista y vio lo que había sido una lucha. Parecía agotado y amargado.

Se sentó en el banquillo.

—¿Se acabo? —dijo él.

—No lo sé.

—Había testigos. Una línea completa de personas... funcionarios, cortesanos, amigos. Todos nos miraban tanto y decían que él era Giles. Tenía respuestas a cada pregunta. Incluso tenía esto —se recogió la camisa y se quedó mirando el águila en su muñeca—. Y yo no tenía nada, Claudia.

No sabía que decir. Odiaba estar impotente.

—Pero, ¿Sabes qué? —frotó suavemente el tatuaje descolorido con su dedo—. Ahora, cuando nadie más me cree, quizás incluso tú, ahora sé por primera vez desde que estoy aquí, que realmente soy Giles.

Ella abrió la boca y luego la cerró.

—Esta marca. Me guardaba, en la prisión. Me mantenía despierto en las noches y soñaba con cómo serían las cosas afuera, de quién era yo realmente. Imaginé a mis padres, una casa caliente, teniendo suficiente para comer, a Keiro en todas las ropas espléndidas que quería. Imaginaba esto y sabía que significaba algo. Un águila coronada con sus alas abiertas de par en par. Como estando a punto de volar.

Tenía que sacarlo de ahí.

—No necesitamos esperar el estúpido veredicto. He hecho planes. Dos caballos estarán listos para nosotros, ensillados secretamente, al final del bosque, a medianoche. Podemos montar hasta Wardenry, y desde allí podemos utilizar el Portal para contactar a mi padre —él no estaba escuchando—. El Viejo hombre del bosque dice que Sapphique voló. Se fue volando a las estrellas. Y la Reina ha ordenado un baile de máscaras. ¿Qué mejor cubierta?

Levantó sus ojos y vio los signos que había advertido Jared, sus labios blancos, la mirada extrañamente fuera de sí. Corrió hacia él.

—Mantén la calma, Finn. Nada ha terminado. Keiro encontrará a mi padre y...

La habitación se desvaneció.

Se convirtió en una cámara de suciedad, telarañas y cables. Por un segundo, Finn supo que estaba de vuelta en el gris mundo de Incarceron.

Entonces, la cámara principal del Consejo Privado brilló a su alrededor.

La miro fijamente.

—¿Qué fue eso?

Claudia tiro de él hacia sus pies.

—Creo que fue la realidad, Finn.

* * *

Keiro escupió el trapo mojado que tenía en su boca y jadeó por aire. La respiración era un gran alivio y le permitió decir unas cuantas palabrotas perversas. Lo habían amordazado para evitar que hablara con ellas. Obviamente sabían que era irresistible. Rápidamente, tiró de sus muñecas encadenadas debajo de él, arrastró sus pies a través de ellas, los músculos en sus brazos se esforzaban. Ahogó un gemido mientras sus heridas le dolían. Pero por lo menos ahora sus manos estaban en frente.

La celda se sacudió bajo sus pies. Si el lugar realmente era de mimbre, podía cortar un camino a través de éste. No tenía herramientas, sin embargo, siempre existía la posibilidad de no tener nada debajo, sólo el aire vacío.

Sacudió la cadena y la probó.

Los enganches eran de un acero fino y habían sido atados de una manera elaborada. Podía tomar horas deshacer los nudos, y estaría limitado por el tintineo de éstas.

Keiro frunció el ceño. Tenía que salir de allí ahora, porque Attia no había estado bromeando. La muchacha estaba loca y debería sacarla de allí, de ese nido de devotos ciegos estrellados. Otro Hermano traidor de Juramento. Sin duda sabía cómo escogerlos.

Eligió el grillete más débil y torció sus manos de modo que la uña del dedo índice derecho pudiera resbalar dentro del orificio. Luego presionó.

Metal contra metal, enlazados tensamente. No sentía dolor, y eso lo aterraba, porque ¿Dónde estaba el final del metal y el comienzo de sus nervios? ¿En su mano? ¿En su corazón?

El pensamiento hizo que la palanca del enganche abriera con una rápida ira, a la vez se inclinó lo suficiente como para deslizar el siguiente grillete hacia fuera. La cadena cayó alrededor de sus muñecas.

Pero antes de poder levantarse oyó pasos, y el vaivén de la jaula le dijo que las chicas ya venían, el colocó la cadena libre sobre sus manos y se sentó cómodamente.

Cuando Omega entró por la puerta con otras dos, Keiro sólo sonrió.

—Hola, magnífica —dijo—. Sabía que no podían mantenerse alejadas.

* * *

A Jared le habían dado un cuarto en la parte superior de la séptima Torre. La subida lo hizo quedar sin aliento pero valió la pena, para ver la vista del bosque, millas oscuras de árboles sobre las colinas con la luz del crepúsculo. Se inclinó hacia fuera de la ventana, con ambas manos en el travesaño arenoso, respiró en la tibia penumbra.

Allí estaban las estrellas, brillantes e inalcanzables.

Por un instante creyó que una ondulación pasó sobre ellas, atenuando su brillo. Por un momento los árboles más cercanos parecieron muertos, blancos y fantasmales. Luego pasó el mareo. Se frotó sus ojos con ambas manos. ¿Sería eso por la enfermedad?

Mariposas bailaban alrededor de la lámpara.

La habitación estaba detrás de él. Había una cama, una silla y una mesa con un espejo que había bajado y había volteado contra la pared. Sin embargo, en la habitación había pocas posibilidades de ser intervenido.

Inclinado hacia fuera, sacó un pañuelo y desenvolvió un disco, lo colocó sobre el travesaño.

La pantalla era diminuta, pero no había hasta ahora nada mal con su vista.

Deberes del Guardián. Las palabras se desataron rápidamente. Había docenas de subtítulos. El suministro de alimentos, instalaciones educativas, cuidados médicos —su mano se cernía sobre ese pero la movió rápidamente— asistencia social, mantenimiento estructural. Tanta información, tardaría semanas en leerlo todo ¿Cuántos Guardianes habían hecho eso? Probablemente sólo Martor Sapiens, el primero. El diseñador.

Martor.

Buscó el diseñador, la búsqueda se redujo, encontró una entrada doblemente codificada en el último archivo. No podía descifrarla, pero igual lo abrió.

La pantalla mostraba una imagen que lo hizo sonreír, apoyado allí, bajo las estrellas, mostraba la llave de cristal.

* * *

—Únete a nosotros —rogó Rho—. Deja que tome el Guante y quédate con nosotros.

Encima del puente Attia esperó con el Guante en su mano y un paquete de alimentos en su espalda y observó a las tres mujeres armadas que empujaban a Keiro a través del pozo.

Su capa estaba sucia y su cabello estaba opaco por la grasa.

Por un instante se detuvo a pensar. Desvió su mirada curiosa soñando por un momento en eludir esta obsesión loca suya de encontrar su propio lugar de calidez y seguridad. Incluso podría intentar quizás encontrar a sus hermanos y hermanas, en algún lugar lejano en donde había vivido, antes de que el Comitatus la arrastrara para convertirla en su perra esclava.

Pero entonces Keiro gritó: —¿Vas a estar allí todo el día? Conseguí estas cadenas — y las agitó delante de ella devolviéndola a la cruda realidad.

Le dedicó una mirada fría y decidida. Si Incarceron tuviera el Guante, su ambición estaría completa. Se libraría a sí misma y saldría de esa cárcel oscura y sin vida, Keiro también podría escaparse, pero nadie más lo haría.

Tomó el Guante y se lo tendió.

—Lo lamento, Keiro —dijo—. No puedo hacerlo.

Sus manos agarraron las cadenas.

—¡Attia!

Pero ella arrojó el Guante al vacío.

* * *

Después de horas de trabajo, las mariposas ya revoloteaban alrededor de la lámpara en el umbral, el código dio paso a un sin fin de letras y salidas que cubrieron la pantalla. El cansancio de Jared desapareció. Se sentó y leyó avivadamente.

1. Sólo habrá una llave y ésta permanecerá siempre en la posesión del Guardián.
2. La llave no será necesaria para el Portal, pero es la única manera de volver a Incarceron, con una excepción.
3. La salida de Emergencia.

Jared respiró. Echó un vistazo rápido por la habitación. Todo estaba oscuro y en silencio, el único movimiento era la de su propia sombra en la pared, y las mariposas, revoloteando en la luz y en la pequeña pantalla.

Si pierden la llave, hay una puerta secreta. En el corazón de Incarceron, hay una cámara que ha sido construida para soportar cualquier colapso catastrófico espacial o catástrofe ambiental. No utilicen este canal a menos que sea absolutamente necesario. Su estabilidad no puede ser garantizada. Para utilizar la salida se ha construido una fuerte red móvil, que se usa a mano. Se activa con extremos de emoción, y por lo tanto no funcionará hasta que no haya un momento de gran peligro. La puerta tiene un código, que sólo usted sabrá. Ese nombre es SAPPHIQUE.

Jared leyó la última frase. Luego volvió a leerla. Se sentó de espalda, su aliento era frío por el aire de la noche, no le hizo caso a la mariposa que aterrizaron en la pantalla. Sonaban pasos pesados en las escaleras. Y en el exterior, las estrellas brillaban en el cielo eterno.



20

Traducido por Virtxu

Corregido por ★MoNt\$3★

*Cuando nació, en el silencio y solo, su mente estaba vacía.
No tenía un pasado, no existía.
Se encontró en el lugar más profundo de las tinieblas y la soledad.
— Dame un nombre — rogó.
La Prisión, dijo: — Yo pongo ese destino en ti, prisionero.
No tendrás ningún nombre a menos que yo te lo dé. Y nunca te lo daré.
Él se quejó. Extendió los dedos y encontró letras en relieve en la puerta.
Letras grandes de hierro, remachadas en ella.
Después de horas, por fin captó su forma.
— Sapphique — dijo —, ese va a ser mi nombre.*

— LEYENDAS DE SAPPHIQUE.

Keiro saltó.

Con un suspiro Attia lo vio saltar desde lo alto, lanzó la cadena lejos. Cogió el Guante.

Y entonces él se había ido.

Attia se zambulló tras él; Rho la agarró. Mientras él caía, su mano salió disparada, agarrando la hiedra se balanceó y se estrelló a un lado del viaducto, una conmoción cerebral que le debería haber aturdido, pero de alguna manera se sostuvo, retorciéndose y escarbando en las brillantes hojas.

— ¡Eres tonto! — gritó Attia.

Keiro agarró la hiedra. La miró y vio el triunfo en sus ojos. — ¿Y ahora qué, perro-esclavo? — gritó—. ¿Tiras de mí hacia arriba o me caigo?

Antes de que pudiera responder, un movimiento les sacudió a todos. Bajo sus pies el viaducto estaba zumbando. Una vibración alta y débil temblaba en sus vigas y mallas.

—¿Qué es? —murmuró ella.

Rho se volvió, sus ojos tenían la mirada perdida en la oscuridad. Respiró, su cara estaba blanca. —Están viniendo.

—¿Qué? ¿Otra migración? ¿Aquí?

—¡No! —gritó Keiro.

Attia miró en la oscuridad, pero lo que les había aterrado tanto, era invisible para ella. El puente estaba temblando, como si una gran multitud se hubiera puesto en pie sobre él, como si su concentración de vagabundos hubiera puesto todo el asunto en movimiento en una frecuencia que les haría temblar y romperse en ondas imposibles.

Entonces los vio.

Formas del tamaño de un puño, oscuras y redondas, que se arrastraban, en los alambres y mallas, en las hojas de hiedra. Por un segundo no tuvo idea de lo que eran, a continuación, con un escalofrío se dio cuenta de que eran escarabajos, millones de ellos, los todo-devoradores carnívoros de la prisión. Y el viaducto era algo atrayente para ellos; hubo un nuevo sonido terrible, el crack ácido y la disolución del metal, el crujido de los caparazones y pinzas pequeñas cortando el acero y el alambre.

Attia le arrebató un fusil a una chica cercana. —¡Haga que su gente se mueva! ¡Haga que ellos bajen! —Pero las Cygni estaban ya en movimiento, podía verlas corriendo por las escaleras que se perdían muy por debajo, el grupo yendo de aquí para allá.

—Ven con nosotros —dijo Rho.

—No puedo dejarlo.

—¡Tienes que hacerlo!

Las cadenas se rozaban, mirando hacia abajo vio que Keiro se había arrastrado a sí mismo y estaba dando patadas salvajemente a uno de los escarabajos que lo había alcanzado. Cayó con un alto gemido repentino.

Dos de esas cosas salieron de la hiedra a sus pies, ella saltó hacia atrás, mirándolos, y vio que el metal debajo de ellos comenzaba a echar humo y a corroerse rápidamente, volviendo su superficie negra. Después se convirtió en polvo.

Rho disparó contra ellos, y saltó al vacío. —¡Attia! ¡Vamos!

Podría haber ido. Pero si lo hacía nunca volvería a ver otra vez a Finn. No vería las estrellas.

Por lo que dijo: —Adiós, Rho. Da las gracias a las demás por mí. —El humo se elevaba entre ellas, borrando el mundo.

Rho dijo: —Veo tanto oscuridad como oro para ti, Attia. Veo a Sapphique abriendo la puerta secreta para ti. —Dio un afortunado paso—. Buena suerte.

Attia quería decir más, pero las palabras parecían ahogarse en su garganta. En su lugar, levantó el arma y disparó, barrió un enjambre de escarabajos que se dirigían hacia ella. Éstos estallaron en llamas azules y púrpuras, con una candente explosión de los circuitos.

—¡Eso es lo que me gusta ver! —Keiro había subido por la hiedra, así que ahora se estaba transportando a un lado del viaducto, con el Guante escondido en su cinturón. Agarró el arma.

Attia lo echó hacia atrás. —No esta vez.

—¿Qué vas a hacer? ¿Matarme?

—No hace falta. Lo harán por mí.

Vio cómo los brillantes e implacables insectos devoraban el viaducto, y su cara era brillante y dura. Cuando el puente fue cortado; trozos de él cayeron hacia distancias imposibles de adivinar. El espacio que había hacia las escaleras vacías de Rho estaba demasiado lejos para ir ahora.

Él se dio la vuelta.

Repentinamente se estremeció; una vibración hizo una gran grieta a través de las vigas. Con un sonido como el de un arma de fuego, pernos y remaches se rompieron.

—No hay salida.

—Sólo hacia abajo. —Attia miró sobre ella—. ¿Crees que...si subimos...?

—Se vendrían abajo antes de que estuviéramos a la mitad del camino. —Se mordió el labio, y luego le gritó al cielo—. ¡Prisión! ¿Me oyes?

Si así fue no contestó. Bajo los pies de Attia el metal comenzó a separarse.

—¿Ves esto? —Keiro sacó el Guante de dragón—. Si lo quieres, tienes que salvarlo. Tienes que cogerlo. ¡Y a nosotros!

El camino se rompió. Attia se deslizó, apoyando sus pies a lo ancho. La escarcha cayó de las vigas como lluvia, un gran crujido-aullido resonó a través de la estructura. Los soportes metálicos saltaron.

Keiro la agarró por el brazo. —Es hora de tomar la oportunidad —susurró en su oído.

Y antes de que pudiera gritar de terror él había saltado con ella desde el puente.

* * *

Claudia reflexionó sobre la selección de máscaras. Una de ellas era la cara de un águila con brillantes zafiros azules, coronada con una pluma azul. Otra era de seda blanca, un gato con ojos oblicuos y elegantes bigotes de hilo de plata. Con elegante pelaje en sus bordes. Cogió una de un diablo rojo de la cama, pero esta tenía que sostenerse con un palo, de modo que no la usaría. Esta noche, tenía que pasar tan desapercibida como pudiera.

La del gato, entonces.

Sentada con las piernas cruzadas sobre la almohada le dijo a Alys: —¿Ha embalado todo lo que necesito?

Su nana, que estaba doblando la ropa, frunció el ceño. —Claudia, ¿esto será prudente?

—Prudente o no, vamos.

—Pero si el Consejo considerara que Finn es el Príncipe...

Levantó la vista. —No lo harán. Tú lo sabes.

Muy por debajo, en los pasillos y salas del palacio, los músicos estaban afinando. Débiles rasguños, chillidos y ondas de notas sonaban por los pasillos.

Alys suspiró. —Pobre Finn. Me he encariñado con él, Claudia. A pesar de ser tan cambiante como puede.

—No soy cambiante, estoy siendo práctica. Finn sigue atrapado en su pasado.

—Echa de menos a este muchacho, Keiro. Me dijo un día todo acerca de sus aventuras. La Prisión sonaba como un lugar terrible, y sin embargo... bueno, parecía casi triste, mirando hacia atrás. Melancólico. Como si fuera...

—¿Más feliz allí?

—No. No, yo no diría eso. Como si su vida fuera más real allí.

Claudia soltó un bufido. —Es probable que te dijera un montón de mentiras. Sus historias no son nunca las mismas dos veces. Jared dice que las aprendió para sobrevivir.

La mención de Jared las silenció a las dos. Por último Alys dijo con cautela: —¿Has oído hablar del maestro Jared?

—Está probablemente demasiado ocupado para responder a mi carta. —Sonó a la defensiva, incluso para ella.

Alys puso hacia arriba las tiras de la bolsa de cuero y empujó un mechón perdido de cabello. —Espero que esté cuidando de sí mismo. Estoy segura que la Academia es un granero con grandes corrientes de aire.

—Usted siempre lo ha mimado —espetó Claudia.

—Por supuesto que lo hice. Todos lo hicimos.

Claudia se levantó. No quería preocuparse en este momento, no quería tener que enfrentarse a la pérdida de Jared. Y las palabras que Medicote le había dicho aún la perseguían. Jared no se podía comprar. No creía eso.

—Vamos a dejar el baile a media noche. Asegúrese de que Simon está esperando con los caballos. Detrás del capricho ese, cerca del arroyo, más allá de High Meadow.

—Lo sé. ¿Y si él es visto?

—Para ellos sólo estará paseando.

—¡A medianoche! Claudia...

Frunció el ceño. —Bueno, si es visto sólo tendrá que esconderse en el bosque. —Al ver la alarma de Alys, levantó una mano—. ¡Y ese es el final de esto!

El usar la máscara de gato significaría ponerse el vestido de seda blanca, que era engorrosamente molesto, pero debajo de él se pondría pantalones oscuros, aunque tuviera calor, tendría que soportarlo. Las botas y la chaqueta estaban en el paquete. Mientras Alys trabajaba sobre los cierres del vestido, Claudia pensó en su padre. Su máscara habría sido muy sencilla, de terciopelo negro, y lo habría llevado con un leve aire de desprecio en sus ojos grises. Él nunca bailaba, pero se habría mantenido con elegancia junto a la chimenea hablado, haría una reverencia, y la observaría en el minué y la gavota. Frunció el ceño.

¿Lo echaba de menos? Eso sería ridículo.

Pero había algo que le estaba tirando hacia su mente, y mientras Alys apretaba el último cordón, Claudia se dio cuenta de que había un retrato suyo, en la pared, mirando hacia ella.

¿Su retrato?

—Ya. —Alys dio un paso atrás—. Eso es lo mejor que puedo hacer. Oh, tú tienes buen aspecto, Claudia. El blanco se adapta a ti...

Hubo un golpe en la puerta.

—Entra —dijo, y Finn entró, se quedó mirando hacia las dos. Por un momento, ni siquiera estaba segura de que era él. Su ropa era de terciopelo negro, bordeado en plata, su máscara era negra, y su cabello estaba capturado de nuevo en una oscura cinta. Pero por un momento podría haber sido el Impostor, hasta que habló.

—Me veo ridículo.

—Te ves bien.

Se apoyó en una silla. —A Keiro le encantaría este lugar. Sería tan extravagante aquí, tan popular. Siempre dijo que sería un gran príncipe.

—Él nos llevaría a una guerra en menos de un año. —Claudia miró a su nana—. Déjanos ahora por favor, Alys.

Alys se dirigió a la puerta. —Buena suerte, a los dos —dijo en voz baja—. Nos vemos en el Wardenry.

Cuando se fue se escuchó la afinación de los violines.

Por último, Finn dijo: —¿Ella va a ir?

—Nos dejara, con el transporte. Un señuelo.

—Claudia...

—Espera.

Sorprendido, vio como iba hacia un pequeño retrato en la pared, de un hombre en un oscuro jubón.

—¿No es tu padre?

—Sí. Y no estaba aquí ayer.

Finn se levantó y fue tras ella. —¿Estás segura?

—Sí.

El Guardián lo miraba. Sus ojos tenían ciertamente esa calma fría que Finn recordaba, el aire ligeramente despectivo que Claudia tenía a menudo.

—Eres como él —dijo.

—¿Cómo puedo ser como él! —Su veneno lo sobresaltó—. No es realmente mi padre, ¿recuerdas?

—No quise decir eso... —*Pero lo mejor será no decir nada más sobre él, pensó*—. ¿Cómo llegó hasta aquí?

—No lo sé. —Ella alcanzó la pintura y la bajó.

Parecía óleo sobre lienzo, y el marco parecía carcomido, pero cuando le dio la vuelta se vio que era de plastiglas, y la pintura era una reproducción inteligente.

Y metida en la parte posterior del bastidor había una nota.

* * *

La puerta de la habitación de Jared se abrió sin ruido y el gran hombre entró. Estaba sin aliento por la subida y la espada que llevaba era fuerte y pesada, pero estaba bastante seguro de que no la necesitaba.

El Sapien ni siquiera había reparado en él todavía. Por un momento el asesino casi sintió lástima por él. Un Sapien tan joven, tan amable. Pero él había vuelto la cabeza ahora y se puso de pie, rápidamente, como si supiera de su peligro.

— ¿Sí? ¿Llamaste?

— La muerte no llama, Maestro. La muerte sólo entra, donde ella quiere.

Jared asintió con la cabeza, lentamente. Se deslizó un disco en el bolsillo.

— Ya veo. ¿Usted, entonces, es mi verdugo?

— Lo soy.

— ¿No te conozco?

— Sí, maestro. Esta tarde he tenido el placer de traerle su carta a la biblioteca.

— Por supuesto. El portero. — Jared caminó lejos de la ventana, de modo que la vieja mesa estuviera entre ellos —. Así que ese no fue el único mensaje de la Corte.

— Eres rápido, Maestro, como todos esos eruditos. — El portero inclinó la espada amigablemente —. Mis instrucciones vinieron directamente de la propia reina. Ella me empleó, en un... asunto privado. — Echó un vistazo alrededor —. Por lo que parece, usted ha estado entrometiéndose en cosas que no debería. Ella le envía esto.

Le tendió un trozo de papel.

Jared se acercó y lo tomó, sobre el escritorio. No había forma de pasar por el hombre hacia la puerta, y la caída por la ventana sería suicida. Desplegó la nota.

Estoy muy decepcionada de usted, Maestro Jared. Le ofrecí la posibilidad de una cura, pero eso no es lo que ha estado investigando, ¿no?

¿De verdad cree que puede engañarme? Me siento un poco traicionada. Y oh, cuán triste estará Claudia.

Estaba sin firmar, pero sabía que venía de la mano de la reina. Lo arrugó.

—Va a tener que devolvérmela, señor. No tengo que dejar ninguna prueba.

Jared dejó caer el papel sobre el escritorio.

—Y ese pequeño instrumento tan inteligente, señor, por favor.

Tomó el disco y lo miró con tristeza, sus delicados dedos lo rodeaban.

—Ah, entiendo. ¡Las polillas! Pensé que eran un poco demasiado curiosos. Creo que están entre mis diseños, también.

—Un insulto a la injuria, señor, estoy seguro. —El hombre levantó la espada, lamentablemente—. Espero que sepa que esto no es nada personal, maestro. Pensé que era un señor muy amable.

—Así que estoy ya en el pasado.

—No sé acerca de los tiempos y del aprendizaje, señor. —El hombre habló en voz baja, pero no había ningún filo en su voz ahora—. Tal aprendizaje nunca fue para el hijo de un mozo de cuadra.

—Mi padre era un halconero —dijo Jared ligeramente.

—Entonces tal vez vieron su inteligencia precoz.

—Supongo que lo hicieron. —Jared tocó la mesa con el dedo—. ¿Supongo que no sirve de nada ofrecerle dinero? ¿Pedirle que lo reconsidere? Que se una a la causa del Príncipe Giles...

—No sé ni que Giles es el verdadero señor —dijo el hombre con firmeza—. Pero, como he dicho, no es nada personal.

Jared sonrió, sorprendiéndose a sí mismo. —Ya veo. —Sentía calma y luz—. Seguramente, una espada es un poco más... ¿obvia?

—Oh, bendito señor, yo no necesito esto. No a menos que usted me obligue. Mire, en vista de su enfermedad, la reina pensó que un pequeño salto desde la torre se vería correcto. Todos esos Sapiienti corriendo hacia el patio para encontrar su cuerpo. El pobre Maestro Jared. Tomó el camino más rápido. Por lo tanto comprensible.

Jared asintió con la cabeza. Puso el disco en frente de él en la mesa y escuchó un pequeño chasquido metálico. Levantó la vista, sus ojos eran verdes y tristes.

—Me temo que voy a tener que darle un poco de pelea. No tengo la intención de saltar.

—Ah —suspiró el portero—. Bueno, como usted desee. Un hombre tiene su orgullo.

—Sí. Lo tiene —dijo mientras se movía, sacudiéndose a un lado.

El gran hombre se echó a reír. —Usted no va a conseguir pasar más allá de mí, señor.

Jared rodeó el frente de la mesa y se puso frente a frente con él. —Entonces, acaba de una vez.

Con las dos manos, el hombre levantó la espada y golpeó. Jared saltó a un lado con toda su agilidad mientras ésta bajaba, sintió un silbido por delante de su cara, al estrellarse la hoja sobre el escritorio. Pero apenas si oyó el grito, el chisporroteo azul de la carne electrificada, ya que la carga pareció aspirar el aire de la habitación y arrojarla contra la pared.

Entonces no hubo más que un olor a quemado y un eco que resonó en sus oídos como si estuviera sordo.

Agarrándose trabajosamente a la piedra, se puso en posición vertical. El hombre yacía en un lío en el suelo, estaba inmóvil, pero respiraba.

Jared miró hacia él. Sintió un lamento sordo, tímido.

Pero bajo esa energía feroz y sorprendente, se rió, con una risa temblorosa. Así que esto era cómo se sentía al casi matar a un hombre.

Pero, por supuesto, no había nada personal en ello.

Con cuidado cogió el disco del escritorio de metal, cambiando su campo de fuerza y lo dejó caer en el bolsillo. Inclinandose sobre el portero, le tomó el pulso y lo puso suavemente a un lado. El hombre estaba en shock y sus manos estaban quemadas, pero viviría casi con toda seguridad. Jared dio un puntapié a la espada poniéndola debajo de la cama, agarró su mochila y corrió por las escaleras. En el oscuro pórtico donde la luz del sol se inclinaba a través de las vidrieras, una mujer cargaba una canasta de ropa sucia del estudio del Sapient Senior. Jared se detuvo.

—Disculpe. Lo siento. He dejado un poco de desorden en mi habitación, número cincuenta y seis en la parte superior. ¿Cree que alguien podría limpiarlo?

Lo miró y asintió. —Voy a conseguir a alguien. Maestro.

La cesta era obviamente pesada y quería decirle que no fuera tan a prisa, pero el hombre necesitaba ayuda por lo que dijo: —Gracias —y se alejó. Tenía que tener cuidado. ¿Quién sabe qué otros acuerdos privados tenía la reina aquí?

En el establo los caballos estaban durmiendo, resoplando en sus morrales. Aparejó uno con rapidez y, a continuación antes de montar, sacó la estrecha jeringa y se inyectó el medicamento en el brazo, concentrándose en su respiración, en reducir el dolor de su pecho.

Cerró el bolso y se inclinó un momento, mareado, en el caliente flanco del animal, su nariz larga dio la vuelta y lo acarició.

Una cosa era segura. No habría ninguna cura ahora, ya había tenido su única oportunidad, y la había desperdiciado.

* * *

—Escucha esto Finn —dijo.

Leyó con voz temblorosa.

Mi querida Claudia, sólo unas breves palabras...

Cuando dijo eso su voz se quebró y se detuvo porque, como si lo hubiera activado, el retrato cobró vida. La cara de su padre se volvió hacia ella y le habló, su mirada era tan clara como si realmente la estuviera viendo.

Serán mi última oportunidad para comunicarme contigo, me temo. Incarceron rápidamente se está convirtiendo más exigente en su ambición. Se ha agotado casi todo el poder de las llaves, y sólo espera el Guante de Sapphique.

—El Guante —murmuró Finn, y ella dijo: —Padre... —Pero la voz continuó, tranquila, divertida y grabada...

Tu amigo Keiro lo tiene. Sin duda será la pieza final del rompecabezas. Empiezo a sentir que he servido a mi propósito, y que Incarceron ha comenzado a darse cuenta que no necesita ningún Guardián más. Es realmente muy irónico. Al igual que el viejo Sapienti, he creado un monstruo, y él no tiene lealtad.

Hizo una pausa, y luego su sonrisa se fue, y él parecía dibujado.

Guarda el Portal, Claudia. La terrible crueldad de la Prisión no debe infectar el Reino. Si hay algo que intente venir a través de él, cualquier persona, cualquier ser, quién sea que aparezca, tienes que destruirlo. Incarceron es astuto, y ya no conozco sus planes.

Él se rió con una risa invernal.

Parece que vas a ser mi sucesora, después de todo.

Su rostro se congeló.

Ella miró a Finn. Muy por debajo, las violas, flautas y violines entablaron la primera danza alegre del Baile.

CATHERINE FISHER
SAPPHIQUE



21

Traducido por: Coral

Corregido por: Mari Cullen

—El fallo es tuyo —dijo el Encantado—. ¿Cómo podría saber una Prisión de Escapar, pero a través de tus sueños?

Lo mejor sería renunciar al Guante.

Sapphique sacudió la cabeza.

—Demasiado tarde. Ha crecido en mí ahora.

¿Cómo podría cantar mis canciones sin él?

—**SAPPHIQUE Y EL ENCANTADOR OSCURO**

Como caminaban del brazo a lo largo de la terraza, el hacinamiento de cortesanos se inclinaba y murmuraba. Los ojos asomaban a través de las máscaras de los demonios, lobos, sirenas y cigüeñas.

—El Guante de Sapphique —murmuró Finn—. Keiro tiene el Guante de Sapphique.

Ella podía sentir la carga de emoción por sus manos. Como si hubiera sido sorprendido por una nueva esperanza. Bajo las escaleras de los canteros, las flores formaban curvas. Más allá de los jardines, todavía podía ver senderos iluminados de lámparas sobre el césped, conduciendo a la elaboración de pináculo de la Gruta de la Concha. Rápidamente, tiró de él con un gran estrépito, hacia atrás de una urna rebosante de agua.

—¿Cómo podría tenerlo?

—¿A quién le importa? Si es real, ¡podría hacer cualquier cosa! A menos que sea una estafa.

—No —ella miró a la multitud que se encontraba bajo los faroles—. Attia mencionó un Guante. Y luego se detuvo, repentinamente. Como si Keiro no la dejara decir más.

—Porque es real. —Finn caminaba lentamente por el sendero, acariciando las plantas que liberaban su dulce y denso aroma—. Realmente existe.

—La gente está mirando —dijo Claudia.

—¡No me importa! Giles habría estado aterrorizado. Él nunca confió en Keiro.

—Pero tú lo haces.

—Te lo he dicho. Siempre. ¿Cómo llegó a apoderarse de él? ¿Cómo lo va a usar?

Ella miró a los cientos de cortesanos, una masa de vestidos de pavo real, relucientes abrigos de satén y elaboradas pelucas de cabello rubio amontonadas. Sus charlas, ruidosas e interminables, se escuchaban en los pabellones y en la gruta.

—Tal vez el Guante fue la fuente de poder de Jared.

—¡Sí! —Él se inclinó contra la urna, manchándose de musgo el abrigo. Más allá de la máscara, sus ojos brillaban con esperanza. Claudia sólo sintió malestar.

—Finn. Mi padre parece pensar completamente que este Guante será el plan de escape de Incarceron. Que podría ser un desastre. Seguramente, Keiro no podría...

—Nunca sabes lo que hará Keiro.

—¿Pero podría hacer eso? ¿Podría ordenar a la Prisión destruir todo, sólo para que él pudiera escapar también? —Se había puesto de pie justo en frente de él. Tenía que mirarla.

—No.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto que estoy seguro. —Su voz era baja y ruidosa—. Conozco a Keiro.

—Acabas de decir...

—Bueno... él no podría hacer eso.

Ella sacudió la cabeza, perdiendo repentinamente la paciencia con esa estúpida lealtad ciega.

—No te creo. Creo que tienes miedo de lo que él pueda hacer. Estoy segura de que Attia está aterrorizada. Y has oído lo que dijo mi padre. Nada —nadie— debe venir por el Portal.

—¡Tu padre! Él no es más tu padre de lo que lo soy yo.

—Cállate.

—¿Y desde cuándo haces lo que él dice? —Calientes por el enfado, sus caras se enfrentaban, máscara oscura contra cara de gato.

—Hago lo que quiero.

—Pero, ¿tú le creerías a él antes que a Keiro?

—Sí —escupió ella—. Lo haría. Y antes, creería en ti, también. —Por un segundo, hubo un choque herido en sus ojos. Luego, estaban fríos.

—¿Matarías a Keiro?

Él estaba muy quieto. Luego, silbó: —Pensaba que eras diferente, Claudia. Pero eres tan estúpida, falsa y cruel como el resto. —Caminó entre la multitud, empujó a dos hombres a un lado e, ignorando sus protestas, irrumpió en la Gruta.

Claudia miró detrás de él. Todos los músculos le quemaron por la ira. ¿Cómo se atrevía a hablarle así? Si no fuera por Giles, sería sólo una Escoria de la Prisión, y ella, a pesar de los hechos, era la hija del Guardián. Apretó sus manos, controlando la rabia. Respiró profundamente para mantener su ritmo cardiaco bajo. Quería gritar y romper cosas, pero tenía que tener yeso en la sonrisa y esperar allí hasta media noche. ¿Y luego, qué? Después de eso, ¿podría Finn volver con ella?

Una onda pasó a través de la multitud, una ráfaga producida por los cortesanos, y vio a Sia pasar, con un diáfano vestido blanco y una peluca de imponente construcción de cabello tejido en el que una armada de pequeños barcos dorados se ahogaban.

—¿Claudia? —El Impostor estaba detrás de ella—. Veo que tu brutal escolta salió corriendo.

Ella cogió el abanico de su manga, y chasqueó para abrirlo. —Teníamos un ligero desacuerdo, eso es todo.

La máscara de Giles era una cara de águila, hermosamente fabricada con plumas reales, con el pico ganchudo y orgulloso. Al igual que con todo lo que hacía, fue diseñada para reforzar su imagen como Príncipe de honor. Parecía un extraño, como hacían siempre las máscaras. Pero sus ojos estaban sonriendo.

—¿Enamorados?

—¡Por supuesto que no!

—Entonces, permíteme escoltarte —Él ofreció sus manos, y después de un momento, ella las tomó—. Y no te preocupes por Finn, Claudia. Finn es historia.

Juntos, cruzaron el césped hacia la multitud.

* * *

Attia cayó.

Cayó como Sapphique había caído. Una terrible y aleteante caída, con los brazos extendidos hacia fuera, sin aliento, sin ver, sin escuchar. Cayó por el rugiente vértice, dentro de una boca, por una garganta que se la tragó. Su ropa, su pelo y toda su piel estaban ondulados y parecían arrancados para que ella no fuera más que un alma gritando, sumergiéndose de cabeza en el abismo.

Pero luego Attia supo que el mundo era imposible, que era una criatura que se burlaba de ella. Porque el aire espeso y las redes de nubes se formaban bajo ella —densas nubes elásticas, que caían a un lado y a otro— y en algún lugar hubo risas, que podrían haber sido de Keiro, y podrían haber sido de La Prisión, pero no podía distinguir las ahora.

En un parpadeo entre jadeos, vio el mundo reformado; el suelo del vestíbulo convulsionado, roto. Un río entró en erupción bajo el viaducto y un torrente negro se levantó para encontrarse con ella tan rápido, que apenas le arrancó un suspiro antes de que hubiera caído profundamente en la oscuridad de espuma y burbujas.

Una membrana de agua palmeaba su ancha boca. Y entonces, le estalló la cabeza, jadeando, y el torrente se hizo más lento, a la deriva bajo sus vigas oscuras, dentro de las cuevas, en un submundo oscuro. Escarabajos muertos se lavaban a su lado. La corriente era como un tubo oxidado, roja como la sangre, canalizadas entre empinadas laderas de metal, con las superficies grasosas, balanceándose con desechos malolientes, en la desembocadura del submundo, como si fuera la aorta de un gran ser, una enfermedad bacteriana, que nunca se curaría.

El conducto dejó su punta sobre el vertedero, tendido sobre una playa arenosa, donde Keiro estaba en cuclillas, esforzándose por vomitar en la arena negra. Mojada, fría, increíblemente maltratada, ella intentó incorporarse, pero no pudo. Sin embargo, la voz ahogada de él era una raspa de triunfo.

—¡Nos necesita, Attia! Hemos ganado. Los hemos vencido.

Ella no respondió. Estaba mirando el Ojo. La Gruta de la Concha fue nombrada así. Era una vasta caverna, las paredes y el techo colgante brillaban con madreperlas y cristales, cada depósito organizado en patrones verticales y en espiral, adornadas a mano con falsas estalactitas de millones de minúsculos cristales colgadas del techo. Era un espectáculo vidrioso y deslumbrante.

* * *

Claudia bailó con Giles, con hombres con caras de zorro y yelmos de caballeros, con bandoleros y arlequines. Sentía fríamente la calma y no tenía ni idea de dónde estaba Finn, pero quizás, él podía verla. Esperaba que pudiera. Charló, agitó el abanico, hizo ojos a todo el mundo a través de los sesgados ojos de la máscara y se dijo que se estaba divirtiendo. Cuando los carillones del reloj formaron un millón de pequeños caracoles y dieron las once, ella sorbió té helado, mordisqueó las tartas y entregó los fríos sorbetes que eran servidos por chicas vestidas como ninfas. Y luego, los miró. Llevaban mascararas, pero sabía que eran el Consejo Privado. De repente, llegaron hombres brillantemente vestidos, algunos con voces secas y áridas del debate, duras y con alivio. Superó a la más cercana, a salvo detrás de la máscara.

—Mi señor. ¿Ha venido el Consejo para el veredicto? —El hombre le guiñó un ojo detrás de su cara de lechuza, y le brindó con un vaso.

—Ciertamente. Lo tenemos, mi pequeña gatita. —Se acercó, con mal aliento—. Encontrémonos detrás del pabellón y podré decirte qué será.

Ella se inclinó, abrió el abanico, y retrocedió. Estúpidos, sonriendo tontamente como imbéciles. ¡Pero esto lo cambiaba todo! La Reina no podía esperar hasta mañana. Repentinamente, Claudia se dio cuenta de que habían sido engañados, que el anuncio podría ser hecho allí, esa noche, y podrían tener al detenido en el acto.

* * *

Fuera, en la oscura hierba junto al lago, Finn estaba de espaldas a la lejana gruta, e hizo caso omiso de la voz sedosa. La cueva habló otra vez, y sintió como si tuviera un cuchillo entre los omóplatos.

—Han dado el veredicto. Ambos sabemos cuál será. —La cara de águila, horriblemente hinchada, estaba en el vaso que sostenía—. A continuación, vamos a terminar, aquí mismo —dijo él.

El césped estaba desierto y en el lago había una oleada de embarcaciones y antorchas. Giles sonrió, regocijándose por lo bajo.

—Tú sabes que acepté.

Finn asintió con la cabeza. Un gran alivio se apoderó de él. Tiró su copa, dio media vuelta, y sacó su espada. Pero Giles hacía señas a un guerrero que venía de las sombras con una pequeña funda de piel.

—Oh, no —dijo Giles, suavemente—. Después de todo, me estás desafiando. Eso significa en todas las reglas de honor, que puedo elegir las armas.

Él parpadeó. La luz de las estrellas, brillaba en las dos pistolas largas, de mango de marfil.

* * *

Forcejeando en su paso contra la multitud, Claudia buscaba la habitación brillante. Fue secuestrada en la danza, retorciéndose fuera de ella, se agachó debajo de una pareja besándose, y esquivó compañías de juglares para pasear. La esfera se convirtió en una pesadilla de grotescos rostros, pero, ¿dónde estaba Finn?

Repentinamente, cerca de la arqueada entrada, un bufón, con gorro de campanillas, saltó delante de ella.

—Claudia. ¿Eres tú? Insisto en que bailes conmigo. La mayoría de estas mujeres son completamente necias.

—¡Caspar! ¿Has visto a Finn?

Los labios pintados del bufón se curvaron en una sonrisa. Él se acercó a su oído.

—Sí. Pero sólo te diré dónde está si bailas conmigo.

—Caspar, no seas idiota...

—Es tu única forma de encontrar a Finn.

—No tengo tiempo... —Pero él le cogió las manos y la arrastró a la gavota, una plaza majestuosa, con estimuladas parejas de la mano, unidas por la música, con sus máscaras formando locas asociaciones de diablo y gallo, diosa y halcón.

—¡Caspar! —Ella lo sacó y lo inmovilizó contra la pared brillante—. Dime dónde está ahora, o te daré con la rodilla donde más te duela. ¡Lo digo en serio!

Él frunció el ceño, agitando las campanillas enfadado. —Eres un total pelmazo con él. Olvídalo. —Sus ojos eran astutos—. Porque mi querida mamá me explicó todo. Verás. Para cuando el Impostor sea elegido, Finn habrá muerto y, después de una semana, se expondrá al otro como falso, por lo que yo obtendré el trono.

—Así que, ¿es falso?

—Por supuesto que lo es.

Ella lo miró duramente. —Parece demasiado extraño. No me digas que no lo sabías. ¿Sabías lo que podría hacer cuando Finn muera?

Él permaneció en silencio. —Mi madre no haría eso. Yo no se lo permitiría.

—Te va a comer vivo, Caspar. Ahora, ¿dónde está Finn?

La cara del bufón perdió la alegría. —Está con otra. Han ido fuera, al lago.

Por un segundo, ella lo miró, y no sintió más que un frío miedo. Luego, corrió.

* * *

Fin permaneció en la oscuridad y miró el cañón de la pistola que se elevó. Giles la sostuvo con el brazo extendido, a diez pasos de distancia sobre el césped oscuro. La sostenía firme. El agujero de la bala era un círculo negro perfecto, eran los ojos de la muerte.

Finn miró fijamente. No se inmutó. No se movió. Todos sus músculos estaban muy tensos. Sintió que podría romperse, que se había convertido en madera, que el disparo podría fracturar en piezas. Pero no se movió.

Sentía calma, como si fuera el momento de la decisión. Si moría allí, nunca podría haber sido Giles. Si estaba destinado a vivir, viviría. Estúpido, diría Keiro. Eso lo hizo sentir fuerte. Y a medida que el dedo del Impostor hacía clic en el gatillo, sintió la respuesta en lo más profundo de su mente.

—¡Giles, no!

Él no sabía cuál de ellos era el grito de Claudia, pero ninguno la miraba cuando Giles disparó.

* * *

Era un ojo enorme y brillantemente rojo.

Por un momento, Attia pensó que eran del dragón de la vieja historia, con la cabeza bajada, mirándola fijamente, y luego vio cómo se abrían en una cueva, y fuera de ella una llama de fuego que quemaba.

Se levantó y miró a Keiro. Se veía muy mal. Igual se debía ver ella. Mojado, harapiento, con moratones. Pero el agua había hecho su pelo rubio otra vez. Se peinó.

—Debo de haberme vuelto loca trayéndote —dijo. Ella lo pasó cojeando, demasiado cansada para prestarle atención.

La cueva era una cámara de terciopelo rojo, perfectamente circular, con siete túneles que guiaban afuera. En el centro de la estancia, cocinando algo en un fuego brillante y pequeño, había un hombre sentado de espaldas a ellos. Tenía el pelo largo y vestía una larga túnica. Y no se giró.

La carne crujía y olía fabuloso. Keiro a toda prisa echó un vistazo a la enmarañada tienda, con rayas llamativas, y al pequeño carro tirado por el ciber-buey masticando algo verde y empapado.

—No —dijo él—. Imposible. —Dio un paso adelante.

—¿Aún con tu guapo amigo, Attia? —dijo el hombre.

Sus ojos se abrieron en estado de shock. —¿Rix? —dijo ella.

—¿Quién más? Y, ¿Cómo estoy aquí? Por arte de magia, dulzura —Él se giró y le enseñó su risa socarrona—. ¿De verdad crees que sólo era un mago callejero?

Guiñó un ojo y se inclinó hacia delante, y roció un poco de polvo oscuro en las llamas. Keiro se sentó.

—No creo eso.

—Cielo, —Rix se levantó—, soy el Encantador Oscuro. Y ahora los encantaré a ambos en un sueño mágico.

El humo salía del fuego, dulce y empalagoso. Keiro saltó, tropezó y cayó. La oscuridad entró en la nariz de Attia, en su garganta, en sus ojos. Él le tomó la mano, y la llevó en silencio.

* * *

Finn sintió la bala pasar por su pecho, con un estallido de rayos. Instantáneamente, levantó su pistola, y apuntó a la erguida cabeza de Giles. La máscara de águila se inclinó.

Los carillones de media noche llegaban del reloj de la torre. Sin aliento, Claudia no podía moverse, aunque sabía que la Reina podría anunciar el veredicto inmediatamente.

—Finn, por favor —susurró.

—Tú nunca me creíste.

—Te creo ahora. No le dispaes.

Él sonrió con sus oscuros ojos debajo de la máscara. Sus dedos apretaban el gatillo firmemente.

Giles tropezó en la distancia.

—No te muevas —gruñó Finn.

—Mira. —El Impostor extendió las manos—. Podemos llegar a un acuerdo.

—Sia eligió bien. Pero tú no eres el príncipe.

—Déjame ir. Se lo diré a ellos. Explicaré todo.

—Oh, no lo creo. —El gatillo tembló.

—Juro...

—Demasiado tarde —dijo Finn, y disparó.

Giles se estrelló contra la hierba con una velocidad que hizo chillar a Claudia. Ella corrió hacia él y se arrodilló a su lado. Finn se acercó y se quedó mirando hacia abajo.

—Tenía que hacerlo —dijo.

La bala había herido el brazo del Impostor que colgaba roto y el impacto lo había dejado sin sentido. Claudia se giró. Un gran alboroto se levantó en la gruta iluminada. Los bailarines se arrancaban las máscaras y desenvainaban las espadas.

—Su abrigo —siseó ella.

Finn lo arrastró y lo despojó de la capa de seda, se encogió de hombros y luchó contra los otros. Como se puso la máscara sobre su rostro, Claudia tiró la chaqueta oscura y la máscara del Impostor.

—Guarda la pistola —siseó Claudia cuando los soldados vinieron a la carrera.

Finn la agarró, le sostuvo la pistola en la espalda mientras ella se retorció y luchaba.

El guardia cayó sobre una rodilla. —Mi señor, el veredicto ha llegado.

—¿Qué fue? —jadeó Claudia.

El guardia la ignoró. —Tú, en efecto, eres el Príncipe.

Finn soltó una carcajada que hizo que Claudia mirara hacia él. —Sé quién soy.

Su respiración se volvió violenta dentro del pico de águila. —Ésta escoria de la Prisión está herido. Tome y tírelo a una celda. ¿Dónde está la Reina?

—En el salón de baile...

—Hazte a un lado.

Claudia lideró al primero que se marchó hacia las luces.

—¿Dónde están los caballos? —murmuró una vez fuera del alcance de los oídos.

—En la Locura de Shear.

Dejó caer el brazo, y tiró la pistola en la hierba y echó un vistazo hacia atrás, a su encantado y perdido palacio. —Vamos —dijo luego.



Traducido por: KaThErIn

Corregido por: Mari Cullen

¿QUÉ LLAVE ABRE EL CORAZÓN?

...profundos bosques y oscuros caminos.

Un Reino de magia y belleza.

Una tierra como aquellas en las leyendas.

—EL DECRETO DEL REY ENDOR.

El rayo parpadeó.

Parpadeó silenciosamente a través del cielo, iluminando la parte inferior de las ominosas nubes y Jared tiró del caballo nervioso para que se detuviera.

Esperó, contando los segundos. Finalmente, cuando el peso de la tensión parecía demasiado pesada de soportar, el estruendo rompió; este tronó a través del cielo sobre el Bosque, como si un ser de enorme ira se enfurecía sobre las copas de los árboles.

La noche estaba cerca, con humedad pegajosa. Las riendas en sus manos crujieron, el suave cuero grasiento con sudor. Se inclinó hacia adelante sobre el cuello del caballo, respirando penosamente, cada hueso en su cuerpo dolía.

Al principio, había montado temerariamente, con miedo de la persecución, desviándose fuera de la carretera sobre oscuras pistas forestales, cualquier cosa que lo llevara al Oeste. Pero ahora, después de horas, la pista había disminuido a este camino de zorro estrecho, la maleza tan enmarañada que rozaba sus rodillas y el costado del caballo, levantando un maloliente olor de la maleza pisoteada y la decadencia de siglos de hojas.

Estaba en lo profundo del Bosque, no había manera de ver las estrellas, y aunque no estuviera en realidad perdido —siempre llevaba un pequeño buscador de

caminos— no había ningún camino a partir de aquí. El suelo estaba roto con arroyos y pendientes, la oscuridad era densa. Y la tormenta se acercaba.

Jared frotó la melena del caballo. Tenía que dar marcha atrás al pequeño río. Pero estaba tan cansado, y el dolor que vivía dentro de sí, tenía de alguna manera que salir y estaba envolviéndose a su alrededor; no podía dejar de pensar que estaba cabalgando a lo más profundo, que sus espinas eran del bosque.

Estada sediento y caliente. Iría de nuevo a la corriente, y bebería. El caballo relinchó mientras lo convencía; sus orejas parpadeaban mientras el trueno retumbaba de nuevo. Jared le dejó encontrar el camino; solo se dio cuenta de que sus ojos estaban cerrados cuando las riendas se deslizaron de sus dedos y el largo cuello del caballo bajó en picada; hubo un tranquilo sorbo de agua.

—Buen chico —susurró.

Cuidadosamente, se deslizó hacia abajo, aferrándose al arzón. En cuanto sus pies se encontraron con el suelo él se abrazó al caballo, como si no tuviera ni siquiera fuerza para estar de pie. Solo aferrándose se podía mantener recto.

Umbelas⁹ fantasmas de la cicuta se levantaron alrededor de él, por encima de su cabeza, su perfume enfermizo. Jared respiró profundamente; luego se deslizó a sus rodillas y sintió la oscuridad hasta que sus dedos tocaron el agua. Helada, fluía entre los tallos y piedras. La tomó y bebió, y su frío le hizo toser, pero era mejor que el vino. Bebió más, salpicando su rostro y cabello y la parte posterior de su cuello con su choque glacial.

Luego desenrolló la jeringa de su envase y se inyectó la dosis habitual. Tenía que dormir. Había niebla en su mente, un entumecimiento que lo asustaba. Enrolló el abrigo Sapient alrededor de él y se acurrucó en las chirriantes, crujientes ortigas. Pero ahora no podía cerrar sus ojos. No era el bosque lo que temía. Era el pensamiento de que podría morir ahí y nunca despertar de nuevo. Que el caballo vagaría lejos y las hojas de otoño lo cubrieran, que se deterioraría a huesos y nunca sería encontrado. Que Claudia estaría...

Se dijo a si mismo que se detuviera. Pero el dolor se rió de él. El dolor era su oscuro gemelo ahora, durmiendo con sus brazos apretados contra él. Con unos escalofríos se sentó, empujando hacia atrás el cabello mojado. Esto era histeria. No estaba seguro sobre morir aquí. Por un lado, tenía información que Finn y Claudia necesitaban, sobre la puerta en el corazón de la Prisión, sobre el Guante. Intentaría llegar a ellos. Por otro lado, su muerte era poco probable que fuera tan fácil. Entonces, vio la estrella. Era roja, y pequeña. Estaba mirándolo. Trató de parar de

⁹ Inflorescencia en que los pedúnculos arrancan de un mismo punto y se elevan a igual altura.

temblar, pero el centellear era difícil de ver. O su fiebre estaba causándole alucinaciones, o esto era el gas del pantano oscilando sobre el suelo.

Agarrando una rama, gateó sobre sus rodillas. El rojo Ojo le guiñó. Jared se levantó, atrapó las riendas y arrastró al caballo desde su pasto hacia la luz. Estaba ardiendo, la oscuridad tirándolo de nuevo, cada paso un puñado de dolor, un escalofrío de sudor. Ortigas le picaron, siguió a través de las bajas ramas, una nube de metálicas polillas, un cielo donde unas miles de estrellas se deslizan y se deslizaban.

Debajo de un enorme roble se detuvo, sin aliento. Delante de él, estaba un claro con un fuego ardiendo allí, y alimentándolo, encendiéndolo, un delgado hombre de cabello oscuro, la luz de la llama jugando sobre su rostro. El hombre se volvió.

—Ven, Señor Jared —dijo él en voz baja—. Ven al fuego.

Jared se encogió, manteniendo la rama de roble —su puntiaguda corteza polvorienta— debajo de sus uñas. Luego los brazos del hombre estaban alrededor de él.

—Te tengo —dijo la voz—. Te tengo ahora.

* * *

Cuando Attia quería despertar, se encontró con que no podía. El sueño se ponía pesado como piedras sobre sus párpados. Sus brazos estaban detrás de ella y por un momento estaba de vuelta en la pequeña caja-cama en la celda que su familia una vez había llamado hogar, un apretado corredor donde seis familias acampaban en destartalados albergues de alambre robado y malla.

Olió la humedad e intentó volver y algo la mantuvo todavía allí. Se dio cuenta de que estaba sentada recta, y una serpiente estaba enroscándose alrededor de sus muñecas. Instantáneamente, sus ojos se abrieron de golpe. Rix estaba agachándose cerca al fuego. Estaba recogiendo un pequeño rollo de ketamina¹⁰ y se volvió nubloso delante de ella, mientras él lo deslizaba dentro de su mejilla y masticaba.

Ella tiró. No había ninguna serpiente; sus manos estaban atadas detrás y se inclinó contra algo caliente y se desplomó. Se dio cuenta de que era Keiro. Rix los había atado espalda a espalda.

¹⁰ Droga rojiza que se mastica.

—Bueno, Attia. —La voz de Rix era fría—. Te ves un poco incómoda. —Las cuerdas estaban cortando sus manos y tobillos. El peso de Keiro era pesado sobre su hombro.

Pero ella solo sonrió. —¿Cómo llegaste aquí, Rix? De todos modos nos encontraste.

Él extendió sus dedos de mago. —Para el Encantador Oscuro nada es imposible. La magia del Guante me llevó, a través de miles de pasillos y galerías con eco. —Él mordió la ketamina con los dientes teñidos de rojo.

Attia asintió. Él parecía más delgado y más enfermizo, su rostro con viruela, costras y sin lavar, su grasiento pelo lacio. La loca mirada estaba de vuelta en sus ojos. Él ya debía tener el Guante.

Keiro estaba removiéndose detrás de ella, como si sus voces le hubieran despertado. Mientras él se movía, ella miró rápidamente alrededor, vio los oscuros túneles que salían de la cueva, cada uno tan estrecho como una ranura. El vagón nunca llegaría a través de ellos.

Rix sonrió con su sonrisa con huecos. —No te preocupes, Attia. Tengo un plan. Todo está arreglado. —Su voz se endureció y se inclinó más y pateó a Keiro—. Por lo tanto, salteador de caminos. Robar no es tan bueno para ti ahora, ¿verdad?

Keiro juró en voz baja. Attia lo sintió retorcerse y sacudirse, tirándola dolorosamente mientras se retorció alrededor para obtener una mejor vista de Rix. Reflejado grotescamente en una cacerola de cobre sobre el vagón ella vio sus ojos azules, una mancha de sangre en su frente. Pero siendo Keiro, su voz era glacialmente fría.

—¿No creíste que soportaría tal rencor, Rix?

—Nada tan insignificante como tu rencor. —Rix le devolvió la mirada, sus ojos brillaban—. Esto es venganza. Se sirve fría. Lo juré. Lo haré.

La mano de Keiro se sentía caliente y sudorosa. Buscó a tientas los dedos de Attia mientras dijo: —Estoy seguro que nosotros podemos llegar a un arreglo.

—¿Sobre qué? —Rix se inclinó hacia adelante, sacando algo oscuro y brillante de su abrigo—. ¿Esto?

Ella sintió la quietud de Keiro. Su consternación.

Rix extendió los dedos de la piel de dragón, alisó las agrietadas y antiguas garras. —Me atrajo. Me llamó. A través de formas de tránsito, a través del zumbido del aire, yo podía oírlo. Mira como su estática tiembla sobre mi piel. —Los pelos sobre su brazo fueron levantados.

Acarició su mejilla contra el Guante y sus finas escamas rasgadas. —Esto es mío. Mi contacto, mis sentidos. Mi arte de mago. —Él los miró, con astucia, sobre la piel del dragón—. Ningún artista puede perder su contacto. Me llamó, y lo encontré de nuevo.

Attia apretó los dedos de Keiro, se deslizó a lo largo de la cuerda con nudos. Él está loco, ella quería decirle. Inestable. Ten cuidado. Pero la respuesta de Keiro era calmada y burlona.

—Estoy feliz por ti. Pero Incarceron y yo tenemos un trato y tú no te atreverías...

—Hace mucho tiempo —dijo Rix—, La Prisión y yo también tenemos un trato. Una apuesta. Un juego de adivinanzas.

—Pensé que era Sapphique.

Rix sonrió. —Y gané. Pero Incarceron hace trampa, ¿sabes? Me dio su Guante y prometió un Escape, ¿pero qué Escape hay para aquellos de nosotros atrapados en las laberintos de nuestras mentes, saltador de caminos? ¿Qué trampillas secretas hay, qué túneles para el Exterior? Porque yo he visto el exterior, lo he visto, y es más vasto de lo que tú podrías imaginar.

Attia se sintió helada del miedo.

Rix le sonrió. —Attia cree que estoy loco.

—No... —Ella mintió.

—Oh, sí, guapa. Y tú podrías tener razón. —Él enderezó su cuerpo larguirucho y suspiró—. Y aquí ambos están a mi misericordia, como los pequeños en el bosque en un libro remendado que una vez leí.

Attia rió. Cualquier cosa para que él siguiera hablando. —Ni uno más.

—Su malvada madrastra los dejó en el oscuro bosque. Pero ellos encontraron una casa toda fabricada de pan de jengibre y la bruja que vivía allí los convirtió en cisnes. Ellos volaron lejos unidos por una cadena de oro. —Él estaba mirando a los pequeños cisnes clavados en el Guante.

—Bien —dijo Keiro glacialmente—. ¿Y luego?

—Ellos llegaron a una gran torre donde vivía un hechicero. —Rix puso aparte el Guante ordenadamente y fue y hurgó en el vagón.

Attia sintió las cuerdas quemar sus muñecas mientras Keiro tiró de ellas fuertemente.

—¿Y él los liberó?

—Me temo que no. —Rix volvió. Tenía la larga espada que había usado en su acto, y la hoja estaba afilada—. Me temo que eso no tiene un final feliz, Attia. Ves, ellos lo habían traicionado, y robaron a él. Estaba enojado por eso. Así que tenía que matarlos.

* * *

A tres leguas de la Corte, Claudia paro al caballo sin aliento y miró atrás. El gran complejo de torres estaba brillantemente iluminado; el Palacio de Cristal un brillante esplendor.

El caballo de Finn cayó pesadamente a la quietud junto a ella, su arnés tintineando. Él se quedó en silencio.

—¿Sabrá Jared que nos hemos ido?

—Le envié un mensaje.

La voz de ella era tirante; él la miró. —¿Qué va mal entonces?

Le tomo a ella un momento responder: —Medlicote me dijo que la Reina había sobornado a Jared.

—No hay posibilidad. No hay manera de que Jared...

—Está la enfermedad de él. Ella usaría eso en su contra.

Finn frunció el ceño. Bajo las perfectas estrellas, la Corte resplandecía, tan fría y cruel como diamantes esparcidos.

—¿Realmente él va a morir por eso?

—Creo que sí. Él hace luz de la misma. Pero creo que sí.

La desolación en su voz lo heló, pero ella se incorporó y mientras el viento azotaba su cabello, vio que no había lágrimas en sus ojos. El trueno retumbó a lo lejos. Quería decir algo reconfortante, pero el caballo estaba inquieto, estampando su impaciencia, y en la Prisión la muerte había sido tan familiar para sentirse extraño ahora.

Controlando el caballo, él lo trajo de vuelta alrededor de ella. —Jared es brillante, Claudia. Es demasiado inteligente para ser controlado por la Reina, o cualquier otra persona. No te preocupes. Confía en él.

—Le dije que lo haría.

Todavía ella no se movía. Él llegó y tomó su brazo. —Vamos. Necesitamos darnos prisa.

Ella se volvió y lo miró—. Tú podrías haber matado a Giles.

—Debería haberlo hecho. Keiro perdería la esperanza. Pero ese chico no es Giles. Soy yo. —Él se encontró con los ojos de ella—. De pie, allí con esa pistola apuntándome, lo sabía. Lo recordaba, Claudia. Lo recordaba. —Ella lo miró, asombrada.

Luego el caballo relinchó, y ellos miraron la luz de la Corte, todos sus cientos de velas, faroles y ventanas parpadearon y se apagaron. Por un minuto entero el Palacio estuvo en la oscuridad bajo las estrellas.

Claudia contuvo su respiración. Si ellos no volvían de nuevo... Si este era el fin. Luego el Palacio estaba flameante de nuevo.

Finn ofreció su mano. —Creo que deberías darme Incarceron. —Ella dudó. Luego sacó el reloj de su padre y se lo entregó, y él levantó el cubo de plata, así giró sobre su cadena.

—Mantenlo seguro, mi señor.

—La Prisión está tomando poder de sus sistemas. —Él miró hacia abajo al Palacio, dónde un clamor de campanas y gritos habían empezado a resonar.

—Y de nosotros —Claudia susurró.

* * *

—Tú no puedes. Rix, no puedes. —La voz de Attia era seria y baja, cualquier cosa que lo mantuviera calmado—. Es ridículo. Trabajé para ti, fuimos contra esa pandilla de bandidos juntos, esa multitud de la plaga en el pueblo. Me gustaste. Nos llevamos. No puedes herirme.

—Tú sabes demasiados secretos, Attia.

—¡Trucos baratos! Estafas. Todo el mundo los sabe. —Era la espada real, no una plegable. Ella lamió el sudor de su labio.

—Bueno, tal vez. —Él fingió considerar, y luego sonrió—. Pero tú ves, es el Guante. El robo que era imperdonable. El Guante está diciéndome hacerlo. Así que he decidido que vayas primero, y luego tu amigo allí puede ver. Será rápido, Attia. Soy un hombre misericordioso.

Keiro se quedó en silencio, como si estuviera dejándola a ella. Había renunciado sobre los nudos. Nada los desataría a tiempo.

Attia dijo: —Estás cansado, Rix. Estás loco. Lo sabes.

—He caminado unas cuantas Alas salvajes. —Desenvainó la espada experimentalmente a través del aire—. He rastreado algunos pasillos locos.

—Hablando de cuales... —Keiro dijo de repente—. ¿Dónde está esa jauría de fanáticos que usualmente viajan contigo?

—Descansando. —Rix se estaba emocionando—. Necesitaba actuar con rapidez.

—Él balanceó de nuevo la espada. Había una luz maliciosa en sus ojos que aterrorizó a Attia. Su voz era arrastrada por la ketamina—. ¡Mirad! —murmuro él—. Buscas un Sapien que te mostrará el camino de salida. ¡Yo soy ese hombre!

Era el farfallo de su acto. Ella luchó, pateando, sacudiéndose contra Keiro. —Él lo hará. ¡Está fuera de su cabeza!

Rix cambió de dirección a un público imaginario. —La forma que Sapphique toma mientras atraviesa la Puerta de la Muerte. ¡Llevaré esta chica allí y la traeré de vuelta!

El fuego crepitaba. Él hizo una reverencia a sus aplausos, a las filas de personas, levantó la espada en su mano. —Muerte. Te tememos. Nosotros haríamos cualquier cosa para evitarlo. Delante de tus ojos, verás los muertos vivos.

—No —Attia jadeó—. Keiro...

Keiro se quedó quieto. —No hay posibilidad. Él nos tiene.

El rostro de Rix estaba sofocado en luz roja, sus ojos brillantes como si tuviera fiebre. —¡La liberaré! La traeré de vuelta.

Con una azotante cuchillada que hizo que ella jadeara, la espada se elevó, y al mismo tiempo la voz de Keiro, acida, con desprecio y deliberadamente conversacional, vino desde la oscuridad detrás de ella.

—Así que dime, Rix, ya que parece que tú crees que eres Sapphique. ¿Cuál era la respuesta al enigma que le preguntaste al dragón? ¿Cuál es la Llave que abre el corazón?

23

Traducido por Emii_Gregori

Corregido por Nanis

*Él trabajó día y noche.
Hizo una capa que podía transformarlo,
hizo algo mejor que un hombre, una criatura
alada, bella como la luz.
Todas las aves le trajeron plumas.
Incluso el águila. Incluso el cisne.*

—**LEYENDAS DE SAPPHIQUE**

Jared estaba seguro de que todavía estaba delirando. Porque estaba en las ruinas de un establo y había un incendio, crujiendo fuertemente en el silencio de la noche.

Las vigas eran una red de agujeros sobre su cabeza, y en algún lugar una lechuza se quedó mirándolo con ojos asombrados. Desde algún lugar el agua goteaba. Las salpicaduras aterrizaban rítmicamente justo al lado de su rostro, como después de un gran aguacero. Un pequeño grupo de goteras se había formado, empapándolo en la paja.

Alguien colocó la mano en medio de las mantas; él intentaba ausentemente que se moviera, y los dedos largos y estrechos, se estiraron. Eran los suyos, entonces.

Se sentía desconectado, sólo vagamente interesado, como si hubiera estado fuera de su cuerpo en algún viaje largo y agotador. Como si hubiera regresado a casa para encontrar la casa fría y sin consuelo.

Su garganta, cuando lo recordaba, estaba seca. Sus ojos picaban. Su cuerpo, cuando se movía, le dolía.

Y debía estar delirando porque no había estrellas. En su lugar, a través del techo roto del edificio había un solo Ojo rojo colgado enormemente en el cielo, como la luna en algunos eclipses furiosos.

Jared estudiaba. Miró fijamente hacia atrás, pero él no estaba mirándolo. Estaba mirando al hombre.

El hombre estaba ocupado. Sobre sus rodillas él tenía un viejo abrigo —una túnica Sapienti, quizás— y en cada lado de él se levantaba un montón de plumas. Algunas eran azules, como las que había enviado Jared a través del Portal. Las otras eran largas y negras, como un cisne, y las marrones, el plumaje de un águila.

—Las azules son muy útiles —dijo el hombre, sin darse vuelta—. Gracias por ellas.

—El placer es mío —murmuró Jared. Cada palabra era un graznido.

El establo se iluminaba con pequeñas lámparas de oro, como las utilizadas en la Corte. O tal vez se trataba de estrellas, bajadas y apoyadas aquí y allá, colgadas en los alambres. Las manos del hombre actuaban con rapidez. Cosió las plumas en las calvas de la capa, fijándolas primero con toques de resina de brea que olían a piñas cuando caían sobre la paja. Azules, negras, marrones. Una capa de plumas, ancha como las alas.

Jared hizo un esfuerzo para incorporarse, y lo logró, se apoyó contra la pared vertiginosamente. Se sentía débil y tembloroso.

El hombre puso la capa a un lado y se acercó. —Tómate tu tiempo. Hay agua aquí.

Él trajo una jarra y una copa, y la vertió. Mientras se la tendía a Jared observó que el dedo índice de su mano derecha había desaparecido, una cicatriz suave con costura en el nudillo.

—Sólo un poco, Maestro. Es muy fría.

Jared apenas sintió el golpe en la garganta. Mientras bebía vio al hombre de cabello oscuro y el hombre le devolvió la mirada, una sonrisa lamentable, y triste.

—Gracias.

—Hay un solo bien cerca de aquí. La mejor agua del Reino.

—¿Cuánto tiempo he estado aquí?

—No hay tiempo aquí, recuerda. El tiempo parece estar prohibido en el Reino. —Él se echó hacia atrás, y había plumas pegadas en él, y sus ojos eran constantes y obsesivos como los de un halcón.

—Tú eres Sapphique —dijo Jared en voz baja.

—Tomé el nombre en la Prisión.

—¿Es ahí donde estamos?

Sapphique sacó plumaje de su cabello. —Esta es una prisión, Maestro. Ya sea dentro o fuera, he aprendido, que no es realmente importante. Me temo que ambos pueden ser lo mismo.

Jared luchó por pensar. Él había estado cabalgando en el Bosque. Había muchos proscritos en el Bosque, muchos woodwooses¹¹ y locos. Aquellos que no podían soportar el estancamiento de la Era, vagaban como mendigos. ¿Era este uno de ellos?

Sapphique se echó hacia atrás, estirando las piernas. A la luz del fuego lucía joven y pálido, su cabello lacio con los bosques húmedos.

—Pero Escapaste —dijo Jared—. Finn me ha contado algunos de los cuentos que hablan de ti allí, en Incarceron —se frotó la cara y la encontró áspera, sin afeitar debidamente. ¿Cuánto tiempo había estado él aquí?

—Siempre hay historias.

—¿No son verdaderas?

Sapphique sonrió. —Eres estudioso, Jared. Sabes que la palabra verdad es un cristal, como la Llave. Luce transparente, pero tiene muchas facetas. Diferentes luces, roja, dorada y azul, parpadeando en sus profundidades. Sin embargo, abre la puerta.

—La puerta... Has encontrado una puerta secreta, dicen.

Sapphique vertió más agua. —¿Cómo he buscado por ella! Pasé toda la vida buscándola. Me olvidé de mi familia, mi casa, entregué sangre, lágrimas, un dedo. Me hice las alas y volé tan alto como el cielo me permitía. Me quedé hasta ahora en la oscuridad que parecía no haber final para el abismo. Y sin embargo, al final, allí estaba, una puerta pequeña, simple en el corazón de la Prisión. La salida de emergencia. Justo ahí todo el tiempo.

Jared tomó un sorbo de agua fría. Debió ser una visión, como Finn tenía en sus ataques. Él mismo probablemente estaba delirante ahora en el bosque lluvioso oscuro. ¿Y sin embargo podría ser tan real?

—Sapphique... Tengo que preguntarte...

—Pregunta, mi amigo.

—La puerta. ¿Pueden todos los prisioneros huir por ella? ¿Es eso posible?

Pero Sapphique estaba reuniendo el abrigo de plumas y estaba examinando sus agujeros. —Cada hombre tiene que encontrarse a sí mismo, como yo lo hice.

¹¹ Melenudo de las maderas: una figura mitológica que aparece en las ilustraciones de la Europa medieval.

Jared se echó hacia atrás. Él tiró de la manta que le rodeaba, temblando y cansado. En la lengua del Sapienti dijo suavemente: —Dime, Maestro, ¿sabía usted que Incarceron era pequeña?

—¿Lo era? —Respondió Sapphique en el mismo lenguaje, sus ojos verdes como él, miraron hacia arriba iluminado por profundos puntos de la llama—. A ti, tal vez. No para sus prisioneros. Todas las prisiones son un universo para sus interiores. Y piensa, Jared Sapiens. ¿No podría el Reino también verse pequeño, balanceándose de las cadenas de algún ser en un mundo aún más enorme? Escapar no es suficiente, no responde a las preguntas. No es la libertad. Y entonces repararé mis alas y volaré a las estrellas. ¿Las ves? —Él señaló, y Jared respiró con temor, porque allí estaban, a su alrededor, las galaxias y las nebulosas, las miles de constelaciones que tantas veces había visto a través del telescopio de gran alcance en su torre, el resplandeciente brillo del universo.

—¿Oyes su canto? —murmuró Sapphique.

Pero sólo el silencio de la selva llegó a ellos, y Sapphique suspiró. —Muy lejos. Pero ellas sí cantan, y voy a escuchar esa música.

Jared negó con la cabeza. El cansancio se arrastraba sobre él, y el temor de la edad. —Tal vez la muerte es nuestro escape.

—La muerte es una puerta, sin duda. —Sapphique se detuvo enhebrando una pluma azul y lo miró—. ¿Temes a la muerte, Jared?

—Temo el camino hacia ella.

La cara angosta parecía iluminada en todos los ángulos por la luz del fuego. Dijo: —No dejes que la Prisión use mis Guantes, ya usa mis manos, habla con mi cara. Es todo lo que tienes que hacer, no permitas eso.

Había tantas preguntas que Jared quería hacer. Pero se escabulló de él como ratas en los agujeros y cerró los ojos y se echó hacia atrás. Al igual que su propia sombra, Sapphique se inclinó a su lado.

—Incarceron nunca duerme. Sueña, y sus sueños son terribles. Pero nunca duerme.

Apenas lo oyó. Él estaba tirando el telescopio, dentro sus lentes convexos, en un universo de galaxias.

* * *

Rix parpadeó.

Él hizo una pausa, por un segundo.

Luego llevo la espada hacia abajo. Attia se estremeció, palida, gritando pero la espada silbó detrás de ella y cortó las cuerdas que sostenían a Keiro, mellando su muñeca de modo que no sangrara. —¿Qué demonios estás haciendo? —Jadeó ella, luchando lejos.

El mago ni siquiera la miró. Señaló con la hoja temblorosa a Keiro. —¿Qué has dicho?

Si Keiro estaba sorprendido, no lo demostró. Miró hacia atrás, y su voz era fría y cuidadosa. —Dije, ¿cuál es la llave que abre el corazón? ¿Qué te pasa, Rix? ¿No puedes responder a tu propio enigma?

Rix estaba blanco. Se dio media vuelta y caminó en círculos rápidamente y volvió. —Eso es todo. Eres tú. ¡Eres tú!

—¿Qué soy yo?

—¿Cómo puedes ser tú? ¡No quiero que seas tú! Durante un tiempo pensé que podía ser ella.

Él clavó la espada en Attia. —Pero ella nunca me lo dijo, ¡nunca se me acercó diciéndolo!

Midió otro círculo frenético.

Keiro había sacado su cuchillo. Cortando las cuerdas en sus tobillos murmuró: —Él está equivocado.

—No. Espera. —Attia miró a Rix, sus ojos muy abiertos—. Te refieres a la Pregunta, ¿no? La Pregunta que una vez me dijiste que sólo tu aprendiz alguna vez te haría. ¿Eso era todo? ¿Keiro la preguntó?

—Él lo hizo. —Rix no parecía estar quieto aún. Estaba temblando, sus largos dedos agarrándose y aflojándose del mango de la espada—. Es él. Eres tú. —Arrojó la espada hacia abajo y se abrazó a sí mismo—. Un ladrón Escoria es mi Aprendiz.

—Todos somos Escoria —dijo Keiro—. Si tú piensas que...

Attia le hizo callar con una mirada. Tenían que ser muy cuidadosos aquí.

Él se deshizo de las cuerdas y estiró los pies con una mueca. Luego se inclinó hacia atrás y vio que ella le entendía. La mentira rió con su sonrisa más encantadora. —Rix. Por favor, siéntate.

El mago larguirucho se derrumbó y se encogió como una araña. Su consternación casi hizo a Attia querer reír en voz alta, y sin embargo sentía pena por él. Un sueño

le había mantenido por años, el hacerlo realidad, y ahora estaba devastado por la decepción.

—Esto lo cambia todo.

—Ya lo creo. —Keiro arrojó la espada hacia Attia—. Así que soy aprendiz de hechicero, ¿verdad? Bueno, podría ser útil.

Ella frunció el ceño. Bromear era estúpido. Tenían que utilizar esto.

—¿Qué significa? —Keiro se inclinó hacia delante, su enorme sombra sobre la pared de la cueva.

—Esto significa que la venganza está olvidada. —Rix miró fijamente inexpresivo a las llamas—. El Arte Magicke tiene reglas. Esto significa que tengo que enseñarte todos mis trucos. Todas las sustituciones, las replicaciones, las ilusiones. Cómo leer la mente, las palmas y las hojas. Cómo desaparecer y reaparecer.

—¿Cómo ver a las medias personas?

—Eso también.

—Genial.

—Y los escritos secretos, el arte oculto, las alquimias, los nombres de los Grandes Poderes. Cómo resucitar a los muertos, cómo vivir por siempre. Cómo hacer que el oro se vierta de la oreja de un burro.

Ellos miraron fijamente a su cara absorta, sombría. Keiro levantó una ceja hacia Attia. Ambos sabían lo precario que esto era. Rix era inestable como para matar, sus vidas dependían de sus caprichos. Y él tenía el Guante.

Suavemente ella dijo: —¿Entonces todos somos amigos de nuevo ahora?

—¡Tú! —Él miró hacia ella—. ¡No tú!

—Ahora, ahora, Rix. —Keiro lo enfrentó—. Attia es mi esclava. Ella hace lo que yo diga.

Ella se tragó su furia y desvió la mirada. Él estaba disfrutando de esto. Él se burlaría de Rix a pocos centímetros de la Locura, luego, sonreiría y encantaría al peligro lejos. Ella quedó atrapada aquí entre ellos, y tenía que quedarse, por el Guante. Porque tenía que conseguirlo antes de que Keiro lo hiciera.

Rix parecía hundido en el letargo. Y, sin embargo después de un momento asintió con la cabeza, se murmuró a sí mismo y se dirigió a la carreta, tirando las cosas.

—¿Comida? —dijo Keiro optimistamente.

Attia susurró: —No tientes a tu suerte.

—Por lo menos tengo suerte. Soy el Aprendiz, puedo torcerlo a él alrededor de mi dedo como un alambre flexible.

Pero cuando Rix regresó con el pan y el queso, Keiro lo comió con tanta gratitud como Attia, mientras que Rix veía y masticaba ketamina y parecía recuperar su sentido del humor con dientes separados. —¿Robando no pago bien en estos días entonces?

Keiro se encogió de hombros.

—Todas las joyas que llevas; Sacos de botín —Rix rió disimuladamente—. Ropa fina.

Keiro lo fijó con un ojo frío. —Entonces, ¿cuál es el túnel por el que salimos?

Rix miró a las siete ranuras. —Ahí están. Siete arcos estrechos. Siete aperturas en la oscuridad. Una conduce al corazón de la Prisión. Pero dormiremos ahora. En el Amanecer, te llevo a lo desconocido.

Keiro chupó sus dedos. —Cualquier cosa que diga, jefe.

* * *

Finn y Claudia cabalgaron toda la noche. Galopaban bajo las oscuras calles del Reino, haciendo ruido sobre puentes y vados donde los patos soñolientos batieron de los juncos, graznando. Ellos hicieron sonidos de cascos de caballos por los pueblos fangosos donde los perros ladraban y sólo el ojo de un niño al borde de un obturador levantado los vio pasar.

Se habían convertido en fantasmas, Claudia pensó, o en sombras. Envueltos en negro fuera de la ley, huyeron de la Corte, y detrás de ellos podría haber un alboroto, la Reina furiosa, el vengativo Impostor, los criados en pánico, el ejército ordenando que se fueran.

Esto era rebelión, y nada sería lo mismo ahora.

Ellos habían rechazado el Protocolo. Claudia llevaba oscuros pantalones y chaqueta y Finn había arrojado las mejores galas del Impostor en la cobertura. Mientras el amanecer comenzaba a romperse, ellos encabezaron una subida y se encontraron muy por encima del campo de oro, los gallos cantando en sus hermosos corrales, sus chozas pintorescas brillando en la nueva luz.

—Otro día perfecto —Finn murmuró.

—No por mucho tiempo tal vez. No si Incarceron tiene su manera.

Con gravedad, ella abrió el camino abajo por la pista.

Al mediodía estaban demasiado cansados para continuar, los caballos tropezaban con cansancio. En un establo sombreado por olmos, encontraron la paja amontonada en un desván débil inclinado por el sol, donde embotadas moscas zumbaban y palomas arrullaban en las vigas. No había nada para comer.

Claudia se acurrucó y durmió. Si ellos hablaban, ella no lo recordaría.

Cuando se despertó estaba en un sueño de alguien llamando insistentemente a su puerta, de Alys diciendo: —Claudia, tu padre está aquí. Vístete, Claudia.

Y luego suave en su oído, el susurro de Jared: —¿Confías en mí, Claudia?

Con un suspiro se sentó en posición vertical.

La luz se desvanecía. Las palomas se habían ido y el establo se quedó en silencio, con sólo un crujido en la esquina que podrían haber sido los ratones.

Ella se inclinó hacia atrás, lentamente, en un codo.

Finn estaba de espaldas a ella, dormía con su cuerpo acurrucado en la paja, la espada en su mano.

Ella lo miró por un rato hasta que su respiración se alteró, y aunque él no se movió, sabía que estaba despierto. Ella dijo: —¿Cuánto recuerdas?

—Todo.

—¿Cómo por ejemplo?

—Mi padre. Cómo murió. Bartlett. Mi compromiso contigo. Toda mi vida en la Corte antes de la Prisión. En robos... borroso, pero allí. Lo único que no sabemos es lo que pasó entre la emboscada en el bosque y el día en que me desperté en la celda de la Prisión. Tal vez nunca lo haré.

Claudia señaló a sus rodillas y tomó la paja de ellas.

¿Era esta la verdad? ¿O lo había hecho tan necesario para él saber que se había convencido a sí mismo?

Tal vez su silencio reveló sus dudas. Se dio la vuelta. —Tu vestido ese día era plateado. Eras tan pequeña, llevabas un pequeño collar de perlas y ellos me dieron rosas blancas para presentarme a ti. Tú me diste tu retrato en un marco de plata.

¿Se había parecido a la plata? Ella había pensado en el oro.

—Yo tenía miedo de ti.

—¿Por qué?

—Me dijeron que tenía que casarme contigo. Pero eras tan perfecto, y brillante, tu voz era tan brillante. Sólo quería ir a jugar con mi nuevo perro.

Ella lo miró fijamente. Y dijo: —Vamos. Ellos estarán probablemente sólo horas por detrás.

Por lo general se tomaba tres días para viajar entre la Corte y la Wardenry, pero era con paradas de venta y carruajes. Al igual que este era un galope implacable, dolorido y cansado y deteniéndose sólo para comprar pan duro y cerveza de una chica que salía corriendo de una casa de campo destartalada. Cabalgaron los últimos molinos de agua y las iglesias, sobre amplias bajadas donde las ovejas se dispersaban por delante de ellos, por setos de lana, enganchándose, sobre las zanjas y las amplias cicatrices de hierbas cultivadas de las guerras antiguas. Finn le dejó a Claudia conducir. Ya no sabía dónde estaban, y todos los huesos de su cuerpo le dolían por la tensión de la equitación desacostumbrada. Pero su mente estaba clara, más clara y más feliz de lo que alguna vez recordaba. Vio la tierra nítida y brillante, los olores de la hierba pisoteada, el canto de los pájaros, la niebla suave que se levantaba de la tierra parecía algo nuevo para él. No se atrevía a esperar que los ataques hubieran terminado. Pero tal vez su memoria había traído algo de su antigua fuerza, algunas certezas.

El paisaje cambió lentamente. Se convirtió en colinas, los campos más pequeños, los setos de masas gruesos, inajustadas de roble y abedul y acebo. Toda la noche cabalgaron a través de ellos, por senderos y caminos secretos y caminos de caballos mientras Claudia se hizo cada vez más y más segura de dónde estaba.

Y luego, cuando Finn estaba casi dormido en la silla, su caballo redujo la marcha en un alto, y él abrió los ojos y miró hacia abajo en una antigua casa señorial, pálido en la tenue luz de la luna rota, su foso un brillo de plata, sus ventanas iluminadas con velas, el perfume de sus rosas fantasmales dulces en la noche.

Claudia sonrió con alivio. —Bienvenido a la Wardenry. —Entonces ella se echó a reír con tristeza. —Me fui en un carro lleno de galas para ir a mi boda. Qué manera de volver.

Finn asintió con la cabeza. —Pero tú aún tienes al Príncipe —dijo.

24

Traducido por Sheilita Belikov

Corregido por Emii_Gregori

La gente te amará si les hablas de tus miedos.

—EL ESPEJO DE LOS SUEÑOS A SAPPHIQUE

—¿Y bien?

Rix sonrió. Con un ademán de artista señaló el tercer túnel de la izquierda.

Keiro se acercó a él y miró el interior. Parecía tan oscuro y maloliente como el resto.

—¿Cómo sabes?

—Oigo el latido del corazón de la Prisión.

Había un pequeño Ojo rojo justo en el interior de cada uno de los túneles. Todos observaban a Keiro.

—Si tú lo dices.

—¿No me crees?

Keiro se volvió. —Como dije, tú eres el jefe. Lo que me recuerda, ¿cuándo comienzo mi entrenamiento?

—Ahora mismo. —Rix parecía haber superado su decepción. Tenía un aspecto engreído esta mañana; sacó una moneda en el aire delante de los ojos de Keiro, la hizo girar, y se la tendió a él—. Practica moviéndola entre tus dedos de esta manera. Y así. ¿Lo ves?

La moneda se mecía entre sus huesudos nudillos.

Keiro la agarró. —Estoy seguro de que puedo manejar eso.

—Has hurgado en suficientes bolsillos como para ser hábil, quieres decir.

Keiro sonrió. Escondió la moneda en la palma de su mano, luego la hizo reaparecer. Luego la hizo pasar gratamente por sus dedos, no tan bien como Rix pero mucho mejor de lo que Attia pudo haberlo hecho.

—Podrías hacerlo mejor —dijo Rix con altanería—. Pero mi Aprendiz es un natural.

Él se dio la vuelta, ignorando por completo a Attia, y entró en el túnel.

Ella lo siguió, sintiéndose triste y un poco celosa. Detrás de ella la moneda tintineó cuando a Keiro se le cayó, y maldijo.

El túnel era alto y sus paredes lisas perfectamente circulares. Estaba iluminado sólo por los Ojos, los cuales estaban colocados a intervalos regulares en el techo, de modo que el resplandor rojo fuera distante antes de que el próximo hiciera que sus sombras aparecieran en el suelo.

¿Estás vigilándonos muy de cerca? Attia quería preguntar. Podía sentir a Incarceron aquí, su curiosidad; su necesidad, respirando en su oído, como un cuarto caminante en las sombras.

Rix estaba muy por delante, con una mochila en su espalda y la espada, y en algún parte, escondido en su persona, el Guante. Attia no tenía armas, nada que llevar. Se sentía vacía, porque todo lo que conocía o le pertenecía, había quedado atrás, en un pasado que estaba escapándose de su mente. A excepción de Finn. Ella todavía llevaba las palabras de Finn como un tesoro en sus manos. *No te he abandonado.*

Keiro venía de último. Su abrigo rojo oscuro estaba raído y andrajoso, pero llevaba un cinturón con dos cuchillos del vagón metidos en él y había refregado sus manos y cara y atado su pelo. Mientras caminaba le daba vueltas a la moneda entre sus dedos, la lanzaba y la atrapaba, pero todo el tiempo sus ojos azules estuvieron fijos en la espalda de Rix. Attia sabía por qué. Él todavía estaba resentido por la pérdida del Guante. Rix podría ya no querer venganza, pero ella estaba segura que Keiro sí.

Horas después ella se dio cuenta que el túnel estaba haciéndose más angosto. Las paredes estaban apreciablemente más cerca, y el color de ellas estaba cambiando a un rojo profundo. Se resbaló una vez, y mirando hacia abajo, vio que el piso de metal estaba mojado con algún líquido aherrumbrado, que fluía desde la oscuridad al frente.

Justo después de eso encontraron el primer cuerpo.

Había sido un hombre. Yacía tendido contra la pared del túnel, como si hubiera sido arrastrado hasta allí por alguna inundación súbita, su torso reducido a poco más que un esqueleto con harapos colgados.

Rix se inclinó sobre él y suspiró. —Pobre pecio¹² humano. Llegó más lejos que la mayoría.

¹² Restos flotantes.

Attia dijo: —¿Por qué sigue aquí? ¿No se recicló?

—Porque la Prisión está preocupada por su Gran Obra. Los sistemas han dejado de funcionar. —Parecía haber olvidado que ya no hablaría con ella nunca más.

Tan pronto como él siguió andando, Keiro murmuró: —¿Estás conmigo o no?

Ella frunció el ceño. —Tú sabes lo que pienso sobre el Guante.

—Eso es un no entonces. —Ella se encogió de hombros—. Haz lo que quieras. Parece que estás de vuelta a ser el perro-esclavo. Esa es la diferencia entre nosotros.

Pasó por delante y ella miró su espalda.

—La diferencia entre nosotros —ella dijo—, es que tú eres una Escoria arrogante y yo no.

Él se rió, y lanzó la moneda.

Pronto hubo restos por todas partes. Huesos, cadáveres de animales, barredoras destrozadas, bultos enredados de cables y componentes estropeados. El agua aherrumbrada corría sobre ellos, más ahora, y los Ojos de Incarceron lo veían todo. Los viajeros se abrieron camino a través de ello, con el agua hasta las rodillas, y fluyendo rápido.

—¿No te importa? —Rix espetó de repente, como si sus pensamientos hubieran salido abruptamente de él. Él estaba mirando hacia abajo a lo que podría haber sido un medio hombre, su cara metálica sonriente a través del agua—. ¿No sientes lástima por las criaturas que se arrastran en tus venas?

La mano de Keiro estaba en su espada pero las palabras no eran para él. La respuesta vino como risa; un profundo estruendo que hizo temblar el suelo y parpadear las luces.

Rix palideció. —¡No lo decía en serio! Fue sin ánimo de ofender.

Keiro se acercó y lo agarró. —¡Idiota! ¡Quieres que inunde esto y nos arrastre a todos!

—No va a hacer eso. —La voz de Rix era temblorosa pero desafiante—. Tengo su más grande deseo.

—Sí, ¿y si estás muerto cuando lo entregues le va a importar a Incarceron? ¡Mantén la boca cerrada!

Rix lo miró fijamente. —Yo soy el maestro. No tú.

Keiro pasó junto a él y caminó a través del agua. —No por mucho tiempo.

Rix miró a Attia. Pero antes de que ella pudiera hablar, él avanzó rápidamente.

Todo el día el túnel se redujo. Después de tres horas el techo era tan bajo que Rix podía extender la mano y tocarlo. La corriente del agua era un río ahora; objetos eran arrastrados en él, pequeños escarabajos y ovillos de metal. Keiro sugirió una antorcha, y Rix encendió una de mala gana; en su humo acre vieron que las paredes del túnel estaban cubiertas de espuma, una espuma lechosa obliterando pintadas que parecían haber estado allí por siglos: nombres, fechas, maldiciones, oraciones. Y allí había un sonido también, haciendo suavemente un ruido sordo durante horas antes de que Attia fuera consciente de que podía oírlo, una vibración profunda y palpitante, la vibración que había sentido en su sueño en el Nido del Cisne.

Ella se acercó a Keiro cuando él se detuvo a escuchar. Frente a ellos el túnel se redujo en la oscuridad.

—El latido del corazón de la Prisión —dijo ella.

—Silencio...

—¿Seguro que puedes oírlo?

—No eso. Algo más.

Ella guardó silencio, oyendo sólo el chapoteo del vadeo de Rix detrás de ellos, doblado bajo el peso de su mochila. Y entonces Keiro maldijo, y ella también lo oyó. Con un chillido sobrenatural una bandada de pequeños pájaros de color rojo sangre salió disparada del túnel, con pánico, por lo que Rix se agachó.

Detrás de los pájaros, algo enorme se avecinaba. No podían verlo todavía, pero podían oírlo; se estregaba y chirriaba contra los lados, como si fuera de metal, una gran maraña de una masa afilada arrastrada por la corriente. Keiro hizo girar la antorcha, esparciendo chispas; él exploró el techo y las paredes. —¡Retrocedan! ¡Nos va a aplastar!

Rix parecía enfermo. —¿Retroceder a dónde?

Attia dijo: —No hay ningún lugar. Tenemos que seguir adelante. —Era una decisión difícil. Y sin embargo Keiro no dudó. Corrió en la oscuridad, trastabillando en las aguas profundas, con la antorcha derramando brea ardiente como estrellas hacia el torrente. El estruendo del objeto que se aproximaba llenó el túnel; al frente en la oscuridad Attia podía verla ahora, una enorme bola de cables enredados, proyectando luz roja desde sus ángulos mientras rodaba hacia ellos.

Ella agarró a Rix y lo empujó, directamente en el camino de la cosa, saber que era enorme y mortal provocó un abultamiento sofocante en sus oídos y garganta.

Keiro gritó.

Y entonces él desapareció.

Fue muy repentino, como un truco de magia, por lo que Rix dio un alarido de rabia y ella casi tropezó, pero luego se movió torpemente hacia el lugar, y el ruido de la gran bola de malla estaba en ella, sobre ella y más allá de ella.

Una mano se extendió rápidamente.

Ella fue llevada hacia un lado y cayó profundamente en el agua, Rix estrellándose sobre ella. Luego unos brazos rodearon su cintura y la levantaron a un lado, y los tres sintieron el calor abrasador cuando el objeto paso cortando junto a ellos, sus cuchillas haciendo chispas contra las paredes. Y vio lo que estaba sumergido frente a ella; remaches, cascos, bobinas de alambre y candelabros. Era una esfera compacta de minerales y vigas, empalando mil trapos de colores y desprendiendo un millón de pedazos de acero a su paso.

Cuando pasó ella sintió la fricción, el aire condensado explotando en sus tímpanos. Llenó el túnel totalmente; provocando un millón de chirridos y la oscuridadapestaba a chamusquina.

Y entonces fue acuñada herméticamente en la oscuridad, llenando el mundo, y su rodilla estaba doliéndole, y Keiro estaba levantándose y maldiciendo furiosamente por el estado de su abrigo.

Attia se puso de pie, lentamente.

Estaba ensordecida y atontada; Rix parecía aturdido.

La antorcha estaba apagada, flotando en el agua a la altura de sus muslos, y no había Ojo aquí, pero poco a poco ella distinguió la forma oscura de la bifurcación en el túnel que los había salvado.

Al frente había un resplandor rojo.

Keiro peinó hacia atrás su cabello.

Él levantó la vista hacia la superficie aplastada y enredada de la esfera; tembló, la fuerza del agua haciéndola vibrar contra las paredes constrictivas.

No había forma de volver ahora. Sobre el ruido él gritó algo, y aunque Attia no podía oírlo, sabía lo que era. Él señaló hacia delante, y empezó a vadear.

Ella se volvió y vio a Rix extendiendo la mano para tocar algo que resplandecía desde el metal, y vio que era una boca; las fauces abiertas de un gran lobo gruñendo, como si una estatua hubiera sido arrastrada hasta allí, y estuviera luchando por salir.

Ella tiró de su brazo. A regañadientes, él se dio la vuelta.

* * *

—Quiero levantado el puente levadizo. —Claudia marchó a lo largo del corredor quitándose su abrigo y guantes—. Arqueros en la casa del guarda, en cada tejado y en la torre de Sapient.

—Los experimentos del Maestro Jared... —murmuró el anciano.

—Empaqueten las cosas delicadas y llévenlas a las bodegas. Ralph, éste es F... el Príncipe Giles. Éste es mi mayordomo, Ralph...

El anciano hizo una reverencia profundamente, con los brazos llenos de la ropa dispersa de Claudia. —Señor. Estoy muy honrado de darle la bienvenida a la Wardenry. Sólo deseo...

—No tenemos tiempo. —Claudia se dio vuelta—. ¿Dónde está Alys?

—Arriba, madam. Llegó ayer, con sus mensajes. Todo ha sido hecho. Las tropas del Guardián han sido reclutadas. Tenemos dos centenares de hombres alojados en los establos y más están llegando cada hora.

Claudia asintió. Abrió las puertas de una gran sala con paneles de madera. Finn olió la fragancia de las rosas al exterior de los marcos de las ventanas abiertas mientras caminaba tras ella. —Muy bien. ¿Armas?

—Tendrá que consultar con el Capitán Soames, mi lady. Creo que está en las cocinas.

—Encuétralo. Y Ralph —se volvió—. Quiero a toda la servidumbre reunida en la sala de abajo en veinte minutos.

Él asintió con la cabeza, su peluca un poco torcida. —Me ocuparé de ello. —En la puerta, justo antes de retirarse, dijo—: Bienvenida de nuevo, mi lady. La hemos echado de menos.

Ella sonrió, sorprendida. —Gracias.

Cuando las puertas se cerraron Finn fue directo a las carnes frías y frutas colocadas sobre la mesa. —No estará tan contento cuando el ejército de la Reina se acerqué en el horizonte.

Ella asintió, y se sentó con cansancio en la silla. —Pásame un poco de ese pollo.

Durante un momento comieron en silencio. Finn miró alrededor de la habitación, su techo de yeso blanco enlucido con volutas y rombos, la gran chimenea con los emblemas del cisne negro. La casa estaba en calma, la quietud adormecida por las abejas y la fragancia de las rosas.

—Así que esta es la Wardenry.

—Sí —se sirvió un poco de vino—. Mía, y permanecerá mía.

—Es hermosa. —Él dejó su plato—. Pero no hay manera de que podamos defenderla.

Ella frunció el ceño. —Tiene un foso y un puente levadizo. Domina la tierra alrededor. Tenemos dos centenares de hombres.

—La Reina tiene artillería. —Él se puso de pie y caminó hacia la ventana, empujándola para abrirlo—. Mi abuelo eligió la Era equivocada para nosotros. Algo un poco más primitivo nos habría mantenido a la par. —Se dio la vuelta, rápidamente—. Ellos usarán las armas de la época, ¿no? ¿Crees que podría haber cosas que no conocemos sobre... las reliquias de la Guerra?

La idea la puso fría. Los Años de Ira habían sido un cataclismo que destruyó una civilización; su ímpetu había aquietado las mareas y ahuecado la luna. — Esperemos ser un objetivo demasiado pequeño. —Por un momento desmenuzó queso en el plato. Luego dijo—: Vamos.

La sala de la servidumbre era un murmullo de ansiedad. Mientras caminaba al lado de Claudia, Finn se dio cuenta que el ruido bajó, pero muy lentamente. Mozos y doncellas se volvieron; lacayos esperaban vestidos con elaborada librea empolvada.

Había una larga mesa de madera en el centro; Claudia se subió a un banco y luego a la mesa.

—Amigos.

Ellos se quedaron en silencio ahora, a excepción de las palomas arrullando en el exterior.

—Estoy muy contenta de estar de vuelta en casa. —Ella sonrió, pero él sabía que estaba tensa—. Pero las cosas han cambiado. Ustedes han recibido todas las noticias de la Corte, saben acerca de los dos candidatos al trono. Bueno, las cosas han llegado a tal punto que nosotros... yo... he tenido que tomar una decisión sobre la cual pido su apoyo. —Ella extendió su mano, y Finn subió al lado de ella—. Éste es el Príncipe Giles. Nuestro futuro rey. Mi prometido.

La última frase lo sorprendió pero trató de no demostrarlo. Él asintió con la cabeza hacia ellos seriamente y todos lo miraron, sus ojos abarcando todos los detalles de su ropa usada en el viaje, su rostro. Se encontró a sí mismo parado con la frente en alto, armándose de valor para no estremecerse ante dicho examen.

Él debía decir algo. Logró decir: —Les agradezco a todos su apoyo, —pero eso no produjo ni siquiera un murmullo. Alys estaba cerca de la puerta, con las manos apretadas firmemente entre sí.

Ralph, cerca de la mesa, dijo con valentía: —¡Dios lo bendiga, señor!

Claudia no esperó ninguna respuesta. —La Reina ha declarado al Impostor como su candidato. Esencialmente, esto significa guerra civil. Lamento decirlo con tanta franqueza, pero es importante que todos entendamos lo que está sucediendo aquí. Muchos de ustedes han vivido en la Wardenry por generaciones. Fueron la servidumbre de mi padre. El Guardián ya no está aquí, pero he hablado con él...

Eso produjo un murmullo.

—¿Él está a favor de este Príncipe? —preguntó alguien.

—Lo está. Pero me pidió que los tratara con respeto. Por eso les digo esto. —Ella se cruzó de brazos y los miró—. Las mujeres jóvenes y todos los niños se irán de inmediato. Les facilitaré una escolta armada hasta la aldea, aunque no será necesario. En cuanto a los hombres y el personal más antiguo, la elección es suya. Nadie que quiera irse será retenido. Aquí nunca más habrá Protocolo. Les estoy diciendo esto de igual a igual. Ustedes deben formarse su propia opinión. —Hizo una pausa, pero se hizo silencio, por lo que ella dijo—: Reúnanse en el patio a la campanada del mediodía, y los hombres del Capitán Soames se harán cargo de ustedes. Les deseo lo mejor.

—Pero mi lady —dijo alguien—. ¿Qué va a hacer? —Era un muchacho, cerca de la parte de atrás.

Claudia le sonrió. —Hola, Job. Nos quedaremos. Finn y yo vamos a utilizar la... maquinaria en el estudio de mi padre para tratar de contactar con él en Incarceron. Tomará tiempo, pero. . .

—Y el Maestro Jared, madam. —Una de las voces de las doncellas, sono ansiosa—. ¿Dónde está? Él sabría qué hacer.

Hubo un murmullo de acuerdo. Los ojos de Claudia se deslizaron a Finn. Ella dijo bruscamente: —Jared está en camino. Pero nosotros ya sabemos qué hacer. El verdadero rey ha sido encontrado, y aquellos que una vez trataron de destruirlo no deben tener éxito de nuevo.

Ella tenía el control, pero no los había convencido. Finn podía sentirlo. Había un descontento silencioso, una duda no dicha. Ellos la conocían muy bien, desde niña. Y sin embargo era un ama imperiosa que probablemente nunca habían querido. Ella no estaba hablando a sus corazones.

Por lo que él extendió su mano, y tomó la de ella. —Amigos, Claudia tiene razón en darles una elección. Todo se lo debo a ella. Sin ella yo estaría muerto ahora, o peor aún, arrojado de vuelta al infierno de Incarceron. Me gustaría poder decirles lo que su apoyo significa. Pero para eso tendría que describirles la Prisión, y no voy a hacer eso, porque no me atrevo a hablar de ello, me duele hasta pensar en ello.

Ellos estaban atentos; la palabra Incarceron actuaba a las mil maravillas. Finn permitió que su voz temblara.

—Yo era un niño. Fui llevado a la fuerza de un mundo de belleza y paz a un tormento de dolor y hambre, un infierno donde los hombres se matan unos a otros sin que importe, donde mujeres y niños se venden a sí mismos para sobrevivir. Yo sé sobre la muerte. He sufrido las miserias de los pobres. Conozco la soledad, sé cuán miserable es estar solo y aterrorizado en un laberinto de pasillos reverberantes y oscuro terror. Este es el conocimiento que Incarceron me dio. Y cuando sea Rey, este es el conocimiento que voy a utilizar. No habrá más Protocolo, no más miedo. Nadie más será encerrado. Haré todo lo posible, les juro que haré lo mejor que pueda para hacer de este Reino un verdadero paraíso, y un mundo libre para todos sus habitantes. E Incarceron también. Eso es todo lo que puedo decirles. Todo lo que puedo prometerles. Salvo que si perdemos voy a matarme antes de volver allí.

El silencio era diferente. Estaba atrapado en sus gargantas. Y cuando un soldado gruñó: —Yo estoy con usted, mi lord. —Otro replicó a la vez, y luego otro, y de repente la habitación era un bullicio de voces hasta que el agudo “Dios salve al Príncipe Giles” de Ralph los había hecho clamar su consenso.

Finn sonrió, lánguido.

Claudia lo miró, y cuando sus ojos se encontraron ella vio que había triunfo en él, reservado pero orgulloso.

Keiro tenía razón, ella pensó. Finn podía hacerse camino a la corona hablando.

Ella se dio la vuelta. Un lacayo se abría paso hacia ella, pálido y con los ojos muy abiertos. Ella se agachó, y su voz, débil y aterrorizada, silenció el alboroto.

—Están aquí, mi lady. El ejército de la Reina está aquí.

Traducido por Yolit Belikov

Corregido por Emii_Gregori

Algunos dicen que un péndulo se balancea en el corazón de la Prisión, o que hay una cámara que arde con energía, como el núcleo de una estrella. Por mi parte, creo que si Incarceron tuviera un corazón sería de hielo, y nada podría sobrevivir allí.

—DIARIO DEL LORD CALLISTON

El túnel se redujo rápidamente. Pronto Keiro quedó de rodillas con las manos en el agua, luchando por mantener la antorcha encendida. Detrás de él, Attia oyó el grito asombrado de Rix mientras se arrastraba, el paquete estaba colgado en su vientre, el techo estaba sobre su espalda. Y, ¿era su imaginación, o el aire estaba caliente?

Ella dijo: —¿Qué pasa si se hace demasiado pequeño?

—Que pregunta más estúpida —murmuro Keiro—. Moriremos. No hay manera de regresar.

Hacía más calor. Y se atragantaban con el polvo. Ella lo dejó en sus labios y en su piel. Arrastrarse era doloroso, sus rodillas y palmas le dolían por los cortes, el túnel se había reducido a un tubo ahora, un humo de color rojo y caliente pasó a través de ellos.

De repente Rix se paró en seco.

—¡Volcán!

Keiro se dio la vuelta.

—¿¿Qué?!

—Imagínate. El corazón de la prisión es una gran cámara sellada, comprimida de magma en el centro de su ser.

—Oh, por Dios...

—Y si llegamos a él, y lo traspasáramos así sea con una aguja...

—¡Rix! —dijo Attia ferozmente—. Eso no está ayudando.

Ella lo oyó respirar difícilmente. —Pero bien puede ser verdad. ¿Qué sabemos nosotros? Nada, pero podríamos saber. Podríamos entender todas las cosas a la vez.

Ella se retorció para mirar hacia atrás, estaban durando mucho en el agua. Él tenía el Guante en su mano.

—¡No! —siseó ella.

Miró hacia arriba y su rostro se iluminó con ese brillo astuto que ella había visto venir. Y luego él gritó, con voz ruidosa en ese espacio encerrado.

—ME PONDRÉ EL GUANTE. ME CONVERTIRÉ EN OMNISCIENTE.

Keiro estaba a su lado, con el cuchillo en su mano. —Voy a acabar con él ahora mismo. Te juro que lo haré.

—COMO EL HOMBRE EN EL JARDIN...

—¿Cuál jardín, Rix? —Ella preguntó en voz baja—. ¿Cuál jardín?

—El que está en la cárcel, en algún lugar. Tú sabes.

—No lo sé. —Ella tenía la muñeca de Keiro agarrada en su mano, apretándolo fuertemente—. Dime.

Rix acarició el Guante.

—Había un jardín, y un árbol creció allí con manzanas de oro, el que comiera una de ellas lo sabría todo. Y entonces Sapphique subió y mató al monstruo de varias cabezas y tomó una manzana, porque quería saber. Lo ves, Attia. Quería saber cómo escapar.

—Es verdad. —Ella se retorció sobre su espalda. Estaba cerca de de su cara picada.

—Y una serpiente salió de la hierba y dijo: Oh, continúa comiendo la manzana. Atrévete. Y él se detuvo entonces con ella a su boca porque sabía que la serpiente era Incarceron.

Keiro gimió. —Déjame...

—Mantén alejado el Guante, Rix. O dámelo.

Sus dedos acariciaron sus escamas oscuras. —Y si él se la comiera sabría cuan pequeño era. Cuan mucho de nada sería. Él se vería como una mancha en la inmensidad de la Prisión.

—Así qué, no se la comió, ¿verdad?

Rix la miro fijamente. —¿Qué?

—En una parte del libro dice, que no se la comió.

Se hizo un silencio. Algo pareció pasar sobre la cara de Rix, entonces frunció el ceño y cruzó una mira de enfado con ella, metió el Guante dentro de su abrigo.

—No sé de lo que estás hablando Attia. ¿Cuál parte del libro? ¿Por qué no nos vamos?

Ella lo miró por un instante y luego empujó a Keiro con el pie. Murmurando, él se colocó detrás. Todo había terminado de momento, pero había estado demasiado cerca. De alguna manera, de forma rápida, tenía que conseguir el Guante antes de que Rix fuera demasiado lejos.

Pero a medida que avanzaba por la suciedad pegajosa, ella tiró de Keiro pues sintió sus botas por delante, pero él no se movió.

Ella levantó la mirada y vio la luz de las antorchas que brillaban intensamente en el extremo del túnel.

Era una cámara redonda de piedra, y una sola gárgola miraba de reojo hacia abajo con su lengua hacia fuera. El agua se derramaba por su boca, un limo verde debajo por las paredes.

—¿Llegamos? ¿Es el final? —Ella estuvo a punto de caer de frente en el agua—. No podemos incluso dar la vuelta.

—Es el final del túnel. No el final de una línea —Keiro se había movido sobre su espalda y miraba hacia arriba, su pelo goteaba—. Mira.

En el techo justo encima de él, había un árbol redondo y alrededor de él había letras, siglas extrañas en un idioma que Attia no conocía.

—Letras Sapienti —Keiro se estremeció cuando una chispa de la antorcha cayó en su cara—. Gildas las utilizaba todo el tiempo. Y Mira eso.

Un águila. Su corazón dio un salto cuando vio la señal que Finn llevaba en su muñeca, sus amplias alas, y una corona alrededor de su cuello. Abajo a través del centro del agujero, al final, una liga a la deriva pasaba por encima de la mano de Keiro, colgando una escalera de cadena. A medida que la miraban, se estremeció ligeramente, con las vibraciones de arriba.

La voz de Rix era tranquila en la oscuridad detrás de ella. —Buena subida, Aprendiz.

* * *

No había establos.

Jared estaba en el centro del claro y miraba al borroso alrededor.

Ningún establo, ningunas plumas. Solo, en el piso del claro, un círculo quemado ennegrecido que alguna vez pudo haber sido la cicatriz de un incendio. Caminó alrededor de él. Los helechos eran profundos y rizados a la luz del amanecer, las telas de arañas parecían horquillas de lanas salpicadas con rocío, llenando una grieta entre el cogollo y el tallo.

Se mojó los labios secos, y luego se pasó la mano por la frente, detrás del cuello.

Él debió haber estado allí, quizás dos días, envuelto en la manta, delirando, el caballo resoplaba y un cultivo de hojas vagaba sin rumbo fijo cerca.

Su ropa estaba empapada por la humedad y el sudor, el pelo lacio, las manos picadas por insectos, y todavía no podía dejar de temblar. Pero sentía como si una puerta se abriera en su interior, algún puente había sido cruzado.

Caminando de regreso al caballo, sacó su bolsa de medicación y se agachó, teniendo en cuenta la dosis. Luego se inyectó la aguja fina en su vena, sintiendo la punzada aguda que siempre le hacía apretar los dientes. Retiró la aguja, la limpió y la guardó. Entonces tomó su propio pulso, se limpió con el rocío y un pañuelo y se lavó la cara, sonriendo al recordar repentinamente a una de las criadas en su casa preguntándole si el rocío era realmente bueno para el cutis.

Sin duda era fresco y frío.

Tomó en sus manos las riendas del caballo, y subió a su espalda.

No habría podido sobrevivir a tal fiebre sin calor. Sin agua. Debería haber muerto de sed, pero no lo estaba. E incluso nadie había estado allí.

Mientras impulsaba al caballo a un galope, pensó acerca del poder de la visión; ya bien que Sapphique haya sido un aspecto de su propia mente, o un ser real. Nada de eso era así de simple. Había estantes enteros de textos nuevos en la biblioteca que examinaban los poderes de la visión, de la memoria y de los sueños.

Jared sonrió débilmente a los árboles de la madera.

Para había sucedido. Era lo que importaba.

Cabalgó fuerte. Al mediodía ya se encontraba en las tierras de los Wardenry, cansado, pero sorprendido de sí mismo por su resistencia. En la finca, se bajó un poco rígido y le dieron leche y queso, el granjero, un hombre gordo y sudoroso apareció en el borde, con la mirada siempre vagando hacia el horizonte.

Cuando Jared ofreció dinero al hombre, él se lo devolvió.

—No Amo. Un Sapienti una vez compró la libertad de mi esposa, y nunca me olvidare de eso. Pero le doy un consejo. Hay una ráfaga encendida ahora, dondequiera que vaya estará limitado. Hay grandes apuros aquí.

—¿Apuros? —Jared lo miró.

—He escuchado que han condenado a Lady Claudia. Y ese muchacho con ella, el que dice ser el Príncipe.

—Él es el Príncipe.

El granjero hizo una mueca.

—Lo que usted diga, Señor. Las cosas políticas no son lo mío. Pero si se que la Reina tiene un ejército en marcha, y están aquí mismo ahora en Wardenry. Tienen tres graneros periféricos disparando desde ayer, y las ovejas son arrebatadas. Son ladrones de Escorias.

Jared lo miró fijamente con terror. Sujetando al caballo dijo: —Le agradecería Señor, que dijera que no me ha visto. ¿Entiende?

El granjero asintió con la cabeza.

—En estos tiempos difíciles, Señor. Solo el silencio es sabio.

Tenía miedo ahora, cabalgó con más cuidado, llevando las trayectorias del sendero y caminos, guardando los carriles profundos entre los altos setos. En un lugar, cruzando un camino, vio las huellas de cascos y carros; las grietas profundas de las ruedas arrastrando algún artículo de ferretería pesada. Frotó el grueso cuello del caballo.

¿Dónde estaba Claudia? ¿Qué había pasado en la Corte?

Al caer la tarde subió una zanja de bosque pequeño de hayas en una colina. Los arboles estaban tranquilos, sus hojas cepilladas solo por una sueva brisa, llenas de silbidos de pequeños pájaros invisibles.

Jared se bajó y se detuvo por un momento dejando que el dolor en la espalda y las piernas pasara. Entonces ató al caballo y caminó con cautela a través de las hojas desordenadas, que crujían con cada paso.

Debajo de las hayas nada había crecido, él se movió de árbol en árbol, tropezando hasta que se topó con un zorro.

—Señor Zorro —Jared murmuró.

El zorro se detuvo por un segundo. Luego se dio media vuelta y se alejó al trote. Más tranquilo siguió caminando hasta la orilla de los árboles y se agachó detrás de un ancho tronco. Con cuidado, miró a su alrededor.

Un ejército estaba acampando en la ladera¹³. Alrededor de la antigua casa de los Wardenry había tiendas de campaña y carros y el brillo de las armaduras. Escuadrones de caballerías cabalgaban con exhibición arrogante, una masa de soldados cavaban una gran zanja en el ancho césped.

Jared respiró pesadamente.

Podía ver a más hombres que llegaban por carriles, piqueros dirigidos por el baterista y un reproductor de Fife, el silbido cañaveral era audible incluso donde él estaba. Las banderas se agitaban por todas partes, y a la izquierda, las yescas brillaban de un rosa claro, un gran pabellón estaba siendo levantado por hombres sudados.

La tienda de la Reina.

Miró hacia la casa. Las ventanas estaban cerradas, el puente elevadizo levantado firmemente. En el techo de la casa el metal del guarda brillaba, él pensó que había hombres allí, y quizás el cañón que fue guardado allí había sido preparado y trasladado hasta las almenas. En su propia torre había alguien en su muro.

Suspiro y se dio la vuelta para sentarse de rodillas encima de las hojas caídas.

Esto era un desastre, no había manera que el Wardenry soportara cualquier clase de ataque. Sus paredes eran gruesas pero era una mansión fortificada no un castillo.

Claudia debía simplemente ganar más tiempo. Debía planear utilizar el Portal.

El pensamiento lo hizo agitarse, se puso de pie y caminó. ¡Ella no tenía ni idea de los peligros de ese dispositivo! Tenía que llegar al interior antes que hiciera algo estúpido.

El caballo relinchó.

Se quedó inmóvil, escuchando las pisadas detrás de él. Los pasos a través del crujido de las hojas.

Y entonces la voz, ligeramente burlona.

—Bueno, Señor Jared. ¿No se supone que deberías estar muerto?

¹³ Parte de una montaña. [N. de T]

* * *

— ¿Cuántos? — Finn preguntó.

Claudia tenía un visor que magnificó las cosas. Miraba fijamente con él, contando.

— Siete, ocho. No estoy segura de lo que es esa máquina a la izquierda de la tienda de la Reina.

— Apenas importa — El capitán Soames, un hombre gris, rechoncho, sonaba melancólico—. Ocho piezas de artillería podían acabar con todos nosotros haciéndonos pedazos.

— ¿Qué tenemos? — Finn preguntó en voz baja.

— Dos cañones, mi Señor. Uno auténtico, el otro una mezcla de metales comunes, es probable que exploten si tratamos de disparar. Ballestas, arcabuces, piqueros, arqueros. Diez hombres con mosquetes. La caballería cerca de ochenta.

— He conocido un peor pronóstico — dijo Finn, pensando en una de las pocas embostadas que había intentado contra el Comitatus.

— Seguro — dijo Claudia con acritud—. ¿Y cuántas fueron las muertes?

Él se encogió de hombros.

— En la Prisión, nadie contaba.

Debajo de ellos, una trompeta sonó, una, dos, tres veces. Con un gran rechinar por los engranajes, el puente comenzó a crujir mientras bajaba.

El capitán Soames se dirigió hacia la escalera circular.

— Estabilícese allí. Y prepárese para tirar hacia arriba cuando dé la orden.

Claudia bajó el visor. — Ellos están buscando. Nadie hace ningún movimiento.

— La Reina no ha llegado. Un hombre llegó ayer por la noche diciendo que ella y el Consejo están haciendo un progreso real para mostrar al Impostor, que está en Mayfield, y estará aquí en horas.

Con un ruido sordo, el puente ya estaba abajo. La parvada de cisnes negros del foso salió ruidosamente hasta el final de la maleza y aletearon.

Claudia se inclinó sobre las almenas.

La mujer caminaba lentamente, con paquetes en su espalda. Llevaba algunos niños. Las niñas mayores caminaban tomadas de las manos con sus hermanos y hermanas. Se volvieron, saludando a las ventanas. Detrás, en una gran carreta

tirada por un caballo más grande, los sirvientes más antiguos iban sentados firmemente, meciéndose por los hoyos en el puente de madera.

Finn contó veintidós.

—¿Es Ralph el que va ahí?

Claudia se rió.

—Yo se lo ordené. Y él dijo, “Sí mi señora. ¿Qué requerirá usted para la cena esta noche?” Él piensa que este lugar se caería sin él.

—Él, como todos nosotros, sirve al Guardián —dijo el Capitán Soames—. Sin faltarle el respeto a usted, mi señora, pero el Guardián es nuestro Señor. Si él no está aquí, nosotros cuidamos su casa.

Claudia frunció el ceño.

—Mi padre no se merece a ninguno de ustedes.

Pero ella lo dijo en voz tan baja que sólo Finn lo escuchó.

Cuando Soames había ido a supervisar el puente elevadizo Finn estaba a su lado, mirando la caminata de las muchachas en el campamento de la Reina.

—Todos se preguntan. Quién está aquí, nuestros planes.

—Lo sé. Pero no voy a ser responsable de sus muertes.

—¿Crees que llegaran a eso?

Ella lo miró—.Tenemos que fijar negociaciones. Ganar tiempo. Trabajar en el Portal.

Finn asintió con la cabeza. Ella pasó junto a él en las escaleras y le dijo por encima del hombro.

—Vamos. Tú no debes estar aquí. Una flecha de ese campo, y sería todo.

Él la miro, cuando llegaron al final de las escaleras él dijo: —Tú crees en mí, Claudia, ¿verdad? Necesito que creas en ese recuerdo.

—Por supuesto que creo en ti —dijo—. Ahora vamos.

Pero ella estaba de espalda a él, y ella no se dio la vuelta.

* * *

—Es de noche. Sostén la antorcha más alto.

La voz de Keiro llegó impaciente por el túnel, los ecos sonaron huecos y extraños. Attia se estiró lo más alto que pudo, pero la luz de las antorchas le mostró nada de él. Entonces le grito a Rix. —¿Qué ves?

—No puedo ver nada. Me estoy quemando.

Arañazos y sonidos metálicos. El jurar murmurando que el túnel susurró a sí mismo. Attia preocupada dijo: —Ten cuidado.

Él no se molestó en contestar. La escalera de caracol se movió mientras ella luchaba por mantenerla quieta. Rix vino y tiró de ella con todo su peso, así era más fácil. Ella dijo: —Escucha Rix, mientras que estemos solos. Tienes que escucharme a mí. Keiro robara el Guante por ti. ¿Por qué no tirar un truco en él?

Él sonrió, malicioso.

—¿Te Refieras a darle uno falso? ¡Oh, mi pobre Attia! ¿Ese es el límite de tu astucia? Hasta un niño podría hacerlo mejor.

Ella lo miró.

—Por lo menos no lo voy a mandar a la Prisión. Por lo menos no nos matara a todos.

Le guiño un ojo.

—Incarceron es mi padre, Attia. Yo he nacido de sus células. No me va a entregar.

Disgustada, se apoderó de la escalera.

Y se dio cuenta que estaba en silencio.

—¿Keiro?

Esperaron, escuchando el ruido, *thud-thud-thud*, el latido del corazón de la prisión.

—¿Keiro? Respóndeme.

La escalera se movía fácilmente ahora, no había nadie en ella.

—¡Keiro!

Se oyó un ruido pero era sordo y lejano. De prisa metió la antorcha en las manos de Rix.

—Ha encontrado algo. Voy a subir.

Cuando ella escaló los primeros peldaños resbaladizos él dijo: —Si se trata de problemas, di la palabra “problema”. Entenderé.

Ella miró la cada picada de viruelas, su sonrisa desdentada. Entonces se giró hacia abajo y puso su cara cerca de él.

—¿Solo cuan loco eres Rix? ¿Mucho o en absoluto? Porque estoy comenzando a estar muy insegura.

Él arqueó una ceja. —Soy el Hechicero Oscuro, Attia. *Estoy irreconocible.*

La escalera se retorció y se deslizó en ella como si tuviera vida propia. Se volvió y subió rápidamente, pronto sin aliento, arrastrando su propio peso. Sus manos se deslizaron sobre el barro de las botas de Keiro que había dejado, el calor aumentó a medida que subía, un hedor sulfuroso le recordó con inquietud la idea de Rix y la cámara de magma.

Sus brazos le dolían, cada paso era ahora un esfuerzo y la antorcha muy por debajo, no era más que una chispa en la oscuridad. Se arrastró a sí misma hasta un peldaño más y se colgó rápido.

Y entonces se dio cuenta de que no había pared del túnel frente a ella, sino un espacio débilmente iluminado.

Y un par de botas.

Eran negras, en lugar de maltratadas, con una hebilla de plata en una y costuras rotas en la otra. Y el que las llevaba se inclinaba hacia abajo, porque su sombra estaba sobre ella y estaba diciendo: —Que agradable encontrarme con ustedes de nuevo, Attia.

Él se agacho y agarró su mentón y tiró de su boca hacia arriba y vio su sonrisa fría.

26

Traducido por darkemily

Corregido por Emii_Gregori

Observa, sé silencioso, actúa sólo cuando el momento sea correcto.

—LOS LOBOS DE ACERO

La puerta del estudio era exactamente igual, negra como el ébano, el desafío del cisne negro arrojándose en ellos, sus ojos brillantes como diamantes.

—Esto lo abrió una vez antes. —Claudia esperaba con impaciencia mientras el disco rechinaba. Detrás de ella, Finn estaba en el largo pasillo, mirando hacia abajo los floreros y armaduras.

—Un poco mejor que las bodegas del Tribunal —dijo—. Pero, ¿estás segura de que será el mismo portal? ¿Cómo puede ser?

El disco hizo clic. —No me preguntes. —Ella levantó la mano y lo rompió para apagarle—. Jared tenía una teoría que era un punto medio de camino entre aquí y la Prisión.

—¿Suponiendo que nosotros perdemos tamaño allí?

—No lo sé. —La cerradura de la puerta crujió, dio la vuelta al mango, y la abrió.

Cuando él la siguió en el umbral vertiginoso Finn miró a su alrededor. Luego asintió con la cabeza. —Asombroso.

El Portal era el cuarto que él había llegado a conocer en el Palacio. Todos los artilugios de Jared y cables aún arrastraban desde los controles, la gran pluma yacía acurrucada en un rincón, a la deriva como la brisa que tomaba. La habitación zumbaba en silencio, su escritorio y una silla solitaria enigmática como siempre.

Claudia cruzó el piso y dijo: —Incarceron.

Un pequeño cajón laminado se abrió. Dentro vio un cojín negro vacío en forma de llave en ella. —Aquí es donde me robe la Llave. Parece un largo tiempo. ¡Tenía tanto miedo ese día! Así que. ¿Dónde empezamos?

Se encogió de hombros. —Tú eres quien tenía a Jared de tutor.

—Él trabajó rápido como para explicarme todo.

—Bueno, tiene que haber notas. Diagramas...

—Las hay —Páginas apiladas sobre la mesa eran de la escritura en forma de araña de Jared, un libro de dibujos, listas de ecuaciones.

Claudia tomó una y suspiró. —Será mejor empezar. Esto podría tomar toda la noche.

Él no respondió así que levantó la vista y vio su rostro. Ella se puso de pie rápidamente. —Finn.

Estaba pálido, había un matiz azul alrededor de sus labios. Ella lo agarró y le hizo sentarse en el suelo, dando patadas en círculos a un lado. —Mantén la calma. Respira lentamente. ¿Tiene algunas de las pastillas que Jared confeccionó?

Él sacudió la cabeza, sintiendo la agonía invadirlo y oscurecer sus ojos, sintiendo la vergüenza y la ira que lo inundaban totalmente.

—Voy a estar bien —se oyó murmurar—. Voy a estar bien.

Él prefirió la oscuridad. Puso sus manos sobre sus ojos y se sentó allí, contra la pared gris, adormecido, respirando, contando.

Después de un tiempo Claudia se fue, él no estaba gritando, ni corriendo. Una taza se presionó en sus manos. —Agua —ella dijo, entonces—. Ralph se quedará contigo. Tengo que ir. La Reina ha llegado.

Él quería estar de pie pero no pudo. Q quería que ella se quedara, pero ya se había ido. La mano de Ralph estaba en su hombro, la voz temblorosa en su oído. —Estoy con usted, señor.

Esto no debería pasar. Si él recordara, estaría curado. *Él debería estar curado.*

* * *

Attia subió en la parte superior de la escalera y se puso en posición vertical. El Guardián dejó caer su mano. —Bienvenidos al corazón de Incarceron.

Ellos se miraron. Él llevaba un traje oscuro todavía, pero su piel estaba llena de granos ahora con la suciedad de la Prisión, su pelo desaliñado y canoso. Un fusil fue empujado en su cinturón.

Detrás de él, en la sala roja, Keiro de pie, miraba como si su temperamento estuviera bajo estricto control. Tres hombres tenían armas apuntándole.

—Nuestro amigo ladrón aquí no parece tener el Guante. Así que tú sí.

Attia se encogió de hombros. —Mal de nuevo. —Ella tomó su abrigo y tiró hacia abajo—. Vea usted mismo

El Guardián levantó una ceja. Dio patadas al abrigo de uno de los reclusos, que registraron rápidamente. —Nada, señor.

—Entonces debo buscar en usted, Attia.

Él era áspero y profundo y ella se quemaba por la ira pero cuando un grito ahogado salió del eje, se detuvo abruptamente. —¿Es ese el mago Rix?

Ella se sorprendió de que él no supiera. —Sí.

—Tráiganlo aquí. Ahora.

Ella se acercó al borde del pozo y se agachó.

—¡Rix! Sube. Es seguro. No hay problemas.

El Guardián tiró de ella hacia atrás, e hizo una señal a uno de sus hombres. Mientras Rix subía balanceándose por la ruidosa escalera, el hombre se arrodilló, apuntando con su fusil directamente en el agujero. Cuando la Cabeza de Rix se acercó, miró directamente a la boca del arma de fuego.

—Despacio, mago. —El Guardián se agachó, con los ojos grises y cenicientos—. Muy despacio, si quieres mantener tu cabeza.

Attia miró hacia Keiro. Él arqueó las cejas y ella movió la cabeza, el más mínimo movimiento. Ellos miraron a Rix.

Él salió del eje y levantó las manos lejos de su cuerpo.

—¿El Guante? —dijo el Guardián.

—Oculto. En un lugar secreto que revelare sólo al mismísimo Incarceron.

El Guardián suspiró, sacó un pañuelo que era aún casi blanco, y se limpió las manos. Con cansancio, dijo: —Regístrenlo.

Ellos fueron aún más duros con Rix. Unos cuantos golpes para mantenerlo tranquilo, su mochila destrozada, su cuerpo fue registrado por todos lados.

Ellos encontraron monedas escondidas, pañuelos de colores, dos ratones, una jaula plegable de paloma. Encontraron bolsillos ocultos, mangas falsas, forros reversibles. Pero no el Guante.

El Guardián se sentó a mirar, y Keiro holgazaneó insolentemente en el suelo de baldosas. Attia tuvo la oportunidad de mirar fijamente alrededor.

Ellos estaban en un pedrisco de adoquines blanco y negro. Ellos se extendían en la distancia, de las paredes colgaban rasos rojos, caídos en grandes extensiones. En el otro extremo, tan distante que podría apenas ser visto, había una larga mesa rodeada de candelabros a sus pies, las ramas iluminadas con pequeñas llamas.

Por último los presos se apartaron. —No hay nada más en él, señor. Está limpio.

Detrás de ella, Attia sintió a Keiro sentándose lentamente.

—Ya veo —La sonrisa del Guardián fue invernal—. Bueno, Rix, me decepcionas. Pero si usted desea hablar con Incarceron, entonces, hable. La Prisión le escucha.

Rix hizo una reverencia. Se abotonó la chaqueta andrajosa y convocó a su dignidad. —Entonces, majestad la voluntad de la Prisión escuchará mi petición. Pido hablar a Incarceron cara a cara. Como Sapphique hizo.

Había una suave risa. Esta salió de las paredes, el piso, la azotea, y los hombres armados miraron alrededor con terror.

—¿Qué dice usted a esto? —Él Guardián preguntó.

Digo que el Preso es imprudente, y que yo podría devorarlo ahora y recorrer el circuito de su cerebro por este conocimiento.

Rix se arrodilló, con humildad. —Toda mi vida he soñado con usted. He vigilado de su Guante, y tengo ganas de llevarlo a usted. Permita a su siervo este privilegio.

Keiro resopló con desprecio.

Rix miró a Attia.

Sus ojos se posaron en el eje, luego de vuelta. Fue un movimiento rápido que casi lo omitió, pero ella miró, y vio la cadena.

Era apenas visible, muy delgada y transparente, las cosas que utilizaba en sus actos de levitación de objetos. Fue colocada alrededor de un peldaño de la escalera, y se arrastró hacia abajo en el eje. Por supuesto. No había habido Ojos en el eje.

Ella dio un pequeño paso hacia ella.

La voz de la prisión era fría y metálica. *Estoy tan emocionado, Rix. El Guardián te traerá a mí, y sí, tú me vas a ver cara a cara. Tú me dirás donde está el Guante y luego recibirás tu recompensa que muy lentamente y con mucho cuidado yo destruiré, átomo por átomo, por siglos. Usted gritará como los Prisioneros en su registro destrozados, como Prometheus es comido a diario por el águila, al igual que Loki con gotas*

de veneno que caen en su rostro. Cuando yo escape y todos los demás estén muertos por sus luchas, todavía la Prisión se estremecerá.

Rix se inclinó, la cara blanca.

John Arlex.

El Guardián dijo secamente: —¿Y ahora qué?

Llévatelos a todos.

Attia se movió. Con un grito Keiro saltó por el eje, fue corriendo por ella. La cadena se abrió, ella se agarró a ella, arrastrada hacia arriba, le arrebató la cosa seca escamosa que lo sostenía, empujando por su camisa.

Luego la agarró por los brazos, ella pateó y mordió, pero los hombres del Guardián la levantaron y vio tirado a Keiro y el Guardián de pie sobre él, el arma en la mano.

El Padre de Claudia la miró con consternación fingida. —¿Escapar, Attia? No hay escape. Para cualquiera de nosotros.

Taciturno, se encontró con sus ojos y su mirada era sombría. Luego se alejó, por el largo pedrisco. —Tráelos.

Keiro se limpió la sangre de su nariz. Él le dio una mirada. Rix también. Esta vez, ella asintió con la cabeza.

* * *

Jared se volvió lentamente.

—Mi Señor de Steen —dijo.

Caspar se apoyó en un tronco del árbol. Llevaba una coraza de acero deslumbrante que duele verlo, pantalones y botas de cuero más fino.

—Veo mi señor que se viste para la guerra —murmuró Jared.

—Usted no solía ser tan sarcástico, Maestro.

—Lo siento. He tenido un tiempo de prueba.

Caspar sonrió. —Mi madre se sorprenderá de que sobreviviera. Ella ha estado esperando un mensaje de la Academia estos días, pero ninguno ha llegado —dijo un paso adelante—. ¿Lo mataste a él, Maestro, con alguna poción Sapient? ¿O usted tiene secreto y habilidades de combate?

Jared se miró las manos delicadas. —Digamos que yo me sorprendo incluso a mí, señor. ¿Pero esta la Reina aquí?

Caspar señaló. —Oh, sí. Ella no se lo perdería por nada en el mundo.

Un caballo blanco. Fue ensillado con el cuero blanco del más fino de los accesorios, Sia montó a horcajadas, con un vestido austero de color gris oscuro. Ella también llevaba un pectoral, y un sombrero con una pluma, alrededor y ante sus hombros se lució y marchó, sus armas se inclinaron en una serie perfecta.

Jared llegó para apoyar al conde. —¿Qué está pasando?

—Es una combinación. Van a hablar entre sí hasta la muerte. Mira, allí esta Claudia.

El aliento de Jared se apretó cuando la vio. Ella estaba de pie en el techo de la puerta de entrada, y Soames y Alys estaban con ella.

—¿Dónde está Finn? —murmuró para sí mismo, pero Caspar oyó y resopló.

—Cansado tal vez. —Él sonrió de soslayo a Jared—. Ah, Maestro Sapient, ella es arrojada a nosotros ahora. Admito que siempre tuve ojos para Claudia, pero casarme con ella, ese era el plan de mi madre. Ella habría resultado demasiado fuerte y mandona, así que no me interesa. Pero debe ser difícil para usted. Tú y ella estaban siempre tan cerca. Todo el mundo así lo dice. Hasta que *él* llegó.

Jared sonrió. —Usted tiene una lengua venenosa, Caspar.

—Sí. Y te pica, ¿no? —Se dio la vuelta, con facilidad negligente—. Quizás vamos a bajar y escuchar lo que están diciendo. Mi madre va a estar bastante orgullosa cuando me arrastre a través de las filas y te tire delante de ella. ¡Y me encantaría ver la cara de Claudia!

Jared dio un paso atrás. —No luces armado, mi señor.

—No. Yo no lo estoy. —Caspar sonrió dulcemente. —Pero Fax lo está.

Jared dio vuelta muy despacio para enfrentarse, sabiendo que su libertad había terminado.

Sentado en un tronco del árbol, un hacha colgando entre las rodillas, la enorme masa de su cuerpo ondulante, con cota de malla, el guardia del Príncipe asintió con la cabeza, sin sonreír.

* * *

—No hasta que vuelva mi padre.

La voz de Claudia sonó con claridad, para que todos pudieran oír.

La Reina suspiró delicadamente. Ella había desmontado y sentado en una silla de mimbre antes de la puerta de entrada, tan cerca que incluso un niño podría tener su tiro. Claudia tuvo que admirar su completa arrogancia.

—¿Y qué es lo que espera obtener, Claudia? Tengo suficientes hombres y armas para aporrear la Guardia en pedazos. Y ambas sabemos que tu padre, un hombre que lideró un complot para tratar de matarme, nunca volverá. Esta donde pertenece, en la Prisión. Ahora bien, se sensible. Entrega al prisionero Finn, luego, usted y yo podemos hablar. Tal vez fui precipitada, en mis decisiones. Tal vez el Wardenry puede permanecer en su posesión. Tal vez.

Claudia se cruzó de brazos. —Voy a tener que pensar en ello.

—Podríamos haber sido amigas por ejemplo, Claudia. —Sia saludó a una distancia—. Cuando te dije una vez que nos parecíamos, lo dije en serio. Habrías sido la siguiente Reina. Tal vez usted todavía podrías serlo.

Claudia se irguió. —Voy a ser la próxima reina. Debido a que Finn es el legítimo Príncipe, el verdadero Giles. No como el mentiroso a su lado.

El Impostor sonrió, se quitó el sombrero y se inclinó. Su brazo derecho estaba atado a un arnés negro, y llevaba una pistola en la faja, pero por lo demás parecía cómodo y agradablemente arrogante como siempre. Él gritó: —Usted no cree eso, Claudia. En realidad no.

—¿Eso crees?

— Sé que usted no pondrá las vidas de sus criados en peligro sobre la palabra de algún presidiario. Te conozco, Claudia. Ahora salga y vamos a hablar. Podemos resolver esto.

Claudia lo miró fijamente. Se estremeció con el viento fresco. Algunas gotas de lluvia golpearon su cara. Ella dijo: —Él salvó su vida.

—Porque él sabe que yo soy su Príncipe. Tú también.

Por un momento desesperado no tenía idea qué decir. Y con su instinto débil, Sia dijo: —Espero que no esté esperando al Maestro Jared, Claudia.

La cabeza de Claudia se disparó. —¿Por qué? ¿Dónde está?

Sia se levantó y encogió sus pequeños hombros. —En la Academia, creo. Pero he oído rumores de que está en mala salud. —Sonrió con frialdad—. Muy pobre.

Claudia avanzó antes de que ella agarrara el frío de las piedras de la muralla. —Si algo le pasa a Jared —ella susurró—, si una persona toca un pelo de su cabeza te juro que te mato antes que los Lobos de Acero, incluso se acerquen.

Una conmoción detrás de ella. Soames tiraba de su espalda.

Finn estaba en la cima de la escalera, pálido pero alerta, fumando Ralph detrás de él.

—Si necesito más pruebas de su traición esas palabras serían suficiente. —La Reina señaló a toda prisa su caballo, como si la mención de los Lobos de Acero la hubiese alarmado—. Sería conveniente recordar que la vida de Jared está en juego, así como la de cualquier otra persona en esa casa. Y si tengo que quemar el suelo para poner fin a este asunto lo haré. —Pasando a través de un soldado ella se balanceó con delicadeza en la silla de montar—. Usted tiene hasta exactamente las siete de mañana. Para entregar al Preso. Si él no está en mis manos para entonces, comienza el bombardeo.

Claudia la vio irse.

El Impostor fulminó con la mirada hasta con desprecio a Finn. —Usted no está realmente en la Prisión de Escoria que has salido —dijo—. Y no me ocultó detrás de una chica.

* * *

Jared dijo en voz baja: —Es una pena haber escapado de un asesino y enfrentar a otro.

Caspar asintió con la cabeza. —Lo sé. Pero eso es la guerra.

Fax se posó a sus pies. —¿Jefe?

—Creo que vamos a atarlo —Caspar, dijo—, y entonces puedo llevarlo hacia abajo. De hecho, Fax, una vez que lleguemos al campamento puedes mantenerte fuera del camino. —Él sonrió a Jared—. Mi madre me adora, pero nunca ha tenido mucha confianza en mí. Este será una oportunidad para demostrarle lo que puedo hacer. Ofrezca sus manos.

Jared suspiró. Levantó las manos y luego vino una palidez sobre él, se tambaleó, casi se cae.

—Lo siento —susurró.

Caspar sonrió hacia Fax. —Buen intento, Maestro...

—No. En serio. Mi medicamento. Esta sólo en mi alforja... —Él se agachó y se sentó en las hojas, con voz temblorosa.

Caspar hizo una mueca, luego agitó con impaciencia y Fax se volvió hacia el caballo. Tan pronto como el hombre lo soltó, Jared corrió, escapó entre los árboles, saltando las extensas raíces, aún cuando su aliento crecía a un dolor, oyó los pasos detrás de él, pesados y cercanos, y luego los gruñidos y risas, se tropezó y rodó, se estrelló contra un tronco de árbol.

Trepó alrededor. Fax se puso delante de él, balanceando el hacha.

Detrás, Caspar sonrió con el triunfo. —Oh vaya, entonces, Fax. Un buen golpe.

El gigante levantó la hoja.

Jared se apoyó en los árboles, sintió su tronco liso bajo sus manos.

Fax se movió. Tiró, y su sonrisa se convirtió en vidriosa, una fija del rictus que parecía pasar por su cuerpo, y su brazo, y el hacha, cayó, un ruido sordo la hoja hacia abajo en la tierra blanda.

Después de una congelada pausa, los ojos muy abiertos, se estrelló después de ella.

Jared exhaló, asombrado.

Una flecha, enterrada hasta su pluma, sobresalía de la espalda del hombre.

Caspar dejó escapar un grito de rabia y miedo. Agarró el hacha, pero una voz desde la izquierda, dijo en voz baja: —Suelta el arma, Señor Conde. Ahora.

—¿Quién eres? ¿Cómo te atreves...?

La voz sonaba triste. —Nosotros somos los Lobos de Acero, Señor. Como usted ya sabe.

Una vez él había cruzado el puente, llegó a una habitación con un banquete de buena comida extendida sobre una mesa. Se sentó y tomó un pedazo de pan, pero el poder del Guante lo convirtió en cenizas. Él recogió el agua, pero se rompió el cristal. Así que viajó adelante, porque ahora sabía que estaba cerca de la puerta.

—ANDANZAS DE SAPPHIQUE..

—Este es mi reino ahora. —El Guardián saludó en la mesa—. Mi asiento de juicio. Y aquí, mi suite privada —abrió las puertas y se dirigió a través. Los tres presos empujaron a Rix, Attia y Keiro tras él.

En el interior, Attia miró.

Estaban en una pequeña habitación de madera adornada con tapices. Había ventanas en las paredes, altas vidrieras con imágenes imposibles de ver en la penumbra, unas pocas manos y caras iluminada por llamas del fuego en el hogar.

El calor era feroz y bienvenido. El Guardián se volvió. —Por favor, siéntense.

Había sillas de ébano tallado, los respaldos formados por parejas de cisnes de cuello negro entrelazados. Pesadas vigas se difuminaban en patrones intrincados en el techo, lámparas de araña y cera en el piso de baldosas. Desde algún lugar cerca, el temblor de las vibraciones se hizo eco.

—Deben estar cansados después de su terrible viaje —el Guardián dijo—. Traiganles alimentos.

Attia se sentó. Se sentía cansada y sucia, su pelo estaba enmarañado con el fango del túnel. ¡Y el Guante! Sus garras marcadas contra su piel desnuda, pero no se atrevía a moverse, en caso de que el Guardián lo notase. Sus ojos grises eran agudos y vigilantes.

La comida, cuando llegó, era una bandeja de pan y agua, dejada en el suelo. Keiro la ignoró, pero Rix no tenía escrúpulos, comió como si estuviera muerto de

hambre, de rodillas y metiendo el pan en la boca. Attia se agachó y recogió una corteza; la masticó lentamente, pero estaba seca y dura.

—Comida de prisión —dijo.

—Ahí es donde estamos. —El Guardián se sentó, agitando la cola de su chaqueta.

—Entonces, ¿qué le pasó a tu torre? —preguntó Keiro.

—Tengo muchos refugios en la Prisión. Utilice la torre como mi librería. Este es mi laboratorio.

—No veo ningún tubo de ensayo.

John Arlex sonrió. —Lo habrá, muy pronto. Es decir, si quieren ser parte de este loco y miserable plan.

Keiro se encogió de hombros. —He llegado hasta aquí.

—Así que tenemos —el Guardián puso las puntas de sus dedos juntos—, al medio hombre, el perro—esclavo, y al loco —Keiro no mostró sus sentimientos ni con un parpadeo.

—¿Y usted cree que Escapara? —El Guardián recogió la jarra y se sirvió una copa de agua.

—No —Keiro miraba alrededor.

—Entonces usted es sabio. Como sabe, usted, personalmente, no puede salir. Su cuerpo contiene elementos de Incarceron.

—Sí. Pero entonces, este cuerpo que la Prisión ha hecho, es completamente formado de dichos elementos. —Keiro contestó, burlándose de la pose del Guardián, juntando sus propios dedos—. Y también intenta irse. Una vez que tenga el Guante. Así que tengo que asumir que hay poder en el propio Guante que hace que esto sea posible. E incluso podría hacerlo posible para mí.

El Guardián lo miró y él le devolvió la mirada.

Detrás de ellos, Rix tosió cuando trataba de comer y beber al mismo tiempo.

—Está perdido como un aprendiz de brujo —el Guardián dijo en voz baja—. Tal vez sería mejor trabajar para mí.

Keiro se echó a reír.

—Oh, no lo ignore tan fácilmente. Usted tiene el temperamento para la crueldad, Keiro. La Prisión es su entorno. El Exterior le decepcionará.

En el silencio de sus miradas Attia espetó: —Debe añorar a su hija.

Los ojos grises del Guardián se deslizaron hacia ella. Ella había esperado un poco de enojo, pero lo único que dijo fue: —Sí. Lo hago.

Al ver su sorpresa, sonrió. —Qué poco, ustedes, Reclusos, me entienden. Necesitaba un heredero y sí, robe a Claudia cuando era un bebé de este lugar. Ahora, ella y yo nunca podremos escaparnos del otro. La echo de menos. Estoy seguro de que ella me echa de menos —bebió de la copa, un sorbo exigente—. Tenemos un amor retorcido. Un amor que es en parte odio, admiración y miedo. Sin embargo, igual es amor.

Rix eructó. Se limpió la boca con la mano y dijo: —Yo estoy listo ahora.

—¿Listo?

—Para hacerle frente. Incarceron.

El Guardián se echó a reír. —¡Necio! ¡No tiene ni idea! ¿No ve que ha tenido que hacer frente a Incarceron cada día de su miserable vida, rebuscando entre su basura, estafada vida? Usted respira Incarceron, come, sueña y viste Incarceron. Es el desprecio en los ojos de todos aquí, la palabra en todas las bocas. No hay ningún sitio al que pueda ir para Escapar de él.

—A menos que me muera —dijo Rix.

—A menos que muera. Y eso es fácil de arreglar. Pero si usted tiene algún loco plan sobre la Prisión llevándolo con él...

Él negó con la cabeza.

—Pero usted ira con él —murmuró Keiro.

La sonrisa del Guardián fue invernal. —Mi hija me necesita.

—No entiendo por qué no se ha ido antes. Usted tiene las llaves...

La sonrisa se fue. John Arlex se levanto, y era alto e imponente. —Ya lo verá. Cuando la Prisión esté lista, llamara por nosotros. Hasta entonces se quedan aquí. Mis hombres estarán fuera. —Se acercó a la puerta, pateando a un lado el plato vacío.

Keiro no se movió ni busco pero su voz tenía una fresca insolencia. —No eres más que un Prisionero aquí como nosotros. No hay diferencia.

El Guardián se detuvo, sólo por un momento. Entonces abrió la puerta y salió. Su espalda estaba rígida. Keiro se rió en voz baja.

Rix asintió con la cabeza, aprobando. —Le dijiste, Aprendiz.

* * *

—Lo has matado. —Jared se enderezó y miró a Medlicote—. No habría sido necesario...

—Era necesario, Maestro. No habría sobrevivido a un golpe de esa hacha. Y usted sabe que lo queremos todos nosotros.

El secretario parecía extraño sujetando el arma de fuego. Su abrigo estaba tan polvoriento como siempre, sus gafas de media luna capturando la puesta del sol. Ahora él miró a su alrededor a los hombres, vendando los ojos de Caspar. —Lo siento, pero el Príncipe también debe morir. Él nos ha visto.

—Sí —Caspar sonaba furioso y aterrorizado al mismo tiempo—. Usted, Medlicote, y usted, Grahame, y usted, Hal Keane. Todos ustedes son traidores y una vez que la Reina sepa...

—Exactamente. —La voz de Medlicote era pesada—. Mejor si usted está parado a un lado, Maestro. Usted no necesita formar parte de esto.

Jared no se movió. Miro a Medlicote a través de la oscuridad. —¿Realmente matarías un chico desarmado?

—Ellos mataron al Príncipe Giles.

—Finn es Giles.

Medlicote suspiró. —Maestro, los Lobos saben que Giles está realmente muerto. El Guardián de Incarceron era nuestro líder. Él nos hubiera dicho si el Príncipe estaba en la cárcel.

El choque sacudió a Jared. Trató de recuperarse. —El Guardián es un hombre de gran profundidad. Él tiene sus propios planes. Es posible que le haya engañado.

El secretario asintió con la cabeza. —Lo conozco mejor que usted, maestro. Pero eso no nos concierne ahora. Por favor, a un lado.

—¡No, Jared! —La voz de Caspar era un grito agudo—. ¡No me deje! ¡Haga algo! ¡Yo nunca le hubiera matado, Maestro! ¡Lo juro!

Jared se frotó la cara. Estaba cansado, dolorido y caliente. Estaba preocupado por Claudia. Sin embargo, dijo: —Escúchame, Medlicote. El muchacho no sirve de nada muerto. Pero como rehén es inmensamente valioso. Tan pronto como la luna se ponga y la noche sea suficientemente oscura, tengo la intención de utilizar un camino secreto que conozco para entrar en Wardenry...

—¿Qué camino?

Jared sacudió la cabeza ante los señores. —No puedo decirlo. Usted puede tener espías, incluso en su Clan. Pero hay una manera. Déjeme llevar a Caspar conmigo. Si la Reina ve a su precioso hijo desfilando en las almenas, detendrá el bombardeo al instante. Usted debe ver que esto funcionara.

Medlicote lo miró a través de las gafas. Luego dijo: —Voy a hablar con mis hermanos.

Caminaron a un lado e hicieron un pequeño grupo bajo el árbol de haya.

Con los ojos vendados y atados, Caspar susurró: —¿Dónde estás, Maestro Sapient?

—Todavía aquí.

—Sálvame. Desátame. Mi madre le recompensara. Cualquier cosa que quiera. No me dejes con estos monstruos, Jared.

Jared se sentó cansadamente en las hojas del hayas y vio los monstruos. Veía a los hombres graves, amargos. Algunos los reconoció —uno de la Cámara Real, un miembro del Consejo Privado. ¿Era su vida más segura que la de Caspar ahora que sabía quiénes eran? ¿Y por qué estaba él tan enredado en esto del asesinato y la intriga, cuando todo lo que había deseado era estudiar a los escritos antiguos y las estrellas?

—Ellos vienen de vuelta. Desátame, Jared. No dejes que me tiren como un fax.

Se puso de pie. —Señor, estoy haciendo mi mejor esfuerzo.

Los hombres se acercaron de la penumbra.

El sol se había ido, y desde el campamento de la Reina una trompeta sonó. Risas y la onda expansiva de violas vino de la tienda real. Caspar gimió.

—Hemos unido mentes —Medlicote puso el arma hacia abajo y contempló a Jared—. Estamos de acuerdo con su plan.

Caspar quedó sin aliento, y se dejó caer un poco. Jared asintió con la cabeza.

—Pero. Hay condiciones. Sabemos lo qué estaba investigando en la Academia. Sabemos que descifró los archivos, y suponemos que aprendió los secretos allí, sobre la Prisión. ¿Puedes encontrar una salida para el Guardián?

—Creo que es posible —dijo Jared con cautela.

—Entonces usted debe jurarnos, Señor, que va a hacer todo lo posible para devolverlo a nosotros. Él no debe ser mantenido contra su voluntad, si la Prisión no es el paraíso que pensábamos, él nunca nos ha abandonado. El Guardián es fiel al Clan.

Ellos realmente fueron engañados, Jared pensó. Pero asintió con la cabeza. —Voy a hacer mi mejor esfuerzo.

—Para garantizarlo, voy a entrar en el Wardenry con usted.

—¡No! —Caspar volvió la cabeza, a ciegas—. ¡Él va a matarme, incluso allí!

Jared miró Medicote. —No tenga miedo, Señor. Claudia nunca dejaría que eso sucediese.

—Claudia. —Caspar asintió—. Sí que tienes razón. Claudia y yo fuimos siempre amigos. Mi novia una vez. Podría serlo de nuevo.

Los Lobos de Acero le miraron en un silencio amargo. Uno de ellos murmuró: —El heredero de la Havaarnas. Qué futuro encaramos.

—Vamos a derrocar a todos, y al Protocolo también.

Medicote se dio la vuelta. —La luna se pondrá en un par de horas. Vamos a esperar hasta entonces.

—Dios —Jared se sentó, quitando el pelo húmedo de su rostro—. En ese caso, señores, si ustedes tienen cualquier cosa que el pobre Sapient podría comer, les agradecería. Y luego voy a dormir, y pueden despertarme. —Levantó la vista, a través de las ramas de los árboles—. Aquí. Bajo las estrellas.

* * *

Claudia y Finn se sentaron uno en frente de otro en la mesa.

Los sirvientes sirvieron; Ralph dio paso a tres lacayos llevando soperas y luego supervisaron los platos, quitar los cubiertos y colocaron utensilios junto a Claudia.

Ella se sentó, dando vueltas al melón en el plato. Más allá de las velas y la pieza central de frutas apiladas Finn bebió en silencio.

—¿Necesitara otra cosa, señora?

Ella levantó la vista. —No, Ralph, gracias. Se ve maravilloso. Por favor, da las gracias al personal.

Hizo una reverencia, pero ella captó la mirada sorprendida y casi sonrió. Tal vez ella había cambiado. Tal vez no era la misma chica altiva más.

Cuando él se hubo ido y ellos se quedaron solos, ninguno habló. Finn acumuló algo de comida en el plato y luego se la comió con indiferencia. Claudia no podía enfrentar nada.

—Es extraño. Durante meses he querido estar aquí, en casa, con Ralph, el meticoloso —miró alrededor, en la familiar oscuridad, de paneles de la sala—, Pero no es lo mismo.

—Tal vez eso es debido al ejército de fuera.

Ella lo miró. Entonces dijo: —Llegó a ti. Lo que dijo.

—¿Acerca de esconderse detrás de una chica? —Él resopló—. He oído peores. En la Prisión, Jormanric lanzaba insultos que te congelaban la sangre.

Ella cogió la uva. —Él llegó a ti.

Finn dejó la cuchara con un ruido y se levantó. Se movió furioso por la habitación.

—Muy bien, Claudia, sí, lo hizo. Debería haberlo matado cuando tuve la oportunidad. No Impostor, no problemas. Y estaba en lo cierto en una cosa. Si no hemos resuelto lo del Portal a las siete, entonces voy a salir, solo, porque no hay forma de que tenga a cualquiera de tu gente muriendo por mí. Una mujer murió una vez antes, porque sólo pensé en mi propio Escape. La vi caer gritando por un abismo negro y fue mi culpa. No volverá a suceder.

Claudia empujó un poco su plato. —Finn, eso es exactamente lo que él quiere que hagas. Ser noble, salir. Ser asesinado. —Ella se volvió—. ¡Piensa! La Reina no sabe sobre el Portal aquí, si lo hiciese, este lugar sería escombros ahora. Y ahora recuerda quién eres... eres el Giles verdadero, no puedes sacrificarte a ti mismo. Eres el Rey.

Él se detuvo y la miró. —No me gusta la forma en que lo dices.

—¿Qué?

—Recuerda. Recuerda. Tú no crees en mí, Claudia.

—Por supuesto que sí...

—Crees que estoy mintiendo. Tal vez a mí mismo.

—Finn... —Ella se levantó pero él la despidió con un gesto.

—Y el ataque... no ha sucedido, pero se avecina. Y no debería ser. No más.

—Van a tener tiempo para ir. Jared te lo dijo. —Exasperada, ella lo miró fijamente—. ¡Deja de pensar en ti mismo por un minuto, Finn! Jared está perdido, Dios sabe dónde está. Keiro...

—¡No me hables de Keiro!

Se había vuelto y su rostro estaba tan blanco que daba miedo. Ella se quedó en silencio, sabiendo que había tocado un nervio sensible, dejando su ira cocinar a fuego lento.

Finn, la miró fijamente. Luego, más tranquilo, dijo: —Nunca he dejado de pensar en Keiro. Nunca he dejado de desear no haber venido nunca.

Ella se echó a reír, ácidamente. —¿Prefieres la Prisión?

—Lo traicioné. Y a Attia. Si pudiera volver atrás... —Se dio la vuelta, cogió su vaso y bebió, sus dedos temblorosos en el tallo delicado. Detrás de ella el fuego crepitaba.

—Ten cuidado con lo que deseas, Finn. Puedes conseguirlo.

Él se inclinó sobre la chimenea, mirando hacia abajo. Junto a él, se veían las figuras talladas, el negro ojo del cisne brillaba como un diamante.

En la sala climatizada nada se movió, excepto las llamas. Hicieron brillar los muebles, los cristales brillando como estrellas vigilantes.

Fuera, las voces murmuraban en el pasillo. El rumor de balas de cañón siendo apiladas llegó desde el techo. Si Claudia escuchaba atentamente, podía oír el jolgorio del campo de la Reina.

De repente necesitaba aire fresco, se fue a la ventana, y abrió las bisagras.

Estaba oscuro, la luna baja, cerca del horizonte. Más allá de los jardines las colinas estaban coronadas con árboles, y ella se preguntó cuántas piezas de artillería la Reina había traído consigo.

Enferma repentinamente de miedo dijo: —Echas de menos a Keiro y yo echo de menos a mi padre. —Cabeceó—. No, no pensé que lo haría, pero lo hago... Tal vez hay más de él en mí de lo que pensaba.

Él no dijo nada.

Claudia cerró la ventana y se dirigió a la puerta. —Trata y come algo. Ralph se molestara de otra manera. Voy a volver arriba.

Él no se movió. Habían dejado el estudio en un lío de papeles y esquemas y todavía nada tenía sentido. No había esperanza, porque ninguno de ellos tenía idea de lo que buscar. Pero no podía decirle eso.

En la puerta ella se detuvo. —Escucha, Finn. Si no tenemos éxito y sales como un héroe, la Reina destruirá esta casa de todos modos. No se contentará ahora sin una demostración de fuerza. Hay un camino secreto, un túnel bajo los establos. Es una trampa, en la cuarta plaza. El mozo de cuadra, Job, la encontró un día y nos la

mostró a Jared y a mí. Es antigua, antes de la Era, y sale más allá del foso. Si ellos penetran, recuérdalo, porque quiero estar segura de que la utilizaras. Eres el Rey. Eres el único que entiende Incarceron. Eres demasiado valioso para perderte. El resto de nosotros no lo somos.

Por un tiempo él no pudo responder, y cuando se volvió vio que ella había desaparecido.

La puerta se cerró lentamente.

Él miró las tablas de madera.

Traducido por KaThErIn

Corregido por Nanis

*¿Cómo sabremos cuando la magnífica Destrucción este cerca?
Porque ahí habrá llanto, angustia y gritos extraños en la noche.
El Cisne cantará y la Polilla embestirá al tigre. Cadenas serán abiertas.
Las luces se apagarán, una por una como sueños al alba.
En el medio de este caos, una cosa es segura.
La Prisión cerrará sus ojos contra los sufrimientos de sus niños.*

—EL DIARIO DEL SEÑOR CALLISON.

Las estrellas.

Jared dormía debajo de ellas, inquieto en las susurrantes hojas.

Desde las almenas, Finn miró hasta ellas, viendo las imposibles distancias entre galaxias y nebulosas, y pensando que no eran tan amplias como las distancias entre las personas.

En el estudio, Claudia las sintió, en las chispas y crepitación en las pantallas.

* * *

En la Prisión, Attia soñaba con ellos. Se sentaba acurrucada sobre la dura silla, Rix rellenando sus bolsillos ocultos con monedas, discos de vidrio y pañuelos.

Una sola chispa parpadeó en la moneda que Keiro giró y atrapó, giró y atrapó.

Y todo Incarceron, a través de sus túneles y corredores, sus celdas y mares, los Ojos comenzaron a cerrarse. Uno por uno. Los Presos murmuraron, corrieron por las galerías donde las personas salían de sus guaridas para mirar; en ciudades, donde los sacerdotes de los cultos oscuros gritaron a Incarceron; en remotas salas donde nómadas habían viajado por siglos, por encima de un enloquecido Prisionero

cavando un túnel a lo largo de su vida con una pala oxidada. Los ojos se cerraron en el techo, en las telarañas de la esquina de una celda, en la Guarida de un Señor de Ala, en los aleros de paja de una casa de campo. Incarceron retiró su mirada, y por primera vez desde su despertar, la Prisión ignoró a sus Presos, señaló sobre sí mismo, cerró las secciones vacías, reunió su grandiosa fuerza.

En su sueño, Attia se dio la vuelta, y despertó. Algo había cambiado, la había molestado, pero no sabía lo que era. La sala estaba a oscuras, el fuego casi extinguido. Keiro estaba acurrucado en la silla, una pierna colgando sobre el brazo de madera, durmiendo un sueño ligero. Rix estaba absorto, pensando. Sus ojos estaban fijos en ella.

Alarmada, palpó el Guante y tocó su tranquilizador crujido.

—Fue una lástima que no fueras la primera en decir la adivinanza, Attia —La voz de Rix era un susurro—. Hubiera preferido trabajar contigo.

Él no preguntó si ella tenía el Guante seguro, pero sabía por qué.

La Prisión escucharía.

Ella se frotó su cuello acalambrado y respondió, igualmente en susurros. —¿Qué estás haciendo, Rix?

—¿De qué? —sonrió él—. Haré la más grande ilusión que nadie jamás ha realizado. ¡¡Qué sensación será, Attia!! Las personas hablarán sobre esto por generaciones.

—Si hay gente —Keiro había abierto los ojos. Estaba escuchando, y no a Rix—. ¿Escuchan eso?

El latido del corazón había cambiado.

Era más rápido, más alto el doble golpe. Mientras Attia escuchaba, los cristales de la lámpara por encima tintineaba al ritmo con él; sintió la más débil resonancia en la silla en la que estaba sentada.

Entonces, tan fuerte que la hizo saltar, una campana sonó.

Alto y claro se abrió paso por la oscuridad; ella apretó sus manos hacia sus orejas con una mueca de shock.

Una vez, dos veces, tres veces sonó. Cuatro. Cinco. Seis.

Mientras el último repicar terminó, su claridad plateada casi dolorosa. La puerta se abrió y el Guardián entró. Su levita oscura estaba atada con una correa y dos escopetas. Llevaba una espada, y sus ojos eran grises puntos de invierno.

—Levántate —dijo él.

Keiro reposaba sobre sus pies. —¿No hay secuaces?

—Ahora no. Nadie entra al Corazón de Incarceron sino yo mismo. Serás el primero —y la última— de sus criaturas que verá la cara del propio Incarceron.

Attia sintió a Rix apretar su mano. —El honor está más allá de la expresión —el mago murmuró, haciendo una reverencia.

Ella supo que él quería el Guante, justo ahora. Dio un paso lejos, hacia el Guardián, porque esta decisión sería de nadie salvo de ella.

Keiró la vio. Su sonrisa era fría, y eso la enojaba.

Si el Guardián se dio cuenta de cualquier cosa que ella hizo no hubo señal. En lugar de eso, se acercó a la esquina de la habitación y tiró a un lado el tapiz de árboles de los bosques y ciervos.

Detrás se levantó un rastrillo, antiguo y oxidado. John Arlex se inclinó y con ambas manos giró un antiguo torno. Una vez, dos veces, lo subió y bajó de vuelta, y el crujiente y descascarante óxido del rastrillo se levantó, y más allá de eso ellos vieron una pequeña, carcomida puerta de madera. El Guardián la abrió. Una corriente de aire barrió sobre ellos. Más allá, vieron oscuridad, golpeando con vapor y calor.

John Arlex sacó su espada. —Esto es, Rix. Esto es lo que has soñado.

* * *

Cuando Finn entró en el estudio Claudia lo miró.

Sus ojos estaban enrojecidos. Él se preguntó si ella había estado llorando. Ciertamente estaba furiosa de frustración.

—¡Mira esto! —le espetó—. Horas de trabajo y todavía es un misterio. Un total, desorden incomprensible!

Los papeles de Jared estaban en caos. Finn puso en el suelo la bandeja de vino que Ralph había insistido que él trajera y miró alrededor. —Deberías tomar un descanso. Debes estar haciendo algunos progresos.

Ella rió, ásperamente. Luego se puso de pie tan rápidamente que las plumas azules grandes en la esquina se levantaron en el aire. —¡No lo sé! El Portal parpadea, sonidos salen de él.

—¿Qué sonidos?

—Gritos. Voces. Nada claro. —Hizo crujir un interruptor y él los escuchó a la distancia, los más débiles ecos de angustia.

—Suena como gente que está asustada. En un espacio grande. —Él la miró—. Aterrorizada, incluso.

—¿Es familiar?

Él rió, amargado. —Claudia, la Prisión está llena de gente asustada.

—Entonces no hay manera de saber cual parte de la Prisión es, o...

—¿Qué es eso?

—¿Qué?

—Ese otro sonido. Detrás...

Ella lo miró, luego fue a los controles y comenzó a ajustarlos. Poco a poco, fuera del caos de silbido e interferencia estática, emergió un sonido bajo más profundo, un repetido, doble golpeteo de patrón recurrente.

Finn se quedó inmóvil. Claudia dijo: —Es el mismo sonido que oímos antes, cuando mi padre nos habló.

—Es más fuerte ahora.

—Tienes alguna idea...

Él movió su cabeza. —En todo mi tiempo Dentro nunca había escuchado algo como eso.

Por un momento solo el latido del corazón llenó la habitación. Luego desde el bolsillo de Finn se produjo un repentino ping que los asustó a los dos. Él sacó el reloj de su padre.

Asustada, Claudia dijo: —Nunca ha hecho esto antes.

Finn sacudió la tapa de oro. Las manecillas del reloj mostraron las 6 en punto; los campaneos sonaron como pequeñas campanas urgentes. Como si en respuesta el Portal murmurara y fuera callado.

Ella se acercó. —No sabía que tenía una alarma. ¿Quién la puso? ¿Por qué ahora?

Finn no respondió. Estaba mirando tristemente al reloj. Luego dijo: —Tal vez para decirnos que solo queda una hora para la fecha límite.

El cubo plateado que era Incarceron giró lentamente sobre su cadena.

* * *

—Tengan cuidado aquí, los dos —Jared subió sobre el techo caído. Se giró y levantó la linterna de manera que Caspar pudiera caminar—. ¿Tal vez deberíamos desatar sus manos?

—Yo no se lo aconsejaría —Medlicote empujó al Príncipe con la escopeta—. Rápido, señor.

—¡Podría romper mi cuello! —Caspar sonó mas irritado que preocupado. Mientras Jared lo ayudaba sobre la pila de piedras, se deslizó y juró—. Mi madre tendrá a ambos decapitados por esto. ¿Sabían eso?

—Muy bien —Jared miró con atención adelante. Había olvidado el estado del túnel; cuando él y Claudia lo habían explorado por primera vez, había estado en un estado de colapso, y eso había pasado hace años.

Ella siempre había querido hacer que lo repararan, pero nunca lo aceptaron. No había nada falso sobre su edad o el frecuente desmoronamiento de sus paredes. Una bóveda de ladrillo se alzaba sobre él, verde con goteante lodo e infestado con mosquitos que silbaban alrededor de la linterna.

—¿Cuánto más? —Medlicote preguntó. Se veía preocupado.

—Creo que estamos más abajo del foso —En algún lugar delante un siniestro ¡plaf! les avisó de una fuga.

—Si este techo se viene abajo... —Medlicote murmuró. Él no terminó. Luego dijo—: Tal vez deberíamos regresar.

—Tú podrías regresar en cualquier momento si lo deseas señor. —Jared se agachó a través de las redes colgantes en la oscuridad—. Pero tengo la intención de encontrar a Claudia. Y haríamos bien en salir de aquí antes de que el cañón empiece a disparar.

Pero mientras él caminaba en la maloliente oscuridad se preguntó si ya habían comenzado, o si los golpes en sus oídos solo era su propio latido de corazón.

* * *

Attia caminó a través de la puerta pequeña y se tambaleó, porque el mundo se estaba inclinando. Se irguió a sí misma bajo sus pies, de modo que casi cae, y tuvo que agarrarse de Rix para mantener su equilibrio.

Él, mirando hacia arriba, ni siquiera se dio cuenta.

—¡Dios mío! —dijo él—. ¡Estamos Fuera!

El espacio no tenía techo, ni paredes. Era tan extenso que no había fin, nada más que la vaporosa niebla a través de la cual ellos no podían ver.

En ese instante ella supo que era pequeña ante la cara del universo; la aterrizzaba. Se acerca a Rix y él agarró su mano, como si, también, fuera movido por ese repentino mareo.

Remolinos de vapor se enroscaron por encima de ellos como nubes. El piso estaba hecho de mineral duro, los cuadrados en él eran enormes. Mientras el Guardián les llevó hacia adelante sus pasos eran fuertes en toda la superficie brillantemente negra.

Ella contó. Tomó trece pasos para alcanzar el próximo cuadrado blanco.

—Piezas de un tablero de ajedrez —Keiro expresó sus pensamientos.

—Como Fuera, de tal manera Adentro —el Guardián murmuró, divertido.

Y hubo silencio. Eso era lo que más le asustaba a ella. El latido de corazón se había detenido tan pronto como ellos pasaron la puerta, como si hubieran entrado de alguna manera en sus mismas cámaras, y aquí, tan profundo dentro de sí mismo, no sonaba vivo.

Una sombra parpadeó en las nubes.

Keiro se volvió, rápidamente. —¿Qué fue eso?

Una mano. Y luego, un rayo de luz moviéndose sobre las plumas, enormes plumas, cada una más grande que un hombre.

Rix miró hacia arriba, desconcertado. —Sapphique —jadeó—. ¿Estás ahí?

Era un espejismo, una visión. Se colgó en las nubes y se levantó como un coloso en el cielo, y gran ser de brillos blancos y corrientes de vapor; una nariz, un ojo, el plumaje de alas tan amplio que ellas podrían envolver al mundo.

Incluso Keiro estaba asombrado. Attia no podía moverse. Rix murmuró en voz baja.

Pero la voz del Guardián, detrás de ellos, era calmada. —¿Impresionados? Pero eso también es una ilusión, Rix, ¿y tú ni siquiera la reconociste? —Su desdén era rico y profundo—. ¿Por qué debería una simple pieza impresionar demasiado? Todo esto es relativo. ¿Qué dirías si te digo que Incarceron es actualmente más pequeño que un cubo de azúcar en un universo de gigantes?

Rix arrancó sus ojos de la Aparición. —Te diría que estás loco, Guardián.

—Tal vez lo soy. Ven y mira lo que causa su espejismo.

Keiro tiró de Attia. Al principio ella era incapaz de dejar de mirar hacia atrás, porque la sombra sobre las nubes crecía mientras ellos se alejaban de ella, ondulándose y esfumándose y reapareciendo.

Rix, sin embargo, se dio prisa, después del Guardián, como si ya hubiera olvidado su asombro.

—¿Cómo de pequeña?

—Más pequeña de lo que tú podrías imaginar —John Arlex lo miró.

—Pero en mi imaginación, Yo soy inmenso, Yo soy el Universo. No hay nada más que yo.

Keiro dijo: —Al igual como la Prisión, entonces.

Delante de ellos el vapor de agua aclaró. Sólo, en el centro del suelo de mármol, señalado por un anillo de focos, vieron un hombre. Él estaba sentado sobre la plataforma a cinco pasos, y al principio pensaron que tenía alas, el plumaje negro como de un cisne. Luego vieron que vestía la túnica oscura de un Sapiienti iridiscente y que estaba ensartado con plumas. Su rostro era estrecho y hermoso, brillando con esplendor. Cada ojo era perfecto, los labios en una sonrisa de compasión, su oscuro cabello.

Una mano se levantó, la otra colgaba a un lado. Él no se movió, o habló, o respiró.

Rix subió sobre el más bajo escalón, mirando hacia arriba. —Sapphique —murmuró—. El rostro de la Prisión es la de Sapphique.

—Solo es una estatua —Keiro espetó.

Todo alrededor de ellos, tan cerca como una caricia contra sus mejillas, Incarceron susurró: *No, no lo es. Es mi cuerpo.*

* * *

El Portal dijo algo.

Finn se volvió y lo miró. Mechones de grises, como rizos de nubes, estaban removiéndose sobre su superficie. El zumbido en la habitación modulado y cambiante. Todas las luces parpadeaban de vez en cuando.

—Volvamos —Claudia ya estaba en los controles.

—Algo está pasando Dentro.

—Tu Padre, él nos advirtió...sobre lo que podría venir a través...

—¡Sé lo que dijo! —Ella no se dio la vuelta, sus dedos jugando sobre los controles—. ¿Estás armado?

Él sacó su espada, poco a poco.

La habitación se atenuó.

—¿Y si es Keiro? ¡No puedo matar a Keiro!

—Incarceron es lo suficientemente astuto para verse como cualquiera.

—No puedo Claudia —Él se movió más cerca.

De repente, sin advertencia, la habitación se inclinó hacia abajo. Habló. Dijo: *Mi cuerpo...*

Finn se tambaleó, golpeándose contra el escritorio. La espada hizo un estruendo fuera de su mano mientras él agarraba a Claudia pero ella se deslizo de vuelta con un jadeo, perdiendo el equilibrio, estrellándose en la silla, cayendo de vuelta en su asiento.

Y antes que se pudiera levantar, se había ido.

* * *

Rix se movió. Arrebató la espada de la correa del Guardián y la balanceó hacia el cuello de Attia y dijo: —Es el momento de darme de vuelta el Guante.

—Rix —A su lado estaba la mano derecha de la estatua. Pequeños circuitos rojos ondulando en los extremos de sus dedos.

Haz lo que tienes que hacer, hijo mío —la Prisión dijo con entusiasmo.

Rix asintió. —Te escucho, Señor —Abrió el abrigo de Attia y arrebató el Guante. Lo sostuvo con triunfo y de todos lados en las vigas, luz giraron y se centraron en él, arrojando replicadas sombras no solo de la estatua ahora sino de todos ellos, grandes nublados, Keiros y Attias sobre las nubes.

—¡Miren! —Rix murmuró—. La más grande ilusión de la Prisión jamás antes vista.

La espada se levantó moviéndose rápidamente del cuello de Attia. Ella se movió, pero Keiro era más rápido. Zambulléndose hacia adelante pateo la espada a un lado y golpeó a Rix duro en el pecho.

Pero fue Keiro quien gritó. Él fue arrojado de un puntapié sacudiéndose en shock, y Rix rió, su sonrisa amplia, mostrando la brecha de sus dientes.

—¡Magia! Cuánto poder tiene, mi Aprendiz! ¡Cómo protege a su Amo! —Se volvió hacia la imagen, elevó el Guante hacia los dedos haciendo chispas.

—¡No! —Attia gritó—. ¡No puedes hacer esto! —Ella se giró hacia el Guardián—. ¡Detenlo!

El Guardián dijo tranquilamente. —No hay nada que pueda hacer. No lo ha habido nunca.

Ella agarró a Rix pero incluso mientras lo tocaba el choque llegó a sus nervios, un brillo eléctrico de retroceso que la hizo gritar. Luego estaba sobre el piso y Keiro estaba de pie sobre ella. —¿Estás bien?

Ella se agachó sobre sus dedos quemados —Él está electrizado.

¡Rix!. —La orden de Incarceron era urgente—. *Dame mi Guante. Dame mi libertad. ¡Hazlo AHORA!*

Rix se volvió, y Attia rodó. Sacó disparado su pie y el mago se cayó, estrellándose sobre el piso blanco, el Guante cayendo de su mano y arrastrándose sobre el brillante mármol, Keiro zambulléndose después de él y lo agarró con un grito de felicidad.

Él se revolvió de nuevo, fuera de su alcance. —Ahora. Prisión, obtienes tu libertad. Pero de mí. Y solo si haces lo que prometiste. Dime si yo seré el que obtendrá el Escape contigo.

La Prisión rió, amenazadora. *¿En realidad piensas que mantendré tales promesas?*

Keiro dio vueltas, ignorando a los aullidos de rabia de Rix. Él no se mostraba decepcionado.

—Llévame o me pongo el Guante.

No te atreverías.

—Mírame.

El Guante te matará.

—Mejor que vivir en este infierno.

Su Testarudez los hacía parecidos, Attia pensó.

Keiro dio la vuelta, un lento círculo. Deslizó sus manos hacia la apertura de los dedos de metal del Guante.

Te atormentare. —La voz de Incarceron era un alto sonido metálico—. *Te haré rezar por la Muerte.*

—¡Keiro, No! —Attia susurró. Por un segundo él dudó.

Y luego desde atrás de ella, la fría voz del Guardia cortó el aire. —Úsalo. Póntelo.

—¿Qué?

—Póntelo. La Prisión no correrá el riesgo de destruir su único camino Afuera. Creo que el resultado te sorprenderá.

Keiro lo miró con sorpresa, y luego el Guardia lo miró de vuelta. Entonces Keiro deslizó sus dedos a lo más profundo. Espero. La voz de Incarceron tronó. La nube parpadeó con invisibles relámpagos.

No permitiré eso. No. Para. Por favor.

Se detuvo la respiración de Keiro. Una chispa saltó entre sus clavos de metal y el Guante. Él jadeó con dolor. Y luego se había ido.

* * *

No había luz, ni brillante destello cegador. En lugar de eso, mientras Finn veía a Claudia, ya no la vio ahí. Ella se había convertido en un vacío de sí misma, una sombra, una negativa imagen. Y mientras él miraba, ella volvió a emerger de la oscuridad, pixel por pixel, átomo por átomo, el montaje de la fragmentación de su ser, todos sus pensamientos y miembros y sueños y características, y lo que no era Claudia, era alguien más.

Él buscó a tientas la espada, sus ojos cegados por lo que podrían ser lágrimas, la espada batida de repente a la cara que lo miraba, los ojos azules sorprendidos, el sucio cabello rubio.

Por un largo momento Finn estuvo quieto, cara a cara, y luego Keiro se levantó hacia adelante y tomó la espada de él y giró la punta al suelo.

La puerta se abrió.

Jared tomó una mirada alrededor del Portal y se quedó inmóvil. Su corazón latía de manera exagerada, tan fuerte que quedó jadeante y se apoyó contra la pared.

Detrás de él, Medlicote empujó a Caspar dentro, y ellos miraron.

Vieron, de frente a Finn con un extraño en un abrigo rojo inmundado, sus ojos azules con triunfo, su musculosa mano alrededor de la empuñadura de una espada afilada. No había nadie más en la habitación.

—¿Quién eres tú? —Caspar demandó.

Keiro se volvió y miró a la brillante coraza y espléndida ropa. Él niveló la hoja a una pulgada de los ojos de Caspar.

—Tu peor pesadilla —dijo él.

SAPPHIQUE



CATHERINE FISHER

SAPPHIQUE

PARTE IV **EL HOMBRE CON ALAS**

29

Traducido por Sheilita Belikov
Corregido por: Mari Cullen

¿Él se Escapó? Porque hay un rumor que es susurrado en la oscuridad, el rumor de que él sigue estando, atrapado profundamente en el corazón de la Prisión, su cuerpo convertido en piedra; que los gritos que escuchamos son sus gritos, que su forcejeo hace temblar el mundo. Pero sabemos lo que sabemos.

—**LOS LOBOS DE ACERO**

Jared dio un paso hacia adelante y arrebató el Guante de la mano de Keiro, arrojándolo al suelo como si estuviera vivo. —¿Has oído sus sueños? —dijo—. ¿Te controla?

Keiro se echó a reír. —¿Se ve como si lo hiciera?

—¡Pero lo traías puesto!

—No. No lo hice. —Keiro se maravilló mucho al pensar en el Guante. Le dio un golpecito al abrigo de Caspar, al cuello con la punta de la espada—. Bonita tela. Y justo de mi talla.

Estaba radiante de alegría. Si se sentía enfermo o deslumbrado por la luz blanca del cuarto no lo demostró. Lo abarcó todo —a ellos cuatro, el desordenado Portal, la enorme pluma— con un barrido ávido de sus ojos. —Así que este es el Exterior.

Finn tragó saliva. Sentía la boca seca. Echó un vistazo a Jared y casi sintió el desconcierto del Sapient.

Keiro golpeó ligeramente la coraza de Caspar con la espada. —Quiero esta también.

Finn dijo: —Es diferente aquí. Hay armarios llenos de ropa.

—Quiero la suya.

Caspar parecía aterrado. —¿Sabe usted quién soy yo? —balbuceó.

Keiro sonrió. —No.

—¿Dónde está Claudia? —La pregunta angustiada de Jared cortó la tensión.

Keiro se encogió de hombros. —¿Cómo voy a saberlo?

—Ellos cambiaron lugares. —Finn mantuvo sus ojos en su hermano de juramento—. Ella estaba sentada en la silla y simplemente se desvaneció. Keiro apareció. ¿Es eso lo que hace el Guante? ¿Es ese el poder que tiene? Puedo ponérmelo ahora, y...

—Nadie se lo pone hasta que yo lo diga. —Jared pasó junto a él. Se acercó a la silla y la agarró, apoyándose en su respaldo. Su rostro estaba pálido por el cansancio y se veía más ansioso de lo que Finn alguna vez lo había visto.

Rápidamente, Finn dijo: —Maestro Medlicote, sirva un poco de vino por favor.

El olor fragante llenó el aire. Keiro lo olió. —¿Qué es eso?

—Mejor que la porquería de la Prisión. —Finn lo miró—. Prueba un poco. Y usted, Maestro.

Cuando la bebida fue servida él observó a su hermano de juramento merodeando alrededor de la habitación, explorando todo. Todo estaba mal. Debería estar feliz. Debería estar muy contento de que Keiro estuviera aquí. Y sin embargo, había un temor profundo en su interior, un estremecedor y horrible terror, porque no era la forma en la que debería haber ocurrido. Y debido a que Claudia se había ido, y de repente había un agujero en el mundo.

Él dijo: —¿Quién estaba contigo?

Keiro bebió el líquido rojo y levantó las cejas. —Attia, El Guardián, y Rix.

—¿Quién es Rix? —dijo Finn, pero Jared se volvió desde la pantalla al instante—. ¿El Guardián estaba contigo?

—Él me dijo que lo hiciera. Él dijo: "Ponte el Guante". Tal vez sabía... —Keiro se detuvo al instante—. ¡Eso es! Por supuesto que él sabía. Era su manera de sacar al Guante del alcance de la Prisión.

Jared se volvió hacia la pantalla. Colocando los dedos sobre ella miró con tristeza su oscuridad. —Por lo menos está con su padre.

—Si siguen vivos. —Keiro miró las muñecas atadas de Caspar—. De cualquier manera, ¿qué está pasando aquí? Pensé que este era el lugar donde las personas son libres. —Al darse la vuelta vio que todos lo miraban fijamente.

Medlicote susurró: —¿Qué quieres decir con si siguen vivos?

—Usa tu cerebro. —Keiro enfundó la espada y se dirigió a la puerta—. La Prisión va a estar muy, muy enojada por esto. Ya pudo haberlos matado a todos.

Jared lo miró fijamente. —Sabías lo que podría pasar, y aún así...

—Así es como es en Incarceron —dijo Keiro—. Cada uno a lo suyo. Tal como mi hermano se los dirá. —Se dio vuelta y se enfrentó a Finn—. Así que, ¿me vas a mostrar nuestro reino? ¿O te avergüenzas de tu hermano presidiario? Es decir, si seguimos siendo hermanos.

Finn dijo en voz baja: —Seguimos siendo hermanos.

—No pareces muy contento de verme.

Se encogió de hombros. —Es el shock. Y Claudia... ella está allí...

Keiro levantó una ceja. —Así es como es. Bueno, supongo que ella es rica, y lo suficientemente perra para interpretar el papel de una buena Reina.

—Eso es lo que he extrañado de ti. Tu tacto y cortesía.

—Por no hablar de mí brillante ingenio y devastadora apariencia.

Se quedaron cara a cara. Finn dijo: —Keiro...

Una repentina explosión retumbó sobre sus cabezas. La habitación tembló, un plato se cayó al suelo y se quebró.

Finn se volvió hacia Jared. —¡Han abierto fuego!

—Entonces sugiero que suban al amado hijo de la Reina a las almenas —dijo Jared en voz baja—. Tengo trabajo que hacer aquí. —Intercambió una mirada rápida con Finn, y Finn vio el Guante estaba en su mano.

—Sea cuidadoso, Maestro.

—Sólo hagan que dejen de disparar. Y Finn. —Jared se acercó y le agarró la muñeca—. No, bajo ningún concepto, salgas de esta casa. Te necesito aquí. ¿Me entiendes?

Después de un momento Finn dijo: —Entiendo.

Otro estruendo. Keiro dijo: —Dime que no es un cañón.

—Un regimiento de ellos —dijo Caspar, petulante.

Finn lo apartó de un empujón y se volvió a Keiro. —Mira. Estamos sitiados. Hay un ejército allí afuera y estamos superados en número y armas. Las cosas no están bien. Me temo que no has entrado en un paraíso. Has entrado en una batalla.

Keiro siempre había sido un experto en tomar las cosas con calma. Ahora miró con curiosidad el pasillo suntuoso. —En ese caso, hermano, soy exactamente lo que necesitas.

* * *

Claudia sintió como si hubiera sido separada en partes y vuelta a armar, de mala manera, pieza por pieza. Como si hubiera sido forzada a atravesar una barrera de malla, una matriz de dimensiones colapsantes.

Ella estaba de pie sobre un gran y simple piso de baldosas blancas y negras. Cara a cara con su padre.

Él parecía completamente consternado. —¡No! —susurró. Y luego, casi como un grito de dolor—. ¡No!

El piso se onduló. Ella misma se estabilizó, extendiendo los brazos, y luego inhalando, y el hedor de la Prisión la abrumó, la fetidez del aire reciclado continuamente y el miedo humano. Ella jadeó, y puso ambas manos sobre su cara.

El Guardián se acercó a ella. Por un momento pensó que él tomaría sus manos en sus dedos fríos, estampando un beso gélido en su mejilla. En su lugar, dijo: —Esto no debería haber ocurrido. ¡Cómo pudo pasar esto!

—Dímelo tú. —Ella miró a su alrededor, vio a Attia mirándola, y a un hombre alto y harapiento que parecía totalmente asombrado, con las manos anudadas y sus ojos como profundos huecos de asombro.

—Magia —susurró él—. El Arte verdadero.

Fue Attia quien dijo: —Keiro desapareció. Él desapareció y tú apareciste. ¿Eso quiere decir que él está en el Exterior?

—¿Cómo se supone que lo sepa?

—¡Tienes que saber! —Attia gritó—. ¡Él tiene el Guante!

El suelo se onduló, una ondulación de baldosas agrietadas.

—Ahora no hay tiempo para esto. —El Guardián sacó un fusil y se lo dio a Claudia—. Toma esto. Protégete contra cualquier cosa que envíe la Prisión.

Ella sostuvo el arma sin fuerzas, pero luego vio que detrás de ellos todo el vasto espacio estaba anegado de nubes que se arremolinaban, ennegrecían y hacían estallar un rayo. Un relámpago estalló en el suelo al lado del Guardián. Él dio la vuelta, mirando hacia arriba. —Escúchame, Incarceron. ¡Esto no es nuestra culpa!

Entonces ¿de quién es la culpa? La voz de la Prisión hervía de furia. Sus palabras eran entrecortadas y toscas, desvaneciéndose en siseos de estática. Le dijiste que lo hiciera. Me traicionaste.

El Guardián dijo con frialdad: —No, en absoluto. Puede parecer así, pero tú y yo...

¿Por qué no debería quemarlos a todos hasta las cenizas?

—Porque le causarías daño a tu creación delicadamente hecha. —El Guardián se acercó a la estatua; Claudia la miró con asombro cuando él la haló detrás de él—. Creo que eres demasiado astuto para hacer eso. —Sonrió—. Me parece, Incarceron, que las cosas han cambiado ahora entre nosotros. Durante años has hecho lo que querías, gobernando como te gustaba. Gestionándote a ti misma. Yo era Guardián sólo de nombre. Ahora lo único que quieres está más allá de tu alcance.

Claudia sintió a Attia saltar en el escalón detrás de ella. —Escúchalo —la chica susurró—. Todo esto es sobre él y su poder.

La Prisión se echó a reír, una risa siniestra. *¿Eso crees?*

John Arlex se encogió de hombros. Miró a Claudia. —Lo sé. El Guante ha sido llevado al Exterior. Será devuelto para ti sólo bajo mis órdenes.

¿Tus órdenes? ¿De veras?

—Mis órdenes, como Lord del Clan de los Lobos de Acero.

Él está tirándose un farol, Claudia pensó. En voz alta dijo: —¿Te acuerdas de mí, Prisión?

Me acuerdo de ti. Fuiste mía y eres mía otra vez. Pero ahora, a menos que tenga mi Guante, apagaré las luces, el aire y el calor. Voy a dejar que millones se asfixien en la oscuridad.

—No le hablarás así al Guardián o nunca tendrás el Guante. —Él le hablaba como si fuera un niño, con evidente seriedad—. En su lugar, muéstrame la puerta secreta que Sapphique utilizó.

¿Para que tú y tu supuesta hija puedan liberarse, y me dejen atrapado aquí? La voz estaba llena de chispas. Nunca.

La Prisión convulsionó. Claudia se tambaleó y cayó contra Rix. Él la agarró del brazo, sonriendo.

—La ira de mi padre —él susurró.

Los destruiré a todos ahora.

Los cuadrados negros del piso se desplazaron hacia atrás y hubo agujeros. Desde ellos subieron cables con boquillas abiertas con veneno. Se retorcieron y enroscaban como serpientes de energía, crepitando y chisporroteando.

—Suban los escalones. —El Guardián subió rápidamente a los pies del hombre con alas, con Rix empujando a Claudia detrás él. Attia se quedó al final, mirando alrededor. Descargas blancas y vivas dividían la oscuridad.

—No le va a causar daño a la estatua —el Guardián murmuró.

Attia lo fulminó con la mirada. —No puede estar seguro...

Arriba en el techo, un gran estruendo la hizo callar. Las nubes estaban ennegrecidas con tormenta. Pequeñas y duras bolitas de nieve caían sobre ellos. En cuestión de segundos la temperatura estaba bajo cero y bajando rápidamente, y el aliento Rix echaba vapor cuando exhalaba. —No tendrá que causarle daño. Sólo nos va a congelar aquí a sus pies.

Y cada uno de los pequeños copos susurró al caer, un millón de veces con ira:

Sí.

Sí.

Sí.

* * *

El primer disparo había sido sólo una advertencia. La bola había volado directamente sobre el techo y se había estrellado en algún lugar del bosque. Pero Finn sabía que la siguiente se estrellaría a través del techo, mientras corría por la escalera y salía a las almenas vio a través del humo acre a los artilleros de la Reina ajustando los ángulos de los cinco grandes cañones que habían extendido entre el césped.

Detrás de él, Keiro se quedó sin aliento.

Finn se volvió. Su hermano de juramento estaba paralizado, contemplando el cielo pálido del amanecer con franjas doradas y escarlatas. El sol estaba saliendo. Colgaba como un gran globo rojo por encima de los hayedos, y los zanates se alzaban a las nubes para su encuentro desde las ramas.

La larga sombra de la casa se extendía sobre los céspedes y jardines, y en el foso la luz brillaba en las ondas de los cisnes artificiales mientras despertaban.

Keiro se acercó a las almenas y agarró la piedra, como si quisiera asegurarse de que todo era real. Él miró durante un largo rato la perfección de la mañana, los banderines de color escarlata y dorado agitándose sobre los pabellones de la Reina, los setos de lavanda, las rosas, las abejas que zumbaban en las flores madre selva bajo sus manos.

—Increíble —susurró—. Totalmente increíble.

—Aún no has visto nada —murmuró Finn—. Cuando el sol se eleva, te encandila. Y por la noche... —Se detuvo—. Ve adentro. Ralph, consíguele un poco de agua caliente, la mejor ropa...

Keiro negó con la cabeza. —Tentador, hermano, pero todavía no. En primer lugar haremos frente a esta Reina adversaría.

Medlicote llegó detrás de ellos, un poco sin aliento, y detrás de él los soldados empujaron a Caspar, con la cara roja y furioso.

—Finn, quítame estas cuerdas. ¡Insisto!

Finn asintió con la cabeza y el guardia más cercano cortó el nudo con rapidez. Caspar hizo un gran show frotándose las muñecas rozadas, mirando con altivez a todo el mundo, excepto a Keiro, cuyos ojos él parecía demasiado aterrorizado en encontrar.

El Capitán Soames lo miró con incredulidad. —¿No es ese...?

—Ese es un milagro —dijo Finn—. Ahora. ¿Podemos llamar su atención antes de que nos exploten en pedazos?

La bandera fue izada; ondeada con fuerza. En el campamento de la Reina unos cuantos hombres apuntaron; alguien corrió hacia la gran tienda. Nadie salió.

Las armas eran una hilera de oscuras bocas.

—Si disparan... —Medlicote dijo nerviosamente.

Keiro dijo: —Alguien viene.

Un cortesano galopaba hacia ellos en un caballo gris. Habló con los artilleros al pasar, luego galopó con cautela sobre el césped hasta el borde del foso.

—¿Desean entregar el Prisionero? —gritó hacia arriba.

—Cállate y escúchame. —Finn se inclinó—. Dile a la Reina que si sigue abriendo fuego contra nosotros mata a su hijo. ¿Entiendes?

Agarró a Caspar y lo arrastró a las almenas. El cortesano miró hacia arriba con horror, su caballo encabritándose debajo de él. —¿El Conde? Pero...

Keiro se acercó a Caspar, con un brazo sobre sus hombros. —¡Aquí está! Con dos orejas, dos ojos y ambas manos. A menos que, ¿quiere llevarle alguna prueba a la Reina?

—¡No! —exclamó el hombre.

—Lástima. —Keiro tenía un cuchillo descuidadamente contra la mejilla de Caspar—. Pero le sugiero que le diga a la Reina que él está en mis manos y yo no soy como el resto de ustedes. No voy a jugar ningún juego.

Apretó su empuñadura y Caspar ahogó un grito de asombro.

Finn dijo: —No.

Keiro sonrió con su sonrisa más encantadora. —Anda ahora.

El cortesano giró su caballo y corrió hacia las tiendas. Terrones de tierra fueron lanzados por los cascos. Al pasar, gritó con urgencia a los hombres al lado de los cañones; ellos retrocedieron, obviamente perplejos.

Keiro se volvió. Empujó la punta del cuchillo muy ligeramente en la piel blanca de Caspar. Una pequeña gota roja se llenó de sangre.

—Un pequeño recuerdo —susurró.

—Déjalo. —Finn llegó, apartó a Caspar y empujó al Conde medio desmayado hacia el Capitán Soames—. Ponlo en un lugar seguro y que un hombre se quedé con él. Alimentos y agua. Todo lo que necesita.

Cuando se llevaron al chico se volvió hacia Keiro con ira. —¡Esta no es la Prisión!

—Así que me lo sigues diciendo.

—No necesitas ser tan salvaje.

Keiro se encogió de hombros. —Demasiado tarde. Este soy yo, Finn. Así es como la Prisión me hizo. No como todo esto, no. —Agitó la mano hacia la casa solariega—. Este bonito mundo, esos soldados de juguete. Yo soy real. Y soy libre. Libre para hacer lo que quiera.

Se dirigió hacia las escaleras.

—¿A dónde vas?

—A ese baño, hermano. Esa ropa.

Finn señaló con la cabeza a Ralph. —Encuétrale algo.

Al ver la consternación en el rostro del anciano, se alejó. Él había olvidado. En tres meses había olvidado lo salvaje en Keiro, su arrogancia, su obstinación absoluta. Cuán asustado siempre había estado de lo que Keiro haría.

El grito de furia de una mujer hizo que levantara su cabeza de un tirón. Cortó la mañana como un cuchillo, y venía del pabellón de la Reina. Bueno, al menos ese era un mensaje que había llegado a casa.

SAPPHIQUE



30

Traducido por: coral

Corregido por: Mari Cullen

*Como la Bestia, toqué tus dedos. Como el Dragón, te di mis manos.
Ahora, te has arrastrado y encaramado a mi corazón.
No puedo verte más.
¿Estás aquí todavía?*

—EL ESPEJO DE LOS SUEÑOS A SAPPHIQUE

El aire estaba helado.

Acurrucada a los pies de las alas de Sapphique, Attia no podía dejar de temblar. De rodillas, con los brazos envueltos alrededor de sí misma, seguía entumecida en la agonía del frío. Sus hombros, sus brazos, su espalda, estaban blancos.

La nieve hizo de Rix un mago miserablemente albino, con su brillante pelo desordenado con nieve medio derretida.

—Vamos a morir —graznó.

—No. —El Guardián no había parado la estimulación. Sus pasos hicieron un círculo completo alrededor de la base de la estatua—. No. Esto es un engaño. La Prisión está computando una solución. Sé cómo trabaja su mente. Está probando todos los tramos y planes que puede concebir, y mientras tanto, espera para obligarnos a darle el Guante.

—Pero tú no puedes —gimió Rix.

—¿Crees que no puedo hablar con el Exterior?

Claudia estaba justo detrás de él. —¿Puedes? ¿O es un engaño también? ¿Esto es parte del juego en el que te has jugado la vida?

Su padre se paró y se giró hacia ella. Pellizcado por el frío, su rostro estaba pálido bajo el oscuro collar. —¿Todavía me odias?

—No te odio, pero no puedo perdonarte.

—¿Por salvarte de una vida en el infierno? ¿Por darte todo lo que podías querer, dinero, educación y alto estatus? ¿Por desposarte con un Príncipe? —Él siempre le hacía esto. La hacía sentirse tonta y desagradecida.

—Todo eso es cierto. Pero tú nunca me has querido —dijo ella—. Lo he sabido. Lo he sentido...

—Ah, pero participo en juegos, ¿recuerdas? —Sus ojos eran claros y grises—. Con la Reina. Con la Prisión. Me han enseñado a tener cuidado con lo que muestro al mundo. —Tomó una respiración lenta. La nieve capturó su barba estrecha—. Tal vez te quiera más de lo que tú creas. Pero si llegamos a las acusaciones, Claudia, podría decir esto: tú sólo quieres a Jared.

—¡No metas a Jared en esto! Tú querías que tu hija fuera Reina. Ningún hijo lo haría. Nadie podría hacerlo.

El Guardián dio un paso atrás, como si el enfado de ella lo hubiera impulsado lejos. Rix se rio entre dientes. —Una marioneta —dijo.

—¿Qué?

—Una marioneta. Perfectamente tallada en la madera. Y el títere cobra vida y le atormenta.

John Arlex frunció el ceño. —Guarda tus historias para tu show, mago.

—Ésta es mi actuación, mi señor. Por un momento, su voz cambió. Era la voz suave de Sapphique, así que todos lo miraron a través de la nieve que caía. Pero Rix sólo mostró su sonrisa desdentada.

La Prisión aulló. Soplaba la nieve con un grito furioso. Attia levantó la vista y vio que la estatua tenía una costra de carámbanos. Los ojos de Sapphique estaban brillantes con el hielo. Su rostro estaba helado, era una extensión de estrellas de cristal unidas como un virus inhumano. Ella se levantó de un salto.

—Nos congelaremos aquí. Y Dios sabe qué pasará entonces.

Claudia asintió sombríamente. —Poner a Keiro en medio de un caos es una receta para el desastre. Si yo supiera dónde está Jared...

He tomado una decisión susurró La Prisión, venenosamente, alrededor de ellos.

—Excelente. —El Guardián miró por encima de la nieve—. Estaba seguro de que habían vuelto tus sentidos. Muéstrame la Puerta. Voy a garantizar que se te devuelva el Guante.

Silencio.

Luego, con una risa que envió escalofríos por la espina dorsal de Attia, Incarceron dijo: *No soy tan tonto, John. El Guante primero.*

—Nos vamos primero.

No confío en ti.

—Muy sabio —murmuró Rix.

Yo fui hecho por el Sabio.

El Guardián sonrió fríamente. —Tampoco hace que confíe en ti.

Entonces no te sorprendas de lo que haga luego. Crees que no puedo alcanzar el Guante, pero he pasado años investigando mi propio poder y sus fuentes. He descubierto cosas que me sorprendieron. Te aseguro, John, que puedo chupar la vida de tu bonito reino.

—¿Qué quieres decir? No puedes... —dijo Claudia.

Pregunta a tu padre. ¡Qué pálida te ves ahora! Te voy a mostrar quién es el verdadero Príncipe del Reino. El Guardián parecía conmovido.

—Dime lo que quieres decir. ¡Dímelo!

Pero sólo cayó nieve, helada e implacable.

—Estás asustada. Te ha asustado —dijo Attia.

Todos vieron su consternación.

—No entiendo qué significa —susurró él.

La consternación golpeó a Claudia como un puñetazo. —Pero eres el Guardián...

—He perdido el control, Claudia. Te lo dije, todos somos Prisioneros.

—¿Has oído eso? —fue Attia quien lo dijo.

Se oyó un ruido sordo. Llegó de todo el granizo, y tal y como se quedaron mirando, se dieron cuenta de que la nieve había dejado de caer. Las serpientes eléctricas se deslizaron en silencio por los cuadros negros del cielo, que hicieron click y se convirtieron en sólidos otra vez.

—Martilleos —dijo Rix.

Attia sacudió la cabeza. —Más que eso.

Golpes contra la puerta. A lo lejos, en el granizo helado. Golpes de hacha, martillos y puños.

—Prisioneros —dijo el Guardián—. Un motín —dijo luego.

* * *

Cuando Jared entró en ella, la Gran Sala de Finn se volvió de relieve.

—¿Algún progreso?

—El Portal está trabajando. Pero la pantalla sólo muestra nieve.

—¡Nieve!

Jared se sentó, envolviendo su mano Sapient alrededor. —Parece que está nevando en la Prisión. La temperatura es de cinco grados bajo cero.

Finn se levantó y se paseó con desesperación. —Está tomando su venganza.

—Eso parece. Por esto. —Jared torció el borde del Guante y lo puso encima de la mesa.

Finn se acercó y tocó su piel escamosa. —¿Es realmente de Sapphique?

Jared suspiró. —He probado todos los análisis que conozco. Sólo es lo que parece. Piel de reptiles. Gran parte de él es materia reciclada. —Parecía desconcertado y ansioso—. No tengo ni idea de cómo funciona, Finn.

Estuvieron en silencio. Las persianas habían sido bajadas y la luz solar se había inclinado unas pulgadas. Una avispa murmuró en los cristales. Era difícil creer que un ejército estaba fuera.

—¿Se han movido? —dijo Jared.

—No. Están parados. Pero pueden atacar y tratar de rescatar a Caspar.

—¿Dónde está?

—Ahí dentro —Finn señaló con la cabeza a la puerta de la siguiente cámara—. Está cerrada y es la única manera de entrar.

Él se apoyó en la chimenea vacía. —Estoy perdido sin Claudia, Señor. Ella sabría qué hacer.

—Tienes a Keiro en cambio. Como querías.

Finn sonrió, pálido. —No en cambio. En cuanto a Keiro... estoy empezando a desear...

—No digas eso —los ojos verdes de Jared lo miraron—. Es tu hermano.

—Sólo cuando le convine.

Como si las palabras lo hubieran convocado con un hechizo, un soldado abrió la puerta y Keiro caminó dentro. Estaba sin aliento y eufórico, cada centímetro

parecía el de un Príncipe. Su abrigo era del más profundo azul media noche. Su pelo rubio brillaba limpio. Anillos resplandecían en sus dedos.

Estaba tendido en el banco, admirando sus botas de cuero caro. —Esto es fantástico —dijo él—. No puedo creer que sea real.

—No lo es —dijo Jared tranquilamente—. Keiro, hablemos sobre la situación dentro.

Keiro se echó a reír y vertió un poco de vino. —Sólo puedo suponer que la Prisión está furiosa, Señor Sapient. Le sugiero que destruya las máquinas y cierre con clavos la puerta que conduce a ella y se olvide de todo. Nadie puede salvar a los Prisioneros ahora.

Jared lo miró. —Hablas igual que los constructores —dijo.

—Claudia —dijo Finn.

—Oh, sí. Bueno, lo siento por la Princesa, pero me querías rescatar, ¿no? Y estoy aquí. Así que vamos a ganar nuestra pequeña guerra, hermano, y a disfrutar de nuestro perfecto Reino.

Finn se abalanzó sobre él. —¿Por qué hice un juramento contigo?

—Para sobrevivir. Porque sin mí, no podías —Keiro estaba mirando ligeramente a Finn—. Pero algo ha cambiado en ti, Finn. No sólo todo esto. Algo dentro.

—Lo he recordado.

—¿Recordado?

—Quien soy —dijo Finn—. Recordé que soy un Príncipe y que mi nombre es Giles.

Keiro no dijo nada por el momento. Sus ojos parpadearon a Jared y volvieron. —Bueno, ¿así que harás el viaje del Príncipe en la Prisión, con todos tus hombres y caballos?

—No. —Finn tomó el reloj y se sentó sobre la mesa de al lado del Guante—. Porque esto es La Prisión. Esto es de dónde tú vienes. Esto es el vasto edificio que nos tiene a todos engañados. —Tomó la mano de Keiro y puso el reloj en ella, levantando el cuadrado de plata cerca de sus ojos—. Esto es Incarceron.

Jared esperó asombro o sorpresa. No vio ninguno. Keiro estalló en un ataque de risa. —¿Crees eso? —Se las arregló para jadear—. ¿Incluso tú, Maestro?

Antes de que Jared pudiera responder, la puerta se abrió y Ralph entró con los guardas detrás de él.

—¿Qué? —ladró Finn.

—Mi señor —Ralph estaba pálido y sin aliento—. Mi señor.

El soldado salió de detrás de él y tenía una espada desenvainada en una mano y una pistola en la otra. Dos hombres más se deslizaron por la puerta. Uno la cerró de golpe y se puso de espaldas a ella. Jared se levantó, lentamente. Keiro no se movió, con los ojos en alerta.

—Hemos llegado para el Conde. Uno de ustedes abre esa puerta y lo trae. Si cualquier otra persona se mueve, disparo...

La pistola se elevó y apuntó directamente a los ojos de Finn.

—Lo siento, mi señor, ¡lo siento mucho! Ellos me hicieron decirles...

—Está todo bien, Ralph. —Finn miró fijamente al hombre de la Reina—. ¿Jared?

—Voy a buscarlo. No disparen. No hay necesidad de violencia —dijo Jared.

Él se movió hacia la puerta, fuera de la visión de Finn, que dejó de mirar a la pistola. Sonrió. —Ésta es la segunda vez que esto me pasa.

—Oh, vamos, hermano. —La voz de Keiro era luminosa y fuerte—. Era un día extraño en La Prisión cuando tales cosas no ocurrían.

La puerta estaba desbloqueada detrás de él. La voz de Jared habló, baja y tranquila. Luego, hubo una risa de puro júbilo. Ese debía ser Caspar.

—¿Cómo llegaron aquí? —dijo Finn.

El objetivo del soldado era no vacilar. —Hemos capturado a uno de los Lobos de Acero que hay en el bosque. Fue persuadido para hablar. Él nos mostró el túnel que el Sapient usaba —dijo.

—¿Realmente crees que van a salir de la misma manera? —dijo Finn, sudando.

—No, Prisionero. Creo que iremos a través de la puerta principal.

Instantáneamente, uno de los otros hombres giró el arma. —¡No te muevas!

Keiro se debía de haber movido. Finn sólo podía ver su sombra en el suelo.

—Estás confiado. —Finn lamió sus labios secos.

—No creo eso, ¿Lo han lastimado, mi señor?

—No se habrían atrevido —Caspar acechó en la habitación y miró hacia los lados—. Bueno, esto está mejor. ¿No crees, Finn? Ahora, soy el único al mando.

—Cruzó las manos—. ¿Qué pasa si les ordeno a estos hombres cortar unas cuantas orejas y manos?

Finn escuchó la amenaza de la risa baja de Keiro. —No tendrías agallas, chico.

—¿No? —Caspar lo fulminó con la mirada—. Podría hacerlo yo mismo.

—Mi Señor —dijo Jared—. Lo hemos traído para parar este calvario, no para hacerle daño. Usted lo sabe.

—No trates de engañarme con palabras, Jared. Estos dos degolladores me hubieran matado de todos modos, o tal vez más adelante. Este es un nido de rebeldes, y no sé dónde se esconde Claudia, pero ella tampoco recibirá ningún tipo de misericordia de nosotros.

Sus ojos recayeron en el Guante y lo miró curiosamente. —¿Qué es eso?

—Por favor, no lo toques —dijo Jared, con su voz en un filo de nervios.

Caspar dio un paso más cerca de la mesa. —¿Por qué no?

La sombra de Keiro estaba cerca. Finn se tensó.

—Es un objeto mágico de gran poder —la aversión de Jared estaba en lo cierto—. Debe darme acceso a La Prisión.

La codicia iluminó el rostro de Caspar. —Ella estará encantada si la traigo de vuelta.

—Mi Señor. —Los ojos del guardián vacilaron—. No...

Caspar lo ignoró, dio un paso adelante y en ese momento Jared lo agarró, cerrando sus brazos detrás de él y lo mantuvo en estricto control.

Keiro gritó.

—Baja el arma. Por favor —dijo Jared.

—No le hará daño al Conde, Maestro —dijo el soldado—. Y mis órdenes son claras. El Prisionero muere.

Sus dedos temblaron y Finn se estrelló contra Keiro y lo empujó a un lado. El choque estalló con una explosión que lo lanzó contra un lado de la mesa y lo sorprendió, así que los gritos y las tazas rompiéndose cuando Ralph y Jared se lanzaron sobre la mesa y lo arrastraron detrás de él, parecían objetos dentro de su propia cabeza, caída y fracturada. La piscina de vino de su propia sangre corría por el suelo.

Y entonces la puerta se abrió de golpe. En toda la estampida y los gritos, él supo que la sangre no era suya, sino de Keiro, porque su hermano se quedó inmóvil y cayó junto a él en el tumulto.

—¡Finn, Finn! —Las manos de Jared lo alcanzaron—. ¿Puedes oírme? ¿Finn?

—Estoy bien —dijo. Pero las palabras salieron espesas y, atontado, se arrastró fuera del control de Jared.

—Nuestros hombres oyeron el disparo. Es el fin.

La mano de Finn tocó el brazo de Keiro. El corazón le latía. Lo agarró de la manga de terciopelo azul.

—¿Keiro?

Por un momento, no hubo nada, ni un movimiento ni respuesta, y sintió que todo el calor se escurría lejos del mundo. Su vida se arrugaba en un miedo terrible.

Y luego Keiro dio un respingo, rodó y vio que su mano estaba herida, con una reducida marca de quemadura en la palma. Estaba tumbado de espaldas con el cuerpo convulso.

—¿Te ríes? —Finn miró—. ¿Por qué te ríes?

—Porque me duele, hermano. —Keiro se puso en posición vertical y había lágrimas en sus ojos agonizantes—. Esto duele, y eso significa que es real.

Era su mano derecha, con la imagen en miniatura del metal marcado en la carne quemada.

Finn sacudió la cabeza y graznó una carcajada con él. —Estás loco.

—De hecho, lo está —dijo Jared.

Pero Keiro lo miró. —Vale la pena reconocerlo, Maestro. La carne y la sangre. Es un comienzo, de todos modos.

A medida que lo ayudaban a levantarse, Finn miró alrededor y vio a Caspar bajo el guardia, y los otros hombres se apresuraron.

—Cierra el túnel —siseó, y Soames se inclinó.

—Inmediatamente, mi señor. —Pero cuando se volvió, se detuvo en seco, y en un segundo, algo terrible ocurrió en el mundo.

Las abejas se detuvieron zumbando. La mesa se disolvió en el polvo y se desplomó. Los parches cayeron del techo. El sol salió.

31

Traducido por Virtxu

Corregido por ★MoNt\$3★

Mi Reino durará para siempre.

—DECRETO DEL REY ENDOR

Finn se tambaleó hacia el marco de la ventana y se quedó mirando.

Vio un cielo oscuro, cuajado de nubes que se acumulaban y borraban la luz del día. El viento se había levantado, y el día era mucho, mucho más frío de lo que debería haber sido.

Y el mundo se transformó.

Vio colapsar a los caballos en el patio con cibernéticos espasmos de las extremidades, la piel de los ojos se les secaron y se fragmentaron. Observó las paredes desmoronarse, una fosa pestilente donde nada crecía, hectáreas resacas de pastizales áridos.

Las flores se marchitaron mientras las contemplaba, los cisnes se levantaron y se alejaron. Toda la gloriosa belleza de las madreselvas y clemátides se secó, volviéndolas delgadas y crujientes, algunos pétalos débiles fueron arrastrados por el viento.

Las puertas se abrieron de golpe, un guardia bajó corriendo las escaleras, con su perfecto uniforme desgastado en un desigual tono grisáceo.

Poniéndose al lado de Finn, Keiro se quedó mirando. —¿Qué pasa con todo esto? ¿Estamos todavía en la Prisión? ¿Es este uno de los limpiadores de Incarceron?

La garganta de Finn estaba seca. No pudo responder.

Era como un hechizo de disolución. A su alrededor el paraíso del Wardenry de Claudia se estaba desmoronando, la casa era una descuidada ruina, su esplendor dorado estaba desapareciendo incluso mientras observaba, el color se iba de las caballerizas y establos, incluso el laberinto giraba en una húmeda maraña de zarzas.

Jared murmuró: —Tal vez la Prisión está en nosotros.

Finn se volvió. La habitación era un esqueleto. Las cortinas de terciopelo fino se habían desgarrado, el techo que alguna vez fue blanco tenía gran cantidad de fisuras.

Jared se inclinó sobre los restos de una mesa, buscando entre el polvo.

El fuego se había apagado, cada busto y retrato mostraba parches y gruesas fisuras. Y lo peor de todo, en todas las paredes, sus ilusorias holoimágenes habían desaparecido, revelando cientos de cables y alambres en toda su fea e inútil desnudez.

—Demasiado para Era. —Finn cogió la cortina roja y ésta cayó en pedazos entre sus dedos.

—Esta es la forma en que fue todo el tiempo. —Jared se enderezó, con el Guante en la mano—. Nos engañaron con imágenes.

—¿Pero cómo...?

—El poder se ha ido. Completamente. —Jared miró a su alrededor, con calma—. Este es el verdadero reino, Finn. Este es el reino que has heredado.

—Así que me estás diciendo que todo este lugar es un truco. —Keiro dio una patada a un florero y vio cómo se destrozaba—. ¿Como una de las rutinas de mal gusto que Rix hace en el escenario? ¿Y lo supiste? ¿Todo el tiempo?

—Lo sabíamos.

—¿Están todos locos?

—Tal vez lo estamos —dijo Jared—. La realidad es difícil de soportar, por lo que Era se inventó para protegernos de ella. Y sí, la mayoría de las veces era fácil de olvidar. Después de todo, el mundo es lo que ves y oyes. Para ti esa es la única realidad.

—Habría sido mejor quedarme dentro. —El disgusto de Keiro eran total. Luego se volvió, sorprendido por la verdad—. ¡Esta destrucción es trabajo de la Prisión!

—Por supuesto que sí. —Finn se frotó el hombro dolorido—. ¿Quién sino...?

—Señor. —Interrumpió el capitán de la guardia, sin aliento—. ¡Señor! ¡La Reina!

Finn lo empujó a un lado y corrió por el pasillo, con Keiro siguiéndole de cerca. Jared hizo una pausa para deslizar el Guante en su bata y a continuación les siguió, rápidamente. Subió la gran escalera tan rápido como pudo, pasando sobre peldaños podridos y roídos por los ratones, el viento soplaba azotando a través de las ventanas donde el plastiglas había desaparecido. No se atrevía a pensar en su Torre, pero por lo menos todo el equipo científico era genuino.

¿Lo era?

Parándose con una mano en la barandilla, se dio cuenta de que no tenía forma de saberlo. No podía confiar ahora en nada de lo que había dado por sentado.

Y sin embargo, esta desintegración no lo devastaba, como le había pasado a Finn y a su caprichoso hermano. Tal vez fue porque siempre había sentido su propia enfermedad como un pequeño defecto en la perfección del Reino, una grieta que no podía ser corregida o encubierta.

Ahora todo se vio empañado tanto como él lo estaba.

En el poco plateado espejo dio un vistazo a su delicado rostro, y se sonrió suavemente a sí mismo. Claudia había querido derrocar el Protocolo. Tal vez la Prisión lo había hecho por ella.

Desde las murallas, sin embargo, el terrible panorama alejó su sonrisa.

El Wardenry era un páramo. Todos sus prados eran matorrales, todos sus ricos bosques eran meras ramas desnudas contra el cielo gris del invierno. El mundo se había vuelto viejo en un instante.

Pero fue el campamento enemigo el que captaba la atención de todos. Todos esos banderines llamativos, los endebles pabellones estaban destruidos, sus postes se habían roto. Los caballos relinchaban con confusión, las armaduras de los hombres estaban oxidadas y caían de sus cuerpos en un tumulto, los fusiles de repente eran antigüedades inútiles y sus espadas tan frágiles que se quebraban en la mano.

—El cañón. —La voz de Finn era dura y con alegría—. Nunca se atreverán a disparar el cañón ahora, en caso de que explote. No nos pueden tocar.

Keiro lo miró. —Hermano, esta ruina no necesita de un cañón. Sólo hace falta un buen empujón para derribarla.

Una trompeta sonó. Desde el pabellón de la reina salió una mujer. Estaba cubierta con un velo, y se apoyaba en el brazo de un niño con un abrigo chillón que sólo podría ser del Impostor. Juntos caminaron por el campo, sin pena ni gloria ante el pánico.

—¿Se está rindiendo? —murmuró Finn.

Keiro se dirigió a un guardia. —Trae a Caspar aquí.

El soldado vaciló, mirando a Finn, quien dijo: —Haz lo que dice mi hermano.

El hombre echó a correr. Keiro sonrió.

La Reina llegó a la orilla del foso y miró hacia arriba a través de su velo. Joyas brillaban en su garganta y oídos. Por lo menos esos eran reales.

—¡Déjanos entrar! —gritó el Impostor hacia arriba. Parecía agitado, todos perdieron la compostura—. ¡Finn, la Reina quiere hablar contigo!

No había ceremonia, ni protocolo, ni heraldos, ni cortesanos. Sólo una mujer y un niño, con mirada perdida. Finn se retiró. —Bajen el puente levadizo. Llévenlos a la Gran Sala.

Jared permaneció mirando hacia abajo. —Parece que entonces no soy sólo yo —murmuró.

—¿Maestro? —Finn le miró. El Sapient miraba hacia abajo a la velada Reina con una gran tristeza en sus ojos.

—Mejor déjame esto a mí, Finn —dijo en voz baja.

* * *

—¡Debe de haber cientos de ellos por ahí! —Attia miró a través de la vibrante puerta.

—Quédate aquí —espetó el Guardián—. Yo soy el Guardián. Voy a hacerles frente.

Dio un paso hacia abajo en el suelo cubierto de nieve y caminó rápidamente hacia el golpeteo. Claudia observó.

—Si son prisioneros están desesperados —dijo Attia—. Las condiciones deben ser imposibles.

—Van a estar buscando a alguien para destrozarse —observó Rix, sus ojos brillaban con el brillo loco que Attia temía.

Claudia sacudió la cabeza. —Esto es todo culpa tuya. ¡Por qué tuviste que traer el maldito Guante aquí!

—Debido a que tu querido padre me ordenó que lo hiciera, querida. Yo también soy un Lobo de Acero.

Su padre. Se volvió y corrió escaleras abajo, a través del suelo, tras él. Encerrado con los locos y los ladrones, su padre era la única presencia familiar aquí. Justo detrás de ella Attia se quedó sin aliento. —Espérame.

—¿El aprendiz no tiene que quedarse con el hechicero? —espetó Claudia.

—Yo no soy su aprendiz. Lo es Keiro. —Attia la alcanzó. Y le dijo—: ¿Finn está a salvo?

Claudia miró hacia su cara delgada y pelo corto.

—Su memoria ha regresado.

—¿De verdad?

—Eso es lo que dice.

—¿Y los ataques?

Claudia se encogió de hombros.

—Él... ¿pensó en nosotros? —susurró.

—Pensaba en Keiro todo el tiempo —dijo Claudia con acritud—. Así que espero que esté feliz ahora. —No mencionó la otra cosa que pensaba, que Finn apenas si había dicho el nombre de Attia.

El Guardián había llegado a la pequeña puerta. Afuera, el ruido era terrible. Las hojas golpeaban en la madera y el metal, con un poderoso ruido la esquina de un hacha destelló a través del ébano. La puerta se sacudió hasta sus cimientos.

—Silencio por ahí —gritó el Guardián.

Alguien gritó. Una mujer gritaba. Los golpes se redoblaron.

—No nos pueden oír —dijo Claudia—. ¿Y si consiguen...?

—Ellos no quieren escuchar a nadie. —Attia se dio la vuelta y se puso ante el rostro del Guardián—. Y menos a nosotros. Lo culpan.

A través del tumulto él sonrió fríamente hacia ellos. —Vamos a ver. Todavía soy el Guardián aquí. Pero tal vez antes de empezar debemos tomar algunas precauciones. —Sacó un pequeño disco de plata. En su tapa había un lobo, con la boca abierta en un gruñido. Lo tocó y lo encendió.

—¿Qué estás haciendo? —Claudia saltó hacia atrás con un nuevo golpe que envió astillas de madera a la nieve.

—Te lo dije. Me aseguro de que la Prisión no gane.

Ella sostuvo su brazo. —¿Qué pasa con nosotros?

—Nosotros somos prescindibles. —Sus ojos eran grises y claros. Luego dijo hacia el dispositivo—: Soy yo. ¿Cuál es la situación ahí fuera?

Mientras escuchaba su rostro se ensombreció. Attia se alejó de la puerta, ésta estaba pandeándose ahora, forzando las bisagras, rompiendo los remaches.

—Están viniendo.

Pero Claudia estaba viendo a su padre mientras él decía con dureza:

—¡Entonces hazlo ahora! Destruye el Guante. Antes de que sea demasiado tarde.

* * *

Medlicote deslizó el receptor cerrándolo, lo dejó caer en su bolsillo y miró por el pasillo en ruinas. Haciéndose eco de las voces de la Gran Sala, se dirigió rápidamente hacia ella, a través de una multitud de lacayos asustados, pasó a Ralph, que lo agarró del brazo y le preguntó: —¿Qué está pasando? ¿Es este el fin del mundo?

El secretario se encogió de hombros. —El fin de un mundo, señor, tal vez el comienzo de otro. ¿Está el Maestro Jared allí?

—Sí. ¡Y la Reina! ¡La propia Reina!

Medlicote asintió con la cabeza. Las medias lunas de sus gafas estaban vacías ya que los cristales habían desaparecido. Abrió la puerta.

En la otra cámara en ruinas habían encontrado una vela de verdad; Keiro había hecho una llama y la encendió.

Al menos, la Prisión le había enseñado a sobrevivir pensó Finn. *Todos necesitaban esas habilidades ahora.* Se volvió. —¿Señora?

Sia estaba junto a la puerta. No había hablado desde que cruzó el puente levadizo, y su silencio le daba miedo.

—¿Supongo que nuestra guerra está en punto muerto?

—Supones erróneamente —dijo la reina en voz baja—. Mi guerra ha terminado.

Su voz se quebró, con un temblor leve. A través de su velo, los ojos pálidos como el hielo, lo observaban. Pareció doblarse, incluso hizo una reverencia.

—¿Terminado? —Miró al Impostor. El muchacho que había afirmado ser Giles estaba sombrío, con el corazón vacío, su brazo derecho estaba todavía vendado, su fina armadura se deslustraba incluso mientras le observaban—. ¿Qué quieres decir?

—Quiere decir que esto ha terminado. —Jared se acercó, se puso delante de la Reina y Finn se sorprendió por cómo ella se había encogido. La voz de Jared era suave—. Siento que le haya sucedido esto —dijo.

—¿Lo hace? —dijo Sia en voz baja—. Tal vez lo haga, Maestro Jared. Tal vez sólo usted pueda saber algo de lo que siento. Una vez burló su propia muerte. Estaría justificado en estas circunstancias hacer lo mismo por mí.

Él negó con la cabeza.

—¿Creí que dijiste que la Reina era joven? —murmuró Keiro al oído de Finn.

—Lo es.

Pero entonces sus dedos atraparon la manga de Jared, y Finn se tragó un suspiro porque eran como los dedos de una anciana, con manchas y flacidez en su arrugada piel, secas y con sus uñas astilladas.

—Después de todo, de nosotros, yo seré la que muera primero. —Miró a un lado, con un poco de su vieja actitud coqueta—. Te voy a enseñar la muerte, Jared. No a estos muchachos. Sólo tú, Maestro, vas a ver quién es realmente Sia.

Con manos temblorosas, se trasladó ante él y levantó su velo. Por encima del hombro, Finn vio cómo Jared estaba atrapado entre el horror y la compasión, cómo miraba en silencio a la belleza arruinada de la Reina sin apartar los ojos.

La sala quedó en silencio. Keiro miró hacia Medicote, de pie humildemente en la puerta.

Sia dejó caer su velo. Dijo: —Independientemente de lo que haya hecho, he sido la Reina. Déjame morir como una.

Jared hizo una reverencia. Y dijo: —Ralph. Enciende un fuego en el dormitorio rojo. Hazlo lo mejor que puedas.

Desconcertado, el mayordomo asintió con la cabeza. Tomó el brazo de la anciana y la ayudó a salir.

Traducido por Selune
Corregido por ★MoNt\$3★

*La paloma se elevará por encima de la destrucción
Con una rosa blanca en su pico.
Durante la tormenta
Durante la tempestad.
Con el tiempo y la eternidad.
Los pétalos caerán al suelo como la nieve.*

—SAPPHIQUE PROFECÍA DEL FIN DEL MUNDO

Tan pronto como la puerta se cerró, Keiro dijo: —No lo entiendo.

—Trató de preservar su juventud. —Jared se sentó, como si el momento lo hubiera debilitado—. La llamaban bruja, pero estoy casi seguro que utilizaba tubos de piel y continuamente algún tipo de implante genético. Ahora todos los años que robó se han derrumbado sobre ella.

—Suenan como uno de los cuentos de Rix —dijo Keiro con calma—. ¿Así que, va a morir?

—Muy pronto.

—Muy bien. Eso sólo lo deja a él. —Keiro señaló con su mano lesionada al Impostor.

Finn levantó la cabeza, el Pretendiente y él se miraron. —Ahora ya no te pareces tanto a mí —dijo Finn.

La apariencia del muchacho había cambiado demasiado, sus labios eran más delgados, su nariz más larga, el pelo demasiado oscuro. Todavía había un parecido pero no tenía un fundamento real. Se había muerto con la Era.

—Mira —dijo el Impostor—. No fue mi idea. Me encontraron. ¡Me ofrecieron un reino! ¡Tú lo habrías hecho, cualquier persona lo haría! Prometieron a mi familia el oro suficiente para mantener a mis seis hermanos alimentados durante años. No tuve más remedio. —Se irguió—. Y era bueno, Finn. Tienes que admitirlo. Tenía a

todos engañados. Tal vez incluso te engañé a ti. —Miró su muñeca, donde el tatuaje del águila había desaparecido—. Otra pieza del Protocolo —murmuró.

Keiro encontró una silla y descansó en ella. —Creo que deberíamos ponerlo en ese cubo pequeño que llaman Prisión.

—No. Él escribe una confesión y admite públicamente que era un impostor. Que la Reina y Gaspar estaban detrás de un complot para colocar un falso Giles en el trono. Y luego le dejamos ir. —Finn miró a Jared—. No es una amenaza para nosotros ahora.

Jared asintió con la cabeza. —Estoy de acuerdo.

Keiro parecía menos convencido, pero Finn lo estaba. —Lo llevaré.

Pero a medida que el Impostor alcanzaba la puerta Finn dijo en voz baja:

—Claudia nunca creyó en ti.

El Impostor se detuvo y se echó a reír. —¿No?—susurró. Volvió la cabeza y miró de nuevo a Finn—. Creo que cree más en mí de lo que nunca creyó en ti.

Las palabras apuñalaron a Finn, con dolor impresionante. Sacó su espada y avanzó hacia el Impostor, queriendo sólo atravesarlo, para destruir esta indignante imagen venenosa de todo lo que él nunca había sido. Pero Jared estaba en su camino, y el Sapient de ojos verdes lo mantuvo inmóvil.

Sin volverse, Jared dijo: —Sáquenlo. —Los guardias empujaron al Impostor lejos.

Finn arrojó la espada al destrozado suelo.

—Así que hemos ganado.—Keiro la recogió y examinó la hoja—. Un reino en ruinas, tal vez, pero todo nuestro. Al fin estamos en Winglords, hermano.

—Hay un enemigo aún mayor que la Reina. —Finn miró a Jared, aún dolorido—. Siempre lo fue. Tenemos que salvarnos a nosotros mismos y a Claudia de la Prisión.

—Y a Attia. —Keiro levantó la vista—. No te olvides de tu perrito esclavo.

—¿Quieres decir que estás preocupado por ella?

Keiro se encogió de hombros. —Era un dolor. Pero me acostumbré a ella.

—¿Dónde está el Guante? —dijo Finn bruscamente.

Jared lo sacó de su abrigo. —Pero te dije, Finn, que no entiendo...

Finn se acercó y lo tomó. —Esto no ha cambiado. —Sus dedos arrugaron la suave piel—. No, en absoluto, mientras todo alrededor se cae en el polvo. Trajo a Keiro Fuera e Incarceron lo quiere más que nada en el Reino. Es nuestra única esperanza.

— Señor.

Finn se volvió. Se había olvidado de que Medlicote estaba allí. El hombre delgado había estado junto a la puerta todo este tiempo, su postura ligeramente encorvada más evidente en la chaqueta descolorida. — ¿Puedo sugerir que es también nuestro único peligro?

— ¿Qué quieres decir?

El secretario se acercó, vacilante. — Está claro que la Prisión nos destruirá a todos si no puede tener este objeto. Y si se lo entregamos, a continuación, Incarceron saldrá de la Prisión y dejará morir a todos los Presos. Es una elección terrible a la que se enfrenta.

Finn frunció el ceño.

Jared dijo: — ¿Pero tiene usted alguna sugerencia?

— La tengo. Una radical, pero podría funcionar. *Destruir el Guante.*

— No — dijeron a la vez Finn y Keiro.

— Señores, escúchenme. — *Parecía asustado*, pensó Finn, *y no de ellos*—. El Maestro Jared admite que está perplejo por este dispositivo. ¿Y han pensado, que podría ser la presencia del Guante aquí, lo que está drenando al Reino de su Poder? Ustedes sólo creen que es causado por la maldad de la Prisión. Realmente no lo saben.

Finn frunció el ceño. Se dio la vuelta con el Guante encima, y miró a Jared. — ¿Crees que tiene razón?

— No, no lo creo. Necesitamos el Guante.

— Pero dijiste...

— Dame tiempo. — Jared se levantó y se acercó—. Dame tiempo y trabajaré en ello.

— No tenemos tiempo. — Finn miró la cara del débil Sapient—. Tú no, y tampoco los de la Prisión.

Medlicote dijo: — Usted es el Rey, señor. Nadie, ni siquiera el Consejo Privado, dudará de usted ahora. Destruirlo. Esto es lo que el Guardián quiere que hagamos.

Jared dijo bruscamente: — No puedes saber eso.

— Conozco al Guardián. ¿Y usted cree, señor, que los Lobos de Acero estarán a su lado y permitirán este nuevo peligro, ahora que el Protocolo se ha ido?

La vela parpadeó, Finn dijo: — ¿Me estás amenazando?

— ¿Cómo podría, señor? — Medlicote mantenía un ojo puesto en Keiro, pero su voz era mansa y ansiosa—. Usted tiene que decidir. Destruyalo, y la Prisión quedará

atrapada para siempre en sí misma. Dele el acceso al poder de Sapphique, y dará rienda suelta a sus horrores en nosotros. ¿Dónde cree que Incarceron vendrá, cuando esté libre? ¿En qué clase de tirano se convertirá aquí Afuera? ¿Va a permitir que nos haga sus esclavos?

Finn se quedó en silencio. Echó un vistazo a Keiro, que miraba hacia otro lado. Más que nunca quiso que Claudia abriera la puerta y anduviera con paso impetuoso. Ella conocía a su padre. Sabría si esto era lo que debían hacer.

En la sala, una de las ventanas rotas golpeó por el viento. El viento aullaba alrededor de la casa, y la lluvia comenzó a golpetear fuerte contra el cristal roto. — ¿Jared?

—No lo destruyas. Es nuestra última arma.

—Pero si tiene razón, si...

—Confía en mí, Finn. Tengo una idea.

Un trueno retumbó. Medlicote se encogió de hombros. —Soy reacio a decir esto señor, pero puede ser que al que no debería escuchar es al Maestro Jared. Tal vez sus motivos no son los nuestros.

Finn dijo: —¿Qué quieres decir?

—El Maestro Jared es un hombre enfermo. Tal vez lo siente como un objeto de poder que podría ser su cura. —Se le quedaron mirando.

Jared estaba pálido, parecía un tanto asombrado y confundido. —Finn...

Finn alzó una mano. —No tienes que justificarte ante mí, Maestro. —Avanzó hacia Medlicote como si su ira hubiera encontrado una salida—. Nunca, jamás creería que él pondría su vida antes que la seguridad de millones de personas.

Medlicote supo que había ido demasiado lejos. Dio un paso atrás. —La vida de un hombre lo es todo para él.

Un gran choque resonó en la casa, como si una parte de la estructura hubiera caído. —Tenemos que salir. —Keiro se puso de pie, inquieto—. Este lugar es una trampa mortal.

Jared no había quitado la mirada de Finn. —Tenemos que encontrar a Claudia. El Guante nos ayudará. Destruyelo y la Prisión no tendrá ninguna razón para mantenerla con vida.

—Si es que todavía están vivos.

Jared miró a Medlicote. —Diría que sin duda él es el Guardián.

Finn se tomó un momento para comprender. Entonces, con una velocidad que hizo que Keiro se girara, arrojó a Medlicote de espaldas contra la pared, con un brazo atascado en su garganta. —Has hablado con él, ¿no es cierto?

—Señor...

—¿No es cierto?!

El secretario jadeó tratando de respirar. Luego asintió con la cabeza.

* * *

Claudia dijo: —¿Con quién estabas hablando?

—Medlicote. —Su padre se volvió hacia la puerta—. Uno de los Lobos de Acero. Un buen hombre. Va a tratar con el Guante. Ahora vamos a ver quién manda aquí.

Pero el rugido de los Presos enojados casi ahoga sus palabras. Claudia lo miró, furiosa por su orgullo y su obstinación. Y dijo: —Te pisotean. Sin embargo, hay otra cosa que podemos hacer para detener a Incarceron. Podemos quemar la estatua.

Su padre la miró fijamente. —Nunca nos lo va a permitir.

—Está preocupado. Tú mismo lo dijiste. —Se volvió hacia Attia—. ¡Vamos!

Corrieron a través de los residuos de nieve del granizo. En las paredes las cortinas estaban congeladas en los pliegues. Claudia agarró la más cercana y tiró, polvo y fragmentos de hielo estrellándose a su alrededor. —¡Rix! ¡Ayúdanos!

El mago se sentó en el pedestal, todo rodillas y codos. Estaba ondulando monedas a través de sus dedos, murmurando para sí mismo.

—Los jefes nos matan. Sombras, nosotros queremos escapar.

—Olvídate de él. —Attia saltó y lanzó el tapiz abajo—. Está loco. Ambos lo están.

Juntas, arrastraron todas las cortinas. Cerca, los tapices estaban escondidos y harapientos bajo una capa de hielo, y en ellos Attia reconoció todas las viejas leyendas de Sapphique —Arrastrándose para cruzar el puente de la espada, ofreciendo el dedo a la Bestia, robando a los niños, conversando con el Rey de los Cisnes—. Con un ruido de repiqueteo las escenas del tejido se arrugaron como nubes hechas de fibras y moho de hielo, Claudia y ella las arrastraron a la estatua, acumulándolas en torno a sus pies, mientras que su bello rostro contemplaba a la multitud gritando detrás de la puerta.

El Guardián las observaba. Más allá de él, golpe a golpe, los últimos paneles se hicieron añicos. Una bisagra se rompió, la puerta se sacudió bruscamente y cayó.

—¡Rix! —gritó Attia—. ¡Necesitamos una llama!

Claudia corrió de vuelta, agarrando la mano del Guardián. —Padre. ¡Vámonos! ¡Rápido!

Contempló la puerta rota, los brazos empujando a través de ella, como si fuera a detenerlas sólo con su autoridad. —Yo soy el Guardián, Claudia. Estoy a cargo.

—¡NO! —Lo arrastró hacia atrás, tiró de él y cuando lo hizo la puerta se derrumbó.

Vieron una masa de Prisioneros, los de delante aplastados y pisoteados por los de atrás. Golpeando con puños y agitando las cadenas. Sus armas eran las esposas y barras de hierro. Los gritos de millones de desesperados resonaron en Incarceron, los descendientes perdidos de los primeros prisioneros, la Escoria, los Civicry, los Ardenti, los Urracas, miles de bandas y tribus, Wingtowns fuera de la ley.

A medida que entraron a raudales sobre el granizo, Claudia se volvió y corrió, su padre a su espalda, ambos huyendo por el campo de nieve pisoteada en el que se había convertido el suelo, y como burla la Prisión los recorrió con los intensos focos que pasan y cruzan el techo invisible.

* * *

—Aquí está. —Keiro tiró del receptor que se encontraba en el bolsillo de Medlicote y lo arrojó hacia Finn, éste soltó al hombre y abrió el receptor con un movimiento rápido.

—¿Cómo funciona esto?

Medlicote estaba arrugado sobre el suelo, medio ahogado. —Toqué el dial. Luego hable.

Finn miró a Jared. Luego con el pulgar pinchó en un borde el pequeño disco.

—Guardián —dijo—. ¿Puedes oírme?

* * *

Rix se levantó.

Attia agarró un pedazo de madera como arma y lo probó. Pero sabía que ante la cólera de aquella amplia muchedumbre, nada sería suficiente.

Sobre sus pasos el Guardián se dio la vuelta.

Un pequeño pitido sonó dentro de su abrigo, llegó para coger el disco, pero cuando lo sacó Claudia lo agarró, sus ojos se abrieron cuando vio a los Prisioneros acercarse, con empujones, apestosos, rugiendo por ser acogidos.

Una voz dijo: —¿Puedes oírme?

—¿Finn?

—¡Claudia! —El alivio fue evidente en su voz—. ¿Qué está pasando?

—Estamos en problemas. Hay un motín aquí. Vamos a quemar la estatua, Finn, o al menos a tratar. —Captó por el rabillo del ojo, el parpadeo de una llama en la mano de Rix—. Entonces Incarceron no tendrá salida.

—¿Está el Guante destruido? —siseó el Guardián.

Un murmullo. Un torbellino de estática. Y luego, en su oído, la voz de Jared. —
¿Claudia?

Sintió sólo una punzada de alegría.

—Claudia, soy yo. Escúchame, por favor. Quiero que me prometas algo.

—Maestro...

—Quiero que me prometas que no vas a quemar la imagen, Claudia.

Parpadeó. Attia la observó.

—Pero... tenemos que hacerlo. Incarceron...

—Sé lo que piensas. Pero estoy empezando a entender lo que está sucediendo aquí. He hablado con Sapphique. Prométemelo, Claudia. *Dime que confías en mí.*

Se dio la vuelta. Vio a la multitud llegar al último escalón, los corredores al frente lanzándose a sí mismos.

—Confío en ti, Jared —susurró—. Yo siempre lo hice. Te quiero, Maestro.

El sonido se elevó a un chillido que hizo que Jared lo tirara a la distancia, el disco cayó y rodó por el suelo.

Keiro se abalanzó sobre él y gritó: —¡Claudia! —Pero sólo había un silbido y gorgojos que podrían haber sido el ruido de una multitud o el caos de la estática interestelar.

Finn se volvió a Jared. —¿Estás loco? ¡Ella estaba en lo cierto! Sin su cuerpo...

—Lo sé. —Jared estaba pálido. Se apoyó en la chimenea, el Guante apretado en su mano—. Y te pido lo que le pedí a ella. Tengo un plan, Finn. Puede ser tonto, puede ser imposible. Pero podría salvarnos a todos.

Finn se le quedó mirando. Fuera, la lluvia arremetió, lanzándose por la ventana abierta, apagando el último destello de la vela. Estaba frío y tembloroso, sus manos heladas. El miedo en la voz de Claudia lo había infectado como una muestra de la Prisión, y por un momento estaba de vuelta en la celda blanca donde había nacido, y no era Príncipe, sino un Prisionero sin memoria y sin esperanza.

La casa se estremeció a su alrededor cuando cayó un rayo. —¿Qué necesitas?— dijo Finn.

* * *

Incarceron fue quien los detuvo. Cuando los presos subieron a la segunda etapa, su poderosa voz resonó a través de la gran sala.

Voy a matar a cualquiera que se acerque.

Hubo unos impulsos de luz repentina. Corrientes de energía corrían a lo largo y se rizaban en ondas azules. La multitud se convulsionó. Algunos siguieron adelante, otros se detuvieron, o se retorcieron en sus espaldas. Todo se convirtió en un torbellino de movimientos y los focos circularon perezosamente sobre ella y punzaron hacia abajo para mostrar una mirada aterrorizada, agitando una mano.

Attia le arrebató la leña a Rix.

Se trasladó para introducirla en las fibras podridas, pero Claudia la agarró de la mano. —Espera.

—¿Por qué?

Se dio la vuelta, pero Claudia tiró salvajemente de su muñeca y el diminuto trozo ardiente cayó, quemando en el aire. Aterrizó en los tapices, pero antes de que la llama crepitara y el fuego los consumiera, Claudia ya lo había erradicado.

—¿Estás loca? ¡Estamos terminados! —Attia estaba furiosa—. Tú has terminado con nosotros...

—Jared...

—¡Jared está mal!

Estoy muy contento de tenerlos a todos aquí para esta ejecución. El sarcasmo de la Prisión hizo eco a través del aire helado, pequeños y helados copos de nieve

flotaron desde las alturas. *Verán mi justicia y comprenderán que no tengo favoritos. He aquí el hombre de antes. John Arlex, su Director.*

El Guardián estaba gris y triste, pero se irguió, su abrigo oscuro brillante por la nieve.

—Escúchenme —gritó—. ¡La Prisión trata de abandonarnos! ¡Abandonar a su propia gente para que pasen hambre!

Sólo los más cercanos le oyeron, y aullaron debajo de él. Mientras llegaba a su lado, Claudia sabía que sólo la proclamación de la Prisión mantuvo a la multitud atrás, y que la Prisión estaba jugando con ellos.

John Arlex, al que odias y detestas. Mira cómo se encoge bajo esta imagen de Sapphique. ¿Crees que lo ampare contra mi ira?

No tenían por qué molestarse con los tapices. Claudia se dio cuenta de que Incarceron quemaría su propio cuerpo, que su enojo por la pérdida del Guante y el final de todos sus planes, sería su final también. La pira misma consumiría todo. Y luego, a su lado, una voz fuerte, dijo: —Oh mi padre. Escúchame.

La multitud se quedó silenciosa.

Se calmó, como si la voz fuera de alguien a quien conocieran, la había escuchado antes, por lo que se tranquilizó al oírla de nuevo.

Y Claudia sintió en sus huesos y nervios cómo Incarceron zigzagueaba cerca, emocionado, murmuró su respuesta en su oído y en contra de su mejilla, una pregunta calmada, fascinado con duda secreta.

¿Eres tú, Rix?

Rix se echó a reír. Tenía los ojos entrecerrados, su aliento apestaba a ket. Abrió los brazos. —Te voy a enseñar lo que puedo hacer. La mayor magia nunca realizada. Déjame demostrarte, mi padre, cómo voy a traer tu cuerpo a la vida.

33

Traducido por MerySnz y cYeLy DiviNNA
Corregido por Nanis

*Él levantó sus manos.
Ellos vieron que su abrigo era de plumas como las alas
del Cisne cuando muere, cuando canta la canción secreta.
Y él abrió la puerta que ninguno de ellos había visto hasta ahora.*

—**LEYENDAS DE SAPPHIQUE**

Mientras Finn se trasladó al pasillo, vio que Keiro tenía razón. La antigüedad de la casa estaba en contra de ellos ahora; la decadencia, al igual que en la reina, se había apoderado de ellos de inmediato.

—¡Ralph!

Ralph vino apresurado, pasando sobre los trozos de yeso cayéndose. —Señor.

—Evacuen. Todo el mundo hacia la salida.

—Pero, ¿dónde vamos a ir, señor?

Finn frunció el ceño. — ¡No lo sé! Seguramente el campamento de la Reina no está en mejor condición. Encuentra refugios en los establos, las casas circundantes. Nadie debe quedarse aquí. ¿Dónde está Caspar?

Ralph tiró de su podrida peluca. Debajo, su propio cabello estaba afeitado. Su barbilla sin rasurar, y su rostro sin lavar. Parecía cansado y perdido. —Con su madre. El pobre chico está devastado. Pienso que incluso él, no tenía idea de su realidad.

Finn miró a su alrededor. Keiro tenía a Medlicote inmovilizado con una llave. Jared, alto en su túnica Sapient, llevaba el Guante.

—¿Necesitamos esta Escoria? —Keiro murmuró.

—No. Que se vaya con el resto.

Dándole al secretario un último tirón doloroso en el brazo, Keiro lo empujó lejos.

—Salgan de este lugar —dijo Finn—. Dónde sea seguro. Encuentra al resto de tu pueblo.

—En ningún lugar es seguro. —Medlicote se agachó con si estuviera dentro de un traje de armadura, de pronto se estrelló con el polvo—. No mientras el Guante exista.

Finn se encogió de hombros. Se giró hacia Jared. —Vámonos.

Los tres corrieron por delante del secretario y a lo largo de los pasillos de la casa. Se movieron a través de una pesadilla de belleza disolviéndose, de colgaduras fragmentadas y pinturas perdidas en la suciedad y el moho. Los candelabros de velas blancas se habían caído; las gotas de cristal como lágrimas de cera rompiéndose. Keiro se movió hacia delante, lanzando los escombros a un lado; Finn mantuvo a Jared cerca, inseguro de la fortaleza del Sapient. Ellos lucharon para llegar al pie de la gran escalera, Finn se horrorizó por la vista de la destrucción de las plantas superiores. El resplandor silencioso de un rayo le mostró una inmensa grieta extendiéndose hasta la pared exterior. Restos de vasijas y plastigas crujían bajo sus pies; popurrí, esporas de hongos y polvo de siglos enturbiaron el aire como la nieve.

Las escaleras estaban en ruinas. Keiro subió dos, con su espalda contra la pared, pero en el tercer escalón su pie se hundió atravesándolo, él lo tiró fuera, maldiciendo. —Nosotros nunca subiremos esto.

—Tenemos que llegar al estudio, y al Portal. —dijo Jared ansioso. Se sentía completamente agotado, su cabeza ligera y mareada. ¿Cuando había tomado por última vez su medicación? Se apoyó contra la pared y tiró del morral y lo miró con desesperación.

La pequeña jeringa se había roto en pedazos, como si el cristal se hubiera vuelto frágil y viejo al instante. El suero se congeló en una costra amarilla.

Finn dijo: — ¿Qué vas a hacer?

Jared casi sonrió. Volvió a colocar las piezas y arrojó el morral al oscuro pasillo, y Finn vio que sus ojos eran remotos y oscuros. —Era sólo provisional, Finn. Como todo el mundo, ahora tengo que vivir un poco sin mis comodidades.

Si él muere, Finn pensó, si yo lo dejo morir, Claudia nunca me perdonará. Miró hacia arriba, a su medio hermano. —Tenemos que llegar hasta allí. Tú eres el experto, Keiro. ¡Haz algo!

Keiro frunció el ceño. Luego tiró de su chaqueta de terciopelo y recogió su cabello con un trozo de cinta. Arrancó algunas de las cortinas y las ató con rapidez alrededor de su mano, maldiciendo mientras tocaba su palma quemada.

—Cuerda. Necesito cuerda.

Finn arrebató los lazos bajos que sostenían las espesas cortinas, anudando con firmeza todos juntos, —formando extraños cordones de oro y escarlata. Keiro los tiró por encima de su hombro y después empezó a subir la escalera.

El mundo se ha invertido, Jared pensó, mirando su lento progreso, porque una escalera que había subido todos los días durante años, se había convertido en un obstáculo peligroso, una trampa mortal. Esto era como la melodía transformando cosas, como nuestro cuerpo nos transformó. Esto fue lo que el Reino trato de olvidar, en su elegante amnesia deliberada.

Keiro tuvo que subir las escaleras como un alpinista subiendo una empinada montaña. La sección central completa ya no estaba, y cuando se agarraba a los peldaños más altos, los bordes se desmoronaban en sus manos.

Finn y Jared lo veían, ansiosos. Sobre la casa retumbaban los truenos; lejos en el establo, escucharon los gritos de los guardias anunciando a todo el mundo salir, los relinchos de los caballos, el chillido de un halcón.

Finalmente, en el codo de Finn, una voz sin aliento dijo: —El puente levadizo está abajo, señor, y todo el mundo lo está cruzando.

—Entonces, tú irás también. —Finn no se giró, mirando a Keiro mientras este se balanceaba precariamente entre un pasamanos y un panel caído.

—La Reina, señor. —Ralph se limpió su cara manchada con un trapo sucio que alguna vez pudo haber sido un pañuelo—. La Reina está muerta.

La herida del shock fue tan lejos que Finn casi lo perdió. Y luego la noticia se hundió dentro, y vio que Jared había escuchado también. El Sapien inclinó su cabeza, tristemente.

—Así que eres el Rey, señor.

¿Era así de simple? Él se preguntó. Pero todo lo que dijo fue: —Ralph, ve ahora.

El viejo mayordomo no se movió. —Me gustaría quedarme y ayudar. Para rescatar a Lady Claudia y mi señor.

—No estoy seguro de que haya algún maestro ahora.

Jared tomó aire. Keiro se había deslizado hacia un lado, ahora todo su peso estaba en un barandal curvado, y estaba inclinado, la madera se rompía hacia afuera, seca y quebradiza. —¡Ten cuidado!

La réplica de Keiro fue inaudible. Entonces se lanzó a sí mismo hacia arriba, saltó dos pasos que crujieron debajo de él para darse impulso.

Se agarró con ambas manos, pero mientras lo hacia, toda la escalera se derrumbó detrás de él en un estruendo de polvo y polillas, cayendo por debajo del granizo, tumbando la escalera.

Keiro subió, arrastrándose a sí mismo, todos los músculos en sus brazos esforzándose, cegado por el polvo. Finalmente se puso sobre una rodilla y cayó aterrizando sobre un piso frío.

Él tosió hasta que las lágrimas hicieron un camino en su cara manchada. Luego se arrastró hasta el borde y miró hacia abajo. Debajo era un remolino negro de polvo y escombros. —¿Finn? —dijo. Se puso de pie, con las piernas doloridas—. ¿Finn? ¿Jared?

* * *

Él está completamente loco o es toda esa droga en su cabeza, Attia pensó.

Rix se paró frente a su audiencia con absoluta confianza, y la gente lo miró, desconcertada, emocionada, sedienta de verdad. Pero esta vez, la Prisión estaba entre el público también.

¿Estás loco, Prisionero? dijo.

—Casi seguramente, Padre —dijo Rix—. Pero si tengo éxito, ¿Me llevarás contigo?

Incarceron escupió una carcajada. *Si tienes éxito serías realmente el Encantador Oscuro. Pero tú eres sólo un fraude, Rix. Un mentiroso, un charlatán, un estafador. ¿Piensas estafarme?*

—Ni en mis sueños —Rix miró a Attia—. Todavía necesito a mi viejo ayudante. Le guiñó un ojo, y antes de que pudiera balbucear una respuesta se había vuelto a la multitud y adelantado hasta el borde del pedestal.

—Amigos —dijo—. ¡Bienvenidos a mi mayor maravilla! Creen que podrán ver ilusiones. Creen que se les engaña con espejos, con dispositivos ocultos. Pero yo no soy como los otros magos. ¡Soy el hechicero oscuro, y les mostraré la magia de las estrellas!

La multitud se quedó sin aliento. Lo mismo hizo Attia.

Él levantó la mano árida en la que llevaba un guante. Estaba hecho de piel, oscura como la noche, y los parpadeos de la luz provocados por él.

Detrás de Attia, Claudia dijo: —Pensé... no me digas que Keiro tiene el erroneo.

—Por supuesto que no. Se trata de un accesorio. Sólo un accesorio.

Pero la duda se había deslizado en Attia también, como un cuchillo frío, porque ¿cómo podrías saber, con Rix, lo que era real y lo que no?

Agitó la mano en un gran arco, y la nieve dejó de caer. El aire se hizo más cálido, las luces de todos los colores del arcoíris llegaban desde el alto techo. ¿Estaba haciendo esto? ¿O Incarceron se divertía a su costa? Cualquiera que sea la verdad, la gente estaba paralizada. Miraron hacia arriba, gritando. Algunos cayeron de rodillas. Algunos regresaron, con miedo.

Rix era alto. De alguna manera había traído la nobleza a su cara escarpada, hizo de lo salvaje en sus ojos una luz santa. —Hay mucho dolor aquí —dijo—. Hay mucho miedo —era el inicio de su acto. Y sin embargo, estaba fragmentado, había cambiado. Como en el caleidoscopio de su mente que estaba cayendo en nuevos patrones. En voz baja dijo—: Necesito un voluntario. Aquel que esté dispuesto a que su miedo más profundo sea revelado. Dispuesto a llevar su alma a mi mirada.

Miró hacia arriba.

La prisión parpadeó luces blancas sobre su estatua. Entonces dijo: *Yo soy voluntario.*

* * *

Por un momento todos lo que Keiro oyó fue el ruido sordo de su propio corazón y los ecos de la madera deslizándose. Entonces Finn dijo: —Estamos bien.

Salió de un nicho en la pared, y de las sombras detrás de él, Ralph dijo con desesperación: —¿Cómo llegamos hasta arriba? No hay manera...

—Por supuesto que la hay —la voz de Keiro fue rápida. Desde la oscuridad una borla roja y dorada bajó y golpeó a Finn en el hombro.

—¿Es seguro?

—La he atado a la columna más cercana. Es lo mejor que puedo hacer. Vamos.

Finn miró a Jared. Ambos sabían que si la columna o el cable se venía abajo, quien estuviera escalando, caería a su muerte. Jared dijo: —Tengo que ser yo. Con todo respeto, Finn, el Portal es un misterio para ti.

Era cierto, pero Finn meneó la cabeza. —Tú no vas a manejar...

Jared se irguió. —No estoy tan débil.

—Tú no eres débil en absoluto —Finn levantó la mirada en la penumbra.

Entonces agarró la cuerda y la ató fuertemente alrededor de la cintura de Jared y bajo sus brazos. —Se usa para rapel. Utiliza todos los puntos de apoyo que puedas encontrar y trata de no poner todo tu peso sobre eso. Nosotros seremos...

—Finn —Jared puso una mano en su pecho—. No te preocupes —apoyo la cuerda, a continuación, volvió la cabeza—. ¿Has oído eso?

—¿Qué?

—Tormenta —dijo Ralph dudosamente.

Ellos escucharon un momento, escuchando la ira de la terrible tormenta en todo el Reino, el ambiente se desató en la atmósfera saliéndose de control.

Luego Keiro gritó, —¡Muévete! —y Jared sintió el tirón de la cuerda subiendo las escaleras en primer lugar. La subida fue una pesadilla. Pronto la cuerda le quemó las manos, y el esfuerzo de trepar y arrastrarse a sí mismo lo dejó sin aliento. El viejo dolor quemaba en su pecho, al igual que el dolor de la espalda y el cuello mientras buscaba a tientas desde el paso parcial al del panel, tomando marcos de madera cubiertos de telarañas y cambiantes, eso lo agotó.

Por encima, la cara de Keiro era un óvalo pálido en la sombra. —¡Vamos, Maestro tu puedes hacerlo! —Jared quedó sin aliento. Tenía que parar, sólo para respirar, pero cuando lo hizo la pequeña muesca en la que se había atascado su bota cedió, y con un choque y un grito se cayó, la cuerda lo llevó a una corta agonía sin deshuesarlo pero agrietando y arrancando sus músculos.

Por un momento no veía nada.

El mundo se había ido y estaba colgado con ingravidez en un cielo negro, y alrededor de él, en silencio, las galaxias y las nebulosas giraban fríamente. Las estrellas daban voces, diciendo su nombre, pero aún seguía en el círculo, lentamente, hasta que la estrella que era Sapphique se inclinó y le susurró: —Estoy esperando por ti, Maestro. Y Claudia está esperando.

Abrió los ojos. El dolor fluía de nuevo como una ola, llenando sus venas, su boca, sus nervios.

Keiro dijo: —¡Jared, sube, sube!

Él obedeció. Como un niño, sin pensarlo, se tiró para arriba, mano sobre mano. Escalando a través del dolor, a través del fuego oscuro de su respiración, mientras que muy por debajo Finn y Ralph eran dos destellos en el salón negro.

—Más. Un poco más.

Algo lo agarró por encima de él. Sus manos empapadas de sudor se deslizaron sobre las cuerdas, la piel en bruto, con nudos en las rodillas y tobillos frotando la carne. Un apretón cálido lo atrapo. Una mano se transporto bajo su codo.

—Te tengo. Te tengo.

Y entonces una fuerza que parecía milagrosa para él lo lanzó hacia arriba y se puso en cuclillas a cuatro patas sobre el dolor, la tos y náuseas.

—Él está seguro —grito Keiro con voz calmada—. Muevete, Finn.

Finn se volvió hacia Ralph. —Ralph, tu no vienes. Hazlo por mí. Sal y encuentra al Consejo Privado. Tienen que hacerse cargo ahora, diles que yo... —hizo una pausa y tragó saliva—. Diles que el Rey lo ordena. Alimento y refugio para todos. Pero... voy a estar de vuelta. Con Claudia.

—Pero Señor, ¿quiere decir volver a entrar en la Prisión?

Finn ato la cuerda alrededor de su mano y la hizo girar hacia arriba. —No si puedo evitarlo. Pero si tengo que hacerlo, lo haré.

Subió rápida y fuertemente, tirando de ella con sacudidas de energía, desdeñando la mano de Keiro y rodando sobre el borde con rapidez. El piso estaba a oscuras. Todo el alero de la casa debía haberse ido, porque en el otro extremo se podía ver el cielo en contra de las vigas y la mitad de una chimenea.

—El Portal puede ser destruido —murmuró Keiro.

—No. El Portal no está ni siquiera en esta casa —volvió Finn—. ¿Maestro?

El piso estaba vacío.

—¿Jared?

Entonces lo vieron. Él estaba muy lejos por el pasillo, en la puerta del estudio. —Lo siento, Finn —dijo suavemente—. Este es mi plan. Tengo que hacer esto por mi cuenta.

Algo hizo clic.

Finn estaba corriendo, Keiro a su espalda, y cuando llegó a la puerta, se arrojó hacia ella, el cisne negro se arqueo desafiante sobre él.

Pero estaba cerrada con llave desde el interior.

34

Traducido por Emii_Gregori

Corregido por Nanis

*La prisión fue un ser de belleza una vez.
Su programa era amor.
Pero tal vez éramos demasiado duros de amar.
Quizás pedimos demasiado de él.
Quizás lo volvimos loco.*

—DIARIO DEL SEÑOR CALLISTON

Rix se extendió con su mano Enguantada, y desde arriba un diminuto haz de luz de lápiz fino bajó para tocarle. Se agitó suavemente sobre su palma, y después de un rato, asintió.

—Veo cosas raras en tu mente, mi Padre. Veo cómo ellos te hicieron a su propia imagen, cómo despertaste en la oscuridad. Veo la gente que te habita, veo todos los corredores y celdas y mazmorras polvorientas donde ellos viven.

—¡Rix! —la voz de Attia era aguada—. Detente.

Él sonrió, pero no la miró. —Veo cuán solo estás, y como enloqueces. Has dado de comer tu propia alma, mi Maestro. Has devorado tu propia humanidad. Has ensuciado tu propio Edén. Y ahora quieres Escapar.

Ves un haz de luz en tu mano, Prisionero.

—Como tú dices. Un haz de luz. —Pero la sonrisa ahora había desaparecido, y Rix levantó el Guante de modo que la luz atrapara un brillo de polvo plateado que caía entre sus dedos abiertos.

La muchedumbre jadeó.

El polvo cayó y cayó. Había demasiado de él. Se convirtió en una cascada de chispas diminutas en un cielo negro.

—Veo las estrellas —dijo Rix, su voz tensa—. Debajo de ellas se encuentra un palacio en ruinas, sus ventanas oscuras y rotas. Le eché una ojeada a través del

ojo de la cerradura de una entrada diminuta. Una tormenta ruge alrededor. Es el Exterior.

Claudia agarró la muñeca de Attia. —¿Es él...?

—Creo que es una visión. Él ha hecho esto antes.

—¡El Exterior! —ella se volvió hacia el Guardián—. ¿Se refiere al Reino?

Sus ojos grises eran difíciles. —Me temo que sí.

—Pero Finn...

—Silencio, Claudia. Necesito entender esto.

Furiosa, ella miró hacia Rix. Él estaba temblando, sus ojos delgados rayados de blanco. —Hay un camino —él susurró, absorto—. Sapphique lo encontró.

¿Sapphique? La voz de Incarceron tarareó y retumbó alrededor del granizo. Y entonces habló de nuevo, no había miedo repentino en ella, y preguntó. *¿Cómo haces esto, Rix? ¿Cómo haces esto?*

Rix parpadeó. Por un momento parecía conmovido. Las personas estaban en silencio.

Entonces movió sus dedos, y la lluvia de plata se convirtió en oro.

—El Arte Magicke —él suspiró.

* * *

Jared se apartó de la puerta. Si Finn estuviera golpeándola, como él sospechaba, el sonido no llegaría.

Se giró.

El Reino podría estar arruinado pero nada en esta habitación había cambiado. Mientras el Portal se enderezaba sintió la tranquilidad zumbarle de este misterio calmándolo, las grises paredes y únicas ventanillas enfocando su visión. Levantó una mano temblorosa hacia su boca y lamió sangre de la piel abierta.

De repente, la fatiga ondulaba a través de él. Todo lo que quería hacer era dormir, y se dejó caer en la silla de metal antes de la pantalla de nieve y luchó contra el deseo de poner su cabeza en el escritorio y cerrar los ojos y olvidar todo.

Pero la nieve sostuvo su mirada. Detrás de su misterio, Claudia estaba atrapada, y la Prisión y el Reino eran capturados en esa destrucción.

Se obligó a sentarse, limpió su cara con una sucia manga, apartando el cabello de sus ojos. Sacó el Guante y lo puso sobre la superficie del metal gris. Luego hizo unos cuantos ajustes a los controles y habló.

Utilizó la lengua Sapiienti. Dijo: —¡Incarceron!

La nieve seguía cayendo, pero sus patrones cambiaron a un remolino de maravillas. Le respondió, su voz asombrada. *¿Cómo haces esto, Rix? ¿Cómo haces esto?*

—No soy Rix —Jared extendió sus manos finas sobre el escritorio y las miró fijamente—. Me hablaste una vez antes. Tú sabes quién soy.

Conocí a una voz como está, hace mucho tiempo. Murmuró la Prisión colgando aún en el aire de la habitación.

—Hace mucho tiempo —Jared susurró—. Antes de que fueras viejo, y malo. Cuando el primer Sapiienti te creó. Y muchas veces desde entonces, en mi viaje infinito.

Tú eres Sapphique.

Él sonrió, con cansancio. —Lo soy ahora. Y tú y yo, Incarceron, tenemos el mismo problema. Ambos estamos atrapados en nuestros cuerpos. Tal vez podamos ayudarnos el uno al otro —él tomó el Guante y toqueteó sus finas escamas—. Tal vez ha llegado la hora de todo lo que decía la profecía. La hora en que el mundo se acaba, y Sapphique regresa.

* * *

Claudia dijo: —Ellos están fuera de sus mentes por el terror. Van a apresarnos y matarnos.

La multitud estaba alterada cada vez más. Ella podía sentir su pánico, presentir la urgencia en la manera en que ellos siguieron adelante, estirando el cuello para ver, su caliente hedor sudoroso hacia ella. Ellos sabían que si Incarceron Escapaba era el fin para ellos. Si ellos comenzaran a creer que Rix podría hacer esto, no tendrían nada que perder.

Attia agarró el cuchillo de Rix. Claudia levantó el fusil y miró hacia su padre. Él no se movió, con sus ojos fijos con fascinación sobre Rix.

Ella pasó junto a él, Attia con ella, y juntas bordearon hasta detenerse en los escalones entre Rix y la muchedumbre, a pesar de que era inútil, un mero gesto de defensa.

Conocí a una voz como esta, hace mucho tiempo, la Prisión murmuró. Rix rió severamente. Las palabras de su acto parecían cargadas ahora, como la profecía.

—Hay una manera de Salir. Sapphique la encontró. La puerta es pequeña, más pequeña que un átomo. Y el águila y el cisne extienden sus alas para protegerla.

Tú eres Sapphique.

—Sapphique regresa. ¿Alguna vez me amaste, Incarceron?

La prisión tarareó. Su voz era ronca. *Te recuerdo. De todos ellos, tú eras mi hermano y mi hijo. Teníamos el mismo sueño.*

Rix volvió a la estatua. Contempló su rostro sereno, sus ojos muertos. —Mantente quieta aún —él susurró con ansiedad, como si toda la Prisión escuchara—. O el peligro será extremo.

Se volvió hacia la muchedumbre. —Ha llegado el momento, amigos. Voy a liberarlo. ¡Voy a traerlo de vuelta!

* * *

—¡De nuevo! —Finn y Keiro se lanzaron hacia la puerta pero ni siquiera se estremeció. No había ningún sonido desde el interior.

Sin aliento, Keiro dio su espalda al cisne de ébano y dijo: —Podríamos tomar una de aquellas tablas y... —se detuvo—. ¿Oyes eso?

Voces. El clamor de los hombres en la casa, hombres pululando por la cuerda en el hueco de la escalera, figuras oscuras atestando el fragmentado corredor.

Finn dio un paso adelante. —¿Quién está allí?

Pero él sabía quiénes eran incluso antes de que el parpadeo de un rayo se lo mostrara. Los Lobos de Acero habían llegado en una manada de hocicos de plata, sus ojos brillantes detrás de las máscaras de homicidas y asesinos.

La voz de Medlicote dijo: —Lo siento, Finn. No puedo dejarte ir así como así. Nadie estará sorprendido si tú y tu amigo fallecen en las ruinas de la Wardenry. Entonces un nuevo mundo comenzará sin reyes, sin tiranos.

—Jared está allí —espetó Finn—. Y tu Guardián...

—El Guardián ha dado sus órdenes.

Las pistolas fueron levantadas.

Junto a él, Finn sintió el desafío arrogante de Keiro, que extraña manera tenía de hacerse a sí mismo más alto, cada músculo tenso.

—Nuestra última resistencia, hermano —dijo Finn amargamente.

—Habla por ti mismo —dijo Keiro.

Los Lobos de Acero avanzaron, una línea provisional a través del corredor.

Finn se tensó, pero Keiro parecía casi lánguido. —Vamos, mis amigos. Un poco más cerca, por favor.

Se detuvieron, como si sus palabras los pusieran nerviosos. Entonces, justo como Finn sabía que lo haría, atacó.

* * *

Jared sostuvo el Guante en ambas manos. Sus escamas eran curiosamente flexibles, como si los siglos las hubieran gastado. Como si sólo el tiempo hubiera gastado el Guante.

¿No tienes miedo? Incarceron preguntó, curioso.

—Por supuesto que tengo miedo. Creo que he tenido miedo un largo tiempo ahora —Él tocó las garras surcadas y pesadas—. Pero, ¿qué sabes acerca de eso?

El Sapiienti me enseñó a sentir.

—¿Placer? ¿Crueldad?

Soledad. Desesperación.

Jared sacudió la cabeza. —Ellos querían que tú amaras también. Tus Prisioneros. Para cuidar de ellos.

Su voz era un trago melancólico, un sonido agrietado. *Tú sabes que fuiste el único que alguna vez he amado, Sapphique. El único por el que me preocupaba. Tú eras la pequeña grieta en mi armadura. Tú eras la puerta.*

—¿Por eso me dejaste Escapar?

Los niños siempre escapaban de sus padres, al final. Un murmullo llegó a través del Portal, como un suspiro bajó al largo y vacío corredor. *Estoy asustado también,* dijo.

—Entonces debemos tener miedo juntos —Jared deslizó sus dedos en el Guante. Se lo puso, firmemente, y mientras lo hacía, oyó lejanamente una palpitación, tal vez en una puerta, tal vez en su corazón, tal vez de un millar de pasos abarrotados. Cerró sus ojos. A medida que el Guante envolvía su helada mano, se convirtió en

uno con la piel. Sus neuronas se quemaron. Las garras se enrollaron mientras él las apretaba. Su cuerpo se convirtió en hielo, enorme, y atestado de un millón de terrores. Y entonces se derrumbó completamente, resecaándose internamente y hacia el interior por un vórtice de la luz. Inclino su cabeza, y grito en voz alta.

* * *

Estoy asustado también. El murmullo de la Prisión sonó a través de todas sus salas y bosques, sobre sus mares. Profundamente en las Alas de hielo, su miedo quebró carámbanos de hielo, envió multitudes de pájaros aleteando sobre el bosque de metal donde ningún Prisionero había cruzado nunca.

Rix cerró sus ojos. Su cara era un rigor de éxtasis. Abrió los brazos y grito: — Ninguno de nosotros necesita tener miedo nunca más. ¡*Contemplan!*

Claudia oyó el jadeo de Attia. La muchedumbre dio un gran rugido y surgió hacia delante, y mientras ella saltaba de nuevo, volvió su cabeza y vio a su padre mirando fijamente a la imagen de Sapphique. Su mano derecha llevaba el Guante.

Sorprendida, trató de decir: — ¿Cómo...? — Pero su susurro se perdió en el tumulto.

Los dedos de la estatua eran piel de dragón, sus uñas eran garras. *Y ellas estaban en movimiento.*

La mano derecha se flexionó, se abrió y extendió la mano como si anduviera a tientas en la oscuridad, o buscando algo para tocar.

La gente estaba en silencio. Algunos cayeron de rodillas, otros se volvieron y lucharon por su camino de regreso a través de la chusma embalada.

Claudia y Attia se detuvieron. Attia sintió como si su asombro explotara a través de ella, como si la maravilla de lo que veía, de lo que significaba, la haría gritar en voz alta con miedo y alegría.

Sólo el Guardián observó con calma. Claudia se dio cuenta de que él sabía lo que estaba pasando aquí.

—Explica —ella susurró.

Su padre miró hacia la imagen de Sapphique y había una apreciación sombría en sus ojos grises.

—Por qué, mi querida Claudia —dijo en su voz ácida—. Un gran milagro está ocurriendo. Somos privilegiados de estar aquí. —Y entonces, más tranquilo—: Y parece que he subestimado al Maestro Jared una vez más.

* * *

Un fusil acuchilló el techo. Un hombre ya estaba abajo, arrugado y gimiendo. Espalda con espalda, Finn y Keiro dieron vueltas.

El corredor arruinado era un enredado aliento de luz, inclinado con oscuridad. Un mosquete se encendió, la pelota astillada de madera en codo de Finn. Él emprendió camino, apartando la pistola a un lado, estrellando al hombre enmascarado detrás.

Detrás de él, Keiro luchó con una hoja de metal arrebatada hasta que se rompió, entonces la tiró y siguió con las manos desnudas. Se movía con exactitud, salvaje y rápido, y Finn, junto a él. Ya no había ningún Reino, ningún Incarceron, sólo la violencia caliente de golpes y dolor, una puñalada hacia el pecho defendiéndose desesperadamente, un cuerpo lanzado contra el revestimiento de madera.

Finn gritó, sudor en sus ojos, mientras Medlicote se abalanzaba sobre él, la doble hoja del secretario se azotó mientras chocaba contra la pared, e instantáneamente ambos estaban luchando por la hoja, y Finn tenía al hombre en un asimiento apretado alrededor del pecho, forzándolo a bajar. El rayo parpadeó, mostrando la sonrisa de Keiro, el acero destellando del hocico de un lobo. Los truenos gruñeron, un bajo y distante estruendo.

Una ráfaga de luz se alzó, y por ella, Finn vio a los Lobos, sin aliento y ensangrentados mientras estaban sobre ellos.

—Tiren sus armas al suelo. —La voz de Keiro estaba sin aliento y tosca. Él se encendió de nuevo, y todos ellos se estremecieron como un yeso estrellado en una nieve blanca—. *¡Láncenlas abajo!*

Se escucharon unos ruidos sordos.

—Ahora acuéstense. Cualquier persona que siga de pie muere.

Poco a poco ellos le obedecieron. Finn arrancó la máscara de Medlicote y la arrojó lejos. La furia repentina quemándolo. Él dijo: —Yo soy el Rey aquí, Maestro Medlicote. ¿Entiendes? —Su voz era rasposa por la ira—. *¡El viejo mundo ha terminado y no habrá más planificaciones ni mentiras!* —Él jaló al hombre como un trapo blando y lo golpeó contra la pared—. *Yo soy Giles. ¡El Protocolo ha terminado!*

—Finn —Keiro vino y tomó la hoja de metal de su mano—. Déjalo. Está medio muerto de todos modos.

Poco a poco, Finn dejó ir al hombre, y se dejó caer. Finn se volvió hacia su hermano de juramento, gradualmente, poco a poco, enfocándose, como si la ira hubiera sido un murmullo en el aire.

—Mantén la calma, hermano —Keiro inspeccionó a sus cautivos—. Como siempre te he enseñado.

—Estoy tranquilo.

—Correcto. Bueno, al menos no has crecido tan suave como el resto de ellos fuera de aquí —Keiro giró alrededor y levantó el arma. Él la clavó, una vez, dos veces, en la puerta del estudio, bajo el cisne enojado, y la puerta se estremeció y estalló hacia el interior.

Pasandole, Finn se dirigió a través del humo, tropezando mientras el Portal ondulaba su bienvenida.

Pero la habitación estaba vacía.

* * *

Esta era la muerte.

Era caliente y pegajosa y había ondas de ella, llegando sobre Jared como dolor. No tenía aire para respirar, ninguna palabra para hablar. Tenía un nudo en la garganta.

Y entonces hubo un brillo de color gris y Claudia estaba de pie ante él, y su padre, y Attia. Se acercó a ella y trató de decir su nombre, pero sus labios estaban fríos y entumecidos como el mármol y su lengua demasiado rígida para moverse.

—¿Estoy muerto? —le preguntó a la Prisión, pero la pregunta fue un murmullo través de colinas, corredores y abajo a las galerías antiguas, y se dio cuenta que él era la Prisión, que todos sus sueños eran suyos.

Él era todo un mundo, y sin embargo era una criatura pequeña. Podía respirar, su corazón le latía con fuerza, su visión era clara. Se adaptaba mientras una gran preocupación caía frente a él, un gran peso en su espalda, y tal vez lo era, tal vez era su vieja fe. Y en su interior habían bosques y océanos, altos puentes sobre hendiduras profundas, escaleras de caracol abajo hasta las blancas celdas vacías donde su enfermedad había nacido. Había viajado a través de él, explorado todos sus secretos, cayendo en la oscuridad.

Sólo él sabía responder el enigma, y la puerta que llevaba al Exterior.

Claudia lo oyó. En el silencio la estatua se onduló y pronunció su nombre.

Mientras ella lo miraba tropezó hacia atrás, pero su padre agarró su codo. —Te he enseñado a nunca tener miedo —él dijo en voz baja—. Y además, tú sabes quién es.

Revivio incluso mientras ella observaba. Sus ojos se abrieron y eran verdes, aquella inteligente y curiosa mirada que tan bien conocía. El delicado rostro perdió su marfil y enrojeció con vida. El cabello largo se oscureció y se balanceó, la túnica Sapienti brillaba en grises iridiscente. Él extendió sus brazos y las plumas brillaron como si fueran alas.

Él bajó del pedestal y se puso delante de ella. *Claudia*, él dijo. Y luego: —Claudia.

Las palabras se ahogaron en su garganta.

Pero Rix estaba saltando con la adulación rugiente de la muchedumbre; él tomó la mano de Attia e hizo un arco con su mano en la tormenta de aplausos que siguió y sobre los aullidos de alegría y los gritos saludando a Sapphique mientras regresaba a salvar a su gente.



Traducción S.O.S. por Clo
Corregido por Emii_Gregori

*Él cantó su última canción.
Y las palabras de esa nunca han sido puestas por escrito.
Pero era dulce y de gran belleza, y aquellos que la escucharon
fueron cambiados por completo.
Algunos dicen que era la canción que mueve las estrellas.*

—LA ÚLTIMA CANCIÓN DE SAPPHIQUE

Finn se dirigió lentamente hacia la pantalla y se le quedó mirando. Ya no estaba nevando, sino que estaba claro y brillante, y pudo ver a una chica mirando directamente hacia él.

—¡Claudia! —dijo.

Ella no pareció oírlo. Entonces se dio cuenta que la estaba mirando a través de los ojos de alguien más, ojos que estaban ligeramente borrosos, como si la mirada de la Prisión tuviera lágrimas en ella.

Detrás de él, Keiro se acercó.

—¿Qué demonios está pasando ahí dentro?

Como si sus palabras lo hubieran provocado, el sonido presionó, una explosión de rugidos, aplausos y gritos de alegría que los hicieron respingar.

* * *

Claudia se estiró y tomó la mano Enguantada. —Maestro —dijo ella—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Qué ha hecho?

Él sonrió con su sonrisa tranquila. —Creo que he llevado a cabo un nuevo experimento, Claudia. Mi investigación más ambiciosa hasta ahora.

—No se burle de mí. —Ella apretó el puño sobre sus dedos escamosos.

—Nunca te traicioné —dijo él—. La Reina me ofreció conocimiento prohibido. No creo que esto fuera lo que ella quería decir.

—Nunca jamás pensé que me traicionaría —miró el Guante—. Todas estas personas creen que usted es Sapphique. Dígales que no es cierto.

—Soy Sapphique. —El ruido que acompañó sus palabras fue tremendo pero él no apartó los ojos de ella—. Él es lo que ellos quieren, Claudia. E Incarceron y yo les daremos su seguridad. —Los dedos del dragón se enroscaron alrededor de los de ella—. *Me siento tan extraño, Claudia.* Es como si todos ustedes estuvieran dentro de mí, como si hubiera cubierto mi piel y lo que está debajo fuera un nuevo ser, y puedo ver tanto y escucho tantos sonidos y toco tantas mentes. Estoy soñando los sueños de la Prisión, y son tan tristes.

—Pero, ¿puede volver? ¿Tiene que quedarse aquí por siempre? —Su consternación sonaba débil, pero no le importaba, ni siquiera si su egoísmo se ponía en el camino de todos los Prisioneros de Incarceron—. No me las puedo arreglar sin ti, Jared. Te necesito.

Él negó con la cabeza. —Tú serás Reina, y las reinas no necesitan tutores —se acercó, puso sus brazos alrededor de ella y la besó en la frente—. Pero no voy a ir ninguna parte. Me llevarás en la cadena de tu reloj —miró más allá de ella al Guardián—. Y de ahora en adelante habrá libertad para todos nosotros.

La sonrisa del Guardián era estrecha. —Entonces, mi viejo amigo, has encontrado un cuerpo, después de todo.

A pesar de todos tus esfuerzos, John Arlex.

—Pero no has Escapado.

Jared se encogió de hombros, un movimiento extraño y ajeno. —*Ah, pero lo he hecho. Me he Escapado de mi mismo pero no me voy a ir. Esa es la paradoja que es Sapphique.*

Hizo un pequeño movimiento con la mano, y todas las personas jadearon. Detrás de ellos, todo alrededor de ellos, las paredes se iluminaron y vieron la habitación gris del Portal, sus puertas se llenaron de observadores, y Finn y Keiro se sacudieron hacia atrás por la sorpresa.

Jared se volvió. —Ahora estamos todos juntos. Dentro y Fuera.

—¿Quieres decir que los Prisioneros pueden escapar? —espetó Keiro y Claudia se dio cuenta de que habían oído todo.

Jared sonrió. —¿Escapar a dónde? ¿A la ruina del Reino? Haremos de esto su paraíso, Keiro, justo como se suponía que fuera, justo como Sapiienti siempre lo

planeó. Nadie necesitará escapar, te lo prometo. Pero la puerta estará abierta, para aquellos que deseen ir y venir.

Claudia se apartó de él. Ella lo conocía tan bien, y aún así él era diferente. Como si su personalidad y otra se hubieran cruzado, dos voces diferentes fragmentándose en una sola, como las baldosas blancas y negras en el suelo del granizo, formando un nuevo patrón y ese patrón era Sapphique. Miró los alrededores, vio a Rix paralizado, acercándose lentamente, Attia quieta y pálida, mirando fijamente a Finn.

La gente murmuraba, haciéndose eco de sus palabras, pasándolas de unos a otros. Ella oyó la promesa reverberar a través de los paisajes de la Prisión. Pero se sentía desolada y enferma, porque una vez había sido la hija del Guardián, y ahora sería la Reina, y sin Jared sería otro rol que protagonizar, otra parte del juego.

Jared pasó cerca de ella y caminó para encontrarse con la multitud. Ellos extendieron las manos y lo tocaron, agarraron el Guante del dragón, cayeron a sus pies. Uno de ellos, una mujer, sollozó, y él la tocó con suavidad, rodeando sus manos con las suyas.

—No te preocupes —dijo el Guardián en voz baja al oído de Claudia.

—No puedo evitarlo. Él no es fuerte.

—Oh, yo creo que es más fuerte que todos nosotros.

—La Prisión lo corromperá —dijo Attia, y Claudia se volvió hacia ella con enojo.

—¡No!

—Lo hará. Incarceron es cruel, y tu tutor es demasiado gentil para controlarla. Todo saldrá mal al igual que ocurrió antes. —Attia era fría, sabía que sus palabras lastimaban pero aun así las dijo, y una miseria amarga la hizo añadir—: Y tú y Finn tampoco tendrán mucho un reino, por el aspecto de las cosas.

Ella miró a Finn y él le devolvió la mirada. —Salgan —dijo él—. Las dos.

Detrás de ella Rix dijo: —¿Te abro una puerta mágica, Attia? ¿Y recuperaré mi Aprendiz?

—No hay posibilidad. —Keiro le dio a Finn una rápida mirada triste—. La paga es mejor aquí.

En el borde de los escalones, Jared se volvió. —Bueno, Rix —dijo—. ¿Vamos a ver más del Arte Magicke? Haznos una puerta, Rix.

El hechicero se echó a reír. Tomó un pequeño trozo de tiza de su bolsillo y la levantó, y la multitud observó. Luego se inclinó hacia delante y dibujó con ella en

el suelo de mármol, donde la estatua había estado una vez. Con cuidado, dibujó la puerta de una mazmorra, antigua y de madera, con una parrilla de barrotes, un gran agujero de cerradura y cadenas enroscadas a través de ella. En ella escribió SAPPHIQUE.

—Todos ellos piensan que tú eres Sapphique —le dijo a Jared, enderezándose—. Pero por supuesto que no lo eres. No voy a decirles, puedes confiar en mí. —Él se acercó a Attia y le guiñó un ojo—. Es todo una ilusión. Hay un libro de remiendos así. Un hombre roba fuego de los dioses y salva a la gente con su calor. Ellos lo castigan atándolo con una enorme cadena para siempre. Pero él lucha y se retuerce, y en el fin del mundo él regresará. En una nave hecha de uñas. —Luego le sonrió a ella con tristeza—. Te echaré de menos, Attia.

Jared se acercó y tocó la puerta de tiza con la punta de una garra de dragón. Al instante se convirtió en verdadera, y se abrió, la puerta cayó hacia adentro con un gran estruendo, dejando un oscuro rectángulo en el suelo.

Finn dio un paso atrás, desconcertado. También a sus pies la puerta había oscilado hacia abajo. El hoyo era negro y vacío.

Jared llevó suavemente a Claudia hasta el borde. —Vamos, Claudia. Tú estarás allí y yo aquí. Trabajaremos juntos, al igual que lo hemos hecho siempre.

Ella asintió con la cabeza y miró a su padre. El Guardián dijo: —Maestro Jared, ¿puedo hablar un momento con mi hija?

Jared hizo una reverencia y se alejó.

—Haz lo que dice —dijo el Guardián.

—Y ¿qué hay de ti?

Su padre sonrió con su sonrisa fría. —Mi plan era para que tú fueras Reina, Claudia. Para eso trabajé. Tal vez sea tiempo que haga algo de trabajo aquí, en mi propio reino. Este nuevo régimen necesitará un Guardián. Jared es demasiado indulgente, e Incarceron demasiado duro.

Ella asintió con la cabeza. Luego dijo: —Dime la verdad. ¿Qué le ocurrió al Príncipe Giles?

Él se quedó en silencio un rato. Se acarició la estrecha barba con el pulgar. —Claudia...

—Dime.

—¿Importa? —miró a Finn—. El reino tiene su rey.

—¿Pero es él?

Sus ojos grises sostuvieron la mirada de ella. —Si tú eres mi hija, no me preguntarás.

Ella guardó silencio también. Por un largo instante se miraron el uno al otro. Entonces, formalmente, él le levantó la mano y la besó, y ella le dio una reverencia baja.

—Adiós, padre —susurró.

—Reconstruye el Reino —dijo él—. Y yo volveré a casa en intervalos, como solía hacer. Quizás de ahora en adelante no temerás que vaya a menudo.

—No lo temeré en absoluto. —Ella caminó hasta el borde de la puerta trampa, y volvió la mirada hacia él—. Debes venir a la coronación de Finn.

—Y a la tuya.

Ella se encogió de hombros. Luego, con una última mirada a Jared, bajó los oscuros escalones dentro de la puerta, y ellos la vieron subir dentro de la habitación del Portal, Finn capturó su mano y la ayudó.

—Vamos, niña —le dijo Rix a Attia.

—No. —Ella estaba mirando la pantalla—. No puedes perder a ambos Aprendices, Rix.

—Ah, pero mis poderes han crecido. Ahora puedo hacer cobrar vida a un ser alado, Attia. Puedo traer a un hombre de las estrellas. ¡Qué espectáculo tendré en el camino! Estoy hecho para siempre. Sin embargo, es cierto que siempre puedo utilizar un asistente...

—Podría quedarme...

Keiro dijo: —¿Entonces tienes miedo?

—¿Miedo? —Attia lo miró—. ¿De qué?

—De ver el Afuera.

—¿Qué te importa?

Él se encogió de hombros, sus ojos azules y fríos. —No lo hago.

—Está bien.

—Pero Finn necesita toda la ayuda que pueda conseguir. Si fueras de alguna manera agradecida...

—¿Para qué? Yo *fui* la que consiguió el Guante. Quién salvó tu vida.

Finn dijo: —Sal, Attia. Por favor. Quiero que veas las estrellas. Gildas hubiera querido eso.

Ella se lo quedó mirando, en silencio, sin hacer ningún movimiento, y lo que sea que estuviera pensando, no había rastro de eso en su rostro. Pero Jared, con los ojos de Incarceron, debe haber visto algo, porque se acercó y la tomó de la mano, y ella se volvió y lo siguió, bajando los escalones de la oscuridad, y dentro de un extraño espacio vacilante que se retorcía de manera que de repente los escalones conducían hacia arriba, y mientras la mano de Jared liberaba la suya, otra bajó y la recogió, una mano marcada y musculosa con la palma quemada y una uña de acero.

Keiro dijo: —No es tan difícil, ¿verdad?

Ella miró alrededor. La sala era gris, tranquila, y zumbaba con leve poder. Fuera de la puerta, en un pasillo arruinado, algunos hombres magullados observaban, sentados y apoyados contra la pared.

La miraban como si fuera un fantasma.

En la pantalla del escritorio, la cara del Guardián se estaba desvaneciendo.

—No sólo voy a venir a la coronación, Claudia —dijo él.

—Sino que espero una invitación a la boda.

Y entonces, la pantalla estaba oscura, y susurró con la voz de Jared: —Así como yo.

* * *

No había camino hacia abajo, por lo que escalaron hacia arriba el resto de la escalera hasta el techo.

Finn sacó el reloj, miró el cubo un largo momento, y luego se lo dio a Claudia. —Quédate tú con esto.

Ella dejó que el cubo plateado yaciera en la palma de su mano. —¿En realidad están ellos allí? ¿O nunca hemos sabido dónde está Incarceron?

Pero Finn no tenía respuesta, y sosteniendo el reloj aferrado, sólo podía subir tras él.

El daño a la casa la horrorizó, tocó con los dedos los colgantes que caían a pedazos y tocó los agujeros en las paredes y ventanas sin comprender. —No puede ser posible. ¿Cómo podremos alguna vez recomponer todo esto?

—No podemos —dijo Keiro brutalmente. Él los condujo hacia arriba por los escalones de piedra, su voz resonando hacia atrás—. Si Incarceron es cruel, Finn, también lo eres tú. Me mostraste un atisbo de paraíso y luego ha desaparecido.

Finn miró a Attia. —Lo siento —dijo en voz baja—. Con respecto a las dos.

Ella se encogió de hombros. —Mientras que las estrellas no hayan desaparecido.

Él se apartó a un lado de ella en el último escalón. —No —dijo—. No lo han hecho.

Ella salió a las almenas de piedra y se detuvo, y él lo vio aparecer en su rostro, el shock y la maravilla que recordaba para sí mismo, y ella jadeó al levantar la mirada.

La tormenta había despejado el cielo. Brillantes y feroces, las estrellas colgaban en su esplendor, en sus patrones secretos, sus distantes nebulosas, y el aliento de Attia se congeló mientras las miraba. Detrás de ella, los ojos de Keiro estaban ampliamente abiertos, él se detuvo, paralizado por la magia.

—Existen. ¡Realmente existen!

El Reino estaba a oscuras. El distante ejército de refugiados se apiñaba alrededor de fogatas, al amparo del parpadeo de la llama. Más allá de ellos, la tierra se levantaba en colinas oscuras y negras franjas de bosque, un reino sin energía eléctrica, expuesto a la noche, toda su finura tan reseca y maltratada como la bandera de seda, con su cisne negro, que revoloteaba, hecho trizas, sobre sus cabezas.

—Nunca sobreviviremos. —Claudia sacudió la cabeza—. Ya no sabemos como hacerlo.

—Sí lo sabemos —dijo Attia.

Keiro señaló. —Así como ellos.

Y ella vio, los débiles y lejanos puntos donde llameaban velas en las casas de los pobres, las casuchas donde la ira y la furia de la Prisión no había traído ningún cambio.

—Esas también son las estrellas —dijo Finn en voz baja.

Fin del libro

Catherine Fisher



Escritora inglesa, **Catherine Fisher** es una autora dedicada a la literatura juvenil, en cuyos libros podemos encontrar un gran componente de fantasía.

Además, **Fisher** es arqueóloga y profesora en una escuela de primaria, además de enseñar Escritura creativa para niños en la *Universidad de Glamorgan*.

Fisher ha ganado premios como el *Welsh Arts Council* o el *Cardiff de poesía*. Su **serie de novelas** iniciada por "**Incarceron**" será adaptada en varias películas producidas por la compañía *FOX*.

CATHERINE FISHER



Visítanos en

www.purplerose1.activoforo.com